

# TRATADO DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

SAN ALFONSO RODRÍGUEZ



**TRATADO**  
**DE LA CONFORMIDAD**

**CON LA VOLUNTAD DE DIOS,**

**ESCRITO POR EL**

**P. ALFONSO RODRIGUEZ**

*de la Compañía de Jesús:*

**SEGUIDO DEL**

**TESORO DE PACIENCIA,**

**ó**

**CONSUELO DEL ALMA ATRIBULADA**

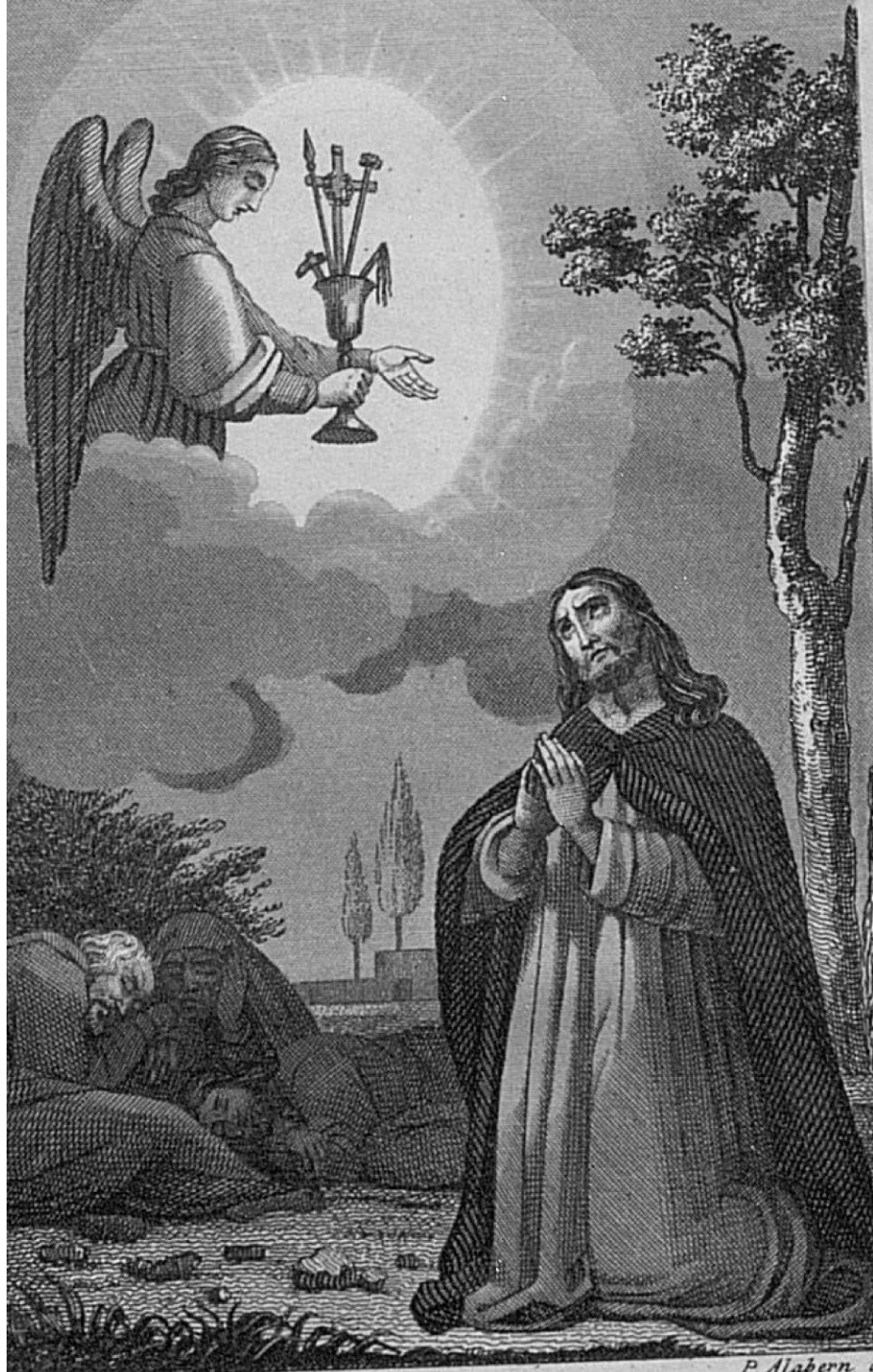
**DEL P. TEODORO DE ALMEIDA.**

---

*Con aprobación del Ordinario.*

**LIBRERÍA RELIGIOSA.**

*Setiembre de 1830.*



*J. Ribó d.*

*P. Alabern.*

PADRE MIO.....HÁGASE TU VOLUNTAD.

## **PALABRAS**

### **DE JESUCRISTO EN EL HUERTO**

AL ALMA ATRIBULADA.

Súfreme, pues te sufrí,  
Y advierte que cuanto viene,  
Es lo que mas te conviene,  
Pues todo nace de mí.  
El amor me puso así,  
Tu ingratitude me clavó,  
Nadie cuai Yo padeció;  
Y pues todo es por tu bien,  
Bebe esa gota por quien  
Un cáliz por ti bebió.

## **RESPUESTA**

### **DEL ALMA ATRIBULADA**

Á JESUCRISTO.

Justo trabajo confieso  
Que es, Señor, el que padezco,  
Y que mayor le merezco  
De mi mal, segun su exceso.  
Por eso, mi Bien, por eso,

Y porque lo quereis Vos  
Le sufriré, á fin de que en pos  
Vaya de Vos con mi cruz,  
Pues no puedo tener luz  
Mejor que la de mi Dios.

---

*Concedió el Ilmo. Sr. D. Asensio Sales, obispo de Barcelona 40 dias de indulgencia á cualquiera que rezare ó dijere una de estas dos décimas.*

## PRÓLOGO

### DE LOS EDITORES.

*Ofrecemos á nuestros apreciables lectores el tratado de la CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS, que escribió el P. Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús para sus religiosos, pero que fácilmente puede aplicarse á sí mismo el que lo lea, sea el que fuere su estado. Es uno de los tratados que forman su Ejercicio de Perfeccion, obra de tanto mérito y tan estimada de los extranjeros, que se halla traducida en todas las lenguas cultas de la Europa, y de la que nos decia años atrás un sabio y piadoso eclesiástico francés, que es libro para empezar á leerlo y no dejarlo hasta el fin, y luego comenzarle de nuevo para no dejarlo de la mano en toda la vida.*

*No nos hemos permitido ninguna variacion en lo sustancial: hemos suprimido cási todo el capítulo XIII por las razones que allí exponemos;*

*hemos corregido una multitud de equivocaciones en las citas; le hemos arreglado un poco á la ortografía del siglo XIX, sin hacerle perder la gravedad española del siglo XVI, siglo de oro de nuestra literatura; hemos puesto en castellano las citas latinas que no estaban traducidas por el autor, y hemos suprimido el latin de las traducidas, poniendo entre comillas la traduccion.*

*Dos son las razones que nos han obligado á publicar este tratado, que infinitas veces nos ha recomendado nuestro digno fundador el ilustrísimo Claret, arzobispo de Santiago de Cuba: la primera, para hacer conocer bien el deber que todos tenemos de abandonarnos á la disposicion de aquella voluntad soberana y adorable de nuestro Padre celestial, que tanto nos ama, voluntad que todo lo ha criado y lo conserva, y á la que con tanto rendimiento se someten todas las demás criaturas, que solo esperan sus órdenes; y al mismo tiempo para hacer palpar las ventajas que este abandono puede proporcionarnos no solo para la otra vida, sino aun para la presente.*

*La segunda es que multiplicándose cada dia las miserias de la humanidad, y creciendo los trabajos, penas y angustias á proporcion de la que va creciendo en el mundo la corrupcion de*

*costumbres, el libertinaje y la perversidad de sus moradores; es quizás ahora mas necesario que nunca un confortativo para sobrellevar tantos males. El mundo se alegrará, nos dijo el divino Maestro al despedirse de nosotros, el mundo se gozará y vosotros estaréis tristes: en el mundo tendréis apretura. Siempre se ha cumplido para los verdaderos fieles este anuncio de Jesucristo; pero en pocos tiempos ha tenido mas cabal cumplimiento que en nuestros aciagos dias, en los que se va generalizando la apostasia de las naciones cristianas, y en que parece estamos metidos en aquellos dias malos y tiempos peligrosos, de que nos hablaron los apóstoles san Pedro y san Pablo. Y como para aquellos tiempos está escrito: Aquí está la paciencia de los Santos <sup>1</sup>, que ya en todo tiempo fue necesaria para salvar nuestras almas, hemos creído hacer un obsequio á nuestros lectores añadiendo al tratado del P. Rodriguez otro del P. Almeida, titulado: TESORO DE PACIENCIA, que verdaderamente es un tesoro.*

*Llevando con paciencia los males presentes, y conformándonos en ellos con la voluntad santísima de nuestro Padre celestial, pasaremos*

<sup>1</sup> Apoc. xiv, 12.

*menos mal nuestra peregrinacion en este valle de lágrimas , que lo será siempre por mas que hagan y digan los hombres , hasta que Dios lo renueve y haga nuevas todas las cosas , segun sus promesas , y conseguiremos la vida eterna. Amen.*

---

# TRATADO DE LA CONFORMIDAD

CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

*En que se ponen dos fundamentos principales.*

«No se haga, Señor, como yo quiero, «sino como Vos quereis <sup>1</sup>.» Para dos cosas, dicen los Santos, que bajó el Hijo de Dios del cielo, y se vistió de nuestra carne, haciéndose verdadero hombre: la una para redimirnos con su sangre preciosa; la otra para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo, é instruirnos con su ejemplo. Porque así como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel; así dice san Bernardo <sup>2</sup>, «no aprovechara

<sup>1</sup> Matth. xvi, 39. — <sup>2</sup> Ser. 3 in Circuncis. Dom.

« sacarnos de la cárcel, si no supiéramos  
 « el camino. » Y como Dios era invisible,  
 para que le viésemos y le pudiésemos se-  
 guir é imitar, era menester que se hiciese  
 visible, y se vistiese de nuestra humani-  
 dad, como el pastor se viste de la zamarra,  
 que es vestidura de la oveja para que las  
 ovejas le sigan, viendo su semejanza. Y  
 san Leon Papa, dice: « Si no fuera ver-  
 « dadero Dios, no nos trajera el remedio,  
 « y si no fuera verdadero hombre, no nos  
 « diera ejemplo <sup>1</sup>. » Lo uno y lo otro hizo  
 él muy cumplidamente con el exceso de  
 amor que tenia á los hombres: así como « la  
 « redencion fue muy copiosa <sup>2</sup>, » así lo fue  
 también la enseñanza, porque no fue solo  
 con palabras, sino muy mas abundante-  
 mente con ejemplo de obras. « Jesús comen-  
 « zó á hacer y enseñar, » dice el Evangelis-  
 ta san Lucas <sup>3</sup>. Primero comenzó á obrar,  
 y esto toda la vida, y después á predicar,  
 los tres años postreros, ó los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó  
 Cristo nuestro Redentor, una de las mas

<sup>1</sup> Ser. 1, de Nativit. Dom. — <sup>2</sup> Ps. cxxix, 7. —

<sup>3</sup> Act. 1, 1.

principales fue, que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Y esto no solamente nos lo enseñó con palabras, cuando enseñándonos á orar, dijo: Una de las cosas, que habeis de pedir á vuestro Padre celestial, es: «Hágase, Señor, vuestra voluntad en la tierra, «así como se hace en el cielo<sup>1</sup>;» mas tambien con su ejemplo confirmó bien esta doctrina; porque á esto dice él, que bajó del cielo á la tierra. «Descendi del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre «que me envió<sup>2</sup>.» Y al tiempo de rematar el negocio de nuestra redencion el jueves de la Cena, en aquella oracion del huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensitivo naturalmente rehusaba la muerte, y así para mostrar que era verdadero hombre, dijo: «Padre mio, si es posible, pase de mí «este cáliz<sup>3</sup>;» pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y muy deseosa de beber el cáliz que su Padre le enviaba. Y así añadió luego, empero no se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.

<sup>1</sup> Matth. vi, 10. — <sup>2</sup> Joann. vi, 38. — <sup>3</sup> Matth. xxvi, 39.

Para que llevemos esto de raíz, y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales, como sobre dos quicios, se ha de revolver todo este negocio. El primero es, que nuestro aprovechamiento y perfeccion consiste en esta conformidad con la voluntad de Dios; y quanto esta fuere mayor y mas perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender; porque cosa cierta es, que la perfeccion esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios; y tanto será uno mas perfecto, quanto mas amare á Dios. Lleno está de esta doctrina el sagrado Evangelio, llenas las epistolas de san Pablo, llenos los libros de los Santos. «Este es el mayor y el primer mandamiento<sup>1</sup>. La caridad es el vínculo de la perfeccion<sup>2</sup>. La mayor de estas es la caridad<sup>3</sup>.» Lo mas alto y mas perfecto es la caridad y amor de Dios. Pues lo mas alto, y mas subido, y mas puro de ese amor de Dios, y como la nata de él es conformarse en todo

<sup>1</sup> Matth. xxii, 38. — <sup>2</sup> Ad Colos. iii, 14. —

<sup>3</sup> 1 ad Cor. xiii, 12.

con la voluntad de Dios , y tener un querer , y no querer con su Majestad en todas las cosas. Dice san Gerónimo , y lo trae del otro filósofo : « El tener un mismo querer y « no querer con el amado , esa es la verdadera y firme amistad <sup>1</sup>. » Luego cuanto uno estuviere mas conforme y mas unido con la voluntad de Dios , tanto será mejor y mas perfecto. Y mas claro está que no hay cosa mejor ni mas perfecta que la voluntad de Dios ; luego cuanto uno mas se uniere y conformare con la voluntad de Dios , tanto será mejor y mas perfecto. Como argüia el otro filósofo : si Dios es la cosa mas perfecta que hay , luego cuanto una cosa mas se asemejare y pareciere á Dios , tanto será mas perfecta.

El segundo fundamento es , que ninguna cosa puede acontecer , ni suceder en el mundo , sino por voluntad y orden de Dios. Siempre se ha de entender excepta la culpa y pecado ; porque de eso no es Dios causa , ni autor , ni lo puede ser ; porque así como repugna á la naturaleza del fuego enfriar , y á la del agua calentar , y á

<sup>1</sup> Hier. epi. ad Demetriad. Ciccr. de amicis.

la del sol oscurecer; así infinitamente mas repugna á la bondad inmensa de Dios amar la maldad. Y así dijo el profeta Habacuc. «Señor, vuestros ojos son limpios, para no ver el mal, y no podeis ver la maldad <sup>1</sup>.» Como decimos acá, no le puede ver, cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro; así dice, que no puede Dios ver la maldad por el odio y aborrecimiento grande que le tiene. «Porque no eres tú Dios, que quieres la iniquidad <sup>2</sup>.» «Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad <sup>3</sup>,» dice David. Toda la sagrada Escritura está llena de cuanto aborrece Dios el pecado; y así no puede ser causa ni autor de él. Pero fuera de eso, todas las demás cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios. Este fundamento es tambien muy cierto; no hay fortuna en el mundo, como fingia el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino solo Dios. Así lo dice el Espiritu Santo por el Sabio. «Los bienes y los males, la vida y

<sup>1</sup> Habac. 1, 13. — <sup>2</sup> Ps. v. 5. — <sup>3</sup> Ps. XLIV, 8.

« la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios  
« las da <sup>1</sup>. »

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, mas cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por voluntad y orden de aquel sumo Emperador que la gobierna. Ninguna cosa viene acaso respecto de Dios; todo viene registrado y colado por su mano. Contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno solo os será quitado sin orden y voluntad suya. ¿Qué digo yo cerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, sin dispensación y voluntad de Dios. « ¿Por ventura no se venden dos pajarillos « por un cuarto, y uno de ellos no caerá so- « bre la tierra sin vuestro Padre? <sup>2</sup>. » Que ni aun una hoja de un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes, dice el Sa- bio: « Las suertes se meten en el seno, mas « el Señor dispone de ellas <sup>3</sup>. » Aunque las suertes se saquen del seno ó cántaro, no

<sup>1</sup> Eecl. xi, 14. — <sup>2</sup> Matth. x, 29. — <sup>3</sup> Prov. xvi, 33.

penseis que salen acaso, que no salen sino con orden de la divina Providencia, que lo dispone y quiere así. «Y cayó la suerte sobre Matias<sup>1</sup>.» No fue acaso, que cayese la suerte sobre Matias, sino particular acuerdo y providencia de Dios, que le quiso escoger para apóstol suyo por aquella vía.

Esta verdad, aun con sola la luz natural, la alcanzaron los buenos filósofos, y dijeron que, aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso, pero respecto de la primera causa no son acaso, sino pretendidas muy de propósito. Y ponen ejemplo, como si un señor enviase á un criado á alguna parte á negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar á otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen: el encontrarse estos dos criados, respecto de ellos es acaso; pero respecto del señor que lo pretendió, no es acaso sino pensado y pretendido muy de propósito. Así acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no fue aca-

<sup>1</sup> Act. 1. 26.

so, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así, para los fines secretos y ocultos que él sabe.

Lo que habemos de sacar de estos dos fundamentos, es la conclusion y tema que propusimos, que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfeccion está en conformarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano, y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. No habeis de tomar ninguna cosa como venida acaso, ó por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja: no penseis que os vino esto ó aquello, porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal ó tal cosa de otra manera sucedería. No habeis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier via y por cualquier rodeo que vengan; porque él es el que las envia por esos medios.

Solia decir uno de aquellos famosos Padres del yermo, que no podria el hombre tener verdadero descanso, ni contento en

esta vida, si no hiciera cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y san Do-roteo, en la doctrina séptima, dice que aquellos Padres antiguos tenían grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios por pequeñas que fuesen, y de cualquiera manera que viniesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivían una vida del cielo.

## CAPÍTULO II.

*En que se declara mas el segundo fundamento.*

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina, que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara oscurecerla; porque de la otra verdad también cierta, que dijimos, que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusión falsa y mentirosa, haciendo creer á algunos que, aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales, como la enfermedad, la hambre

y esterilidad, vienen de mano de Dios, porque allí no hay pecado, ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, ó robó, ó deshonró, no viene de la mano de Dios, ni guiado por su órden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro, el cual es un error muy grande. Dice muy bien san Doroteo, en la doctrina séptima, reprendiendo esto, y á los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: «Hay algunos que cuando otro dice alguna palabra contra ellos ó les hace algun otro mal, olvidados de Dios, toda su saña «convierten contra el prójimo, imitando á «los perros que muerden la piedra, y no «miran ni tienen cuenta con la mano que «la tiró.»

Para desterrar este error, y que vamos bien fundados en la verdad católica, notan los teólogos que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas, la una el movimiento y acto exterior, la otra el desórden de la voluntad, con que se aparta de lo que Dios manda. De la primera es autor

Dios, de la segunda el hombre. Pongamos caso, que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar mano á la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales que se pueden considerar por sí, sin el desórden de la voluntad del hombre que los hizo para matar á otro. De todos estos movimientos en sí considerados es causa Dios y él los hace, como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales. Porque así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios; así tampoco sin él no pudiera el tal hombre menear el brazo, ni echar mano á la espada. Y además de esto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase de ellos para su necesaria defensa, ó en guerra justa, ó como ministro de justicia y matase á otro no pecaría. Pero de la culpa, que es el defecto y desórden de la voluntad con que el malo hace la injuria de aquella desviacion de la razon y torcimiento de ella, no es causa Dios aunque la permite, porque pudiéndola impedir no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparacion:

tiene un hombre una herida en el pié y anda con él cojeando, la causa de que ande con el pié es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida y no la virtud del alma. Así en la obra que uno hace pecando, la causa de la obra es Dios; mas que falte y peque obrando, es del libre albedrío del hombre.

De manera que, aunque Dios no es, ni puede ser, causa ni autor del pecado; pero habemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengan por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier via y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensacion y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. «¿Habrá algún mal en la ciudad, «que el Señor no haya hecho?» dice el profeta Amos <sup>1</sup>, y está llena la sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo á Dios el mal que un hombre hizo á otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello.

<sup>1</sup> Cap. iii, 6.

En el segundo libro de los Reyes <sup>1</sup>, en aquel castigo con que castigó Dios á David por medio de su hijo Absalon, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios que él lo había de hacer. «Hé aquí que yo levantaré el mal sobre tí, de tu misma casa, y á tus ojos tomaré tus mujeres y las daré á tu cercano; porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré estas cosas á vista de todo Israel, y á la vista del sol.» Y de aquí es tambien que á los reyes ímpios que por su soberbia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llama la Escritura instrumentos de la justicia divina: «¡Ay de Asur, vara de mi furor <sup>2</sup>!» Y de Ciro rey de los persas, por quien había el Señor de castigar los caldeos dice: «Cuya diestra yo tengo de menear <sup>3</sup>.» Dice muy bien san Agustín á este propósito: «Hace Dios con nosotros, como se suele haber acá un padre, que enojado con su hijo toma un palo que halló por ahí y castiga con él al hijo, y después al palo échale en el fuego, y al hijo hácele heredero de todos sus bienes.

<sup>1</sup> Cap. xii. 11, 12. — <sup>2</sup> Isai. x, 5. — <sup>3</sup> Isai. xlv, 1.

«De esa manera, dice el Santo, suele también el Señor tomar á los malos por instrumento y azote para castigar á los buenos <sup>1</sup>.»

En las historias eclesiásticas <sup>2</sup> leemos, que en la destruccion de Jerusalem, como Tito capitan de los romanos paseándose al rededor de la ciudad viese las cavas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inlicionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con grande voz, y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y quando aquel bárbaro Alarico iba á saquear y destruir á Roma, le salió al encuentro un venerable monje y le dijo, que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometerian. Y él respondió: no voy yo por mi voluntad á Roma, mas una persona me combate cada dia y me atormenta diciéndome: vé á Roma y destruye la ciudad <sup>3</sup>. De manera, que todas estas cosas vienen de mano de Dios y por orden y voluntad suya. Y así el real profeta David,

<sup>1</sup> Sup. Ps. lxxii. — <sup>2</sup> P. 1, lib. iii, cap. 1. —

<sup>3</sup> P. ii, lib. ix, cap. 2.

cuando Semei le maldecia y le tiraba piedras y polvo, dijo á los que le querian vengar de él: «Dejadle que el Señor le mandó que «me maldijese <sup>1</sup>.» Quiere decir, el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero ¿qué mucho es, reconocer á los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia y ansiosos de nuestra perdicion? Nó-talo esto maravillosamente san Gregorio sobre aquello que dice la Escritura en el primer libro de los Reyes: «Un espíritu malo «del Señor atormentaba á Saul <sup>2</sup>.» El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo: malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar á entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento á Saul, y que Dios lo obraba por él. Y así lo declara allí el mismo texto diciendo: «Le atormentaba un espíritu malo «por permission del Señor <sup>3</sup>.» Y por la misma razon, dice el Santo <sup>4</sup>: que á los demo-

<sup>1</sup> II Reg. XVI, 10. — <sup>2</sup> Lib. XVIII moral., cap. 3. — I Reg. XVI, 23. — <sup>3</sup> I Reg. XVI, 14. — <sup>4</sup> Lib. XIV moral., cap. 18.

nios que atribulan y persiguen los justos, los llama la Eseritura ladrones de Dios: ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos á entender que el poder que tienen para hacer mal lo tienen de Dios.

Y así pondera muy bien san Agustin: «No «dijo el santo Job <sup>1</sup>, el Señor me lo dió, y «el demonio me lo quitó;» sino todo lo refirió luego á Dios y dijo: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; porque sabia muy bien que el demonio no puede hacer mas mal de lo que le es permitido por Dios. Y prosigue el Santo: «Ninguno diga, el «demonio me hizo este mal, atribuid á Dios «vuestro trabajo y azote; porque el demonio no puede hacer nada, ni tocaros al «pelo de la ropa si Dios no le da licencia «para ello <sup>2</sup>.» Aun en los puercos de los gerasenos no pudieron entrar los demonios, sin pedir primero licencia á Cristo nuestro Redentor, como cuenta el sagrado Evangelio <sup>3</sup>. ¿Cómo os tocarán á vos ni os podrán tentar sin licencia de Dios? el que

<sup>1</sup> 1, 21. — <sup>2</sup> August. in Ps. xxxi. — <sup>3</sup> Matth. viii, 31.

no pudo tocar á los puercos, ¿cómo tocará á los hijos?

### CAPÍTULO III.

*De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.*

El bienaventurado san Basilio dice, que la suma de la santidad y perfeccion de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas así grandes como pequeñas á Dios, y conformarnos en ellas con su santísima voluntad. Pero para que entendamos mejor la perfeccion é importancia de esto, y así nos aficionemos mas á ello, y lo procuremos con mayor cuidado, irémos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Quanto á lo primero, esta es aquella resignacion verdadera y perfecta que tanto engrandecen los Santos, y todos los Maestros de la vida espiritual, y dicen, que es raíz y principio de toda nuestra paz y quietud. Porque de tal manera sujeta, y pone un hombre en

las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser mas suyo, ni vivir para sí, ni comer ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad, porque con ella se entrega uno del todo á la voluntad de Dios de tal manera, que no desea ni procura otra cosa, sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer, como en todo lo que le puede acontecer; y así en las cosas prósperas y de consuelo como en las adversas y trabajosas. Lo cual agrada tanto á Dios, que por esto el rey David fue llamado de Dios varon segun su corazon. «He hallado «á David, hombre segun mi corazon, que «hará todas mis voluntades <sup>1</sup>.» Porque tenia su corazon tan rendido, y sujeto al corazon del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquiera cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo ó alivio, como está una cera blanda para recibir cualquiera figura ó forma que le quisiesen dar. Que por eso

<sup>1</sup> Act. xiii, 22.

dijo él una y otra vez: «Dispuesto está mi  
«corazon, Dios mio, dispuesto y preparado  
«está<sup>1</sup>.»

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificacion de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificacion, y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la sagrada Escritura: pues esa mortificacion es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir á alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios. De manera que este es el fin, y la mortificacion es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser mas alto y mas perfecto que el medio. Que la mortificacion sea medio necesario para venir á alcanzar esta union y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios bien se ve; porque lo que nos impide esta union y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; así cuanto uno mas negare y mortificare su voluntad y apetito, tanto mas fácilmente se

<sup>1</sup> Ps. lvi, 8.

unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para unir y ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido es menester labrarle y desbastarle primero, porque sino no se podrá unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificacion: vanos desbastando, acepillando y labrando, para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y así cuanto uno mas se fuere mortificando, tanto mas se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando estuviere perfectamente mortificado, llegará á esta perfecta union y conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera, que esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios es el mayor y mas acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios. Porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este, ofrécese á sí mismo. En los otros sacrificios y mortificaciones mortificase uno en parte; en la templanza ó en la modestia, en el silencio ó en la paciencia ofrece á Dios parte de sí; pero este es un holocausto en el cual se ofrece

uno enteramente y del todo á Dios, para que haga del todo lo que quisiere, y como quisiese y euando quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí. Y así, quanto va del hombre á las cosas del hombre, quanto va del todo á la parte, tanto va de este sacrificio á los demás sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto que eso es lo que él quiere y pide de nosotros. «Hijo, dame tu corazon<sup>1</sup>.» Así como el azor real no se ceba sino de corazones, así Dios lo que mas aprecia y estima es el corazon, y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podréis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si á nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta á hablar ni contentar todo quanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequenuelo corazon con menos que Dios; ¿cómo pensais vos contentar y satisfacer á Dios, dándole aun no todo vuestro corazon, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañado estais que no es nuestro corazon para poderle di-

<sup>1</sup> Prov. xxiii. 26.

vidir ni repartir de esa manera. «Porque  
 «estrecha es la cama, de modo que uno de  
 «los dos ha de caer; y una manta corta no  
 «puede cubrir al uno y al otro <sup>1</sup>.» Cama  
 pequeña y estrecha es el corazón, dice el  
 profeta Isaías, no cabe en él mas que Dios.  
 Y por eso le llama la Esposa, camilla pe-  
 queña. «En mi lecho por las noches busqué  
 «al que ama mi alma <sup>2</sup>.» Porque tenía su  
 corazón estrechado de tal manera, que en  
 él no cabía otro que su Esposo. Y el que  
 quisiere extender y dilatar su corazón para  
 dar en él lugar á otro, echará á Dios de él.  
 Y de eso se queja Su Majestad por Isaías.  
 «Porque junto á mí te descubriste y reci-  
 «biste al adúltero: ensanchaste tu lecho, y  
 «con ellos hiciste concierto <sup>3</sup>.» Adulterado  
 habeis recibiendo en la cama de vuestro co-  
 razón á otro que á vuestro esposo, y por  
 cubrir al adúltero, descubris y echais fue-  
 ra á Dios. Mil corazones que tuviéramos,  
 los habíamos de ofrecer á Dios, y todo nos  
 ha de parecer poco para lo que debemos á  
 tan gran Señor.

<sup>1</sup> Isaías xxviii, 20. — <sup>2</sup> Cantic. iii, 1. — <sup>3</sup> Can-  
 tic. lvn, 8.

Lo cuarto, como decíamos al principio <sup>1</sup>, quien tuviere esta conformidad tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto mas creciere en ella, tanto mas irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfeccion, que consiste en esa caridad y amor. Lo cual fuera de lo dicho se colige bien de lo que acabamos de decir. Porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras. Dice san Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las obras <sup>2</sup>.» Y cuanto las obras son mas dificultosas y nos cuestan mas, tanto mas manifiestan el amor. Y así el apóstol y evangelista san Juan queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo, como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenia á su Padre eterno; de lo primero dice: «Fue tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dió á su unigénito Hijo <sup>3</sup>,» para que padeciese y muriese por nosotros. Y de lo segundo dice el mismo Cristo: «Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, levantaos y vamos de aquí <sup>4</sup>;» y el nego-

<sup>1</sup> Cap. I. — <sup>2</sup> Hom. in Evang. — <sup>3</sup> Joann. iii, 16. — <sup>4</sup> Joann, xiv, 3.

cio á que iba, era á padecer muerte de cruz. En eso mostró y dió testimonio al mundo, que amaba á su Padre, *en que cumplia su mandamiento* tan riguroso. De manera, que en las obras se muestra el amor, y tanto mas, cuanto las obras son mayores y mas trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer á Dios de nosotros: porque presupone una perfectisima mortificacion y resignacion, con la cual se ofrece uno á Dios, y se pone del todo en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y asi no hay cosa en que mas muestre uno el amor que tiene á Dios que en esto, pues le da y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podia tener y desear, y si mas tuviera y pudiera, todo se lo diera.

---

## CAPÍTULO IV.

*Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.*

El que llegare á tener esta conformidad entera con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano, y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra: gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpetua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol: «No está la bienaventuranza de esta vida en comer y beber, y darse á pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo<sup>1</sup>.» Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razon se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta

<sup>1</sup> Rom. xiv, 17.

manera semejantes á los bienaventurados. Porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios, así acá los que han llegado á esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan ni turban con las mudanzas de esta vida ni con los varios sucesos que acontecen, porque está su voluntad y corazón tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano y que se cumple en ello la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozo y los desconsuelos en alegría; porque más quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y así, á estos tales no hay cosa que les pueda turbar. Porque si lo que les podía turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, toman ellos por particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpetua, con que leemos que andaban siempre aquellos Santos antiguos: un san Antonio, un san Domingo, un san Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro santo Padre Ignacio <sup>1</sup>, y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecian de trabajos aquellos Santos? ¿No tenian tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? sí por cierto, y mas dificultosos que por nosotros. Porque á los mas santos les suele Dios probar y ejercitar mas con semejantes cosas. Pues, ¿cómo estaban siempre en un mismo ser? ¿con un mismo semblante? ¿con una serenidad y alegría interior y exterior, que siempre parece que era pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo, porque habian llegado á tener una conformidad entera con la voluntad de Dios, y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella, y así todo se les convertia en contento. «Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios <sup>2</sup>.» «No se con-

<sup>1</sup> Lib. v, c. 5, de su vida. — <sup>2</sup> Ad Rom. viii, 28.

«tristará el justo por cosa que le acontezca<sup>1</sup>.» El trabajo, la tentacion y la mortificacion, todo se les convertia en gozo, porque entendian que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habian alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y así andaban como en gloria. Dice muy bien á este propósito santa Catalina de Sena<sup>2</sup>, que los justos son como Cristo nuestro Redentor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del ánima, aunque tenia muchos dolores y penas. Así los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios aunque tengan muchas adversidades. Porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad, y contento de Dios que en aquello se cumple.

Esta es una perfeccion tan alta y tan aventajada, que dice el apóstol san Pablo, que sobrepuja todo sentido: «Y la paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones, y vuestras inteligencias en Jesucristo<sup>3</sup>.» Dice que esta paz

<sup>1</sup> Prov. xii, 21. — <sup>2</sup> En los diálogos. — <sup>3</sup> Ad Phil. iv, 7.

sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender como sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso á la maravilla de «la zarza que «vió Moisés, que se ardia y no se quemaba<sup>1</sup>» y al milagro de aquellos tres mancebos, que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros, alabando á Dios. Esto es lo que el santo Job hablando con Dios decía: «Maravillosamente, Señor, me atormentais<sup>2</sup>»;» dando á entender por una parte el trabajo y dolor grande que padecía, y por otra el gusto y contento grande que tenia en padecerle, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano<sup>3</sup>, que estando un santo viejo en Alejandria cercado de grande muchedumbre de infieles que le decian maldiciones, él estaba en medio de ellos como un cordero, sufriendo y callando con gran-

<sup>1</sup> Exod. iii, 2. — <sup>2</sup> Job, x, 16. — <sup>3</sup> Collat. xii, c. 13.

de quietud de corazón. Escarnecian de él, dábanle golpes y empellones, y hacíanle otras gravísimas injurias, y entre otras cosas le dijeron con escarnio: ¿qué milagros ha hecho Jesucristo? Respondió, los milagros que ha hecho son, que estando sufriendo las injurias que me hacéis, y otras mayores que fuesen, no me indigne, ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasión. Esa es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfección.

De aquel monte de Macedonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae san Agustín en muchos lugares <sup>1</sup>, que es de tan grande altura, que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes. Ni aun las aves pueden aportar allá, porque está tan alto, que sobrepuja esta primera región del aire, y llega á la segunda. Y así está allí el aire tan puro y delicado que no se pueden engendrar, ni sustentar en él las nubes, que habían menester aire mas denso. Y por la misma razón no se

<sup>1</sup> August. lib. de Gen. ad lit.; — en el imperfecto, cap. 13; — lib. III, cap. 2; — lib. I de Genesi contra Maniche, c. 15; — Lucam lib. II, pharsalicæ.

pueden tener allí las aves, ni aun los hombres pueden vivir allí: porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subian allá de año en año á hacer ciertos sacrificios. Los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que puestas á las narices pudiesen condensar el aire, y asi respirar. Estos escribian allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habian dejado. Lo cual no pudiera ser, si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfeccion á que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios: «El Olimpo se levanta sobre las nubes, y en su cima reina la paz.» Hanse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá: ni hay aves de rapiña que salteen, ni roben la paz y alegría de su corazón.

San Agustin <sup>1</sup> sobre aquellas palabras:

<sup>1</sup> Lib. 1 de serm. Dom. in monte, cap. 8.

« Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios <sup>1</sup>, » dice, que por eso llama Cristo nuestro Redentor á los pacíficos, bienaventurados é hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista, ni contradiga á la voluntad de Dios, sino en todo se conforman con ella, como buenos hijos, que en todo procuran ser semejantes á su Padre, no teniendo otro querer, ni no querer, sino lo que su Padre quiere ó no quiere.

Este es uno de los puntos mas espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegare á tomar todas las cosas que le sucedieren, así grandes como pequeñas, como venidas de las manos de Dios; y á conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios, y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado paraíso en la tierra. « Está hecho « su asiento en paz, y su morada en Sion <sup>2</sup>. » Este tal, dice san Bernardo <sup>3</sup>, podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sabio: « En todas estas cosas he

<sup>1</sup> Matth. v, 9. — <sup>2</sup> Ps. LXXV, 3. — <sup>3</sup> In sentent.

«buscado descanso, y habitaré en la herencia del Señor <sup>1</sup>.» Porque ha hallado el verdadero descanso, y el gozo lleno y cumplido, que nadie se le podrá quitar. «Para que vuestro gozo sea cumplido, y ninguno os quitará vuestro gozo <sup>2</sup>.» Ó si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios; que nuestra voluntad sea siempre la suya; y nuestro contento el suyo. Que no tenga yo, Señor, otro querer, ni no querer, sino lo que vos quereis, ó no quereis; y que ese sea mi consuelo en todas las cosas. «Mas á mí bueno me es el apegarme á Dios: el poner en el Señor Dios mi esperanza <sup>3</sup>.» ¡Ó cuán bueno seria para mi alma, y juntarme de esta manera con Dios! ¡Ó qué dichosos seríamos si estuviésemos siempre unidos con él, que no mirásemos en todo lo que hacemos y padecemos, sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios; y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: «Aquel á quien todas las cosas le fueren

<sup>1</sup> Eccli. xxiv, 11. — <sup>2</sup> Joann. xvi, 24, 22. — <sup>3</sup> Ps. lxxii, 28.

« uno , y todas las cosas trajere á uno , y  
« todas las cosas viere en uno , podrá ser  
« firme de corazon y permanecer pacífico  
« en Dios <sup>1.</sup> »

## CAPÍTULO V.

*Que en solo Dios se halla contento , y el que le pu-  
siere en otra cosa no podrá tener verdadero con-  
tento.*

Los que ponen su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpetua; porque, como están asidos á aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad; y así están siempre firmes é inmóviles, y en un mismo ser. Pero los que están asidos á las cosas del mundo, y tienen puesto su corazon y contento en ellas, no pueden tener contento verdadero ni durable; porque andan con las cosas y dependen de ellas, y así están sujetos á las mudanzas de ellas. El glorioso san Agustín declara esto muy bien sobre aquello del Profeta: « Concibió el do-

<sup>1</sup> Kempis, lib. 1, de contemptu mundi, c. 3.

«lor, y parió la iniquidad<sup>1</sup>:» dice: «Te-  
«ned por cierto, que mientras no pusiéreis  
«vuestro contento en lo que no os pue-  
«da nadie quitar contra vuestra voluntad,  
«siempre estaréis con pena y con sobre-  
«salto.»

De nuestro Padre san Francisco de Borja leemos<sup>2</sup>, que cuando llegó á Granada con el cuerpo de la Emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, el cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror á los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que trocándole Dios el corazon con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: Yo os ofrezco, Dios mio, de no servir mas á señor que se me pueda morir. Pues tomemos nosotros esta resolucíon que es muy buena. Yo propongo, Señor, de no poner de aquí adelante mi corazon en cosa que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad; porque de otra mane-

<sup>1</sup> Ps. vii, 13. — <sup>2</sup> Lib. 1, c. 7 ejus vitæ.

ra no podremos tener contento verdadero.

« Porque si teneis puesto vuestro amor y  
« alicion en aquello que os pueden quitar  
« contra vuestra voluntad, dice san Agus-  
« tin, trat. 24 sobre san Juan, claro está que  
« cuando os lo quitaren, lo habeis de sen-  
« tir.» Esa es cosa natural: no se deja sin  
dolor lo que se posee con amor: y quanto  
mayor fuere el amor, tanto mayor será el  
dolor. Y confirmando esto mismo en otro  
lugar, dice: « El que quiere alegrarse de  
« sí, estará triste.» Si poneis vuestro con-  
tento en tal oficio, ó en tal ocupacion, ó  
en estar en tal lugar, ó en otra cosa seme-  
jante, ese contento fácilmente os le podrá  
quitar el superior, y así nunca viviréis con-  
tento. Si poneis vuestro contento en las co-  
sas, ó en el cumplimiento de vuestra vo-  
luntad, esas múdase fácilmente, y cuando  
ellas no se mudasen, vos mismo os mudais;  
porque lo que hoy os agrada y contenta,  
mañana os desagrada y descontenta. Sino  
vedlo en aquel pueblo de Israel, que en  
teniendo el maná, se enfadaron y pidieron  
otro manjar, y en viéndose libres, luego  
tornaron á desear la sujecion, y suspira-

han por Egipto, y por los ajos y cebollas que allá comian, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca tendréis contento si le poneis en esas cosas. « Empero el que pusiere todo su contento en Dios, » y en el cumplimiento de su divina voluntad, « ese siempre vivirá contento: porque Dios es sempiterno, » nunca se muda, siempre permanece en un ser. Pues, « queréis, pues, dice el Santo, tener un gozo y un contento perpetuo y sempiterno, poned vuestro corazón en Dios, que es sempiterno. »

El Espíritu Santo <sup>1</sup> pone esta diferencia entre el hombre necio, y el hombre sabio y santo: « El necio múdase como la luna, » hoy creciente y mañana menguante; hoy le veréis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro; porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo mudables y perecederas; y así anda al son de ella, y múdase conforme al suceso de ellas. Anda con la luna como la mar, es lunático. « Pero el justo, y santo permanece como el sol, » siempre de una misma manera, y en un mismo ser, no hay en

<sup>1</sup> Eccli. xxvii, 12.

él crecientes ni menguantes. El verdadero siervo de Dios siempre anda alegre y contento; porque tiene puesto su contento en Dios, y en el cumplimiento de su santísima voluntad, que no puede faltar, ni nadie se le puede quitar.

De aquel santo Abad, que llamaban Deicola, se dice, que siempre se andaba riendo. Y preguntado por qué? decía: «Nadie es capaz de quitarme á Cristo.» Sea lo que fuere, y venga lo que viniere, que nadie me puede quitar á Dios. Este habia hallado el verdadero contento; porque le habia puesto en lo que no podia faltar, ni nadie le podia quitar. Pues hagámoslo nosotros así. Sobre estas palabras del salmo xxxii, 1: «Regocijaos, justos, en el Señor,» dice san Basilio, advertid, que no dice el Profeta que os alegréis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que teneis mucha habilidad ò grandes letras y talentos; ni en que teneis mucha salud, y muchas fuerzas corporales; ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres; sino que os alegréis en el Señor, que pongais todo vuestro contento en Dios, y en el cumpli-

miento de su santísima voluntad ; porque eso solo es lo que harta , y todo lo demás no puede satisfacer , ni dar verdadero contento.

San Bernardo en un sermón que hace sobre aquellas palabras de san Pedro : « Hé aquí que nosotros todo lo hemos dejado , etc. <sup>1</sup> , » va declarando , y probando esto muy bien , dice : « Todas las demás cosas fuera de Dios , pueden ocupar el alma y el corazón del hombre ; pero no le pueden hartar ; » pueden provocar <sup>2</sup> incitar la hambre , pero no la pueden matar. « Como el avariento , dice el Sabio <sup>3</sup> , tiene mucha hambre de dineros , pero por mas que tenga no se hartará ; » y así es de todas las demás cosas del mundo , que no podrán hartar nuestra alma. Y da la razón de esto san Bernardo <sup>3</sup> : ¿ sabéis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no os pueden hartar ? « porque no son manjar natural , ni proporcionado del alma. » Así como el aire y el viento no es manjar natural , ni proporcionado de nuestro cuer-

<sup>1</sup> Matth. xix, 27. — <sup>2</sup> Eccles. v, 9. — <sup>3</sup> Tract. de dilig. Deo, c. 3. in fine.

po, y os reiríais, si viéseis á un hombre que está muerto de hambre, ponerse abierta la boca al aire, como camaleon, pensando que con aquello se había de hartar y sustentar, y le tendriais por loco; así no es menor locura, dice el Santo, pensar que el alma racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales. «Hincharse puede,» como el otro con el aire, «pero hartarse es imposible,» porque no es ese su manjar. Dadle á cada uno sustento proporcionado, al cuerpo manjar corporal, y al espiritual, espiritual. «El pan del alma su manjar natural y proporcionado es la justicia y la virtud. Y así solamente los que tienen hambre y sed de esa justicia serán bienaventurados; porque esos serán hartos<sup>1</sup>.»

El bienaventurado san Agustín, declarando mas esta razon en los Soliloquios, cap. xxx, hablando del alma racional, dice: «Hicistes, Señor, al alma racional capaz de vuestra Majestad, de tal manera, que ninguna otra cosa la pueda satisfacer, ni hartar sino Vos.» Cuando el

<sup>1</sup> S. Bern. ibid.

hueco y encaje de un anillo está hecho á la medida de alguna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongais allí viene bien, ni acaba de llenar el tal vacío, sino solo aquella piedra preciosa, á cuya medida se hizo: y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra alma fue criada á imágen y semejanza de la santísima Trinidad, con un vacío, y con un hueco, y encaje en nuestro corazón capaz de Dios, y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios. Y así es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar ese vacío sino el mismo Dios: todo el mundo redondo no bastará para llenarle. «*Hi-  
«cístenos, Señor, para Vos, y así no se  
«puede quietar, ni sosegar nuestro cora-  
«zon, ni tener descanso, sino en Vos*».

Es muy buena comparacion, y que declara esto bien aquella comun, que se suele traer de la aguja del relojito de sol. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra iman, es mirar al norte, porque Dios le dió esa natural inclinacion, y veréis qué desasosiego tiene aquella agu-

<sup>1</sup> Lib. I de las Confes. c. 1.

ja, y qué de veces se vuelve, y se revuelve, hasta que endereza la punta al norte; y esto hecho, luego para. Pues de esta manera crió Dios al hombre con esta natural inclinacion y respeto á él, como á su norte y último fin: y así mientras no pusiéremos nuestro corazon en Dios, siempre estaremos como aquella aguja inquietos y desasosegados. A cualquier parte del cielo de las que se mueven, que mire aquella aguja, no sosiega, y en mirando á un punto del cielo que no se mueve, queda fija é inmóvil. Así, mientras pusiéreis los ojos y el corazon en las cosas del mundo mudables y perecederas, no podréis tener sosiego ni contento: ponedle en Dios y tendréisle.

Esto nos habia de mover mucho á buscar á Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés; porque todos deseamos tener contento. Dice san Agustín <sup>1</sup>: «Bien sabemos, hermanos míos, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso,» y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él; «pero todo el

<sup>1</sup> Ser. 30, de Sanctis.

«acierto ó engaño de los hombres está en  
«acertar á poner los ojos y el corazon en  
«el verdadero contento, ó en el aparente  
«y falso.» El avariento, el lujurioso, el  
soberbio, el ambicioso y el gloton, to-  
dos desean tener contento: sino que el uno  
pone su contento en tener muchas rique-  
zas; el otro en las honras y dignidades;  
el otro en comer y banquetear; el otro en  
sus deleites deshonestos: no acertaron á  
poner su contento en lo que le habian de  
poner, y así nunca en ninguna manera lo  
hallaron. Porque todas esas cosas y todo  
cuanto hay en el mundo no basta para har-  
tar el alma ni para darle contento. Y así  
dice el Santo <sup>1</sup>: «Para qué te causas hom-  
«brecillo, buscando las cosas de acá; si  
«quieres tener hartura y contento, ama á  
«Dios, y eso basta; porque en él están to-  
«dos los bienes, y él solo es el que puede  
«hartar y llenar el deseo de tu corazon.»  
«Bendice, alma mia, al Señor que llena de  
«bienes tu deseo <sup>2</sup>.» Bendito, alabado y  
glorificado sea él por ello para siempre ja-  
más. Amen.

<sup>1</sup> De spirit. et anim. c. 34. — <sup>2</sup> Ps. cii, 2, 5.

## CAPÍTULO VI.

*En que se declara por otra via cómo el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.*

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras del Salvador: «Cualquiera cosa que «pidiéreis á mi Padre en mi nombre, os la «concederá<sup>1</sup>,» dice, que no ha uno de buscar paz y quietud por via de hacer su voluntad, y de alcanzar lo que apetece; porque no es eso lo bueno, ni lo que le conviene: antes por ventura será eso malo para él, sino allanándose en lo bueno, ó mejor que Dios le ofrece: y eso es lo que ha de pedir á Dios. «Cuando no hallamos «satisfaccion en las cosas buenas, sino en «las malas, no debemos pedir á Dios que «nos conceda las malas, sino mas bien que «nos dé gusto por las buenas<sup>2</sup>.» Si no hallais gusto en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es lo bueno, sino que vuestro gusto y apetito se va al cumplimiento de vuestra voluntad, habeis de pe-

<sup>1</sup> Joann. xii, 35. — <sup>2</sup> Trac. 73 sup. Joann.

dir y suplicar á Dios, no que os conceda lo que vos quereis, sino que os dé gusto en el cumplimiento de su voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene. Y trae á este propósito aquello de los Números <sup>1</sup>, cuando los hijos de Israel se enfadaron del maná del cielo que Dios les enviaba, y desearon y pidieron carne. Cumplióles Dios su deseo, pero muy á costa suya; porque «aun estaban sus manjares en su boca, y «la ira de Dios subió sobre ellos. Y mató «á los opulentos de ellos, y á los escogi- «dos de Israel dió por el pié <sup>2</sup>.» Castigó- los Dios haciendo una grande matanza en ellos. Claro está que era mejor el maná del cielo que Dios les enviaba, que la carne que ellos pedian, y las cebollas y ajos de Egipto, por que suspiraban; y así no habian de pedir á Dios eso, dice el Santo, sino que les sanase el paladar, para que les supiese bien el manjar del cielo, y gustasen de él, y de esa manera no tuvieran que desear otro manjar, pues en el maná tenian todas las cosas y todos los sabores que podian desear <sup>3</sup>. De la misma manera

<sup>1</sup> C. XVII, 4. — <sup>2</sup> Ps. LXXVII, 30, 31. — <sup>3</sup> Sap. XVI, 20.

cuando vos estais con la tentacion, ó con la pasion, y tenéis el gusto estragado, y así no gustais de la virtud, ni de lo bueno, sino que como enfermo apeteceis lo malo y lo dañoso, no os habeis de regir por vuestro apetito, ni querer que se cumpla lo que deseais, porque eso no será medio para tener contento, sino para tener después mayor descontento, y mayor inquietud y desasosiego. Lo que habeis de desear y pedir á Dios, es que os sane el paladar, y os dé gusto en el cumplimiento de su santísima voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene: y de esa manera vendréis á alcanzar la verdadera paz y el verdadero contento.

San Doroteo, en la doctrina nona, lleva esto por otro camino, ó por mejor decir declara esto mismo de otra manera. Dice, que el que en todo conforma su voluntad con la de Dios, de manera que no tiene otro querer, ni no querer sino lo que Dios quiere, ó no quiere, viene de esa manera á hacer siempre su propia voluntad, y á tener siempre mucha paz y quietud. Pongamos ejemplo en la obediencia, y con eso

quedará declarado lo que queremos decir, y harémos de un camino dos mandados. Decimos comunmente á los que quieren ser religiosos y seguir el camino de la obediencia: Mirad, que acá en la religion no habeis de hacer vuestra voluntad en ninguna cosa, y dice san Doroteo: andad, que bien podeis hacer vuestra voluntad. Yo os daré un medio con que hagáis todo el dia vuestra voluntad, no solo licita, sino santamente, y con mucha perfeccion. ¿Sabeis cómo? «El que no tiene propia voluntad, siempre «hace su propia voluntad.» El religioso que es buen obediente, y no tiene propia voluntad, siempre hace suya voluntad ajena. «Y de aquí es que, no queriendo cumplir la propia voluntad, se halla el haber «cumplido siempre su voluntad.» Procurad vos que vuestra voluntad no sea otra sino la voluntad del Superior, y así todo el dia andaréis haciendo vuestra voluntad, y con mucha perfeccion y merecimiento. Porque de esa manera yo duermo lo que quiero: porque no quiero dormir mas de lo que tiene ordenado la obediencia. Y como lo que quiero, porque no quiero comer mas

de lo que me dan. Y tengo la oracion que quiero, y la leccion, y ocupacion, y penitencia que quiero, porque no quiero en eso sino lo que la obediencia me tiene tasado y ordenado. Y así en todo lo demás. De manera, que el buen religioso, no queriendo hacer su voluntad, viene á hacer siempre su voluntad. Y con eso andan tan alegres y contentos los buenos religiosos. Aquel hacer suya la voluntad de la obediencia, los trae alegres y contentos.

En esto está todo el punto de la facilidad, ó dificultad de la religion, y de esto depende la alegría y contento del religioso. Si vos os resolvéis en dejar vuestra propia voluntad, y tomar por vuestra la voluntad del Superior, haráscos muy fácil y suave la religion, y viviréis con mucho contento y alegría. Pero si teneis otra voluntad diferente de la del Superior, no podréis vivir en la religion: dos voluntades diferentes en uno, no se pueden compatcer: aun con no tener nosotros sino una voluntad sola, por tener un apetito sensitivo que contradice á la voluntad y á la razon, no nos podemos averiguar con él,

con ser ese apetito inferior y subordinado á nuestra voluntad; ¿qué será con dos voluntades, que cada una pretende ser la señora? «Ninguno puede servir á dos señores<sup>1</sup>.» Que no está la dificultad de la religion, tanto en las cosas y trabajos que hay en ella, quanto en la repugnancia de nuestra voluntad, y en la aprehension de nuestra imaginacion: esa es la que nos hace las cosas pesadas y dificultosas. Entenderse há esto bien por la diferencia que experimentamos en nosotros cuando tenemos tentaciones, y cuando no las tenemos: porque cuando estamos sin tentaciones, vemos que se nos hacen las cosas fáciles y ligeras; pero vendráos una tentacion, y cargará sobre vos una tristeza y melancolía, y entonces lo que se os solia hacer fácil, se os hace muy dificultoso; y os parece que no lo podeis llevar, sino que se junta el cielo con la tierra. No está la dificultad en la cosa, pues esa es la misma que se era antes, sino en vuestra mala disposicion, como cuando el enfermo aborrece el manjar, no está la falta en el manjar, que ese

<sup>1</sup> Matth. vi, 24.

bueno es, y bien guisado está, sino en el mal humor del enfermo, el cual le hace que le parezca el manjar malo y desabrido. Así es acá.

Esta es la merced que hace Dios á los que llama á la religion, que les da gusto y sabor en seguir la voluntad ajena: esa es la gracia de la vocacion con que nos aventajó el Señor, sobre nuestros hermanos, que se quedaron allá en el mundo. ¿Quién os dió á vos esa facilidad en dejar vuestra voluntad, y seguir la ajena? ¿quién os dió un corazon nuevo, con que aborreciéseis las cosas del mundo, y gustáseis del recogimiento, y de la oracion, y mortificacion? no os nacistes vos con eso, no por cierto, sino antes con lo contrario: «Porque el sentido y el pensamiento del corazon humano son propensos al mal desde su juventud<sup>1</sup>.» Gracia y don fue ese del Espíritu Santo: él es el que, como buena madre, os puso acibar en los pechos del mundo, para que se os hiciese amargo lo que antes os era dulce, y miel suavísima en las cosas de la virtud y de la re-

<sup>1</sup> Genes. viii. 21.

ligion , para que se os hiciese sabroso y suave lo que antes os parecia amargo y desabrido <sup>1</sup>. Decía la otra Santa (santa Agata): «Gracias infinitas os doy , Señor , por «que me habeis guardado y escogido des- «de mi niñez , y porque habeis quitado de «mi corazon el amor del siglo.» Que no es mucho lo que nosotros hacemos en ser religiosos ; sino es mucha , y muy grande la merced que el Señor nos ha hecho en traernos á la religion , y hacer que gustemos del maná del cielo , gustando los otros , y entreteniéndose con los ajos y cebollas de Egipto.

Algunas veces me pongo á considerar , como los del mundo dejan su voluntad y hacen propia la ajena por sus ganancias é intereses , desde el grande que está al lado del rey , hasta el lacayo y mozo de caballos. Comen , como dicen , á hambre ajena , y duermen á sueño ajeno , y están tan hechos á aquello , y han hecho tan suya la voluntad ajena que gustan ya de aquella manera de vida , y la tienen por entretenimiento : «Y aquellos ciertamente lo hacen

<sup>1</sup> Ambrosius. Ps. cxviii.

«por recibir una corona corruptible, cuando la nuestra ha de ser incorruptible <sup>1</sup>.»  
 Pues, ¿qué mucho que nosotros gustemos de un modo de vivir tan concertado, como el de la religion, y hagamos propia la voluntad del Superior, que es mejor que la nuestra? Si aquellos por una poca de honra y de interés temporal hacen tan suya la voluntad ajena, que les es ya gusto y entretenimiento el seguirla, y el hacer de las noches días, y de los días noches; ¿qué mucho que nosotros hagamos esto por el amor de Dios, y por alcanzar la vida eterna? Pues resolvámonos en hacer nuestra la voluntad del Superior, y de esa manera siempre harémos nuestra voluntad, y viviremos muy contentos y alegres en la religion, y será nuestra alegría y gozo muy espiritual.

Ahora volvamos á nuestro intento, y apliquemos esto á nuestro propósito. Hagamos nuestra la voluntad de Dios, conformándonos con ella en todas las cosas, y no teniendo otro querer, ni no querer sino lo que Dios quiere ó no quiere; y de esa ma-

<sup>1</sup> 1 Cor. ix. 25.

nera vendrémos á hacer siempre nuestra propia voluntad , y á vivir con grande contento y alegría. Claro está que si vos no quisiéreis sino lo que Dios quiere , que se cumplirá vuestra voluntad , porque se cumplirá la de Dios , que es lo que vos quereis y deseais. Aun allá Séneca acertó á decir esto. Lo mas subido y perfecto del hombre , dice <sup>1</sup> , es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades , y llevar todo lo que sucediere , como si por su voluntad propia le sucediese. Porque obligado está el hombre á quererlo así , sabiendo que es esa la divina voluntad. ¡ Ó qué contentos viviríamos , si acertásemos á hacer nuestra la voluntad de Dios , y á nunca querer sino lo que él quiere ! No solo porque siempre se cumpliría nuestra voluntad , sino principalmente por ver que siempre se cumple y hace la voluntad de Dios , á quien tanto amamos. Que aunque nos hayamos de ayudar de lo dicho , pero en esto habemos de venir á parar. Y esto es en lo que habemos de poner todo nuestro contento , en el contentamiento de Dios , y en el cumplimien-

<sup>1</sup> In prefat. lib. iii , viat. quest.

to de su santísima y divina voluntad: «Todas las cosas que el Señor quiso, hizo en el cielo, en la tierra, en el mar y en todos los abismos <sup>1</sup>.» Todas las cosas que el Señor quiso, hizo: y hará todas las que quisiere. Y puede hacer cuanto puede querer, como dice el Sabio: «Está en tu mano el poder hacer lo que quisieres <sup>2</sup>.» Y no hay quien se lo pueda estorbar, ni quien le pueda resistir: «Todo está bajo vuestro imperio, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad <sup>3</sup>.» «Porque, ¿quién podrá resistir á su voluntad <sup>4</sup>?»

## CAPÍTULO VII.

*De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.*

Otro grande bien y provecho hay en este ejercicio, y es, que esta conformidad y resignacion entera con la voluntad de Dios, es de las mejores y mas principales disposiciones que de nuestra parte podemos

<sup>1</sup> Ps. XXXIV, 6. — <sup>2</sup> Sap. XII, 18. — <sup>3</sup> Ester. III, 19. — <sup>4</sup> Roman. IX, 19.

poner para que el Señor nos haga mercedes, y nos llene de bienes. Y así, cuando Dios nuestro Señor quiso hacer á san Pablo, de perseguidor, predicador y apóstol suyo, le previno y dispuso con esta disposicion. Envióle una gran luz del cielo, que le derribó del caballo, y le abrió los ojos del alma y le hizo decir <sup>1</sup>: «Señor, «¿qué quereis que haga?» véisme aquí, Señor, como un poco de barro en vuestras manos, para que hagais de mi lo que quisierais. Y así hizo Dios de él «un vaso escogido, para que llevase y derramase «su nombre por todo el mundo <sup>2</sup>.» De la santa virgen Gertrudis se lee <sup>3</sup>, que le dijo Dios: cualquiera que desea que yo venga libremente á morar en él, ha de resignarme la llave de la propia voluntad, sin volvérmela mas á pedir. Por esto, nuestro Padre <sup>4</sup> nos pone esta resignacion é indiferencia por la principal disposicion, para recibir grandes mercedes de Dios. Y con esa quiere que entre uno en los ejercicios. Y ese es el fundamento que nos pone al

<sup>1</sup> Act. ix, 6. — <sup>2</sup> Ibid. v, 13. — <sup>3</sup> Apud Blos. c. 11. *monitis spirit.* — <sup>4</sup> En el libro de sus Ejerc.

principio de ellos. Que estemos indiferentes y despegados de todas las cosas del mundo, no deseando mas esto que aquello; sino deseando que en todo se cumpla y haga en nosotros la voluntad de Dios. Y en las reglas ó anotaciones que pone, para mas ayudar así al que da, como al que hace los ejercicios, en la quinta de ellas dice, ayudarále muy mucho al que hace los ejercicios entregarse, y ofrecerse liberalmente, y del todo en las manos de Dios, para que haga de él y de sus cosas lo que él fuere mas servido. Y la razon de ser esta tan gran disposicion y medio para que el Señor nos haga mercedes, es, porque por una parte se quitan con esto los estorbos é impedimentos que podia haber de nuestras malas aficiones y deseos: y por otra cuanto uno mas se fia de Dios, poniéndose del todo en sus manos, y no queriendo sino lo que él quiere, tanto mas obliga á Dios á que mire por él y por todo lo que le conviene.

Por otra via es tambien esta conformidad con la voluntad de Dios, medio muy eficaz para adquirir y alcanzar todas las virtudes. Porque estas se adquieren con el ejercicio

de sus actos. Ese es el modo natural para alcanzar los hábitos; y de esa manera quiere tambien Dios darnos la virtud; porque quiere él obrar las obras de gracia, conforme á las obras de naturaleza. Pues ejercitaos vos en esta resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, y de esa manera os ejercitaréis en todas las virtudes, y asi las vendréis á alcanzar. Porque unas veces se os ofrecerán ocasiones de humildad, otras de obediencia, otras de pobreza, otras de paciencia, y así de las demás virtudes. Y mientras mas os ejercitáreis en esta resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, y mas fuéreis creciendo y perfeccionándoos en ella, mas iréis creciendo y perfeccionándoos en todas las virtudes. «Júntate con Dios y sufre con paciencia, para que al fin crezca tu vida<sup>1</sup>.» Dice el Sabio: juntaos con Dios, conformaos en todo con su voluntad. *Conglutinare Deo*, dice otra letra: «Allegaos, y uníos con él,» y de esa manera creceréis y aprovecharéis mucho. Por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual, y es ma-

<sup>1</sup> Eccli. II, 3.

ravilloso consejo, que pongamos los ojos en una virtud superior, la cual encierre en sí las demás, y que esa procuremos principalmente en la oracion, y á esa enderecemos el exámen y todos nuestros ejercicios, porque poniendo los ojos en una cosa, es mas fácil dar tras ella, y alcanzado esa, se alcanza todo. Pues una de las cosas principales en que podemos poner los ojos para esto, es esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios. Y así, en esta, será muy bien empleada la oracion, y el exámen, aunque gastemos en eso muchos años y toda ia vida; porque si esta alcanzamos, alcanzaremos todas las virtudes.

Sobre aquellas palabras del apóstol san Pablo: «Señor, ¿qué quereis que haga?» dice san Bernardo<sup>1</sup>: «Ó palabra breve, «pero llena, todo lo abraza, ninguna cosa «deja! Señor, ¿qué quereis que haga? palabra breve pero compendiosa, pero viva, «pero eficaz y digna de ser muy estimada.» Pues si quereis un documento breve y compendioso para alcanzar la perfeccion, este es; decid siempre con el Apóstol: Señor,

<sup>1</sup> Ser. 1, de convers. S. Sauli.

¿qué quereis que haga? y con el Profeta :  
«dispuesto y preparado está mi corazón,  
«Señor, dispuesto y preparado está» para  
todo lo que quisiéreis de mí <sup>1</sup>. Traed siem-  
pre esto en la boca y en el corazón, y al  
paso que fuéreis creciendo en esto, iréis  
creciendo en perfeccion

Otro bien y provecho hay tambien en este  
ejercicio, y es que podemos sacar de él un  
remedio muy bueno para cierto género y  
manera de tentaciones que se suelen ofre-  
cer. El demonio procura algunas veces in-  
quietarnos con algunas tentaciones de pen-  
samientos condicionales y de preguntas : si  
el otro te dijese esto ; ¿qué responderias? si  
acaeciese esto ; ¿qué harias? en este caso,  
¿cómo te habrias? y como él es tan sutil,  
representanos las cosas de tal manera que  
por cualquiera parte, parece que nos ha-  
llamos perplejos y no acertamos á salir por  
hallar allí armado lazo ; porque el demonio  
no cura de que sea verdadero ó aparente y  
fingido aquello con que engaña ; como él  
haga su hecho de traer al hombre á algun  
consentimiento malo, no le importa mas eso

<sup>1</sup> Ps. lvi, 8.

que esotro. En estas tentaciones, dicen comunmente, que no está uno obligado á responder ni sí, ni no; antes hará mejor en no responder. Y especialmente á gente escrupulosa les conviene mas esto; porque si comienzan á trabar pláticas con el demonio, y andar en demandas y respuestas con él; eso es lo que él quiere, porque á él no le faltarán réplicas, y por bien librados que salgan de la escaramuza, saldrán quebrada la cabeza. Pero una respuesta hallo yo buena y provechosa para estas tentaciones; y responder esto lo tengo por mejor que el no responder y es lo que vamos diciendo: á cualquiera cosa de esas puede uno responder á ojos cerrados: si eso es voluntad de Dios, yo lo quiero; si Dios quiere eso, yo tambien lo quiero; yo querria en eso, lo que Dios quisiese; en todo me remito á la voluntad de Dios; yo haria en eso lo que fuese obligado: el Señor me daria gracia para que en eso no le ofendiese, sino que hiciese lo que fuese su voluntad. Esta es una respuesta general que satisface muy bien á todo, y no tiene dificultad así en general, sino mucha facilidad; porque si es voluntad de Dios, es

buena; si es voluntad de Dios es lo mejor; si es voluntad de Dios, es lo que á mi mas me conviene. Bien seguramente me puedo arrojar en la voluntad de Dios y decir todas estas cosas; y con eso quedará el demonio muy burlado y confundido; y nosotros muy contentos y animados con la victoria. Así como en las tentaciones de fe aconsejan, que no respondamos á ellas en particular, especialmente á los escrupulosos, sino que digamos en general, yo tengo y creo, todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia; así en estas tentaciones es muy buen remedio no responder en particular, sino acogernos á la voluntad de Dios, que es sumamente buena y perfecta.

---

## CAPÍTULO VIII.

*En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada á Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfeccion grande que hay en él.*

Cuenta Cesario <sup>1</sup>, que en un monasterio habia un monje, al qual habia Dios dado tanta gracia de hacer milagros, que con solo tocar sus vestiduras ó el cingulo con que se ceñia, sanaba los enfermos. Lo qual como considerase atentamente su abad, y por otra parte no viese en aquel monje cosa especial que resplandeciese de santidad, llamóle aparte y preguntóle, ¿qué le dijese la causa de hacer Dios por él tantos milagros? él respondió que no lo sabia, porque yo, dice, no ayuno mas que los demás, ni hago mas disciplinas, ni penitencias, ni tengo mas tiempo de oracion, ni trabajo ni velo mas. Lo que puedo decir de mí, es que ni las cosas prósperas me levantan, ni las adversas me desmayan; ninguna cosa que acontezca me turba ni inquieta. Con la misma paz y

<sup>1</sup> Lib. x, dialog. cap. 6.

sosego está mi alma en todos los sucesos por diversos que sean, ahora sean propios, ahora ajenos. Díjole el abad, ¿no os turbastes ó inquietastes algo el otro día, cuando aquel caballero nuestro contrario pegó fuego á nuestra granja y la quemó? no, di-  
cè, ninguna turbacion senti en mi alma, porque todo lo tengo ya dejado en las manos de Dios, y así lo próspero como lo adverso, y lo poco como lo mucho, lo tomo por igual hacimiento de gracias como venido de su mano. Y conoció entonces el abad que esta era la causa de aquella virtud de hacer milagros.

Blosio cuenta <sup>1</sup>, que siendo preguntado de un teólogo cierto pobre mendigo de vida perfecta, ¿cómo habia alcanzado la perfeccion? respondió de esta manera: Determiné llegarme á sola la divina voluntad, con la cual de tal suerte conformé la mia, que cuanto Dios quiere tambien lo quiero yo. Cuando la hambre me fatiga, cuando el frio me molesta, alaho á Dios. Ahora sea el aire sereno, ahora recio y tempestuoso, asimismo alabo á Dios. Cualquiera cosa que él me

<sup>1</sup> In appen. ad institut. spiritual. cap 3, in fine.

da ó permite que me venga, ahora sea próspera ahora adversa, ahora sea dulce, ahora amarga y desabrida, la recibo de su mano con grande alegría como cosa muy buena, resignándome todo en él con humildad. Jamás pude hallar descanso en cosa alguna que no fuese Dios. Y ya hallé á mi Dios, donde tengo descanso y paz eterna.

El mismo cuenta <sup>1</sup> de una santa vírgen, que siendo preguntada, ¿cómo habia alcanzado la perfeccion? respondió: Todos los trabajos y adversidades las tomé con gran conformidad como venidas de la mano de Dios; y á cualquiera que me hacia alguna injuria ó me daba alguna molestia, procuré recompensárselo haciéndole algun particular beneficio. A ninguno me quejé de mis trabajos, sino solamente acudia á Dios del cual recibia luego esfuerzo y consuelo.

De otra vírgen de gran santidad, dice, que preguntada, ¿con qué ejercicios habia alcanzado tanta perfeccion? respondió con mucha humildad: Nunca tuve tantos dolores y trabajos, que no desease padecerlos mayores por amor de Dios, teniéndolos por

<sup>1</sup> Ubi supr.

dones grandes suyos y juzgándome por indigna de ellos.

Cuenta Taulero <sup>1</sup> que á una sierva de Dios totalmente resignada en sus manos encomendaban diferentes personas, que hiciese oracion por algunos negocios: ella respondia que sí haria, y á veces se olvidaba; y todo cuanto le encargaban sucedia á pedir de boca: volvian á darle las gracias, como si por su oracion lo hubieran alcanzado, y ella se confundia y decia, que las diesen á Dios que ella no habia puesto nada de su parte. Vinieron de esta manera muchos: ella fuése á Dios á formar amorosa querella de él; porque todos los negocios que á ella le encomendaban los efectuaba de suerte, que á ella le viniesen á dar las gracias no habiendo ella hecho nada. Respondióle el Señor: Mira, hija, el dia que tú me diste á mí tu voluntad, te di yo la mia: y aunque no me pidas nada particularmente, como yo entienda que gustas tú de ello lo hago como tú quisieras.

En las vidas de los Padres se cuenta de un labrador, que siempre sus campos y vi-

<sup>1</sup> Ser. 1, de Circuncis.

ñas llevaban mas abundantes frutos que las de los otros. Preguntado de sus vecinos ¿cómo era aquello? respondió que no se espantasen de tener él mejores frutos que ellos, porque tenia siempre los tiempos como él los queria. Y espantándose los otros mas de esto, preguntáronle, que ¿cómo podia ser aquello? respondió, yo nunca quiero otro tiempo, sino el que Dios quiere: y como yo quiero lo que Dios quiere, dame él los frutos como yo los quiero.

Del bienaventurado san Martin obispo, cuenta Severo Sulpicio en su vida, que el tiempo que conversó con él, nunca le vió airado ni triste, sino siempre con mucha paz y alegría. Y la causa de esto, dice, era porque todo cuanto le sucedia, lo tomaba y recibia como cosa enviada de la mano de Dios, y así se conformaba en todo con su voluntad, con grande igualdad y alegría.

---

## CAPÍTULO IX.

*De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios.*

Para que este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios se nos haga fácil y suave, es menester: lo primero, que tengamos siempre delante de los ojos aquel fundamento que pusimos al principio <sup>1</sup>, que ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir ni acontecer que no pase por las manos de Dios, y venga colado y registrado por su voluntad. Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Señor, no solamente de palabra, sino también con su ejemplo. Cuando mandó á san Pedro la noche de su pasión, que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre <sup>2</sup>?» No dijo, el cáliz que me ha procurado Judas, ó los escribas y fariseos, porque sabia bien que todos esos no eran sino criados que le servian la copa del Padre, y que lo que ellos hacian con malicia

<sup>1</sup> Cap. I y II. — <sup>2</sup> Joann. xviii, 11.

y envidia, el Padre eterno con su infinita bondad y sabiduría lo ordenaba para remedio del género humano. Y así dijo también después á Pilato, que decia que tenia potestad de crucificarle y de librarle: «No  
«tendrías tú potestad ninguna contra mí, si  
«no te la hubiesen dado de arriba <sup>1</sup>;» declarando los santos: «De manera que todo  
«vino de arriba por disposicion y orden de  
«Dios <sup>2</sup>.»

Dijo esto maravillosamente el apóstol san Pedro en el capítulo cuarto de los actos de los Apóstoles, declarando aquello del Profeta: «¿Por qué bramaron las gentes, y los  
«pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra y los príncipes  
«se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo <sup>3</sup>.» Declara y dice: «Porque  
«verdaderamente se ligaron á una en esta  
«ciudad contra tu santo Hijo Jesús, al que  
«ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los  
«gentiles y con los pueblos de Israel, para  
«hacer lo que tu mano y tu consejo decre-

<sup>1</sup> Joann. xix, 11. — <sup>2</sup> Chris. hom. 83 in Joann. — Cyril. lib. xii, c. xxii, in Joann. — Irenæ. lib. iv, contra hæreses, cap. 31. — <sup>3</sup> Ps. ii, 12.

«taron que se hiciese <sup>1</sup>.» Juntáronse los príncipes y potestades de la tierra contra Cristo nuestro Redentor, para ejecutar y poner por obra lo que en el consistorio de la santísima Trinidad se había decretado y determinado, porque no podían ellos hacer mas que eso: y así vemos que cuando Dios no quiso, no fue bastante todo el poder del rey Herodes para quitarle la vida cuando niño. Y aunque hizo matar á todos los niños que había en aquella comarca, de dos años abajo, no pudo dar con el niño que buscaba, porque no quería él morir entonces. Y los judíos y fariseos muchas veces quisieron echar mano de Cristo y darle la muerte: una vez le llevaron á lo alto del monte, sobre que estaba edificada su ciudad, para despeñarle de allí abajo; y dice el sagrado Evangelio: «Él ibase con mucha paz por medio de ellos <sup>2</sup>;» porque no había escogido aquella manera de muerte, y así ellos no se la podían dar. Otra vez le quisieron apedrear y tenían ya las manos levantadas en alto con sus piedras para tirarle, y pónese Cristo nuestro Redentor con

<sup>1</sup> Act. iv, 25, 28. — <sup>2</sup> Luc. iv, 30.

mucha paz á razonar con ellos, y preguntarles <sup>1</sup>: «Muchas buenas obras os he hecho, «¿por cuál de ellas me quereis apedrear?» no permitió ni les dió licencia que meneasen las manos: «Porque no éra llegada su «hora.» Pero cuando llegó la hora en que él habia determinado de morir, entonces pudieron hacer lo que el Señor habia determinado padecer: porque quiso él, y les dió entonces licencia para ello. «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas,» les dijo cuando le vinieron á prender <sup>2</sup>. Cada dia estaba con vosotros en el templo y no me prendistes, porque no era llegada la hora; ya es llegada, y así véisme aquí, yo soy. ¿Qué hizo allá Saul que fue figura de esto? ¿qué diligencias y medios puso para haber á las manos á David, un rey de Israel, contra un hombre particular? «Para buscar «una pulga,» como dijo el mismo David, y con todo eso nunca le pudo haber <sup>3</sup>. Nótao muy bien la divina Escritura, y da esta razon: «Porque no quiso Dios entregarle en «sus manos.» Ahí está todo el punto.

<sup>1</sup> Joann. x, 32. — <sup>2</sup> Luc. xxii, 53. — <sup>3</sup> 1 Reg. xxvi, 20.

Y así nota muy bien san Cipriano <sup>1</sup> sobre aquellas palabras: «Y no permitais que «nosotros caigamos en la tentacion:» que todo nuestro temor y toda nuestra devocion y atencion en las tentaciones y trabajos la habemos de poner en Dios; porque ni el demonio ni otro ninguno, nos puede hacer mal alguno si Dios primero no le da poder para ello.

Lo segundo, aunque esta verdad bien sentida, es muy bastante y de grande eficacia para conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios, con todo eso no habemos de parar ahí, sino pasar adelante á otra cosa que se sigue de esa y la notan los Santos; y es que juntamente con venirnos todas las cosas de la mano de Dios, habemos de entender que vienen para nuestro bien y provecho. Las penas de los condenados de mano de Dios les vienen, empero no para provecho y remedio de ellos, sino para puro castigo; mas las penas y trabajos que en esta vida envia Dios á los hombres, ahora sean justos, ahora pecadores, siempre habemos de creer y confiar de

<sup>1</sup> Ser. de orat. dominica.

aquella infinita bondad y misericordia que los envia para nuestro mayor bien , y porque aquello es lo que mas conviene para nuestra salvacion. Así lo dijo la santa Judit á su pueblo , cuando estaban en aquella afliccion y aprieto tan grande cercados de sus enemigos: « Creamos que nos ha enviado Dios estos trabajos , no para nuestra « perdicion , sino para enmienda y provecho « nuestro <sup>1</sup>. » De una voluntad tan buena como la de Dios y que tanto nos ama , bien ciertos y seguros podemos estar , que no quiere sino lo bueno y lo mejor , y lo que mas nos conviene á nosotros. Lo cual adelante se declarará mas en los capitulos X y XXII.

Lo tercero , para que nos aprovechemos mas de esta verdad , y este medio sea mas eficaz para alcanzar una perfecta conformidad con la voluntad de Dios , no nos habemos de contentar con entender especulativamente que todas las cosas vienen de la mano de Dios , ni con creerlo en general y á carga cerrada , porque así nos lo dice la fe , ó porque así lo habemos leído ú oído ;

<sup>1</sup> Judith viii , 27.

sino es menester que actuemos y avivemos esta fe, procurando de entender y sentir esto prácticamente, de manera que vengamos á tomar todas las cosas que nos suceden, como si sensible y visiblemente viésemos á Cristo nuestro Señor que nos está diciendo: Toma, hijo, esto te envío, mi voluntad es que hagas ó padezcas ahora esto y esto; porque de esa manera se nos hará muy fácil y muy suave el conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios. Porque si se os apareciera el mismo Jesucristo en persona y os dijere: Mira, hijo, que esto es lo que quiero de ti, este trabajo ó enfermedad quiero que padezcas ahora por mí; en este oficio ó ministerio quiero que me sirvas; claro está que aunque fuese la cosa mas dificultosa del mundo, la hariais de muy buena voluntad todos los dias de vuestra vida, y os tendriais por muy dichoso de que Dios se quisiese servir de vos en aquello; y por mandároslo él entenderiais que aquello era lo mejor y lo que mas convenia para vuestra salvacion, y no dudariais de eso ni os vendria primer movimiento contra ello. Lo cuarto, es menester que en la oracion nos

ejercitemos y actuemos mucho en este ejercicio, cavando y ahondando en aquella riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros; porque de esa manera daremos con este tesoro. Lo cual iremos declarando en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO X

*De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él.*

Una de las mayores riquezas y tesoros de que gozamos los que tenemos fe, es la providencia tan particular y tan paternal que Dios tiene de nosotros, que estamos ciertos que no nos puede venir ni acontecer cosa alguna, que no venga colada y registrada por las manos de Dios. Y así decía el profeta David: «Habeisnos, Señor, «cercado y guardado con vuestra buena «voluntad, como un escudo fuertísimo<sup>1</sup>.» Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede en-

<sup>1</sup> Ps. v, 13.

trar ninguna cosa sino por ella; y así no hay que temer, porque no dejará él entrar ni pasar á nosotros cosa alguna, sino es para mayor bien y provecho nuestro. «Porque  
 «me escondió en su tabernáculo: en el día  
 «de los males me puso á cubierto en lo es-  
 «condido de su tabernáculo <sup>1</sup>.» Dice el  
 real Profeta: En lo mas secreto de su ta-  
 bernáculo y de su recámara nos tiene Dios  
 escondidos: debajo de sus alas nos tiene  
 guardados, y mas que eso dice: «Escónde-  
 «nos el Señor en lo mas escondido y am-  
 «parado de su rostro <sup>2</sup>,» que son los ojos;  
 en las niñas de ellos nos esconde. Y así  
 dice otra letra: «En los ojos de tu rostro.»  
 Hácenos Dios niñas de sus ojos, para que  
 así se verifique bien lo que dice en otra par-  
 te: «Guárdame como la niña de tu ojo <sup>3</sup>.»  
 «El que os tocare, me tocará en la niña de  
 «mi ojo <sup>4</sup>.» Como las niñas de los ojos,  
 así estamos guardados debajo de su amparo  
 y proteccion; y quien tocare á vosotros, di-  
 ce Dios, me toca á mi en la lumbre de los  
 ojos. No se puede imaginar cosa mas rica,

<sup>1</sup> Ps. xxvi, 3. — <sup>2</sup> Ps. 30, 21. — <sup>3</sup> Ps. xvi, 8. —

<sup>4</sup> Zac. ii, 8.

ni mas preciosa , ni mas para estimar y desear que esta.

¡Ó si acabásemos de conocer y entender bien esto! ¡Cuán amparados y remediados nos sentiríamos, y cuán confiados y consolados estaríamos en todas nuestras necesidades y trabajos! Si acá un hijo tuviese un padre muy rico y poderoso , y muy privado y favorecido del rey, ¡qué confiado y seguro estaría en todos los negocios que se le ofreciesen, que no le faltaria el favor y amparo de su padre! Pues con cuánta mayor razon habemos nosotros de tener esta confianza y seguridad considerando que tenemos por padre á aquel, en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, y que no nos puede acontecer cosa alguna sin que primero pase por su mano. Si esta manera de confianza tiene un hijo con su padre y con ella duerme seguro, ¿cuánto mas la debemos nosotros tener en aquel que es mas padre que todos los padres, y que en su comparacion no merecen los otros nombre de padres? Porque no hay entrañas de amor que se puedan comparar á las que Dios tiene con nosotros. Sobrepuja infinitamente todos

los amores que pueden tener todos los padres de la tierra. De tal Padre y Señor bien confiados y seguros podemos estar, que todo lo que nos enviare será para nuestro mayor bien y provecho. Porque el amor que nos tiene en su unigénito Hijo, no le dejará hacer otra cosa, sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó á su Hijo á dolores de cruz. Dice el apóstol san Pablo <sup>1</sup>: «El que nos dió á su unigénito Hijo y le entregó á muerte por nosotros, ¿qué no hará por nosotros? El que nos ha dado lo mas, ¿cómo no nos dará lo menos?» Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto mas los religiosos, á quien él particularmente ha recibido por suyos, y les ha dado espíritu y corazón de hijos y hecho que nieguen y dejen á sus padres carnales y que tomen á él por padre? ¿Qué corazón y amor de padre y qué cuidado y providencia tendrá Dios con estos tales? «Porque mi padre y mi madre me dejaron; mas el Señor me tomó por su cuenta <sup>2</sup>.» ¡Ó qué buen padre habeis tomado, en lugar del que dejastes! Con mas razón y con

<sup>1</sup> Ad Rom. VIII, 32. — <sup>2</sup> Ps. XXXVI, 10.

mayor confianza podeis vos decir: « Dios se  
 « ha encargado y tomado cuidado de mí y  
 « de todas mis cosas, no me faltará nada <sup>1</sup>. »  
 « Yo soy mendigo y pobre: Dios anda soli-  
 « cito y cuidadoso de mí <sup>2</sup>. » ¿ Quién no se  
 consolará con esto, y se derretirá en amor  
 de Dios? ¡ Qué estais Vos, Señor, encarga-  
 do de mí y teneis tanto cuidado de mí, co-  
 mo si en el cielo y en la tierra no tuviérais  
 otra criatura que gobernar, sino á mí solo!  
 ¡ Ó si cavásemos y ahondásemos bien en  
 este amor y providencia, y proteccion tan  
 paternal y tan particular que tiene Dios de  
 nosotros!

De aquí nace en los verdaderos siervos  
 de Dios una muy familiar y lilial confianza  
 en él, la cual en algunos es tan grande, que  
 no hay hijo en el mundo que esté en todas  
 sus cosas tan confiado en la proteccion de  
 su padre, quanto ellos lo están en la de  
 Dios. Porque saben que tiene para con ellos  
 entrañas mas que de padre y mas que de  
 madre, que suelen ser mas tiernas, como  
 lo dice él por Isaías <sup>3</sup>. « ¿ Qué madre hay,  
 « que se olvide de su hijo chiquito? y ¿ que

<sup>1</sup> Ps. xxii, 1. — <sup>2</sup> Ps. xxxix, 18. — <sup>3</sup> xliv, 13.

«no tenga corazon para apiadarse del que  
«salió de sus entrañas? Pues si fuere posi-  
«ble que haya alguna madre en quien pue-  
«da caber este olvido, en mí, dice el Señor,  
«nunca jamás cabrá, porque en mis manos  
«le tengo eserito y tus muros están siempre  
«delante de mí.» Como si dijera, tráigote  
en las palmas y téngote siempre delante de  
mis ojos, para ampararte y defenderte. Y  
por el mismo Profeta nos declara esto con  
otra comparacion muy regalada: «Yo os  
«llevo en mi seno y traigo en mi matriz<sup>1</sup>.»  
Así como la mujer que ha concebido trae el  
niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve  
de casa, de litera, de muro, de sustento y  
de todas las cosas, de esa manera dice Dios  
que nos trae en sus entrañas. Con esto vi-  
ven los siervos de Dios tan confiados y se  
tienen por tan socorridos y remediados en  
todas sus cosas, que no se turbau ni inquietan  
con los varios acaecimientos de esta vi-  
da, «y en el tiempo de la sequedad no es-  
«tará congojoso<sup>2</sup>.» El corazon de los justos,  
dice el profeta Jeremías, no tiene zozobra  
ni pierde su quietud y sosiego por los diver-

<sup>1</sup> Cap. XLVI, 3. — <sup>2</sup> Jerem. XVII, 8.

esos sucesos y acontecimientos, porque saben que ninguna cosa puede acontecer sin voluntad de su Padre, y están muy satisfechos y confiados de su grande amor y bondad, que todo será para mayor bien suyo, y que todo lo que les quitare por una parte, se lo volverá por otra en cosa que mas les valga.

De esta confianza tan familiar y tan de hijos, que los justos tienen en Dios, nace en su alma la paz, tranquilidad y seguridad grande que tienen, conforme aquello de Isaias, en el c. xxxii: «Reposarán sus hijos en una «hermosísima paz, y en los tabernáculos de «la confianza, y en un descanso muy cumplido y muy abastado de todos los bienes.» Donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza; porque de lo uno se sigue lo otro. De la confianza se sigue la paz; porque quien está muy confiado en Dios, no tiene que temer ni que turbarse, pues tiene á Dios por valedor. Y así decía el Profeta<sup>1</sup>: «En paz juntamente dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia.»

Y mas: no solo causa grande paz esta con-

<sup>1</sup> Ps. iv, 9.

lianza liliat, sino grande gozo y alegría. «El  
«Dios de la esperanza, dice el apóstol san  
«Pablo, os colme de todo gozo y de paz en  
«el creer, para que abundeis en esperanza  
«y en la virtud del Espíritu Santo <sup>1</sup>.» Aquel  
crédito que Dios sabe lo que hace y que lo  
hace por nuestro bien, hace no sentir aque-  
llos alborotos y aquellas congojas y desa-  
sosiegos que sienten los que miran las cosas  
con ojos de carne, sino antes estar con mu-  
cho gozo y alegría en todos los acaecimien-  
tos. Y mientras mas abundare uno en esta  
confianza, mas abundará en gozo y alegría  
espiritual; porque mientras mas se fia y  
ama, mas quieto y seguro está de que todo  
se le ha de convertir en bien, y no puede  
creer ni esperar menos de aquella bondad  
y amor infinito de Dios.

Esto hacia á los Santos estar tan quietos  
y seguros en medio de los trabajos y peli-  
gros, que ni temian á los hombres, ni á los  
demonios, ni á las bestias, ni á las demás  
criaturas irracionales; porque sabian que  
sin licencia y voluntad de Dios no podian  
tocar á ellos. Y así cuenta san Atanasio del

<sup>1</sup> Ad Rom. xv, 13.

bienaventurado san Antonio, que le aparecieron una vez los demonios en diversas formas espantables, y en figura de fieros animales, de leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parecía que le querían ya tragar; y el Santo hacia burla de ellos y deciales: Siuviéseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois flacos, que Dios os ha quitado las fuerzas, procurais de juntaros mucha canalla para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, véisme aquí, tragadme: mas si no teneis poder y licencia de Dios, ¿para qué trabajais en balde? Donde se ve bien la paz y fortaleza grande que causaba en este Santo el entender que ninguna cosa le podian hacer sin la voluntad de Dios; y el estar él tan conforme con ella. De estos tenemos muchos ejemplos en las historias Eclesiásticas. San Gregorio en el libro tercero de sus Diálogos c. xvi, nos refiere un ejemplo muy parecido á este. De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos un ejemplo se-

mejante, en el libro quinto de su vida. Y en el segundo libro se cuenta de él, que navegando una vez para Roma se levantó una tan recia tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento y perdidas muchas jarcias, todos temian y se preparaban para morir pareciéndoles ser ya llegada su hora. Y en este trance tan peligroso, cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, dice que él no sentia en sí temor alguno. Solo le daba pena el parecerle que no habia servido á Dios tanto como debiera; empero en lo demás no hallaba que temer: «porque la mar y los vientos «tambien obedecen á Dios<sup>1</sup>,» y sin licencia y voluntad suya no se levantan las olas ni las tempestades, ni pueden anegar á nadie. Pues á esta familiar y filial confianza en Dios, y á esta tranquilidad y seguridad habemos nosotros de procurar llegar con la gracia del Señor, mediante este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, cavando y ahondando con la oracion y consideracion en esta riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que

<sup>1</sup> Matth. viii, 27.

Dios tiene de nosotros. Estoy cierto que ninguna cosa me puede acontecer, y que ninguna cosa me pueden hacer ni los hombres, ni los demonios, ni criatura alguna mas de lo que Dios quisiere y les diere licencia; pues eso hágase en mí en buen hora, que yo no lo rehuso ni quiero otra cosa sino la voluntad de Dios.

De santa Gertrudis leemos, en Blosio, c. xi, monil. spirit., que jamás le pudieron oscurecer la constancia y segura confianza que tenia en la benignísima misericordia de Dios, ningun peligro, ni tribulacion, ni la pérdida de sus cosas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados y defectos propios; porque confiaba certisimamente, que todas las cosas así prósperas como adversas, la divina Providencia las convertia en su bien. Y una vez le dijo el Señor á esta santa virgen: Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazon y hace tanta fuerza á mi piedad, que á semejante hombre, en cierta manera, ni le puedo favorecer por el

contento que recibo en verle colgado de mí y por aumentarle el merecimiento; ni dejarle de favorecer por acudir á quien yo soy y á lo mucho que le quiero. Habla á nuestro modo, como que el amor le suspende.

De santa Matilde se cuenta que le dijo el Señor <sup>1</sup>: Mucho contento me da que los hombres confien de mi bondad y presuman de mí, porque cualquiera que humildemente estuviere muy confiado y se fiare bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré mas bien que él merece. Quanto uno mas fiare y presumiere de mi bondad, tanto mas alcanzará; porque es imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaria habiéndolo yo prometido. Y por esta razon le es provechoso al hombre, que esperando de mí cosas grandes se fie bien de mí. Y á la misma Matilde que preguntó al Señor, ¿qué era lo que principalmente era razon que se creyese de su inefable bondad? Le respondió: Cree con fe cierta que yo te recibiré después de tu muerte, como el padre recibe á su muy querido hijo; y que jamás hubo pa-

<sup>1</sup> Apud Blos. *ibid.*

dre, que con tanta fidelidad repartiase su hacienda con su único hijo, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y á mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.

## CAPÍTULO XI.

*De algunos lugares y ejemplos de la sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y íntima confianza en Dios.*

Cuanto á lo primero, será bien que veamos la grande costumbre que tenian aquellos Padres antiguos de atribuir á Dios todos los sucesos, por cualquiera via ó medio que viniesen. En el c. XLII del Génesis cuenta la sagrada Escritura, que viniendo los hermanos de Josef con trigo comprado de Egipto, como él hubiese mandado á su mayordomo que en la boca del costal de cada uno pusiese atado el dinero del trigo como ellos lo habian traído: yendo su camino pararon en un meson, y queriendo dar de comer del trigo que traian á sus bestias, el

primero de ellos abriendo su costal vió luego su bolsillo con el dinero y dijolo á los otros, y acudiendo cada uno á su costal hallan allí su dinero. Dice, pues, que dijeron turbados entre sí: «¿Qué será esto que ha hecho Dios con nosotros?» Es mucho de notar que no dicen, trampa es esta que nos han armado; alguna calumnia hay aquí. Ni dijeron: el mayordomo por descuido se dejó el dinero de cada uno en su costal. Ni dicen: quizá nos quiso hacer limosna del dinero. Sino atribuyéndolo á Dios dicen, ¿qué quiere ser esto que ha hecho Dios con nosotros? Confesando, que pues no se mueve la boja del árbol sin voluntad de Dios, que tampoco aquello sucedia sino por su voluntad. Y cuando habiendo ido Jacob á Egipto le fué Josef á visitar con sus hijos, y le preguntó el viejo, ¿qué niños eran aquellos? Respondió: «Hijos míos son que Dios me ha dado en esta tierra de Egipto<sup>1</sup>.» Lo mismo respondió Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú y le preguntó, ¿qué niños eran aquellos que traia? Respondió: «Hijos son que me dió el Se-

<sup>1</sup> Genes. XLVIII, 9.

«ñor <sup>1</sup>.» Y ofreciéndole cierto presente le dijo: «Recibe la bendicion que te he traido, «y que Dios que da todas las cosas me ha «dispensado <sup>2</sup>.» Recibe este presente y llámale bendicion de Dios, cuyo bendecir es bien hacer. La cual, dice, me hizo Dios á mí, que es el que da todas las cosas á todos. Tambien cuando David iba muy enojado á destruir la casa de Naval, y Abigail su mujer le salió al encuentro con un presente para aplacarle, dijo David: «Bendito «sea el señor Dios de Israel que te envió «hoy, para que topándome no pasase adelante á derramar la sangre de la casa de «Naval <sup>3</sup>,» como quien dice, no veniste de tuyo, sino Dios te envió para que yo no pecase; á él debo yo esta merced, él sea loado por ello. Este era el lenguaje comun de aquellos Santos, y debía tambien ser nuestro.

Pero viniendo mas al punto es maravillosa para este propósito aquella historia del santo Josef, que habemos tocado, al cual sus hermanos de envidia porque no vinie-

<sup>1</sup> Genes. xxxiii, 5. — <sup>2</sup> Genes. xxxiii, 11. — <sup>3</sup> I Reg. xxv, 32.

se á mandarles y ser señor de ellos, conforme á lo que habia soñado, le vendieron por esclavo á unos mercaderes de Egipto; y ese mismo medio que ellos tomaron para deshacerle, y que no les viniese á mandar, tomó Dios para cumplir las trazas de su divina providencia, y hacer que viniese á ser señor de ellos, y de toda la tierra de Egipto. Y así dijo el mismo Josef á sus hermanos, cuando se les descubrió, y ellos quedaron espantados y asombrados del caso:

«No queráis temer, ni os espanteis, por  
«haberme vendido para estas partes; por-  
«que para vuestro bien me envió Dios acá,  
«para que tengáis que comer, y no perez-  
«ca, y se acabe el pueblo de Israel <sup>1</sup>.»

«Dios, dice, me envió, que no hizo eso  
«por vuestro consejo, trazas fueron esas  
«de Dios. ¿Por ventura podemos resistir  
«á la voluntad de Dios? Vosotros pensá-  
«teis por esos medios hacerme mal, pero  
«Dios lo convirtió todo en bien, como al  
«presente veis <sup>2</sup>.» Pues, ¿quién con esto  
no se fiará de Dios? ¿Quién temerá las tra-  
zas de los hombres, y los reveses del mun-

<sup>1</sup> Genes. xlv; 5. — <sup>2</sup> Genes. l; 19.

do? pues vemos que son aciertos de Dios, y que los medios que ellos toman para perseguirnos y hacernos mal, esos mismos toma él para nuestro bien y acrecentamiento. «Mi consejo subsistirá, y toda mi voluntad será hecha<sup>1</sup>,» dice él por Isaias: andad por acá y por allá, que al fin se ha de cumplir la voluntad de Dios, y él enderezará esos medios para eso.

San Crisóstomo pondera otra particularidad en esta historia á este propósito. Tratando como el copero de Faraon, después que fue restituido en su oficio, se olvidó de su intérprete Josef por dos años enteros, habiéndole él encargado tanto que se acordase de él, y que intercediese por él delante de Faraon; ¿pensais, dice el Santo, que fue acaso este olvido? Que no fue acaso, sino acuerdo y traza de Dios, que queria aguardar el tiempo oportuno y la coyuntura para sacar de la cárcel á Josef con mayor gloria y honra. Porque si se acordara de él, por ventura con su autoridad le librara luego de la cárcel á la sorda, como dicen, sin que fuera oído ni vis-

<sup>1</sup> Isai. XLVI, 10.

to; y como Dios nuestro Señor pretendia que no saliese de esa manera, sino con grande honra y autoridad, permitió que el otro se olvidase por dos años, para que así se llegase el tiempo de los sueños de Faraon, y entonces á instancia del rey, compelido de la necesidad, saliese con la majestád y gloria que salió, para ser señor de toda la tierra de Egipto. Sabe Dios muy bien, dice san Crisóstomo, como sapientísimo artífice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego, y cuándo se ha de sacar de él.

En el primer libro de los Reyes <sup>1</sup>, tenemos otra historia, en que resplandece mucho la providencia de Dios, en cosas muy particulares y menudas. Habia Dios dicho al profeta Samuel, que él le señalaria quien habia de ser rey de Israel, para que le ungiese; y dicele: «Mañana á estas horas te enviaré al que has de ungir por rey,» que era Saul, y la manera como se le envió, fue esta: piérdense las pollinas de su padre, y dicele el padre que las vaya á buscar. Toma consigo Saul un zagal, y van

<sup>1</sup> Cap. ix, 16.

por esos campos y cerros , y no pudieron descubrir ni hallar rastro de ellas , y queria ya Saul volverse , porque le parecia que se tardaban mucho , y que tendria su padre pena por ellos. Dícele el mozuelo : no habemos de volver á casa sin ellas : aquí en este pueblo está un varon de Dios , que era el profeta Samuel , vamos allá , que él nos dirá de ellas. Con esta ocasion van á Samuel , y cuando llegaron , dícele Dios : «Ese es el que te dije que te enviaria , á «ese has de ungir por rey.» ¡Ó juicios secretos de Dios! enviábale su padre á buscar las pollinas ; empero Dios enviale á Samuel , para que fuese ungido por rey. ¡ Cuán diferentes son las trazas de los hombres de las trazas de Dios ! ; Qué léjos estaba Saul y su padre tambien de pensar que iba á ser ungido por rey ! ; Ó cuán léjos estais vos muchas veces , y vuestro padre , y vuestro superior de lo que Dios pretende ! De lo que vos menos pensais , de ahí saca Dios lo que él quiere. Que no se perdieron las pollinas sin voluntad de Dios , ni fue acaso enviar su padre por ellas á Saul , ni fue acaso el no poderlas hallar , ni el con-

sejo que dió el mozuelo , de que fuesen á consultar sobre ellas al Profeta ; sino todo eso fue órden y traza de Dios , que tomó esos medios para enviar á Saul á Samuel para que le ungiese por rey , como él se lo habia dicho. Pensaba vuestro padre que os enviaba á estudiar á Sevilla , ó á Salamanca , para que fuéscis gran letrado , y viniéscis después á tener alguna plaza con que viviéscis honradamente , y no fue sino que os envió Dios allá para recibiros en su casa , y haceros religioso. Pensaba san Agustin , cuando fué de Roma á Milan , y el Prefecto de la ciudad Simaco , que le enviaba , que iba á leer retórica , y no era sino que le enviaba Dios á san Ambrosio para que le convirtiese.

Pongámonos á considerar las vocaciones diversas y los medios tan particulares y tan menudos , y al parecer tan remotos , por donde Dios trajo á la religion al uno y al otro , que cierto pone admiracion. Porque parece que si no fuera por no sé qué cossilla , ó por no sé qué niñería que sucedió , que no fuéreis religioso , y fueron todas esas trazas é invenciones de Dios , para

traeros á la religion. Y nótese esto de camino para algunos, que les suele venir algunas veces tentacion, que su vocacion no debió ser de Dios, por haber sido por medio de semejantes cosillas. Engaño es ese del demonio vuestro enemigo, envidioso del estado que teneis; porque costumbre es de Dios servirse de esos medios para el fin que él pretende de su mayor gloria, y de vuestro mayor bien y provecho, y tenemos muchos ejemplos de eso en las vidas de los Santos. Que no lo hacia Dios por las pollinas: «¿Acaso tiene Dios «cuidado de los bueyes?»» sino quiere que por esos medios vengais á reinar, como Saul. *Servire Deo regnare est*: servir á Dios es reinar.

Cuando después el profeta Samuel fué de parte de Dios á reprender á Saul por aquella desobediencia que habia cometido en no destruir á Amalec, como Dios le habia mandado: después de haberte reprendido, volviendo las espaldas Samuel para irse, Saul asióle del manto, para que no se fuese, sino que le valiese con Dios.

<sup>1</sup> 1 Cor. ix, 9.

Y dice el texto <sup>1</sup>, que se quedó el pedazo del manto de Samuel á Saul en la mano, rompiéndose. ¿Quién pensara sino que aquel rasgarse y dividirse el manto del Profeta, sucedia acaso, porque tiró de él Saul, y debía de ser viejo, y rasgóse? y no sucedia sino por particular providencia y disposicion de Dios, para dar á entender que aquello significaba que Saul era apartado y privado del reino por su pecado. Y así viendo Samuel este hecho, dijo á Saul: «Por esta division de mi manto «entiende que el Señor apartó, y dividió «hoy el reino de Israel de tí, y le entregó «á tu prójimo, que es mejor que tú.»

En el mismo primer libro de los Reyes se cuenta, que tenia una vez Saul cercado á David y á los suyos: «En forma de corona <sup>2</sup>.» De tal manera, que ya David desconfiaba de poderse escapar de aquella. Estando en este aprieto, viénele un correo á Saul muy de prisa, que los filisteos se habian entrado la tierra adentro, y lo robaban y destruían todo. Hubo de alzar el cerco Saul, y acudir á la mayor necesi-

<sup>1</sup> 1 Reg. xv, 27. — <sup>2</sup> 1 Reg. xxiii, 16.

dad, y así se escapó David, que no fue acaso el acometimiento y entrada de los filisteos, sino traza de Dios, para librar por aquel medio á David.

Otra vez los sátrapas de los filisteos echaron á David de su ejército, é hicieron que el rey Achis le mandase volver á su casa, aunque le llevaba él de muy buena gana consigo, é iba muy confiado en él: *Pero no eres del gusto de los sátrapas.* Parece que fue acaso aquel consejo de los sátrapas, y no fue acaso ni por el fin que ellos pensaban, sino fue particular providencia de Dios; porque volviéndose David, halló que los Amalequitas habian puesto fuego á Siceleg su pueblo, y que habian llevado cautivas todas las mujeres y niños: *Desde el menor hasta el mayor,* y á sus mismas mujeres de David, y va tras ellos, destrúyelos, y cobra toda la presa y cautivos sin faltar ninguno: lo cual no hiciera si los sátrapas no le hubieran echado de su ejército. Y para eso ordenó Dios aquel consejo, aunque ellos le ordenaban otra cosa.

En la historia de Esther resplandece tam-

bien mucho esta providencia particular de Dios en cosas muy menudas y particulares. ¡Qué medios tan extraños tomó Dios para librar el pueblo de los judíos de la sentencia cruel del rey Asuero! ¿Por qué medios escogió por reina á Esther, desechando á Vasti, y que fuese del pueblo de los judíos para que intercediese después por ellos? Acaso parece que fue el entender Mardoqueo la traicion que los otros armaban al rey Asuero, y el venirsela á descubrir, y que el rey estuviese desvelado aquella noche y no pudiese dormir, y que hiciese que le trajesen las crónicas de sus tiempos para entretenerse, y que le acertasen á leer aquel hecho de Mardoqueo. Y no sucedia nada de eso acaso sino por alto consejo de Dios y por especial providencia suya, que queria por esos medios librar á su pueblo. Y así se lo envió á decir Mardoqueo á Esther, que no se atrevia á entrar á hablar al rey y se excusaba por no ser llamada. «¿Quién sabe si fue esa la causa de haberte hecho reina, para que pudieses ayudar en esta ocasion?»

<sup>1</sup> Esther iv, 14.

Llena está la sagrada Escritura y las historias Eclesiásticas de semejantes ejemplos, para que aprendamos á atribuir todos los sucesos á Dios, y á tomarlos como venidos de su mano para nuestro mayor bien y provecho. En el libro de las reconociones de san Clemente se cuenta una cosa notable á este propósito. Siendo Simon Mago perseguidor de san Pedro, san Bernabé habia convertido en Roma á san Clemente, el cual fué á san Pedro, cuéntale su conversion, pídele que le instruya en las cosas de la fe. Dícele san Pedro: A buena coyuntura has llegado, porque para mañana está aplazada una disputa pública entre mi y Simon Mago: allí nos verás y oirás lo que pides. Estando en esto entran dos discipulos, y dicen á san Pedro, como Simon Mago los enviaba, que se le habia ofrecido un negocio, que se dilatase la disputa para de ahí á tres dias: dijo san Pedro que fuese así. En saliendo entristeciése san Clemente mucho, y como le vió san Pedro triste, preguntóle: ¿qué has hijo, que te veo triste? Respondió san Clemente: Hágoos saber, Padre, que me entristeci mucho por

ver que se diferia la disputa que yo quisiera que fuera mañana. Es cosa muy de notar, en una cosa de tan poco peso, toma san Pedro la mano y hace un sermón grande. Mira, hijo, entre los gentiles, cuando no se hacen las cosas como ellos quieren, levántase gran turbación; pero nosotros que sabemos que Dios lo guía y gobierna todo, habemos de tener gran consolación y paz. Sabed, hijo, que ha sido por vuestro mayor bien esto que ha sucedido; porque si ahora fuera la disputa no la entenderéis tan bien, y después la entenderéis mejor, porque de aquí allá os instruiré yo, y gustaréis y os aprovecharéis mucho de ella.

Quiero concluir con un ejemplo nuestro, que tenemos en la vida de nuestro Padre san Ignacio<sup>1</sup>, en que resplandece también mucho esto mismo, que es en la ida del Padre san Francisco Javier á las Indias Orientales. Cosa es digna de consideración los medios por donde vino á ir este santo varón á las Indias. Nombró nuestro Padre san Ignacio para esta misión á los

<sup>1</sup> Lib. II, c. 16.

Padres Simon Rodriguez y Nicolas de Bobadilla; el Padre Simon estaba entonces cuartanario, y con todo eso se embarcó luego para Portugal; escribióse al Padre Bobadilla que viniese de Calabria á Roma: vino, mas tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y maltratado de una pierna, cuando llegó á Roma, que estando al mismo tiempo el embajador don Pedro Mascareñas á punto para volverse á Portugal, fue necesario por no poder aguardar que sanase Bobadilla, ni quererse partir sin el otro Padre que habia de ir á la India, que en lugar del maestro Bobadilla fuese sustituido el Padre maestro Francisco Javier con felicísima suerte, el cual se partió luego con el embajador á Portugal. Que no habia sido el nombrado el Padre san Francisco Javier, sino el Padre Bobadilla, y por ser de prisa la partida, parece que acaso le sustituyeron en su lugar, y no fue acaso, sino por alto consejo de Dios que habia determinado de hacerle apóstol de aquellas partes. Y mas, después que vinieron á Portugal, viendo el grande fruto que hacian allí los quisie-

ron detener; y últimamente se resolvieron en que se quedase allí el uno de ellos, y que el otro pasase á las Indias. Veis aquí vuelto á poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia: al fin hubo de ser el Padre san Francisco Javier el que pasó á las Indias porque esa era la voluntad de Dios, y así lo habia él determinado por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren y llevenlo por la via que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas y hacer lo que mas os conviene á vos y á su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la sagrada Escritura, como de lo que cada dia vemos y experimentamos; así en otros, como en nosotros mismos, habemos de ir asentando é imprimiendo en nuestro corazon esta confianza, mediante la oracion y consideracion. Y no habemos de parar en este ejercicio hasta que sintamos en nuestro corazon una muy familiar y filial confianza en Dios. Y tened por cierto que mientras con mayor confianza os arrojáreis

en Dios , mas seguro estaréis. Y por el contrario , hasta que llegueis á tener esta confianza filial , nunca tendréis verdadera paz y reposo de corazon ; porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán. Pues acabemos de arrojarnos y ponernos del todo en las manos de Dios , y fiarnos de él , como os lo aconseja el apóstol san Pedro : « Echando sobre él toda vuestra solicitud ; « porque él tiene cuidado de vosotros <sup>1</sup>. » Y el Profeta : « Arroja sobre el Señor tu « cuidado , y él te sustentará <sup>2</sup>. » Vos , Señor , me amásteis tanto á mí , que os entregastes todo por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisiesen : « Entregó á Jesús á la voluntad « de ellos <sup>3</sup>. » ¡ Qué mucho que yo me ponga y entregue todo en manos no crueles , sino tan piadosas como las vuestras para que hagais de mí lo que quisiéreis , que estoy cierto que no será sino lo mejor , y lo que mas me conviene á mí ! Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con santa Catalina de Sena. Hacia el Señor muchos regalos y favores á

<sup>1</sup> 1 Petr. v , 7. — <sup>2</sup> Ps. LIV , 23. — <sup>3</sup> Luc. XXIII , 25.

esta Santa, y entre ellos fue uno muy particular, que apareciéndole un dia, le dijo : « Hija, olvídate tú de tí, por acordarte de « mi, é yo pensaré siempre en tí, y tendré « cuidado de tí. » ¡ Ó qué buen concierto este y qué buen trueque ! ; Qué ganancia tan grande seria esta para nuestras almas ! Pues á este partido sale el Señor con cada uno. Olvidaos de vos y dejad vuestras trazas ; y cuanto mas os olvidáreis de vos por acordaros y fiaros de Dios, tanto mas cuidará Dios de vos. Pues, ¿ quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado ? que es el que la Esposa dice que habia hecho con su Esposo : « Yo á mi amado, y la « vuelta de él, hácia mí <sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Cantic. vii, 10.

---

## CAPÍTULO XII.

*De cuánto provecho y perfeccion sea aplicar la oracion á este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios ; y cómo habemos de ir descendiendo á cosas particulares , y hasta llegar al tercer grado de conformidad.*

Juan Rusbroquio varon doctísimo y muy espiritual , refiere <sup>1</sup> , de una santa vírgen, que dando ella cuenta de su oracion á su confesor y padre espiritual , que debia ser gran siervo de Dios y de mucha oracion , y queriendo ser enseñada de él , le dijo : que su ejercicio en la oracion era en la vida y pasion de Cristo nuestro Redentor , y que lo que sacaba de allí era conocimiento de sí y de sus vicios y pasiones , y dolor y compasion de los dolores y trabajos de Cristo. Dijole el confesor , que bueno era aquello ; pero que sin mucha virtud podia uno sacar compasion y ternura de la pasion de Cristo , como acá por solo el amor y afecto natural que uno tiene á su amigo puede sacar compasion de sus trabajos. Preguntóle

<sup>1</sup> In fine oper. suor.

la virgen: ¿y llorar una persona sus pecados cada día, será verdadera devocion? Respondióle: bueno es eso, pero no es lo mas aventajado: porque lo malo naturalmente da pesadumbre. Tornó ella á preguntar: ¿seria verdadera devocion pensar en las penas del infierno y en la gloria de los bienaventurados? Respondió, tampoco es eso lo mas subido; porque la naturaleza misma naturalmente aborrece y rehusa lo que le da pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria; como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos la desearia. La santa virgen fue-se con esto muy desconsolada y llorosa por no saber á qué aplicaria su ejercicio de oracion que mas agradase á Dios; y de allí á poco aparecióle un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo y que nadie parecia que la podia consolar: respondió el niño, que no dijese aquello, que él podia y queria consolarla. Vé, dice, á tu padre espiritual y dile, que la verdadera devocion consiste en la abnegacion y menosprecio propio, y resignacion entera en las manos de Dios, asi en lo adverso

como en lo próspero , uniéndose firmemente con Dios por amor , y conformando enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Ella muy alegre, fué, y dijo esto á su padre espiritual, el cual respondió: Ahí está el punto y á eso se ha de aplicar la oracion; porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfeccion. De otra Santa se dice , que fue enseñada de Dios, que en la oracion del *Pater noster* insistiese mucho en aquella palabra, hágase , Señor , tu voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Y de la santa vírgen Gertradis se cuenta, que inspirada de Dios dijo una vez trescientas y seseuta y cinco veces, aquellas palabras de Cristo, no se haga , Señor , mi voluntad sino la tuya: y entendió que habia agradado aquello mucho á Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos, y apliquemos á esto nuestra oracion é insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y con mas provecho , es menester advertir y presuponer dos cosas: la primera, que la

necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne ; porque para esas ocasiones es mas menester la virtud ; y entonces se echa mas de ver el amor que cada uno tiene á Dios. Así como en el tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace , y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman , peleando y muriendo por él. Así en el tiempo de consuelo y favor el Rey del cielo nos da á entender lo que nos quiere , y nosotros en el de la tribulacion lo que le queremos , mucho mas que en el de la prosperidad y consuelo. Dice muy bien el Padre maestro Ávila , que el dar gracias á Dios en el tiempo de las consolaciones es de todos ; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades es propio de los buenos y perfectos <sup>1</sup>. Y así es esa una música muy dulce y suave á los oídos de Dios. Mas vale , dice , en las adversidades un gracias á Dios , un bendito sea Dios , que seis mil gracias y ben-

<sup>1</sup> Cart. tom. II. p. 20.

diciones de prosperidades. Y así compara la Escritura divina los justos al carbunco. *Gemmula carbunculi in ornamento auri* <sup>1</sup>, porque esta piedra preciosa da mas claridad y resplandor de noche que de dia. Así el justo y verdadero siervo de Dios, mas luce y resplandece y mas muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos, que en la prosperidad. Esto es de lo que la sagrada Escritura alaba tanto al santo Tobias <sup>2</sup>, porque habiendo el Señor permitido que después de otros muchos trabajos perdiese tambien la vista de los ojos, no se entristeció por eso contra Dios, ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que antes tenia; sino permaneció inmóvil y entero, haciendo gracias á Dios todos los dias de su vida igualmente por la ceguedad, como por la vista, como hizo tambien el santo Job en sus trabajos <sup>3</sup>.

Esto, dice san Agustin <sup>4</sup>, es lo que habemos de procurar imitar nosotros. «Que  
«seais el mismo, y permanezcais tan alegre  
«y entero en el tiempo de las adversida-

<sup>1</sup> Eccl. xxxii, 7. — <sup>2</sup> Tobias ii, 13. — <sup>3</sup> Job. i, 21. — <sup>4</sup> Ad fratres in here. ser. 4.

«des, como en el de las prosperidades.  
«Como la mano se es la misma cuando es-  
«tá apretada y teneis cerrado el puño, que  
«cuando la abris y teneis extendida.» Así  
el siervo de Dios en lo interior de su alma  
se ha de quedar el mismo, aunque en lo  
exterior y por defuera parezca que está  
apretado y dolorido. Aun allá se dice de  
Sócrates <sup>1</sup>, que siempre estaba en un ser  
en todos los casos que le acontecian por  
adversos y diversos que fuesen; y que nun-  
ca nadie le vió por eso ni mas triste, ni mas  
alegre. «Nadie vió jamás á Sócrates ni mas  
«triste, ni mas alegre, habiendo sido siem-  
«pre igual á sí mismo, á pesar de haber  
«sido tan varia su fortuna.» No será mu-  
cho que nosotros cristianos procuremos lle-  
gar en esto á lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir que no  
basta que tengamos en general esta confor-  
midad con la voluntad de Dios. Porque eso  
así en general es fácil. ¿Quién habrá que  
no diga que quiere se cumpla la voluntad  
de Dios en todas las cosas? malos y buenos  
todos dicen cada dia en la oración del *Pa-*

<sup>1</sup> Cic. l. 13 Tuscul. quæst.

*ter noster*, hágase, Señor, vuestra voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Mas es menester que eso: es menester desmenuzarlo, descendiendo en particular á aquellas cosas que parece que nos podrian dar alguna pena si se nos ofreciesen. Y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza en hiesta. Finalmente hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro á cualquiera cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante, y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad. Porque tambien en esto hay diversos grados, uno mas alto y mas perfecto que otro; los cuales se pueden reducir á tres principales, al modo que dicen los santos de la virtud de la paciencia. El primero es, cuando las cosas

de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye, pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado mas infimo y de precepto. De manera, que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden; y aunque gima cuando está enfermo, y dé gritos con la vehemencia de los dolores; y aunque lllore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios. El segundo grado es cuando el hombre, aunque no desee los males que le suceden, ni los elija; pero después de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquella la voluntad y beneplácito de Dios. De manera que añade este grado al primero, tener alguna buena voluntad y algun amor á la pena por Dios; y el quererla sufrir no solamente mientras está obligado de precepto á sufrirla, sino tambien mientras el sufrirla fuere mas agradable á Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia, este segundo añade, el llevarlas con prontitud y facilidad. El tercero es, cuando el siervo de Dios por el

grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envia, si no las desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad de Dios, como dice san Lucas de los Apóstoles: «Después de haber-  
«los azotado con infamia pública, iban muy  
«gozosos y regocijados, porque habian si-  
«do dignos de padecer afrentas por Cris-  
«to <sup>1</sup>.» Y el apóstol san Pablo decia que,  
«estaba lleno de consuelo, y que rebosaba  
«en gozo y alegría en medio de las cade-  
«nas, tribulaciones y adversidades <sup>2</sup>.» Y  
esto es de lo que el mismo escribiendo á  
los hebreos, los alaba, diciendo: «Llevás-  
«teis con gozo que os robasen vuestras ha-  
«ciendas, conociendo que teneis patrimo-  
«nio mas excelente y durable <sup>3</sup>.» Pues aquí  
habemos de procurar llegar nosotros con  
la gracia del Señor, que llevemos con gozo  
y alegría todas las tribulaciones y adver-  
sidades que nos vinieren. Como nos lo dice  
también el apóstol Santiago en su Cánó-  
nica <sup>4</sup>: «Tened por sumo gozo, cuando fué-

<sup>1</sup> Act. v, 41. — <sup>2</sup> 1 Corint. vii, 4. — <sup>3</sup> Hebr. x,  
34. — <sup>4</sup> Cop. i. 2.

«reis envueltos en diversas tribulaciones.» Hanos de ser cosa tan preciosa y tan dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Todos los trabajos y sinsabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos por ser esa la voluntad y contento de Dios. Y esto es lo que dice san Gregorio en el lib. vii de sus *Moral.* c. vii: «Si el espíritu camina hácia Dios «con todo conato, mira como dulces todas «las amarguras de esta vida, como des- «canso las aflicciones, y para alcanzar la «plenitud de la vida no se espanta, aun- «que haya de hacer frente hasta á la mis- «ma muerte.»

Santa Catalina de Sena en un diálogo que escribió de la consumada perfeccion del cristiano, dice, que entre otras cosas que su dulcísimo Esposo Cristo nuestro Señor le habia enseñado fue, que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y le encerrase y morase perpetuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo, ni pié, ni mano; sino que siempre estuviese recogida en él, co-

mo la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio por ventura le parecería aquel aposento estrecho y angosto, después hallaría en él grandes anchuras, y sin salir de él pasaría por las moradas eternas, y alcanzaría en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros así, y sea este nuestro continuo ejercicio: « Mi amado para mí, y yo para él <sup>1</sup>. » En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida. Y así las habemos de traer siempre en la boca y en el corazón.

<sup>1</sup> Cantic. II, 16.

## CAPÍTULO XIII.

*De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.*

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y poner en práctica lo que habemos dicho, irémos especificando algunas cosas principales en que nos habemos de ejercitar. Después descenderémos á otras cosas generales que pertenecen á todos; ahora comenzaremos por algunas particulares que tenemos en nuestras constituciones.

Manifiesta el autor la indiferencia con que deben estar los individuos de la Compañía de Jesús en todas cosas, especialmente en lo que toca á misiones y mudar de casas, lo que nos ha parecido prudente suprimir, y pasar al cap. XIV, del cual tambien suprimiremos todo aquello que sea peculiar de los religiosos, porque nuestra Librería es para la generalidad de los fieles.

## CAPÍTULO XIV.

*De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que hemos de tener para cualquier oficio y ocupacion en la que Dios quisiere ponernos.*

La indiferencia y resignacion que acabamos de decir, habemos de tener tambien para cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner. Bien vemos cuántos y cuán diferentes son los oficios y ocupaciones que hay en la sociedad; pues vaya cada uno discurrendo por ellos, hasta que haga igual rostro á cualquiera. Dice nuestro santo Padre en las constituciones, y lo tenemos en las reglas: «Cuanto á los «oficios bajos y humildes, debe pronta- «mente tomar aquellos en los cuales halla- «re mayor repugnancia, si le fuere orde- «nado que los haga.» Para donde es menester mas la indiferencia y resignacion, es para los oficios bajos y humildes por la repugnancia que tiene á ellos nuestra naturaleza. Y así mas hace uno, y mas virtud y perfeccion muestra en ofrecerse á Dios

para estos oficios, que en ofrecerse para otros mas altos y honrosos, como si uno tuviese tanto deseo de servir á un señor que se ofreciese para servirle toda su vida de mozo de espuelas y de barrendero, si fuese menester, claro está que mas hace este y mas muestra la voluntad que tiene de servirle, que si dijese, señor, serviréos de maestro de sala ó mayordomo; porque eso mas es pedir mercedes que ofrecer servicios: y tanto mas seria esto de estimar cuanto mayores partes tuviese para oficios altos el que se ofrece para los bajos. Pues de la misma manera si vos os ofreceis á Dios. Señor, serviréos en oficio de predicador ó lector de teología <sup>1</sup>, no haceis mucho en eso porque esos oficios altos y honrosos de suyo son apetecibles; poco mostrais en eso el deseo que teneis de servir á Dios. Pero cuando os ofreceis á servir en la casa de Dios todos los dias de vuestra vida en oficios bajos y humildes, y repugnantes á vuestra carne y sensualidad, entonces mostrais mucho mas

<sup>1</sup> Ú otro cualquier oficio, como juez, gobernador, etc.

el deseo que teneis de servir á Dios. Eso es mas de agradecer y estimar; y tanto mas, quanto mayores partes tuviéreis para oficios mas altos. Esto nos habia de bastar para desear los oficios bajos y humildes, é inclinarnos siempre mas á ellos, especialmente que en la casa de Dios no hay oficio bajo. Aun allá dicen, que en casa del rey no le hay, porque servir al rey, en cualquier oficio que sea, se tiene en mucho; ¿cuánto mas será servir á Dios, al cual servir es reinar?

San Basilio <sup>1</sup>, para aficionarnos á los oficios bajos y humildes trae el ejemplo de Cristo, del cual leemos en el sagrado Evangelio, que se ocupó en semejantes oficios lavando los piés á sus discípulos. Y no solo eso, sino por mucho tiempo sirviendo á su santísima Madre y al santo José, y estando *sujeto y obediente á ellos* en todo lo que le mandaban. *Et erat subditus illis* <sup>2</sup>. Desde los doce años hasta los treinta no cuenta el sagrado Evangelio otra cosa de él sino esto. Donde consideran los Santos <sup>3</sup>

<sup>1</sup> In regul. fus. disput. interrogat. — <sup>2</sup> Luc. II, 51. — <sup>3</sup> S. Augus. tract. 38 super Joann.

muy bien, que les serviria y ayudaria en muchos oficios bajos y humildes; especialmente siendo ellos tan pobres como eran. Pues «no se desdeñe el cristiano de hacer lo que hizo Cristo.» Pues no se desdeñó el Hijo de Dios de ocuparse en estos oficios bajos por nuestro amor, no nos desdeñemos tampoco nosotros de ocuparnos en ellos por su amor, aunque sea todos los dias de nuestra vida.

Pero viniendo mas á nuestro propósito, una de las razones y motivos mas principales que nos ha de hacer que tomemos tan de buena gana cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia nos pusiere, ha de ser entender que aquella es la voluntad de Dios: porque como arriba dijimos en el capitulo iv, este ha de ser siempre nuestro consuelo y nuestro contento en todas nuestras ocupaciones; que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. Esto es lo que harta y satisface al alma, Dios quiere que yo haga esto ahora, esta es la voluntad de Dios, no hay mas que desear: porque no hay cosa mejor ni mas alta que la voluntad de Dios.

A los que andan de esta manera no se les da mas que les manden esto que aquello, ni que les pongan en oficio alte ó bajo, porque todo es uno para ellos.

El bienaventurado san Gerónimo <sup>1</sup> cuenta un ejemplo muy bueno á este propósito: dice, que visitando él aquellos santos monjes del yermo, vió á uno al cual el superior deseando su aprovechamiento y dar tambien ejemplo de obediencia á los demás mancebos, le habia mandado que trajese áuestas dos veces cada día una muy grande piedra por espacio de tres millas, que es una legua, sin haber en ello otra necesidad ni utilidad mas que el obedecer y mortificar su juicio, y habia ya que usaba esto ocho años. Y como esto, dice san Gerónimo, á los que no entienden el valor de esta virtud de la obediencia, ni han llegado á la puridad y simplicidad de ella con espíritu alivo y de soberbia, les podia por ventura parecer juego de niños ó acto ocioso; preguntábanle, ¿cómo llevaba aquella obediencia? y yo mismo, dice, se lo pregunté deseando saber qué movimientos pasaban

<sup>1</sup> In reg. mona. cap. 12.

allá en su alma haciendo aquello. Y respondió el monje: tan contento y gozoso quedo cuando he hecho esto, como si hubiera hecho la cosa mas alta y de mayor importancia que me pudieran mandar. Dice san Gerónimo que le movió tanto esta respuesta, que desde entonces comenzó él á vivir como monje. Eso es ser monje y vivir como verdadero religioso y aun cristiano, no reparar en lo exterior sino en que estamos cumpliendo la voluntad y contento de Dios. Estos son los que aprovechan y crecen mucho en virtud y en perfeccion, porque se sustentan siempre de hacer la voluntad de Dios. Susténtanse de la flor de la harina. *Et adipe frumenti satiat te* <sup>1</sup>.

Pero dirá alguno, bien veo yo que es gran perfeccion hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y que en cualquier ejercicio que me manden puedo estar haciendo la voluntad de Dios. Pero quisiera yo que me ocuparan en otra cosa de mas tomo y hacer en eso la voluntad de Dios. Eso es faltar en los primeros principios; porque en buen romance es querer que Dios haga

<sup>1</sup> Ps. CXLVII, 14.

vuestra voluntad y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar trazas á Dios, ni tengo de querer que él se conforme con lo que á mí me parece y con lo que yo querria; sino yo tengo de seguir las trazas de Dios y conformarme con lo que él quiere de mí. Dice muy bien san Agustin <sup>1</sup>: « Aquel « es buen siervo vuestro, Señor, que no lie- « ne cuenta con si lo que le mandais es con- « forme á su voluntad, sino con querer él « lo que Vos le mandáreis. » Y el santo abad Nilo dice: « No pidais á Dios que haga lo « que vos quereis, sino lo que nos enseñó « Cristo que le pidiésemos, que es que se « haga su voluntad en mí <sup>2</sup>. »

Nótese este punto que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habemos nosotros de escoger en qué, y cómo habemos de padecer, sino Dios. No habeis vos de escoger las tentaciones que habeis de tener, ni decir: si fuera otra tentacion no se me diera nada, mas esta no la puedo llevar. Si las penas que nos vienen fuesen las que nosotros queremos, no serian pe-

<sup>1</sup> Lib. x, conf. cap. 26. — <sup>2</sup> Cap. 29 de Orat.

nas. Si de veras deseais agradar á Dios, habéisle de pedir que os lleve por donde él sabe y quiere, y no por donde vos quereis; y cuando el Señor os enviare lo que os es mas desabrido, y lo que vos huís mas de padecer y os conformáreis con ello, entonces imitaréis mas á Cristo nuestro Redentor que dijo: «No se haga, Señor, mi voluntad sino «la vuestra<sup>1</sup>.» Eso es tener entera conformidad con la voluntad de Dios, ofrecernos del todo á él para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin excepcion ni contradiccion, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blosio<sup>2</sup>, que la santa vírgen Gertrudis movida con piedad y misericordia, rogaba á Dios por cierta persona, la cual habia oido que impacientemente se quejaba porque le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades ó tentaciones, las cuales le parecian á ella que no le convenian. Pero el Señor respondió á la santa vírgen: Dirás á esa persona por quien ruegas, que porque el reino de los cielos no se puede alcanzar sin algun trabajo ó mo-

<sup>1</sup> Luc. xxii, 42. — <sup>2</sup> Cap. 10 monil. spir.

lesia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso, y cuando le viniere tenga paciencia. De las cuales palabras y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa virgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas cosas que ha de padecer, diciendo que no convienen para su salud, ni puede llevar las que Dios le envia. Porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envia, eso es lo que le conviene; y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues así como no habeis de escoger los trabajos ni las tentaciones que habeis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que él os envia, y entender que aquellas son las que mas os convienen; así tampoco habeis de escoger el oficio ó ministerio que habeis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere, y entender que ese es el que mas os conviene.

Añaden aquí otro punto muy espiritual y dicen <sup>1</sup>, que ha de estar uno tan resigna-

<sup>1</sup> Blas. c. 18. manil. spir.

do en la voluntad de Dios, y tan confiado y seguro en él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él. Así como acá cuando un señor se fia tanto de un mayordomo, que no sabe de su hacienda ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza: como dice el santo Josef que la hizo de él su señor: «Bien ves que mi amo habiéndomelo todo entregado, no sabe lo que tiene en su casa <sup>1</sup>.» Así muestra uno tener grande confianza en Dios, cuando no quiere saber lo que Dios ha de hacer de él; en buenas manos estoy, eso me basta. «Mis suertes están en tus manos <sup>2</sup>:» con eso vivo contento y seguro; no he menester saber mas.

Para los que desean puestos y oficios ó ministerios mas altos, pareciéndoles que en aquello harian mas fruto en las almas y mas servicio á Dios, digo que se engañan en pensar que ese es celo del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimacion, y de sus comodidades, y por ser aquel oficio y ministerio mas honroso ó mas conforme

<sup>1</sup> Genes. XXXIX, 8. — <sup>2</sup> Ps. XXX, 16.

á su gusto é inclinacion, por eso le desean.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, en el libro de sus Ejercicios, que la pone él por fundamento para las elecciones, donde pone tres grados ó modos de humildad. Y el tercero y mas perfecto es, ofreciéndose dos cosas de igual gloria y servicio de Dios, escoger aquella en que hubiere mas desprecio y abatimiento mio, por parecer é imitar mas con eso á Cristo nuestro Redentor y Señor, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros. Y hay en esto otro grande bien que en estas cosas hay menos de interés propio, no tiene el hombre ocasion de buscarse en ellas á sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas que en las altas y honrosas. En los officios bajos ejercitanse juntamente la humildad y la caridad, y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad como con actos propios suyos; pero en los altos ejercitase la caridad con peligro de la humildad: lo qual nos habia de bastar no solo para no desearlos, sino para temerlos.

## CAPÍTULO XV.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, en el repartimiento de los talentos y dones naturales.*

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado, con el talento, con el entendimiento é ingenio y con la habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza por no tener tanta habilidad ó talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esta es una cosa de que todos tenemos necesidad, porque dado caso que algunos luzcan y parezca que se aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad. Y así es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer á muchos por aquí. Estaréis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscipulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, vendráos por ventura alguna manera de envidia, que aunque no

Llegue á que os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia; pero al fin viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios y van adelante con sus talentos, y que vos os quedais atrás y no podeis arribar ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía y andais como corrido y afrentado entre los demás: y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento, y una tentacion de dejar el estudio. A algunos ha echado esta tentacion de la religion, porque no estaban bien fundados en humildad; pensó el otro hacer raya y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda la provincia de que era el mejor estudiante del curso; y como le salió el sueño al revés queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasion le representa que no se podrá librar de aquella afrenta ni de aquella tristeza, sino es dejando la religion. Y no es nueva esta tentacion, sino muy antigua.

En las crónicas de la órden de santo Domingo se cuenta un ejemplo á este propósito de Alberto Magno, maestro que fue de santo Tomás de Aquino. Fue Alberto Mag-

no cuando niño muy devoto de nuestra Señora y rezábale cada dia ciertas devociones, y por su medio é intercesion entró en la religion de santo Domingo, siendo de 16 años. Y dicese allí que cuando mozo no era de mucho entendimiento, antes era rudo y de poca habilidad para el estudio, y como se veia entre muchos y muy delicados ingenios de sus condiscipulos andaba tan corrido, que llegó la tentacion á apretarle tanto y ponerle en tanto peligro, que estuvo muy á punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos, fue maravillosamente socorrido con una vision. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala al muro del monasterio para salir é irse de él: y subiendo por ella vió en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecía señora de las otras. Y llegando cerca de ellas asió de él la una y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por qué quería irse del monasterio. Él con

rostro vergonzoso respondió: vóyme, señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofía, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasion padezco, me hace que deje la religion. Dijole la matrona: aquella señora que ves allí, señalando la cuarta, es la Madre de Dios y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas, encomiéndate á ella que nosotras te ayudaremos, y le suplicaremos que sea intercesora á su benditísimo Hijo, para que te dé ingenio dócil de modo que aproveches en el estudio. Oyendo esto Fr. Alberto alegróse mucho, y llevándole aquella matrona á nuestra Señora, fue de ella bien recibido, y preguntándole ¿qué era lo que tanto descaba y pedia? respondió, que saber filosofía que era lo que él estudiaba y no entendia. Y la Reina del cielo respondió: tuviese buen ánimo y estudiase, que en aquella facultad sería grande hombre. Pero porque sepas, dice, que esto te viene por mí y no por tu ingenio ni habilidad, algunos días antes que mueras, leyendo públicamente se te olvidará cuanto supieres. Con esta vision quedó consolado, y

desde este dia aprovechó tanto en el estudio no solo de filosofia, sino tambien de teologia y sagrada Escritura, quanto dan testimonio las obras que dejó escritas. Y tres años antes de su muerte estando leyendo en Colonia, perdió totalmente la memoria, en quanto lo que tocaba á ciencias, quedando como si en su vida no hubiera aprendido cosa alguna de estudios. Y por ventura fue esto tambien en penitencia de la poca conformidad que habia tenido en el talento y habilidad que Dios le habia dado. Y acordándose de la vision que tuvo quando quiso salirse de la religion, contó públicamente á los oyentes todo lo que habia pasado, y así se despidió de ellos recogándose en su convento, empleándose todo en oracion y contemplacion.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevencion necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de falta de ella nace toda esta dificultad; porque no podeis sufrir ser tenido por el mas ruin estudiante del curso. Pues que si llegan á deciros que no sois para pasar adelante en

los estudios , y veis á vuestros compañeros teólogos y después letrados y predicadores ; menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto. Y lo mismo será menester para después de los estudios, que os vendrá tentacion porque no sois para tanto como otros ; porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios y se haga caso de mí. Y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones: ¡ó si fuera yo estudiante ! ¡ó si fuera sacerdote ! ¡ó si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas ! Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentacion , que os ponga en peligro la vocacion y aun la salvacion , como ha puesto á algunos.

Doctrina es esta general , y cada uno la puede aplicar á sí conforme á su estado. Y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios , contentándose cada uno con el talento que Dios le ha dado y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser mas de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado san

Agustin sobre aquellas palabras del Salmista: «Inclina mi corazon á tus mandamientos y no á la avaricia <sup>1</sup>,» dice que este fue el principio y raíz de todo nuestro mal. Porque quisieron ser nuestros primeros padres mas de lo que Dios les hizo, y desearon tener mas de lo que Dios les dió: por eso cayeron del estado que tenian y perdieron lo que les habia dado. Púsoles el demonio aquel cebo: «Seréis semejantes á Dios <sup>2</sup>,» con eso les engañó y derribó. Y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad y una locura y frenesi de querer ser mas de lo que somos. Y como al demonio le fué tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos tambien guerra á nosotros por ese medio, incitándonos á que deseemos ser mas de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que él nos ha dado ni con el estado en que nos ha puesto. Y por eso dice san Agustin, que pide á Dios el Profeta: Señor, dadme un corazon desinteresado é inclinado fielmente á vuestro gusto y voluntad, y no á mis

<sup>1</sup> Ps. cxviii, 36. — <sup>2</sup> Genes. iii, 5.

intereses y comodidades. Por avaricia, dice que se entiende allí todo género de interés, y no sola la codicia del dinero. Y esa es la que dice san Pablo que es la raíz de todos los males. *Radic omnium malorum est cupiditas* <sup>1</sup>.

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposición, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, hasta saber, que esa es la voluntad de Dios. « Todas estas cosas obra solo uno « y el mismo Espíritu, repartiendo á cada « uno como quiere, » dice san Pablo á los de Corinto <sup>2</sup>. Pone allí el Apóstol aquella metáfora que trajimos arriba á otro propósito del cuerpo humano, y dice, que así como puso Dios los miembros en el cuerpo á cada uno como quiso, y no se quejaron los piés porque no los hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos: así tambien en el cuerpo de la Iglesia, puso Dios á cada uno en el puesto y oficio que él fue servido. Que no fue eso acaso, sino con particular acuerdo y providencia suya. Pues si quiere Dios que

<sup>1</sup> ad Timot. vi, 10. — <sup>2</sup> Cor. xii, 11.

seáis piés, no es razon que vos queráis ser cabeza. Y si Dios quiere que seáis manos, no es razon que vos queráis ser ojos. ¡Ó qué son muy altos y muy profundos los juicios de Dios! ¿quién los podrá comprender? «¿Qué hombre podrá conocer los consejos «de Dios? » «Todas las cosas, Señor, pro- «ceden de tí, y por eso en todo debes ser «loado: tú sabes lo que conviene darse á «cada uno, y porque tiene uno menos y «otro mas, no conviene á nosotros discer- «nirlo ».» ¿Qué sabeis lo que fuera de vos, si tuviérais un gran ingenio y habilidad? ¿Qué sabeis si tuviérais un gran talento de púlpito y fuérais muy oído y estimado, si os perdiérais por ahí como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? «Los letrados, dice aquel Santo, huel- «gan de ser vistos y ser tenidos por tales.» Si con dos maravedís de ingenio que tenéis, y con tres blancas de letras que sabeis; si con una mediana y por ventura menos que mediana, estais tan vano y tan ufano, que os estimais y os comparais y preferís por ventura á otros, y os agraviais porque

<sup>1</sup> Sap. ix, 13. — <sup>2</sup> Thomas à Kempis.

no echan mano de vos para esto y para lo otro, ¿qué fuera con la excelencia? ¿Qué fuera si tuviérais unas partes raras y extraordinarias? Por su mal le nacen las alas á la hormiga; y así por ventura os nacieran á vos. Verdaderamente si tuviéramos no antojos sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias á Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidades; y decir con aquel Santo: «Por gran beneficio tengo, «Señor, no tener muchas cosas de las cuales «se me siga en lo de fuera loor y honra ante «los hombres.» Los Santos conocían muy bien el grande peligro que hay en esas ventajas y excelencias; y así no solo no las deseaban, sino temíanlas por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y perderse. «En la altura del día temeré <sup>1</sup>,» y con eso agradaban mas á Dios, el cual quiere á sus siervos mas humildes que grandes. ¡Ó si acabásemos de caer en la cuenta que todo es burla, sino hacer la voluntad de Dios! ¡Ó si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios!

<sup>1</sup> Ps. LV, 4.

Si vos sin letras, y vos con menos letras y habilidad contentais mas á Dios, ¿para qué quereis letras? ¿Y para qué quereis vos mas letras y mas habilidad y mas talento? Si para algo lo habiais de querer, era para contentar y servir mas á Dios con ello. Pues si Dios se sirve mas en que no tengais letras ó en que no tengais mas letras, ni mas talento ni habilidad como es cierto que se sirve, pues él es el que hizo ese repartimiento; ¿de qué hay que tener pena? ¿Para qué habeis de querer ser lo que Dios no quiere que seais, y lo que no os conviene que seais? Que no agradaron á Dios los sacrificios grandes que Saul le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme á su voluntad; así tampoco agradarán á Dios esos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien, ni nuestro aprovechamiento y perfeccion en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en tener grandes partes y talentos, ni en entender en cosas altas y subidas; sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que él nos ha encomendado, y en emplear bien el talento que nos ha dado. Y así en esto habemos de poner los ojos, y no en

esotro, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparacion para declarar esto, la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personaje que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho. Y así si representa mejor el que hace la persona del villano, que el que hace la del emperador, aquel sale mas estimado y alabado de los circunstantes, y mas bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representacion y comedia que se acaba presto, y plega á Dios no sea tragedia), no es el personaje que representamos, uno de superior, otro de predicador, otro de sacristan, otro de portero; sino el buen cobro que cada uno da de su personaje. Y así, si el coadjutor hace bien su oficio, y representa mejor su personaje, que el predicador ó el superior el suyo, será mas estimado delante de Dios, y mas premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona del rey,

y representando la persona del escudero ó pastor ganó honra y llevó el premio. Asi tambien por ventura no supiérais vos representar bien la persona de predicador ó superior, y representais bien la persona de confesor y vos la de coadjutor, sabe Dios repartir muy bien los dichos y dar á cada uno el personaje que le conviene. «Conforme al caudal y fuerzas de cada uno,» dice el sagrado Evangelio <sup>1</sup>, que repartió el Señor los talentos. Por tanto nadie tenga deseo de otro personaje, ni de otro talento; sino procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido, y dar buena cuenta de él; porque de esa manera agradará mas á Dios y recibirá mayor premio.

<sup>1</sup> Matth. xxv, 15.

---

## CAPÍTULO XVI.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.*

Así como la salud es don de Dios, así también lo es la enfermedad, la cual nos envía el Señor para nuestra prueba, y corrección, y enmienda, y para otros muchos bienes y provechos que se suelen seguir de ella; como es conocer nuestra flaqueza; desengañarnos de nuestra vanidad; despegarnos del amor de las cosas de la tierra, y de los apetitos de la sensualidad; adelgazar los bríos y fuerzas de nuestro mayor enemigo que es la carne; acordarnos que no es esta nuestra patria, sino una como venta, donde andamos desterrados, y otras cosas semejantes. Por lo cual dijo el Sabio: «La enfermedad grave hace templada y fuerte al alma<sup>1</sup>.» Y así habemos de estar tan conformes con la voluntad de Dios en la enfermedad, como en la salud, aceptándola como venida de la mano de Dios nuestro Señor cuando él fuere servi-

<sup>1</sup> Eccles. xxxi, 2.

do de enviárosla. Decía uno de aquellos Padres antiguos á un discípulo suyo que estaba enfermo: Hijo, no te entristezcas con la enfermedad, antes da muchas gracias á Dios por ella; porque si eres hierro con el fuego perderás el orin; y si eres oro con el fuego quedarás aprobado. Gran virtud es, dice, y gran religion hacer gracias á Dios en la enfermedad.

De la bienaventurada santa Clara cuenta Surio en su vida que estuvo enferma veinte y ocho años de graves enfermedades, y fue su paciencia tan grande que en todos ellos nunca la sintieron quejarse, ni murmurar de su gran trabajo; antes siempre daba gracias al Señor. Y en su última enfermedad, como estuviese tan trabajada que en diez y siete dias no pudo comer bocado, consolándola su confesor Fray Reinaldo, y exhortándola á tener paciencia en tan largo martirio de tantas enfermedades; respondió ella: después que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por su santo siervo Francisco, ninguna enfermedad me fue dura, ninguna pena molesta, y ninguna penitencia pesada. Admirable es tam-

bien á este propósito, y de rarísimo ejemplo, y que dará mucho ánimo y consuelo á los enfermos, la vida de Liduvina virgen, la cual estuvo treinta y ocho años continuos con gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores; los treinta sin poderse levantar de una pobre camilla, ni tocar al suelo con sus piés; y allí le hacia el Señor grandísimas mercedes <sup>1</sup>.

Pero porque se nos suelen ofrecer algunas razones particulares con color y apariencia de mayor bien, para impedir esta indiferencia y conformidad, irémos respondiendo y satisfaciendo á ellas. Quanto á lo primero, podrá decir alguno: por mi no se me diera mas estar enfermo que sano; pero, lo que siento es, parecerme que soy carga á la religion, y que doy pesadumbre en casa. A esto digo, que eso es juzgar á los superiores y á los de casa de poca caridad y de poca conformidad con la voluntad de Dios. Tambien los superiores tratan de perfeccion, y de tomar todas las cosas como venidas de la mano del Señor, y conformarse en ellas con su divina

<sup>1</sup> Surio, tom. vii, fol. 277.

voluntad ; y así si Dios quiere que vos esteis enfermo , y que se ocupen en curaros y regalaros , tambien lo querrán ellos. Y como vos llevais la cruz que Dios os da , llevarán ellos la que les cupiere con mucha conformidad.

Pero diréis : en eso bien veo la caridad grande que se usa en la religion : lo que me da pena no es sino el fruto que pudiera hacer estudiando , predicando ó confesando , y la falta que se hace por estar enfermo. A esto responde muy bien san Agustin : dice , que habemos de considerar que nosotros no sabemos si será mejor hacer aquello que querriamos ó dejarlo de hacer , y así habemos de trazar y ordenar las cosas conforme á nuestra capacidad ; y si después las pudiéremos hacer de la manera que nosotros las trazamos , no nos habemos de holgar , porque se hizo lo que nosotros pensamos y quisimos ; sino porque el Señor quiso que así se hiciese. Y si sucediese no venir á efecto lo que nosotros pensábamos y trazábamos , no por eso nos habemos de turbar y perder la paz. Porque , « mas razon es que sigamos nosotros la vo-

«luntad y traza de Dios, que él la nues-  
«tra.» Y concluye el glorioso san Agustín  
con una sentencia admirable: «Aquel or-  
«dena y traza mejor sus cosas, que está  
«dispuesto y preparado para no hacer lo  
«que Dios no quiere que haga, que el que  
«tiene mucha ansia y apetito de hacer lo  
«que él había trazado y pensado <sup>1</sup>.» Pues  
de esta manera, y con esta indiferencia ha-  
bemos de trazar y ordenar nosotros lo que  
hemos de hacer, que estemos siempre  
muy dispuestos para conformarnos con la  
voluntad de Dios, si acaso no viniere á  
efecto. Y así no nos turbarémos ni entris-  
tecerémos, cuando por enfermedad ó por  
otra causa semejante no pudiéremos hacer  
lo que pensábamos y teníamos ya trazado;  
aunque las cosas en sí sean de mucho pro-  
vecho para las almas. Dice muy bien el Pa-  
dre maestro Ávila <sup>2</sup>, escribiendo á un sa-  
cerdote enfermo: «No tanteéis lo que hi-  
«ciérais estando sano, mas cuanto agra-  
«dáreis al Señor con contentaros de estar  
«enfermo, y si buscáis, como creo que  
«buscáis la voluntad de Dios puramente,

<sup>1</sup> Lib. de catechis. rud. c. 14. — <sup>2</sup> Cartas, t. 2.

«¿qué mas se os da estar enfermo que sa-  
«no, pues que su voluntad es todo nuestro  
«bien?»

San Crisóstomo dice, que mas mereció y agradó á Dios el santo Job en aquel:  
«Como fue del agrado del Señor, así se ha  
«hecho; bendito sea su santo nombre<sup>1</sup>,»  
conformándose con su voluntad en aquellos trabajos y lepra que le envió, que en cuantas limosnas y bienes hizo estando sano y rico. Pues de la misma manera, mas ágradaréis vos á Dios en conformaros con su voluntad estando enfermo, que en cuanto pudiérais hacer estando sano. Lo mismo dice san Buenaventura<sup>2</sup>: «Mas perfeccion  
«es llevar con paciencia y conformidad los  
«trabajos y adversidades, que entender en  
«obras muy buenas,» que no tiene Dios necesidad de mí, ni de vos para hacer el fruto que él quisiere en su Iglesia. «Dije  
«al Señor: vos sois mi Dios, por cuanto no  
«tencis necesidad de mis bienes<sup>3</sup>.» Ahora quiere él predicaros á vos con la enfermedad, y que aprendais á tener paciencia y

<sup>1</sup> Job 1, 21. — <sup>2</sup> De gradib. virtutum, cap. 24. —

<sup>3</sup> Ps. xv, 2.

humildad : dejad hacer á Dios , que él sabe lo que mas conviene , y vos no lo sabeis. Si para algo habíamos de desear la salud y las fuerzas , era para emplearlas en servir y agradar mas á Dios. Pues si el Señor se sirve y agrada mas en que yo me emplee en estar enfermo , y en llevar con paciencia los trabajos de la enfermedad ; hágase su voluntad que eso es lo mejor , y lo que mas me conviene á mí. Al apóstol san Pablo , predicador de las gentes , permitió el Señor que estuviese dos años preso , y en aquel tiempo tan necesitado de la primitiva Iglesia <sup>1</sup>. No se os haga á vos mucho que os tenga Dios preso con la enfermedad dos meses y dos años ; toda la vida si él fuere servido , que no sois tan necesario en la Iglesia de Dios , como el apóstol san Pablo.

A algunos se les suele poner delante cuando tienen enfermedades y achaques largos y continuos , el no poder seguir la comunidad <sup>2</sup> , y haber de ser singulares

<sup>1</sup> Act. xxviii, 30.

<sup>2</sup> Lo mismo tiene en las familias no poder seguir el tren de los demás.

en muchas cosas; y desconsuélanse de esto, pareciéndoles ó que no son tan religiosos como los otros, ó á lo menos que se podrán desedificar los demás, viendo sus particularidades y regalo: especialmente, que algunas veces la enfermedad y necesidad que uno tiene no se echa tanto de ver por defuera, sino que solo Dios y el enfermo saben lo que padece; y esas singularidades y exenciones échanse mucho de ver. A esto digo, que este es muy buen respeto y muy justo sentimiento, y es de loar el tenerle. Pero no ha de quitar eso la conformidad con la voluntad de Dios en la enfermedad; sino doblar el merecimiento, conformándoos por una parte enteramente con la voluntad de Dios, en todas vuestras indisposiciones y achaques, pues él quiere que los padezcáis, y por otra teniendo gran deseo, cuanto es de vuestra parte de seguir todos los ejercicios de la religion con mucha puntualidad y exaccion, y sintiendo en vuestro corazon el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera fuera de lo que mereccis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad,

podeis merecer tambien en esto segundo, tanto como los demás que están sanos y buenos, y hacen todos esos ejercicios.

San Agustin en el sermón LXII de *Tempore*, tratando de la obligacion que todos tenían á ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal, y viniendo á tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice: á este bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazon, gimiendo y suspirando, porque ayunando los demás él no puede ayunar: como el valiente soldado que trayéndole al real herido, siente mas el no poder pelear, ni señalarse en servicio de su rey, que el dolor de las heridas y de la cura rigurosa que le hacen. Así es de buenos religiosos, cuando están enfermos, sentir mas el no poder andar con la comunidad ni hacer los ejercicios de la religion, que la misma enfermedad. Pero al fin, ni eso, ni otra cosa alguna, nos ha de quitar el conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermedad, aceptándola como enviada de su mano, para mayor gloria suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado san Gerónimo <sup>1</sup> cuenta, que pidiendo un monje al santo abad Juan Egipcio, que le sanase de una enfermedad y calentura grave que tenia, respondió el Santo: « Quieres echar de ti una  
« cosa que le es muy necesaria: porque así  
« como la inmundicia y suciedad de las co-  
« sas corporales se quita con jabon ó lejía  
« fuerte ó con otras cosas semejantes; así  
« las almas se purifican con las enferme-  
« dades y trabajos. »

## CAPÍTULO XVII.

*Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios: y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino tambien en todas las cosas que suelen suceder en ella.*

Lo que se ha dicho de la enfermedad, se ha tambien de entender de las demás cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio <sup>2</sup> da una doctrina muy buena para quando estamos enfermos. Di-

<sup>1</sup> In vitis Patrum. — <sup>2</sup> In regul. fusius disput. 55.

ce, que de tal manera habemos de usar los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso: de lo cual reprehende la sagrada Escritura al rey Asa. «Ni aun en su enfermedad buscó al Señor, sino que confió mas en la ciencia de los médicos<sup>1</sup>.» No habemos de atribuir á eso toda la causa de sanar ó no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas y otras no. Y así cuando nos faltare el médico y la medicina, dice san Basilio, que tampoco habemos de desconfiar por eso de la salud. Porque así como leemos en el sagrado Evangelio, que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como á aquel leproso que le pidió. «Señor, si quereis podeisme limpiar<sup>2</sup>.» Y le respondió: *Volo, mundare.* «Quiero: sé limpio;» otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego y le mandó que se fuese á lavar á la Natatoria ó fuente de Siloé<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> u Paral. xvi, 12. — <sup>2</sup> Matth. viii, 2. — <sup>3</sup> Joann. ix, 11.

Otras veces dejaba á los enfermos en sus enfermedades, y no queria que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y medicinas; así tambien ahora, unas veces da Dios la salud sin médicos ni medicinas por sola su voluntad: otras la da por medio de esas medicinas: otras veces aunque consulte uno muchos médicos, y le apliquen grandes remedios no quiere Dios darle salud; para que aprendamos con esto á no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios. Así como el rey Ezequías <sup>1</sup> no atribuyó su salud á la masa de higos que Isaiás puso sobre su llaga, sino á Dios; así vos cuando sanáreis de la enfermedad no habeis de atribuir la salud á los médicos ni á las medicinas sino á Dios, que es el que sana todas nuestras enfermedades: «Que no son las yerbas, ni los emplastos los que sanan sino Dios <sup>2</sup>.» Y cuando no sanáreis, tampoco os habeis de quejar de los médicos, ni de las medicinas, sino habeislo tambien de atribuir todo á Dios, que no quiere daros salud, sino que esteis enfermo.

<sup>1</sup> IV Reg. xx, 7. — <sup>2</sup> Sap. xvi, 12.

De la misma manera cuando el médico no conoció la enfermedad ó erró la cura, que es cosa que acontece hartas veces, aun á los muy grandes médicos y en grandes personajes, habeis de tomar aquel yerro por acierto de Dios; y tambien el deseuideo y falta que os hace el enfermero. Y así no habeis de decir, que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tornó la calentura, sino tomarlo todo como venido de la mano de Dios, y decir: el Señor ha sido servido que me creciese la calentura y que me viniese tal accidente. Porque cierta cosa es que aunque respecto de los que os curan, eso haya sido yerro, pero respecto de Dios no fue sino acierto, porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensais que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al santo Tobias fue acaso <sup>1</sup>? no fue sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en él como en el santo Job; y así lo dice la Escritura divina: «El Señor permitió que le sobreviniese esta tentacion, para que tuvieran los venideros un ejem-

<sup>1</sup> Tobias II, 12.

«plar de paciencia, como ya lo tenían en  
«el santo Job <sup>1</sup>.» Y el Ángel le dijo des-  
«pués: Como eras agradable al Señor fue  
«preciso que te probase la tentacion <sup>2</sup>:»  
para probarte ha permitido Dios esta ten-  
tacion.

En las vidas de los Padres se cuenta del  
abad Estéfano <sup>3</sup>, que estando enfermo qui-  
so su compañero hacerle una tortilla, y  
pensando que la hacia con buen aceite, la  
hizo con aceite de linaza, que es muy amar-  
go, y dióselo; Estéfano como lo sintió, co-  
mió un poco, y calló. Otra vez le hizo otra  
de la misma manera, y como la gustase y  
no la quisiese comer, dijole el hermano:  
come, Padre, que está muy buena, y pro-  
bóla él para incitarle á comer, y como sin-  
tiese el amargor, comenzó á fatigarse y á  
decir, homicida soy. Y dijole Estéfano: no  
te turbes, hijo, que si Dios quisiera que no  
erraras en tomar un aceite por otro no lo  
hicieras. Y de otros muchos Santos leemos,  
que tomaban con mucha conformidad y pa-  
ciencia los remedios que les hacían, aun-

<sup>1</sup> Tobie, xii, 13. — <sup>2</sup> Ibid. — <sup>3</sup> Apud Dorothei.  
doct. 7.

que fuesen contrarios á lo que pedia su enfermedad. Pues de esta manera habemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, así del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno, ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno; y así edifica grandemente un enfermo que toma todo lo que se le ofrece con igualdad y alegría como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose del todo de sí. Dice san Basilio <sup>1</sup>, habeis fiado vuestra alma del superior; ¿por qué no fiaréis vuestro cuerpo? Habeis puesto en sus manos la salud eterna, ¿por qué no pondréis tambien la temporal? Y pues la regla nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo y nos lo manda, habiamoslo de estimar en mucho, y ayudarnos de tan provechosa licencia. Y por el contrario desedifica mucho el enfermo, cuando tiene mucho cuidado de si, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar y cómo se lo han de dar, y si le acuden á

<sup>1</sup> In regul. fusius disputat. regul. 48.

punto , y sino se sabe bien quejar y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano <sup>1</sup> : la enfermedad del cuerpo no es impedimento para la puridad del corazon , sino antes ayuda si uno la sabe tomar como debe ; pero guardaos, dice , no pase la enfermedad del cuerpo al alma. Y si uno se ha de esa manera , y toma ocasion de la enfermedad para hacer su voluntad , y no ser obediente y rendido ; entonces pasará la enfermedad al alma , y hará que le dé al superior mas cuidado la enfermedad espiritual que la corporal. Por estar enfermo no por eso ha uno de dejar de parecer religioso , ni pensar que ya no hay regla para él ; y que puede poner todo el cuidado en su salud y regalo , y olvidarse de su aprovechamiento. « El enfermo, dice nuestro santo Padre <sup>2</sup> , mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad , que en el tiempo de su entera salud. » San Crisóstomo sobre aquellas palabras del Profeta : « Nos has coro-

<sup>1</sup> Lib. v , de institut. renuntiatum c. 7. — <sup>2</sup> Regul. 50, summaris.

«nado, Señor, de tu buena voluntad como  
 «con escudo<sup>1</sup>,» tratando como mientras  
 dura esta vida siempre hay pelea, y así  
 siempre habemos de andar armados para  
 ella, dice: «El tiempo de la enfermedad  
 «es muy propio tiempo de estar muy ar-  
 «mados, y muy apereibidos para pelear,  
 «cuando por una parte los dolores nos tur-  
 «ban, y la tristeza nos cerea, y el demo-  
 «nio tomando de esto ocasion, nos incita  
 «á que hablemos con impaciencia, y nos  
 «quejemos demasiado;» y así entonces ha-  
 bemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun  
 allá dijo Séneca, ep. 78, que el varon fuer-  
 te tambien tiene en qué ejercitar su fortale-  
 za en la cama padeciendo enfermedades,  
 como en el campo peleando contra los ene-  
 migos: porque la principal parte de la for-  
 taleza es sufrir, mas que acometer. Y así  
 dijo el Sabio, que es mejor el varon pa-  
 ciente que el fuerte: «Mejor es el sufrido  
 «que el hombre fuerte; y el que domina  
 «su corazon que el expugnador de ciuda-  
 «des<sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> Ps. v, 13. — <sup>2</sup> Prov. xvi, 32.

## CAPÍTULO XVIII.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

De la santa virgen Gertrudis se lee <sup>1</sup> que le apareció una vez Cristo nuestro Redentor, que traía en su mano derecha la salud, y en la siniestra la enfermedad, y le dijo: que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: lo que yo, Señor, deseo de todo corazón es, que no mireis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.

De un devoto de santo Tomás Cantuariense se cuenta <sup>2</sup>, que estando enfermo, fué al sepulcro del Santo á pedirle que rogase á Dios le diese salud. Alcanzóla, y viniendo sauo á su tierra, púsose á pensar entre sí, que si le convenia la enfermedad para su salvacion, ¿para qué queria la salud? Hizole tanta fuerza esta razon, que volvió otra vez al sepulcro, y rogó al Santo que pidiese á Dios le diese lo que mas le con-

<sup>1</sup> Apud Illos. cap. 11, monil. spirit. — <sup>2</sup> Marulus, lib. v, cap. 4.

venia para su salvacion. Volvióle Dios la enfermedad, y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que mas le convenia.

Surio, en la vida de san Bedasto obispo, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que el dia de la traslacion del cuerpo de este santo Obispo, deseó mucho ver sus santas reliquias, y por consiguiente tener vista para verlas; alcanzóla de nuestro Señor, y vió lo que deseaba. Y viéndose con vista volvió á orar, que si aquella vista no le convenia para el bien de su alma que le volviese la cegüedad: y hecha esta oracion quedó ciego como de primero.

Cuenta san Gerónimo, en su carta á Castuccio ciego, que como san Antonio Abad fuese llamado de san Atanasio obispo á la ciudad de Alejandria, para que le ayudase á confutar y extirpar las herejias que allí habia; Didimo, que era un varon eruditísimo, pero ciego de los ojos del cuerpo, trató con san Antonio muchas cosas de las sagradas Escrituras de tal manera, que estaba el Santo admirado de su ingenio y sabiduria. Y después de haber tratado de esas

cosas, preguntóle ¿si estaba triste por estar ciego? él callaba y no se atrevia á responder de vergüenza: finalmente, preguntándole segunda y tercera vez, confesó llanamente que sentia tristeza de ello. Entonces, dijole el Santo: maravillome que un varon tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener aquello que tienen las moscas, y las hormigas y gusanillos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que solos los Santos y Apóstoles merecieron tener. De lo cual se ve, dice san Gerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la parte primera, lib. 1, c. 49, de la historia de la orden de santo Domingo, cuenta el Padre Fray Hernando del Castillo, que viviendo santo Domingo en Roma, visitaba á una mujer afligida, enferma, emparedada, y muy gran sierva de Dios, que se habia recogido en una torre, á la puerta de san Juan de Letran, y solia el bendito Padre confesarla muchas veces, y administrarle el santísimo Sacramento. Llamábase la mujer Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena la enseña-

ba Dios á tener alegría en los trabajos , y descanso en la muerte. Padecía una gravísima enfermedad en los pechos , los cuales tenia ya encancerados y llenos de gusanos , y de manera que para cualquier otra persona fuera tormento insufrible , sino para ella que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla santo Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud , la amaba mucho. Un día después de haberla confesado y comulgado , quiso ver tan asquerosa y terrible llaga , y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona , y el Santo vió la podre , el cáncer , los gusanos hirviendo , y su paciencia y alegría , tuvo de ella compasion ; pero mas deseo de sus llagas , que de los tesoros de la tierra , y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dárselo , si primero no le prometia devolvérselo ; porque ya venia á holgarse tanto de verse comer en vida , que si alguno se caia en el suelo lo volvía á poner en su lugar. Y así sobre su palabra se le dió que era bien crecido , y con una cabe-

za negra. Apenas lo tomó el Santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes admirados decian á su Padre, que no se la volviese, y la enferma pidiendo su gusano decia, que le volviesen su perla; mas en dándosela, tornó á volverse en la forma que tenia de gusano, y la mujer le puso en sus pechos, donde se había criado y criaba. Y santo Domingo haciendo oracion por ella, y echándole su bendicion con la señal de la cruz, la dejó y se fué. Pero bajando la escalera de la torre, se le cayeron á la mujer los pechos cancerados con los gusanos, y poco á poco fué creciendo la carne, y en breves dias fue del todo sana, contando á todos las maravillas que Dios obraba por su siervo.

En la misma historia parte primera, lib. 1, c. 83, se cuenta que tratando Fray Reginaldo con santo Domingo, de tomar el hábito de su religion, y estando ya determinado hacerlo, cayó en la cama de una fiebre continua y al parecer de los médicos mortal. El Padre santo Domingo tomó muy á pechos su salud, y hacia por ella continua oracion á Dios nuestro Señor; y así el cu-

fermo, como él, llamaban á nuestra Señora en su ayuda con mucha devocion y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta peticion, entró por el aposento de Reginaldo la sacratissima Reina del cielo nuestra Señora con una claridad y resplandor por todo extremo celestial y maravillosa, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran santa Cecilia y santa Catalina mártires, las cuales llegaron con la soberana Señora á la cama del enfermo, á quien ella, como soberana Reina y madre de piedad consoló, y dijo: ¿qué quieres que haga yo por tí? Ya vengo á ver lo que pides: dímelo, y dársete ha. Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial vision, dudaba de lo que convenia hacer ó decir; mas una de aquellas santas que con nuestra Señora venian le sacó presto de este cuidado, diciendo: Hermano, no pidas cosa, déjate todo en sus manos, que muy mejor sabe dar, que tú pedir. El enfermo siguió este consejo, como tan discreto y avisado; y así respondió á la Virgen: Señora, no pido nada, no tengo mas voluntad que la vuestra;

en ella y en vuestras manos me pongo. Extendiólas entonces la sagrada Virgen, y tomando del óleo que traian para este efecto aquellas sus criadas, ungió á Reginaldo de la manera que se suele dar la Extremauncion. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura, y tan convallecido de fuerzas corporales, como si nunca hubiera estado enfermo; y lo que mas es, que con aquella soberana merced se le hizo otra mayor en la virtud del alma, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual ni deshonesto en su persona en todos los dias de su vida, en ningun tiempo, ni lugar, ni ocasion.

En la historia Eclesiástica, parte segunda, lib. vi, c. ii, se cuenta que entre los varones que en aquel tiempo florecieron, era muy esclarecido Benjamin, que tenia don de Dios para sanar los enfermos sin otra medicina, con solo el tacto de su mano, ó ungiéndoles con un poco de aceite, y haciendo oracion sobre ellos. Y con esta gracia de sanar á otros, tuvo él grave dolencia de hidropesía, de la cual se binchó

lanto , que no podia salir por la puerta de su celda , si no desquiciaban las puertas. Y asi estuvo dentro de ella ocho meses , hasta que murió sentado en una silla muy ancha , donde curó muchas enfermedades , sin quejarse , ni entristecerse , porque no podia dar remedio á la suya. Y á los que le habian lastima , consolaba y decia : rogado á Dios por mi alma , y de mi cuerpo no cureis , que aun cuando estaba sano , de ninguna cosa me servia.

En el Prado Espiritual , c. x , se cuenta de un monje llamado Bernabé , que como en cierto camino se hincase un palillo por el pié , no se le quiso quitar por algunos dias , ni ser curado de la herida , por tener como padecer algun dolor por amor de Dios. Y dícese , que decia á los que le visitaban : cuanto el hombre exterior mas padece y se mortifica , tanto mas el hombre interior se vivifica y fortalece.

En la vida de san Pacomio , cuenta Suario de un monje llamado Zaqueo , que con estar enfermo de gota coral , no por eso remitia un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia , que era solamente pan con

sal , ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbraban los otros monjes sanos , acudiendo á maitines y á las demás horas ; y lo restante del tiempo en que cesaba de orar , se ocupaba en hacer esteras , espuestas y sogas. Y con la aspereza del esparto , de que las tejía , tenia las manos tan lastimadas , que le corria siempre sangre de las grietas ; lo cual hacia por no estar ocioso , y á la noche antes de dormir tenia por costumbre de meditar algunas cosas de la sagrada Escritura , y luego hacer la señal de la cruz sobre su cuerpo ; y esto hecho , descansaba hasta hora de maitines , á los cuales , como se ha dicho , se levantaba permaneciendo en ellos y en oracion hasta que era de dia. Este era el repartimiento del tiempo de este santo enfermo , y estos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir á él un monje , el cual viéndole tan lastimadas las manos , le dijo , que se las untase con aceite , y no sentiria tantos dolores con las aberturas. Hizolo así Zaqueo , y no solo no se le mitigó el dolor , pero se le acrecentó mucho mas. Y viniendo después á ver san Pacomio , y con-

tándole lo que habia hecho , dijole el Santo : ¿ pensabas , hijo , que no ve Dios todas nuestras enfermedades , y que si es servido no las puede sanar ? Pues el no hacerlo asi , sino permitir que padezcamos dolores hasta que él sea servido , ¿ para que piensas que lo hace sino para que le dejemos á él todo el cuidado de nosotros , y pongamos solamente en él toda nuestra confianza ? ¿ y tambien para bien y provecho de nuestras almas , para podernos después acrecentar la paga y premio eterno por estos breves trabajos que él nos envia ? Compungióse mucho con esto Zaqueo , y dijole : perdóname , Padre , y ruega á Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios , y deseo de sanar. É yéndose Pacomio , en penitencia de culpa tan leve ayunó todo un año , con ayuno tan rigido que no comia sino de dos á dos dias , y entonces muy poco y llorando. Este ejemplo tan notable solia contar después el gran Pacomio á sus monjes , para amonestarles á la perseverancia en el trabajo , y la confianza en Dios , y el reparar en faltas pequeñas.



## CAPÍTULO XIX.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida*

Tambien habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, así para morir, como para vivir; y aunque esto del morir de suyo es muy dificultoso, porque como dice el Filósofo <sup>1</sup>: «La muerte es la cosa «mas terrible de todas las cosas humanas.» Pero en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad; porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo. Porque quanto á lo primero, una de las cosas porque á los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir y les da pena que llegue aquella hora, es, porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenian en esta vida, los amigos, los parientes, y el otro la mujer, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando

<sup>1</sup> in *Æticorum*, cap. 6.

no quedan remediados. Todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo; y así no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las eocias, con facilidad se saca; pero si la quereis sacar sin descarnarla, causaros ha mucho dolor. Así al religioso que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele á la hora de la muerte el dejarlas; porque ya las dejó él de su voluntad y con gran merecimiento, cuando entró en la religion, y no aguardó á dejarlas á la hora de la muerte como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar, aunque ellos no quieran; y con grande dolor y pena, y muchas veces sin merecimiento alguno; porque mas dejan ellas á sus poseedores que ellos á ellas. Y este es uno de los frutos que entre otros muchos tiene el dejar el mundo, y entrar en religion, como nota muy bien san Crisóstomo <sup>1</sup>, que á los que están en el mundo, muy casados con la hacienda, entretenimientos y regalos de esta vida, esles muy penosa la muerte, conforme á aquello del

<sup>1</sup> Homi. 14, 1 ad Timot.

Sabio : « Ó muerte ¡ cuán amarga es tu memoria para el hombre que tiene el corazón pegado á sus bienes ! <sup>1</sup>. » Aun la memoria de la muerte les es muy amarga, ¿ qué será la presencia ? Si pensada es amarga, ¿ qué será gustada ? Pero al religioso que ha ya dejado todas esas cosas, no le es amarga la muerte, sino antes muy alegre y gustosa, como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien va á recibir el premio y galardón de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal que suele dar mas pena en aquella hora á los del mundo, y ser causa que se les haga la muerte terrible y horrible, dice san Ambrosio <sup>2</sup>, que es la mala conciencia y falta de disposición. Lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso, porque toda su vida es una continua preparacion y disposición para bien morir. Cuéntase de un santo religioso que como el médico le dijese, que se preparase para morir, respondió él : después que tomé el hábito, no he hecho otra cosa sino prepararme para eso. Éste es el ejerci-

<sup>1</sup> Eccii. xii, 1. — <sup>2</sup> De bono mortis, cap. 8.

cio del religioso. El mismo estado de la religion nos instruye en la disposicion que quiere Cristo nuestro Redentor que tengamos para su venida: «Tened ceñidos los lomos, y candelas encendidas en vuestras manos <sup>1</sup>.» Dice san Gregorio <sup>2</sup>, que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas encendidas en las manos denota el ejercicio de las buenas obras; las cuales dos cosas resplandecen principalmente en el estado de la religion; y así el buen religioso no tiene que temer la muerte.

Y nótese aquí una cosa, que ayudará á nuestro propósito, y la tocamos arriba <sup>3</sup>, y es, que una de las buenas señales que hay de tener una buena conciencia, y andar bien con Dios es, estar muy conforme con su divina voluntad en lo que toca á la hora de su muerte, y estarla esperando con grande alegría, como quien espera su esposo, para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales. «Y vosotros sed semejantes á los hombres, que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas <sup>4</sup>.»

<sup>1</sup> Luc. xii, 36. — <sup>2</sup> Hom. 13 in Evang. — <sup>3</sup> En el tract. ii, cap. 3. — <sup>4</sup> Luc. xii, 36.

Y por el contrario, el pesarle á uno mucho con la muerte y no tener esta conformidad, no es buena señal. Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego va la oveja al matadero sin dar un balido, ni hacer resistencia alguna? que es el ejemplo que trae la sagrada Escritura de Cristo nuestro Redentor: «Como oveja será llevado al matadero<sup>1</sup>.» Pero el animal inmundo ¿qué hace de gruñir, y de resistir cuando le quieren matar? pues esa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales, que son significados por esos otros animales. El que está sentenciado á muerte, cada vez que oye abrir la cárcel se entristece, pensando que le quieren ya sacar á ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pensando que le vienen á echar fuera. Así el malo cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho, porque como tiene llagada la conciencia, cree que es pa-

<sup>1</sup> Isaías LIII, 8.

ra echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás. Pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre. Pues hagamos nosotros lo que debemos á buenos religiosos (cristianos), y no solo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgarémos y pediremos á Dios con el Profeta que nos saque de esta cárcel: «Saca mi alma  
«de la prision <sup>1</sup>.»

San Gregorio en el lib. 6 de sus Morales, c. 16, sobre aquello de Job: «No temerás las bestias de la tierra <sup>2</sup>, dice: Comunmente los justos comienzan ya en su muerte á recibir un principio de la paga que les espera, en la tranquilidad y seguridad de espíritu que se les concede.» El tener á la hora de la muerte esta alegría, y esta paz y seguridad de conciencia, dice, que es principio del galardón de los justos. Comienzan ya á gozar una gotica de aquella paz, que como río caudaloso ha de entrar luego en sus almas: y ya comienzan

<sup>1</sup> Ps. cxli, 8. — <sup>2</sup> Cap. v, 22.

á sentir su bienaventuranza. Y al contrario, los malos comienzan á sentir su tormento y su infierno, con aquel temor y remordimiento que comienzan á sentir en aquella hora.

De manera que el desear la muerte, y holgarse con ella, es muy buena señal. Dice san Juan Climaco, en el cap. 6, muy loable es aquel que todos los días espera la muerte; mas aquel es santo, que todas las horas la desea. Y san Ambrosio <sup>1</sup> alaba á los que tienen deseo de morir. Y así vemos que aquellos santos Patriarcas antiguos tenían este deseo, «*teniéndose por peregrinos, y huéspedes en la tierra,*» no por moradores de asiento. Y como nota muy bien el apóstol san Pablo: «*En esto daban bien á entender que estaban deseando salir de este destierro* <sup>2</sup>.» Y esto era por lo que suspiraba el real Profeta: «*¡Ay de mí que se ha prolongado mi destierro!* <sup>3</sup>.» Y si esto decían, y deseaban aquellos Padres antiguos, con estar enton-

<sup>1</sup> In orat. funebri de obitu Valentiniani imperat. tom. 8, et de fide Resurrectionis. — <sup>2</sup> Ad hebr. xi, 14. — <sup>3</sup> Ps. cxix, 5.

ces cerrada la puerta del cielo, y no haber de ir luego allá: ¿qué será ahora que está abierta, y en estando el alma purgada, luego va á gozar de Dios?

## CAPÍTULO XX.

*De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte licita y santamente.*

Para que mejor y con mas perfeccion nos conformemos con la voluntad de Dios así en la muerte como en la vida, pondrémos aquí algunos motivos y razones, por las cuales se puede desear el morir para que escojamos la mejor. La primera razon por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida; porque, como dice el Sabio: «Mejor es la muerte, que la vida amarga y trabajosa<sup>1</sup>.» De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte y la piden á Dios, y lo pueden hacer sin pecado; porque al fin son tantos y tales los trabajos de esta vida, que es li-

<sup>1</sup> Eccles. xxx, 17.

cito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos porque Dios dió tantos trabajos á los hombres , fue porque no se casasen tanto con el mundo , ni amasen tanto esta vida ; sino que pusiésemos nuestro corazon y nuestro amor en la otra , y suspirásemos por ella : « Donde no « habrá lloro ni dolor <sup>1</sup>. » San Agustín dice , que Dios nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia quiso que esta vida fuese breve , y se acabase presto , porque es trabajosa ; y que la otra que esperamos fuese eterna , para que el trabajo durase poco , y el gozo y descanso para siempre <sup>2</sup>. San Ambrosio dice : « Está tan « llena de males y trabajos esta vida , que « si Dios no nos diera la muerte en casti- « go , se la pidiéramos por misericordia y « por remedio , para que se acabaran tan- « tos males y trabajos <sup>3</sup>. » Verdad es que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto , por la impaciencia con que toman los trabajos , y por la manera con que piden á Dios la muerte con quejas é im-

<sup>1</sup> Apoc. XXI, 4. — <sup>2</sup> Ser. 37, de Sanctis. — <sup>3</sup> Ser. sup. cap. 7, Job.

paciencias. Mas si se la pidiesen con paz y con sujecion: Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido: no seria pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con mas perfeccion, por no ver los trabajos de la Iglesia, y las ofensas continuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el profeta Elías, viendo la persecucion de Acab y Jezabel, y que habian destruido los altares, y muerto todos los Profetas de Dios, y que andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podia él remediar, vase por esos desiertos, y sentándose debajo de un árbol, « pidió para sí « la muerte, y dijo: Bástame, Señor, llevá « esta mi alma, pues no soy yo mejor que « mis padres <sup>1</sup>. » Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida para que no vea tantos males, ni tantas ofensas vuestras. Y aquel valeroso capitan del pueblo de Dios, Judas Macabeo, decia: « Mas vale « morir en la guerra que ver tantos males « y tantas ofensas de Dios <sup>2</sup>, » y con esto

<sup>1</sup> III Reg. XIX, 4. — <sup>2</sup> II Macab. III, 59.

exhortaba y animaba á los suyos á pelear. Y del bienaventurado san Agustín leemos en su vida, que pasando los vándalos de España á África, destruyéndola toda, no perdonando á hombre, ni á mujer, ni á clérigos, ni á legos, ni á niños, ni á viejos, llegaron á la ciudad de Hipona, de donde él era obispo, y cercáronla en rededor con mucha gente; y viendo san Agustín tan gran tribulación, y las iglesias sin clérigos, y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez; y juntado á sus clérigos les dijo: rogúe al Señor que ó nos librase de estos peligros, ó nos diese paciencia, ó me sacase de esta vida, porque no vea tantos males; y el Señor hame otorgado lo tercero. Y luego enfermó al tercer mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro santo Padre Ignacio leemos en su vida otro semejante ejemplo. Esta es perfeccion de santos, sentir tanto los trabajos de la Iglesia, y las ofensas que se hacen contra la Majestad de Dios, que no lo pueden sufrir: y así desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razon hay tambien muy buena y de mucha perfeccion para desear y pedir á Dios la muerte , que es por vernos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es, que mientras estamos en esta vida no hay seguridad , sino que podemos caer en pecado mortal , y sabemos que otros mas aventajados que nosotros y que tenian grandes dones de Dios , y que verdaderamente eran santos y grandes santos, han caido. Esta es una de las cosas que mas hace temer á los siervos de Dios , y por la cual desean salir de esta vida. A trueque de no pecar, aun no haber nacido ni haber sido , puede uno desear, quanto mas morir. Porque mayor mal es el pecado , que el no ser ; y mejor fuera no ser que haber pecado. « Mas « le valiera á aquel hombre no haber nacido <sup>1</sup>, » dijo Cristo nuestro Redentor del que le habia de vender. Mas le valiera no haber nacido. Y san Ambrosio <sup>2</sup> declara á este propósito aquello del Eclesiastés : « Alá « hé mas á los muertos que á los vivos : y por « mas dichoso que á esos tuve al que nunca

<sup>1</sup> Matth. xxvi, 24. — <sup>2</sup> Serm. 18, super Psalm. cxviii.

«nació<sup>1</sup>.» Dice san Ambrosio : «El muerto  
«se prefiere al vivo, porque ya ha dejado  
«de pecar : y al muerto se prefiere el que  
«no ha nacido, porque nunca supo pecar.»  
Y así será muy buen ejercicio , actuarnos  
muchas veces en la oracion en estos actos :  
«Señor, no permitais que me aparte yo ja-  
«más de Vos.» Señor, si os tengo de ofen-  
der, llevadme luego antes que os ofenda ;  
que yo no quiero la vida sino para servirlos,  
y si no os tengo de servir con ella no la quie-  
ro. Este es un ejercicio muy agradable á Dios  
y muy provechoso para nosotros ; porque  
aquí hay ejercicio de dolor y aborrecimiento  
del pecado : aquí hay ejercicio de humildad :  
aquí hay ejercicio de amor de Dios : aquí hay  
una peticion de las mas agradables que po-  
demos pedir á Dios. De san Luis rey de Fran-  
cia se cuenta, que le decia algunas veces su  
santa madre la reina doña Blanca : querria,  
hijo mio, antes verte muerto delante de mis  
ojos que con algun pecado mortal. Y agra-  
dó á Dios tanto este desco y esta bendicion  
que le echaba, que se dice de él, que en  
toda su vida no hizo pecado mortal. Eso

<sup>1</sup> Eccie. iv. 2.

mismo podrá ser, que obre en vos ese deseo y petición.

Y mas; no solo por evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no solo de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes que decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese, seria mártir <sup>1</sup>. Pues cierta cosa es, que si vivimos habemos de hacer muchos pecados veniales, pues «siete veces caerá el justo <sup>2</sup>,» quiere decir, muchas veces, y mientras mas viviere, mas veces caerá. Y no solo por evitar los pecados veniales desean los siervos de Dios salir ya de esta vida, sino por verse libres de tantas faltas é imperfecciones, y de tantas tentaciones y miserias como cada día experimentan. Dice muy bien aquel Santo <sup>3</sup>: «Ó Señor, y ¡qué padezco cuando pensando en la oracion cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales! ¡Ay qué tal es esta vida, donde nunca faltan

<sup>1</sup> Véase Santo Tom. 2, 2, q. 124, art 5 ad 2. —

<sup>2</sup> Prov. xxiv, 16. — <sup>3</sup> Thomas de Kempis.

«tribulaciones y miserias! todas las cosas  
«están llenas de lazos y de enemigos: en  
«partiéndose una tribulacion viene otra, y  
«aun antes que se acabe el combate de una  
«sobrevienen otras muchas no pensadas.  
«¿Cómo puede ser amada, vida llena de  
«tantas amarguras, sujeta á tantos casos y  
«miserias? ¿cómo se puede llamar vida la  
«que engendra tantas muertes y pestilen-  
«cias?» De una grande Santa se lee que so-  
lia decir, que si pudiese escoger alguna co-  
sa, no escogeria otra sino la muerte. Porque  
por medio de ella el alma se halla sin te-  
mor de nunca mas hacer cosa que sea im-  
pedimento del puro amor. Y aun parece de  
mas perfeccion el desear salir de esta vida  
por evitar los pecados veniales y las faltas  
é imperfecciones, que por evitar los mor-  
tales: porque eso de los mortales, puede ser  
que lo haga uno mas por temor del infierno,  
y por su propio amor y provecho, que por  
amor de Dios: mas tener tanto amor de Dios  
que desee la muerte por no hacer pecados  
veniales ni faltas é imperfecciones, es gran  
pureza de intencion y cosa de grande per-  
feccion.

Pero dirá alguno : por satisfacer por mis culpas y defectos deseo yo vivir. A esto digo, que si viviendo mas desquitásemos siempre de lo pasado y no añadiésemos nuevas culpas, bueno seria eso ; pero si no solo no desquitis sino añadís , y mientras mas vivís tenéis mas de qué dar cuenta á Dios , no será esa buena respuesta. Dice muy bien san Bernardo : « ¿ Por qué deseamos tanto esta vida, « en la cual cuanto mas vivimos tanto mas « pecamos ? <sup>1</sup> » Y san Gerónimo en la carta á Heliodoro , dice : ¿ qué diferencia pensais que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo , sino que el viejo va mas cargado de pecados que el mozo , y tiene mas de qué dar cuenta á Dios ? Y así toma san Bernardo otra resolucion mejor en esto , y dice con su mucha humildad unas palabras que las podemos nosotros decir con mas verdad : « Tengo vergüenza de vivir por « lo poco que aprovecho , y temo de morir « porque no estoy preparado ; pero con todo eso , mas quiero morir y encomendarme á la misericordia de Dios , pues es benigno y misericordioso , que escandalizar

<sup>1</sup> Cap. 2, meditat.

« á mis hermanos con mi vida tibia y floja <sup>1</sup>. »  
 Esta es buena resolución. El Padre maestro Ávila decía, que cualquiera que se hallase con mediana disposición, debía antes desear la muerte que la vida, por razón del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte. Dice san Ambrosio <sup>2</sup>: « ¿qué es la « muerte, sino sepultura de vicios y resurrección de virtudes? »

Todas estas razones y motivos son buenos para desear la muerte: pero el de mas perfección, es el que tenía el apóstol san Pablo por verse ya con Cristo á quien tanto amaba. « Tengo deseo de ser desatado de « la carne, y estar con Cristo <sup>3</sup>. » ¿Qué decís, san Pablo? ¿por qué deseáis ser desatado del cuerpo? ¿por ventura por huir los trabajos? no por cierto que antes « esa « es mi gloria <sup>4</sup>. » Pues ¿por qué? ¿por huir los pecados? tampoco: « Estoy cierto que ni « la muerte ni la vida... podrá apartarnos del « amor de Dios. » Estaba ya confirmado en gracia y sabia que no podia perderla; y así

<sup>1</sup> San Ber. de la casa interior, cap. 56. — <sup>2</sup> De bono mortis, cap. 4. — <sup>3</sup> Ad Phil. 1, 23. — <sup>4</sup> Ad Rom. v, 3.

no tenia que temer eso. Pues ¿por qué deseais tanto la muerte? por verme ya con Cristo: de puro amor la deseaba: «porque «desfallezco de amor <sup>1</sup>.» Estaba enfermo de amor, así suspiraba por su amado; y cualquier tardanza se le hacia larga para gozar de su presencia. San Buenaventura <sup>2</sup> pone este por último grado de amor de Dios, de tres que pone. El primero es amar á Dios sobre todas las cosas, amando de tal manera las cosas del mundo, que por ninguna de ellas hagamos un pecado mortal ni quebrantemos ningun mandamiento de Dios, que es lo que dijo Cristo nuestro Redentor á aquel mancebo del Evangelio: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los «mandamientos <sup>3</sup>.» Esto conviene á todos. El segundo grado de caridad es, no contentarnos con guardar los mandamientos de Dios, sino añadir los consejos, que es propio de los religiosos que no solamente procuran lo bueno, sino lo mejor y mas perfecto; conforme aquello de san Pablo: «Para que experimenteis cuál es la voluntad de

<sup>1</sup> Cantic. II, 5. — <sup>2</sup> Proccss. 5 religio. cap. 11, 12 et 13. — <sup>3</sup> Matth. XIX, 17.

«Dios buena, y agradable y perfecta <sup>1</sup>.» El tercer grado de caridad, dice san Buena-ventura, es «cuando está uno tan encendido «y abrasado en amor de Dios, que le parece que no puede vivir sin él;» y así desea verse ya libre y desatado de la cárcel de este cuerpo, para estarse con Cristo: está deseando que se le aice ya este destierro, y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que está delante y nos impide el ver á Dios. A estos tales la vida, dice, les es impaciencia, ó por mejor decir en fastidio, y la muerte en ardiente deseo.

De nuestro santo Padre Ignacio leemos en su vida, lib. v, c. 1, que era ardentísimo el deseo que tenia de salir de esta cárcel y prision del cuerpo, y que suspiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podia detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban. Pero dícese allí, que no ardia en este deseo tanto por alcanzar para sí aquel sumo bien y descansar él con aquella dichosa vista, sino mucho mas por desear ver la gloria felicísima de la sacratísima huma-

<sup>1</sup> Ad Rom. xii, 2.

nidad del mismo Señor, á quien tanto amaba. A la manera que suele acá un amigo gozarse de ver en gloria y honra al que ama de corazón: de esa manera deseaba nuestro santo Padre verse con Cristo, olvidado de su interés y descanso por puro amor. Deseaba estarse gozando y regocijando de la gloria de Cristo, y dándole el parabien de ella, que es el mas alto y perfecto acto de amor que podemos tener.

De esa manera no solo no nos será amarga la memoria de la muerte, antes nos dará mucho contento y alegría. Pasad un poco mas adelante y considerad que de aquí á pocos dias estaréis en el cielo gozando de lo que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni puede caer en entendimiento de hombre; y todo se os convertirá en gozo y regocijo. ¿Quién no se alegra de que se acabe el destierro, y se dé fin al trabajo? ¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir ya su último fin, para que fue criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesion de su herencia, y tal herencia? Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del cielo: «Cuan-  
«do diere sueño á sus amados: hé aquí la

« heredad del Señor <sup>1</sup>. » No podemos entrar en la posesion de aquellos bienes eternos, sino es por medio de la muerte; y así, dice el Sabio, « que el justo espera en su muerte <sup>2</sup>, » porque ese es el medio y el escalon para subir al cielo. Y así ese es el consuelo en este destierro. « Tañeré salmos y entenderé en el camino sin mancilla, cuando vengaís á mí <sup>3</sup>. » Así declara san Agustin este lugar <sup>4</sup>: Mi atencion y deseo, Señor, es conservarme sin mancilla toda la vida, y con este cuidado andaré siempre cantando, y la letra de mi cancion será: ¿cuándo se alzará, Señor, este destierro? ¿Cuándo vendréis por mí? ¿cuándo iré yo, Señor, á Vos? «Cuándo me veré, Señor, con Vos? ¡Ó cómo se tarda ya esta hora! <sup>5</sup>» ¡Ó qué contento y alegría será para mí, cuando me digan que se llega ya! «Me he alegrado en esto que se me ha dicho: A la casa del Señor iremos. Nuestros piés estarán en tus atrios, Jerusalem <sup>6</sup>. » Ya me imagino como de piés allá en compañía de los Ángeles y

<sup>1</sup> Ps. cxxvi, 3. — <sup>2</sup> Prov. xiv, 32. — <sup>3</sup> Ps. c, 2. —

<sup>4</sup> Tract. 9, super epís. Joana. — <sup>5</sup> Ps. xli, 3. —

<sup>6</sup> Ps. cxxi, 1, 2.

de aquellos bienaventurados, gozando de Vos, Señor, para siempre jamás. Amen.

## CAPÍTULO XXI.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

Cuenta Simeon Metafraste en la vida de san Juan Limosnero, arzobispo de Alejandria, que un hombre tenia un hijo que amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oracion por él: y dióle mucha cantidad de oro que distribuyese en limosna á pobres por esta intencion. Hizolo así el Santo, y al cabo de treinta dias el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oracion y limosna que por él se habia hecho, habia sido en vano. Y sabiendo el Patriarca su tristeza, hizo oracion por él pidiendo á Dios que le consolase. Oyó Dios su oracion y envió una noche un santo Ángel del cielo que apareció al hombre y le dijo: que supiese que la oracion que por su hijo se habia hecho Dios la habia oido, y que por ella su hijo estaba vivo y salvo en

el cielo. Y que le convino morir en el tiempo que murió para salvarse; porque si viviera habia de ser malo, y se habia de hacer indigno de la gloria de Dios. Y dijole mas, que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida vienen sin justo juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean á los hombres ocultas: y que por esto el hombre no debe dar lugar á tristeza desordenada, sino recibir con ánimo paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso del cielo, quedó el padre del hijo difunto consolado y animado á servir á Dios.

En el lib. 2, c. 12 de la Historia Tebea, se cuenta una singular merced que hizo san Mauricio, capitan que fue de la legion Tebea, á una señora muy su devota. Tenia esta un hijito solo, el cual para que con tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de su tierna edad lo consagró en el monasterio de san Mauricio, debajo del cuidado y gobierno de los monjes, como se acostumbraba en aquellos tiempos, y lo hicieron sus padres con Mauro y Plácido y otros algunos nobilísimos romanos, en tiempo de

san Benito, y muchos años después, con santo Tomás de Aquino en el monasterio de Monte Casino, su madre Teodora y sus hermanos los condes de Aquino. Crióse en el monasterio este único hijo de esta señora, en las letras y costumbres y en la disciplina monástica muy bien, y ya en el coro juntamente con los monjes habia comenzado á cantar suavísimamente. Pero sobrevínole una calentura pequeña, de la cual murió. Vino la desconsolada madre á la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura. Pero no bastaron las muchas lágrimas á templar el dolor de la madre, ni para que dejase de ir cada día á la sepultura á llorarle sin tasa; y mucho mas cuando al tiempo que se decian los divinos oficios, se acordaba que estaba privada de oír la voz de su hijo. Perseverando la señora en este triste ejercicio no solamente de día en la iglesia, sino tambien de noche en su casa sin poder reposar; vencida una vez del cansancio se quedó dormida, y en este sueño se le apareció el santo capitan Mauricio, y le dijo: ¿por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hi-

jo, sin poder poner fin á tantas lágrimas? Respondió ella: no son poderosos todos los dias de mi vida á dar fin á este mi llanto; y por esto mientras que viviere lloraré siempre á mi único hijo, ni cesarán estos ojos míos de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre, y aparte de este cuerpo esta ánima desconsolada. Replicó el Santo: dígame, mujer, que no te aflijas ni llores mas el hijo muerto, como si muerto fuese, porque no está muerto sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida. En señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana á los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monjes que cantarán el divino oficio; y no solamente la gozarás mañana, pero todas las veces que te hallares presente á los divinos loores en la iglesia. Cesa, pues, ya y pon fin á tus lágrimas, teniendo antes ocasion de grande alegría que de tristeza. Despertando la mujer, esperaba con deseo la hora de los maitines por enterarse de la verdad, quedándole todavía alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora y entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la antífona

la voz suavísima del bienaventurado hijo, y segura ya de su gloria en el cielo, desechando de sí todo el dolor, dió infinitas gracias á Dios, gozando de ella cada dia en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta ocasion, y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor <sup>1</sup>, que andando un dia á caza un caballero, salió una fiera y fué en su seguimiento sin solo un criado, porque los demás andaban ocupados en matar otras fieras. Y como la siguiese con gran codicia, alejóse mucho y llegó á un bosque donde oyó una voz humana y harto suave. Maravillóse de oír en un desierto tal voz, porque le parecia que no podia ser de sus criados ni aun de otra persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquella, entró por el bosque adentro, y halló un leproso espantoso en la vista y muy asqueroso, el cual tenia tales sus carnes, que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado; empero tomandó fuerzas y osadia, se llegó á él y le

<sup>1</sup> Flores de Enrique Gran. lib. iv, núm. 68.

saludó con palabras muy dulces y le preguntó, ¿si era él el que cantaba, y que de dónde le habia venido tan dulce voz? Respondió el leproso, yo, señor, era el que cantaba y tengo esta voz propia mía. ¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores? Respondió el pobre, entre Dios mi Señor y mí, no hay otro medio sino esta pared de lodo que es este mi cuerpo, y este rompido y quitado este impedimento, iré á gozar de la vision de su Majestad eterna. Y como veo que cada día se va deshaciendo á pedazos, me gozo y canto con una alegría extraña de mi corazon, aguardando, como aguardo, el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje no puedo ir á gozar de Dios, fuente viva donde se hallan los manantiales que duran para siempre.

San Cipriano, en el lib. *de Mortalitate*, cuenta de un obispo, que como estuviese en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenia presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida; aparecióle un Ángel en figura de un mancebo muy hermoso y res-

plandeciente , y con voz grave y severa le dijo : « Por una parte teméis el padecer en « esta vida , » y por otra no queréis salir de ella ; ¿ qué queréis que os haga ? dándole á entender que no agradaba á Dios aquella repugnancia de salir de esta vida . Y dice san Cipriano que le dijo el Ángel estas palabras , para que en su agonía las dijese y enseñase á los demás .

Cuenta Simeon Metafraste , y tráelo Surio , t. 1 , fol. 237 , del santo abad Teodosio , que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte , queriendo con esto dar ocasion á sus discípulos para su aprovechamiento , hizo que abriesen una sepultura , y abierta púsose con sus discípulos al rededor de ella y diceles : ya está abierta la sepultura , pero ¿ quién de vosotros ha de ser el primero á quien habemos de celebrar aquí las honras ? tomó la mano uno de sus discípulos llamado Basilio , que era sacerdote y de grande virtud , y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría , é hincase de rodillas y dicele : bendiceme , padre , que yo seré el primero á quien se han de hacer aquí los oficios de Re-

quem. Él lo pidió y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio, que se le hagan en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos. El primer día, el tercero, el novenario y después otras honras á los cuarenta días. ¡Cosa maravillosa! al fin de las honras y oficio de los cuarenta días, estando el monje Basilio sano y bueno, sin calentura, ni dolor de cabeza ni otro mal alguno, como á quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor á recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que habia deseado verse ya con Cristo nuestro Redentor. Y para que se vea cuánto agradó á Dios esta prontitud y alegría con que este santo monje deseó salir de esta vida, á este milagro se siguió otro. Dice Simeon Metafraste que por otros cuarenta días después que murió, le vió el abad Teodosio que cada día venia á las vísperas y cantaba en el coro con los demás discípulos, aunque los demás no le veían ni le oían cantar, sino solo uno, que era entre los demás muy señalado en virtud, llamado Accio: este le oía cantar, pero no le veía. Y fuese al abad Teodosio y dícele: Padre,

¿no oyes cantar con nosotros á nuestro hermano Basilio? Respondió el Abad: óigole y véole, y si quieres yo haré que tú tambien le veas. Y juntándose otro día en el coro á los oficios, vió el abad Teodosio al santo monje Basilio cantando en el coro con los demás como solia, y muéstrasele con el dedo á Aecio, haciendo juntamente oracion, pidiendo á Dios que abriese los ojos de aquel monje para que él tambien le viese. Y como le vió y conoció, vase luego á él corriendo con grande alegría para abrazarle; pero nó le pudo coger, antes desapareció luego diciendo en voz que todos le oyeron: quedaos con Dios, padres y hermanos míos, quedaos con Dios, que de aquí adelante no me veréis.

En la crónica de la orden de san Agustín, centuria 3, se cuenta de san Columbano el mozo, sobrino y discípulo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas y llegase á la muerte, y él lleno de grande esperanza desease morir, aparecióle un mancebo resplandeciente y dijole: Sábete que las oraciones y lágrimas que tu Abad derrama por tu salud, impiden

que no salgas de esta vida. Entonces que-  
rellóse el Santo amorosamente á su Abad,  
y llorando le dijo : ¿por qué me fuerzas á  
vivir tan triste vida como esta y me impi-  
des ir á la eterna ? con esto el Abad cesó  
de llorar y orar por él , y así juntándose  
los religiosos , y recibiendo los santos Sa-  
cramentos , y abrazándole todos , murió en  
el Señor.

San Ambrosio , *de fide resurrec.* , refiere  
de los de Tracia , que cuando nacian los  
hombres lloraban , y cuando se morian ha-  
cian gran fiesta. Lloraban los nacimientos  
y celebraban y festejaban el dia de la muer-  
te , pareciéndoles , y con mucha razon di-  
ce san Ambrosio , que los que venian á es-  
te mundo miserable llenos de tantos tra-  
bajos eran dignos de ser llorados , y que  
cuando salian de este destierro era razon  
hacer fiestas y alegrías , porque se libraban  
de tantas miserias. Pues si aquellos siendo  
gentiles y paganos , y no teniendo conoci-  
miento de la gloria que esperamos hacian  
esto , ¿qué será razon que sintamos y haga-  
mos los que ilustrados con la luz de la fe,  
sabemos los bienes que van á gozar los que

mueren en el Señor? Y así con mucha mayor razon dijo el Sabio, que «es mejor el «dia de la muerte, que el dia del nacimiento <sup>1</sup>.»

San Gerónimo, en su carta á Tisario, dice, que por esto Cristo nuestro Redentor queriéndose partir de este mundo para su Padre, dijo á sus discípulos que se entristecian: «No sabeis lo que haceis: si me amá-  
«seis antes os habíais de holgar, porque voy  
«á mi Padre <sup>2</sup>.» Y por el contrario cuando determinó Cristo de resucitar á Lázaro, lloró. No lloró, dice san Gerónimo, porque era muerto, pues luego le habia de resucitar; sino lloró porque habia de tornar á esta miserable vida. Lloraba porque aquel á quien habia amado tanto, habia de tornar á los trabajos de este destierro.

<sup>1</sup> Eccles. vii, 2. — <sup>2</sup> Joann. xiv, 18.

## CAPÍTULO XXII.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía.*

No solamente habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino tambien en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes y pestilencias y otras semejantes, que el Señor envía á su Iglesia. Para esto es menester suponer que, aunque por una parte sintamos estas calamidades y castigos, y nos pese del mal y trabajo de nuestros prójimos como es razon; pero por otra parte, considerándolos en cuanto son voluntad de Dios y ordenados por sus justos juicios para sacar de ellos los bienes y provechos que él se sabe de su mayor gloria, nos podemos conformar en ellos con su santísima y divina voluntad; á la manera que vemos acá en un juez que sentencia á uno á muerte que, aunque por una parte lo sienta y le pese de que aquel hombre muer-

ra, por la natural compasion ó por ser su amigo; pero por otra parte da la sentencia y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien comun de la república. Y aunque es verdad, que no nos quiso Dios obligar á que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas, amándolas positivamente; sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo ni repugnando á la justicia divina, ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y los Santos, que será obra de mayor perfeccion y merecimiento, y mas perfecta y entera resignacion, si el hombre no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere, en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios y órden de la divina justicia, y que sirven para mayor gloria suya. Como hacen los bienaventurados en el cielo, los cuales en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice santo Tomás, en la 2, 2, q. 19, art. 10, ad. 1, y lo declara san Anselmo <sup>1</sup> con esta comparacion. Dice que en la gloria, nuestra voluntad y la de

<sup>1</sup> Lib. similitud. cap. 63.

Dios serán tan concordes, como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo, que no puede el uno mirar á una cosa sin que el otro tambien la mire. Y por esto aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues así como los Santos allá en el cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas ellas ven el órden de su justicia y el fin de su mayor gloria á que van enderezadas; así será grande perfección que nosotros imitemos en esto á los bienaventurados, queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra así como se hace en el cielo. Querer lo que Dios quiere por la misma razon y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De san Agustin refiere Posidonio en su vida, que estando la ciudad de Bona, donde él residia, cercada de los Vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sabio: «No será grande el que pensare, que es «gran cosa que las piedras y los edificios «caigan, y que mueran los mortales.» Con mas razon nos debemos nosotros consolar,

considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios, y que esa es su voluntad, y que, aunque la causa porque él envía estos trabajos y calamidades sea oculta; pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy profundos, son un abismo sin suelo, como dice el Profeta: «Tus juicios son como un abismo profundo<sup>1</sup>.» Y no los habemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro hajo y corto entendimiento, que eso sería temeridad: «Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ó ¿quién fue su consejero?» ¿Quién os hizo á vos de su consejo, para que os queráis entrometer en eso? sino habémoslos de reverenciar con humildad y creer, que de saber infinito, no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, y tan acertada que al fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho. Siempre habemos de ir en este fundamento, creyendo de aquella bondad y misericordia infinita de Dios, que no enviaria ni permitiria semejantes males y trabajos, si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes. Quiere Dios llevar por este

<sup>1</sup> Ps. xxxv, 7. — <sup>2</sup> Ad Rom. xi, 14.

camino al cielo á muchos, que de otra manera se perdieran. ¿Cuántos hay que con estos trabajos se vuelven de todo corazón á Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados y se salvan: y de otra manera se condenaran? Y así lo que parece castigo y azote, es misericordia y beneficio grande.

En el libro segundo de los Macabeos, después de haber contado aquella horrible y cruelísima persecucion del impiísimo rey Antioco, y la sangre que derramó sin perdonar á niño ni á viejo, á casada ni á doncella. Y como despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado; añade el autor y dice <sup>1</sup>: «Yo ruego á todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acacimientos adversos, sino que entiendan que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para destruccion sino para enmienda y correccion de nuestra gente.»

Dice muy bien san Gregorio á este propósito, en el lib. segundo de sus Morales, c. 32, la sanguijuela chupa la sangre del

<sup>1</sup> Lib. II, VI, 12.

enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella, y bebérsela toda si pudiese; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo. Pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulacion que nos envia. Y así como el enfermo seria imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando mas á lo que pretende de la sanguijuela que á la intencion del médico; así nosotros en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquier criatura, no habemos de mirar á ellas, sino al sapientísimo médico, que es Dios; porque todas ellas le sirven á él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y así habemos de entender y creer, que todo nos lo envia él para mayor bien y provecho nuestro. Y aunque no hubiese en ello mas de querernos el Señor castigar en esta vida como hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

De santa Catalina de Sena se cuenta, en la 2.<sup>a</sup> parte, c. 4, que estando ella muy alligida por un falso testimonio que le habian

levantado que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Redentor, el cual tenia en su mano derecha una corona de oro adornada con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y díjole: amada hija mia, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos; por tanto, tú escoge cuál quieres mas, ¿ó que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas, y esta otra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar, ó que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para después de tu muerte te sea reservada esta de espinas? Respondió la santa virgen: Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo há por seguir la tuya, por tanto no pertenece á mi escoger; pero si tú, Señor, quieres que responda, digo, que yo siempre en esta vida escojo ser conforme á tu santísima pasion, y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mio. Y dicho esto, tomó la corona de espinas con sus propias manos, de las manos del Salvador, y púsola con toda su fuerza sobre su misma

cabeza con tanta violencia, que las espinas se la horadaron toda al rededor, en tal manera, que de allí adelante sentia muchos dias actual dolor en la cabeza de la entrada de las espinas en ella.

## CAPÍTULO XXIII.

*De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.*

Doctrina es comun de los Santos, que suele Dios nuestro Señor enviar estos trabajos y castigos generales, comunmente por pecados cometidos, como consta de la sagrada Escritura, que está llena de esto. «Nos «enviaste todas estas cosas por nuestros pe- «cados, porque hemos realmente pecado y «obrado mal, no haciendo caso de vuestros «mandamientos. Por consiguiente bien me- «recidos tenemos los castigos que nos ha- «beis enviado, y los males que nos han so- «brevenido <sup>1</sup>.» Y así vemos que castigaba Dios á su pueblo y le entregaba en manos

<sup>1</sup> Daniel, iii, 28, 31.

de sus enemigos cuando le ofendia , y le libraba cuando , arrepentido de sus pecados hacia penitencia y se volvía á él. Y por eso Achior capitán y príncipe de los hijos de Amon , habiendo declarado á Olofernes como Dios tenía la protección del pueblo de Israel , y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia le dijo : que antes de acometerle procurase saber , si á la sazón habia ofendido á Dios ; porque si esto era , podía tener por cierta la victoria ; y sino que dejase aquella empresa , porque no le iria bien ni sacaría mas de ella que vituperio y confusión ; porque Dios pelearia por su pueblo , contra el cual ninguno podría prevalecer <sup>1</sup>. Y notan esto particularmente los Santos sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio , á aquel enfermo de treinta y ocho años , que estaba junto á la probática Piscina , después que le sanó : « Guárdate de pecar de aquí adelante , « porque no le acontezca otra cosa peor <sup>2</sup>. » Pues conforme á esto , uno de los medios que nos ayudará mucho en las calamidades y trabajos , así generales como particulares,

<sup>1</sup> Judith v, 9. — <sup>2</sup> Joann. v, 14.

para conformarnos con la voluntad de Dios y llevarlos con mucha paciencia, será entrar luego dentro de nosotros y considerar nuestros pecados y cuán merecido tenemos aquel castigo; porque de esa manera cualquiera cosa adversa que se ofrezca, la llevaremos bien y la juzgarémos por menor de lo que habia de ser, conforme á nuestras culpas.

San Bernardo y san Gregorio tratan muy bien este punto. Dice san Bernardo <sup>1</sup>: «Si  
«la culpa se siente interiormente como se  
«ha de sentir, poco ó nada sentirá uno la  
«pena exterior, como el santo rey David no  
«sentia las maldiciones que le echaba Se-  
«meí, viendo la guerra que le hacia su pro-  
«pio hijo.» «Estáme persiguiendo mi pro-  
«pio hijo, ¿qué mucho que un extraño haga  
«eso? <sup>2</sup>» San Gregorio <sup>3</sup> sobre aquello de  
Job: «Y que entendieras, que es mucho  
«menos lo que él te castiga, que lo que me-  
«rece tu maldad <sup>4</sup>,» declara esto con una  
buena comparacion. Así como cuando el en-  
fermo siente la apostema enconada ó la car-

<sup>1</sup> Ser. de altitud. et bassit. cordis. — <sup>2</sup> u Reg. XVI,  
11. — <sup>3</sup> Lib. x Moral. cap. 8. — <sup>4</sup> Job, XI, 6.

ne podrida , se pone de buena gana en las manos del cirujano , para que abra y corte por donde le pareciere , y cuanto mas enconada y podrida está la llaga , tanto de mejor gana sufre el hierro y el boton de fuego ; así cuando uno siente de veras la llaga y enfermedad que el pecado ha causado en su alma , de buena gana recibe el cauterio del trabajo y de la mortificacion y humillacion con que Dios quiere curar esa llaga , y sacar la materia y lo podrido de ella. « Témpase , dice , el dolor del azote , cuando se conoce la culpa. » Y si vos no tomáis de buena gana la mortificacion y trabajo que se os ofrece es , porque no conocéis la enfermedad de vuestras culpas ; no sentís lo podrido que tenéis , y así no podeis sufrir el cauterio y la navaja.

Los varones santos y los verdaderos siervos de Dios , no solo recibían esto de buena gana , sino lo deseaban y pedían muy de veras á Dios. Y así decía el santo Job : « ¿ quién diese que se cumpliera mi petición ; « y que Dios me concediera lo que espero ? « ¿ y que el que comenzó , él mismo me desmenuce , suelte su mano y me corte ? Y se-

«ría este mi consuelo, que afligiéndome con  
«dolor no me perdonara <sup>1</sup>.» Y el profeta Da-  
vid: «Pruéhame, Señor, y ensáyame <sup>2</sup>. Por-  
«que aparejado estoy para los azotes <sup>3</sup>. Bue-  
«no para mí el haberme Vos humillado <sup>4</sup>.»  
De tal manera descan los siervos de Dios que  
su Majestad los castigue y humille aquí en  
esta vida, dice san Gregorio <sup>5</sup>, que antes se  
desconsuelan cuando por una parte consi-  
deran sus culpas, y por otra ven que no los  
ha Dios castigado por ellas; porque sospe-  
chan y temen no sea que les quiera diferir  
el castigo para la otra vida donde será con  
rigor. Y eso es lo que añade Job: «Y se-  
«ría este mi consuelo, que afligiéndome con  
«dolor no me perdonara;» como si dijera,  
porque á algunos perdona Dios en esta vi-  
da, para castigarlos después para siempre  
en la otra, no me perdone á mí de esta ma-  
nera en esta vida, para que después para  
siempre me perdone. Castígueme aquí Dios  
como padre piadoso, para que no me cas-  
tigue después para siempre como juez rigu-  
roso, «que no murmuraré, ni me quejaré

<sup>1</sup> Job XI, 8. — <sup>2</sup> Ps. XXV, 2. — <sup>3</sup> Ps. XXXVII, 18.  
— <sup>4</sup> Ps. CXXVIII, 71. — <sup>5</sup> Lib. VII Mor. cap. 7 et 8.

«de sus azotes <sup>1</sup>,» antes ese será mi consuelo. Esto es tambien lo que decia san Agustin: «Señor, quemad y cortad aquí, y no me «perdoneis nada en esta vida, para que me «perdoneis para siempre.»

Es ignorancia y ceguedad nuestra, el sentir tanto los trabajos corporales y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos pareceria pequeño, y diríamos aquello de Job: «Pe- «qué y de veras delinquí, y no he sido cas- «tigado como merecia <sup>2</sup>.» Palabras que habiamos de traer siempre en el corazon, y decirlas muchas veces con la boca. Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido á vuestra divina Majestad, y no me habeis castigado como yo merecia. Que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparacion de lo que merece un solo pecado. «Entendieras que es mucho menos lo que él te castiga, que lo que «merece tu maldad <sup>3</sup>.» Quien considerare que ha ofendido á Dios y que merecia estar

<sup>1</sup> Job vi, 10. — <sup>2</sup> Ibid. xxxiii, 27. — <sup>3</sup> Ibid. xi, 6,

en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? «Quizá el Señor mirará mi afliccion y el Señor me volverá bien por las maldiciones de este día<sup>1</sup>,» decia David cuando le maldecia y deshonoraba Semeí. Dejadle, maldígame, deshónreme, héneme de injurias y de oprobios, que por ventura se contentará el Señor y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados, y habrá misericordia de mí: será esa gran dicha mia. De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buen hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso en descuento y satisfaccion de nuestros pecados, y sería esa grande dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos, lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradeceríamos mas á Dios y nos remediaríamos mejor.

Ayudábanse los Santos tanto de este me-

<sup>1</sup> II Reg. xvi. 12.

dio en semejantes ocasiones, y tenían tanto ejercicio de esto, que leemos de alguno de ellos, como de santa Catalina de Sena y otros, que los trabajos y azotes que enviaba Dios á la Iglesia, los atribuían á sus pecados y defectos, y decían: yo soy causa de estas guerras: mis pecados son causa de esta peste y de estos trabajos que Dios envía, pareciéndoles que sus pecados merecían esto y más. Y añádese en confirmacion de esto, que muchas veces por el pecado de uno castiga Dios á todo el pueblo, como por el pecado de David, envió Dios pestilencia en todo el pueblo de Israel, y dice la Escritura, que murieron setenta mil hombres en tres días <sup>1</sup>. Pero diréis, era rey y por los pecados de la cabeza castiga Dios el pueblo. Por el pecado de Acan, un hombre particular, que habia hurtado en Jericó ciertas cosillas, castigó Dios á todo el pueblo, en que tres mil soldados de los mas valerosos del campo, volvieron las espaldas al enemigo siendo por él forzados á huir <sup>2</sup>. No solo por el pecado de la cabeza, sino tambien por el pecado de un particular sue-

<sup>1</sup> n Reg. xxiv, 13. — <sup>2</sup> Josue vii, 4, 11.

le Dios castigar á otros. Y de esta manera declaran los Santos aquello que la sagrada Escritura tantas veces repite, que castiga Dios los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion. «La culpa del padre esa, dice, que no se traspasará en el hijo, ni la del hijo en el padre <sup>1</sup>.» Pero quanto á la pena, suele Dios castigar á unos por los pecados de otros. Y así por ventura por mis pecados y por los vuestros castigará Dios á toda la casa y á toda la religion.

Pues traigamos delante de los ojos, por una parte esta consideracion y por otra el beneplácito de Dios; y así fácilmente nos conformarémos con su voluntad en los trabajos que nos enviare, y diremos con el sacerdote Heli: «El Señor es: haga lo que sea agradable en sus ojos <sup>2</sup>.» Y con aquellos santos macabeos: «Él es Señor, dueño y gobernador de todo, como á él pluguiere y como él lo ordenare, así se haga <sup>3</sup>.» Y con el profeta David: «No me quejé, Señor, de los trabajos que me habeis enviado, au-

<sup>1</sup> Ezech. xviii, 20. — <sup>2</sup> 1 Reg. iii, 18. — <sup>3</sup> Mach. iii, 60.

«tes, como si fuera mudo, he callado,» y llevádoslos con mucha paciencia y conformidad, «porque sé, Señor, que Vos los enviáis <sup>1</sup>.» Este ha de ser siempre nuestro consuelo en todas las cosas: Dios lo quiere, Dios lo hace, Dios lo manda, Dios es el que lo envía; venga en buena hora, no es menester otra razon para llevar todas las cosas muy bien.

Sobre aquellas palabras del salmo veinte y ocho: «Y el amado como el hijo del unicornio <sup>2</sup>,» notan los Santos, que se compara Dios al unicornio; porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que ve muy bien donde hiera; no como el toro que los tiene encima y no ve donde da. Y mas, el unicornio con el cuerno que hiera, sana: así Dios con lo que hiera, sana.

Agrádale tanto á Dios esta conformidad y humilde sumision al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. En las historias eclesiásticas <sup>3</sup> se cuenta de Átila rey de los hunos, que arruinó tantas provincias, y se

<sup>1</sup> Ps. xxxviii, 10. — <sup>2</sup> Ps. xxviii, 6. — <sup>3</sup> Nauclerus, 2 volum.

llamó: «Espanto del mundo, y azote de «Dios,» que acercándose á la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió á recibir san Lupo, obispo de ella, vestido de pontifical, con todo su clero y le dijo: ¿quién eres tú que turbas la tierra y la destruyes? Respondió él: «Yo soy el azote de «Dios.» Entonces el santo Obispo le mandó abrir las puertas diciendo: sea muy bien venido el azote de Dios. Y entrando los soldados en la ciudad, los cegó el Señor de manera, que pasaron por ella sin hacer daño alguno; porque aunque Átila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que lo recibían como azote suyo con tanta sumisión.

## CAPÍTULO XXIV.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oracion; y qué entendemos aquí por nombre de sequedad y desconsuelo.*

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en las cosas exteriores, naturales y humanas, sino tambien

en lo que á muchos les parece que es santidad desear mas y mas, que es en los bienes espirituales y sobrenaturales, como en las consolaciones divinas, en las mismas virtudes, en el mismo don de oracion, en la paz, sosiego y quietud interior de nuestra alma y en las demás ventajas espirituales. Pero preguntará alguno, ¿puede haber en esas cosas propia voluntad y amor desordenado de sí mismo, para que sea menester moderarle aun en estas cosas? Digo que sí, ahí se verá cuánta es la malicia del amor propio, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad. Buenas son las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra, que es el cebo y nutrimento de los vicios, y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios, conforme á aquello del Profeta: «Corria yo,» é iba muy ligero «por el camino «de vuestros mandamientos, cuando Vos, «Señor, dilatábais mi corazon <sup>1</sup>,» con la alegría y consolacion espiritual, se dilata y

<sup>1</sup> Ps. cxviii, 32.

ensancha el corazón; así como con la tristeza se aprieta y estrecha, pues dice el profeta David, que cuando Dios le enviaba consuelos, le eran como unas alas que le hacían correr y volar por el camino de la virtud y de los mandamientos de Dios. Ayudan también mucho las consolaciones espirituales para quebrantar uno su voluntad, y vencer sus apetitos y mortificar su carne, y llevar con mayores fuerzas la cruz y trabajos que se ofrecen. Y así suele Dios enviar consuelos y regalos á quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciban y dispongan para llevarlos bien y con provecho. Como vemos que Cristo nuestro Redentor quiso consolar á sus discípulos en el monte Tabor con su gloriosa Transfiguración, para que después no se turbasen viéndole padecer y morir en una cruz. Y así vemos también, que á los que comienzan suele Dios dar muy ordinariamente estos consuelos espirituales, para hacerles con eficacia dejar los gustos de la tierra por los del cielo: y después que los tiene presos con su amor y ve que han echado firmes raíces de virtudes, suele ejercitarlos con seque-

dades , para que ganen mas virtud de humildad y paciencia , y merezcan mas aumento de gracia y de gloria sirviendo á Dios puramente sin consuelos. Esta es la causa porque algunos al principio cuando entraron en la religion , y aun por ventura allá fuera cuando andaban con esos deseos , sentian mas consuelos y gustos espirituales que después ; era que los trataba Dios entonces conforme á su edad , dándoles leche de niños para arrancarlos y destetarlos del mundo , y hacer que le aborreciesen y les diesen en rostro sus cosas. Pero después pueden comer pan con corteza , y así dales Dios manjar de grandes. Para estos y otros semejantes fines suele el Señor dar los consuelos y gustos espirituales ; y así nos aconsejan comunmente los Santos , que en el tiempo de la consolacion nos apercibamos para el de la tentacion , como en tiempo de paz se preparan y aperciben para la guerra ; porque suelen las consolaciones ser vispera de las tentaciones y tribulaciones.

De manera , que los gustos espirituales son muy buenos y de mucho provecho , si sabemos usar bien de ellos ; y así cuando

el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias. Pero si uno parase en estas consolaciones, y las desease para solo su contentamiento, por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, ese ya sería vicio y amor propio desordenado. Así como en las cosas necesarias para la vida, como el comer, beber, dormir, y las demás, si el hombre tuviese por fin de estas acciones el deleite sería culpa; así, si en la oración tuviese uno por fin esos gustos y consolaciones, sería vicio de gula espiritual. No se han de desear ni tomar estas cosas por nuestro gusto y contentamiento, sino como medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho. Así como el enfermo que aborrece el manjar de que tiene necesidad, se huelga de hallar algún sabor en él, no por el sabor, sino porque le despierta el apetito para poder comer, y conservar la vida; así el siervo de Dios no ha de querer el consuelo espiritual para parar en él sino porque con este fresco del cielo se anima y alienta su alma á trabajar en el camino de la virtud, y á tener firmeza en él. De esta manera no se desean

deleites por deleites , sino por la mayor gloria de Dios , y en cuanto redundan en mayor honra y gloria suya.

Pero digo mas , que aunque desee uno estas consolaciones espirituales de esta manera , y para los fines dichos , que son santos y buenos , puede con todo eso haber exceso en los tales deseos y mezcla de amor propio desordenado. Como si las desea desenfrenadamente , y con demasiada congoja y codicia ; de tal manera que si le faltan , no queda tan contento , ni tan conforme con la voluntad de Dios ; sino antes queda inquieto , quereloso y con pena. Esa es afeccion y codicia espiritual desordenada ; porque no ha de estar uno asido con tanto ahinco y desorden á los gustos y consolaciones espirituales , que le impida eso la paz y sosiego de su alma , y la conformidad con la voluntad de Dios , si él no fuere servido de dárselas. Porque mejor es la voluntad de Dios que todo eso ; y mas importa que se conforme y contente con lo que Dios quiere.

Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales , entiendo tambien del don de oracion , y entrada que deseamos tener en

ella, y de la paz, sosiego y quietud interior de nuestra alma, y de las demás ventajas espirituales. Porque en el deseo de todas estas cosas puede tambien haber aficion y codicia desordenada, cuando se desean con tanto ahinco y congoja, que si no alcanza uno lo que desea, anda quereloso y descontento, y no conforme con la voluntad de Dios. Y así, por gustos y consolaciones espirituales ahora entenderémos, no solo la devocion, y los gustos y consuelos sensibles, sino tambien la misma sustancia y don de oracion, y el entrar y estar en ella con aquella quietud y sosiego que querriamos: antes de esto trataremos ahora principalmente, mostrando como nos habemos de conformar en esto con la voluntad de Dios, y no andar con demasiada codicia y congoja en ello. Porque esotro de los gustos, y consolaciones, y devociones sensibles fácilmente lo renunciaria cualquiera, si le diesen lo sustancial de la oracion, y sintiese en si el fruto de ella. Porque todos entienden que no está la oracion en esos gustos, ni en esas devociones y ternuras. Y así, para eso poca virtud es menester.

Pero esto de ir uno á la oracion , y estar allí hecho una piedra con una sequedad tan grande , que no hay entrada para ella , sino que se le ha cerrado y escondido Dios , y que ha venido ya sobre él aquella maldiccion con que amenaza Dios á su pueblo : « Os daré un cielo de arriba como de hierro , y una tierra de bronce <sup>1</sup> ; » para esto es menester mas virtud y mas fortaleza. Páreceles á estos que el cielo se les ha hecho de hierro , y la tierra de metal ; porque no llueve sobre ellos gota de agua que les ablande el corazon , y les dé fruto con que se mantengan , sino una esterilidad y sequedad continua. Y aun no solo tienen sequedad , sino algunas veces una tan grande distraccion y variedad de pensamientos , y algunas veces tan malos y tan feos , que no parece que van allí sino á ser tentados y molestados con todo género de tentaciones. Pues decidles que piensen entonces en la muerte , ó en Cristo crucificado , que suele ser muy buen remedio , dirán : eso ya yo me lo sé , si yo pudiese eso , ¿ qué me faltaba ? Algunas veces está uno tal en la ora-

<sup>1</sup> Levit. xxvi, 19.

cion , que aun no puede pensar en eso , ó aunque piense en ello , y lo procure traer á la memoria , no le mueve , ni le recoge eso nada , ni hace impresion ninguna en él. Esto es lo que aquí llamamos desconuelos, sequedad y desamparo espiritual. Y en esto es menester que nos conformemos tambien con la voluntad de Dios.

Este es un punto de mucha importancia; porque es una de las mas comunes quejas, y de los mayores contrastes que tienen los que tratan de oracion. Porque todos gimen y lloran cuando se hallan de esta manera : como oyen de una parte decir tantos bienes y alabanzas de la oracion , y que al paso que ella anda , anda uno todo el dia , y toda la vida; y oyen decir que este es uno de los principales medios que tenemos , así para el aprovechamiento propio , como para el de los prójimos ; y por otra parte , se ven , á su parecer , tan léjos de tener oracion , dales esto mucha pena y paréceles que les ha desamparado Dios , y se ha olvidado de ellos : y viéneles temor si han perdido ya su amistad , y están en desgracia suya , pues les parece que no hallan aco-

gida en él. Y acreciéntáseles á estos la tentacion , viendo que otras personas en pocos dias crecen tanto en oracion , cási sin trabajo , y ellos trabajando y reventando no alcanzan nada. De lo cual les nacen otras tentaciones peores , como es quejarse algunas veces de nuestro Señor , porque los trata de aquella manera ; y querer dejar el ejercicio de la oracion , pareciéndoles que no es para ellos , pues tan mal les va en él. Y aumentales todo esto , y dales mucha pena , cuando el demonio les trae á la memoria , que ellos son la causa de todo aquello , y que por su culpa los trata Dios así. Con esto viven algunos muy desconsolados , y salen de la oracion como de un tormento , tristes , melancólicos é insufribles para sí y para los que los tratan. Y así irémos respondiendo , y satisfaciendo á esta tentacion y queja con la gracia del Señor.

## CAPÍTULO XXV.

*En que se satisface á la queja de los que sienten sequedades y desconsuelos en la oracion.*

Cuanto á lo primero, no digo yo que no se huelgue uno, cuando Dios le visita; que claro está, que no puede dejar de sentir gozo con la presencia del amado: ni digo, que no sienta su ausencia cuando le castiga con sequedades y tentaciones; que bien veo que no se puede dejar de sentir eso. Cristo nuestro Redentor sintió el desamparo de su Padre eterno, cuando estando en la cruz dijo: «¿Dios mio, Dios mio, por qué me desamparaste? <sup>1</sup>» Pero lo que desea es que nos sepamos aprovechar de este trabajo, y de esta prueba con que suele el Señor probar muchas veces á sus escogidos, y que acudamos con fortaleza de espíritu, conformándonos con la voluntad de Dios, diciendo: «No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis <sup>2</sup>.» Especialmente, que la santidad y perfeccion no está en las consolaciones, ni en tener alta y

<sup>1</sup> Matth. xxvii, 46. — <sup>2</sup> Ibid. xxvi, 32.

levantada oracion ; ni se mide por ahí nuestro aprovechamiento y perfeccion , sino por el amor verdadero de Dios , el cual no consiste en esas cosas , sino en una union y conformidad entera con la voluntad de Dios así en lo amargo como en lo dulce , y así en lo adverso como en lo próspero. Y así igualmente habemos de tomar de la mano de Dios la cruz y el desamparo espiritual , como el regalo y consuelo ; dándole gracias así por lo uno , como por lo otro. « Si quieres que « esté en tinieblas , bendito seas tú. Y si quieres que esté en luz , bendito seas tú. Si me « quieres consolar , bendito seas tú. Y si « me quieres atribular , bendito seas tú <sup>1</sup>. » Así nos lo aconseja el apóstol san Pablo : « En todas las cosas que os vinieren , dad « gracias á Dios , porque esa es su voluntad <sup>2</sup>. » Pues si es esa la voluntad de Dios , ¿ qué mas tenemos que desear ? ¡ Ó qué la vida no es mas que para contentar á Dios ! Pues si él encamina mi vida por esta verdadera oscura y escabrosa , no tengo que suspirar por otra ninguna clara y suave. Dios quiere que aquel vaya por camino que vea

<sup>1</sup> Thomas de Kempis. — <sup>2</sup> 1 ad Thes. v, 17.

y guste, y yo por este desierto y sin consuelo; no trocaria mi esterilidad por su fecundidad. Esto dicen los que han abierto los ojos á la verdad, y con esto se consuelan. Dice muy bien el Padre maestro Ávila en su *Audi filia*, c. 16: «¡Ó si el Señor  
«nos abriese los ojos, cómo veríamos mas  
«claro que la luz del sol que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja  
«cosa para desear ni gozar, si de ellas se  
«aparta la voluntad del Señor, y que no  
«hay cosa por pequeña y amarga que sea,  
«que si á ella se junta su voluntad no sea  
«de mucho valor! Mas vale sin comparacion estar en trabajos y desconsuelos, y  
«en sequedades, y tentaciones, si él lo  
«quiere así, que cuantos gustos y consuelos y contemplaciones puede haber si de  
«ellos se aparta su voluntad.»

Pero dirá alguno, si yo entendiese que esa era la voluntad del Señor, y que él se agradaba y contentaba mas de eso, fácilmente me conformaria y estaria muy contento, aunque pasase toda la vida de esa manera. Porque bien veo que no hay mas que desear, que agradar y contentar á Dios: ni la

vida es para otra cosa : empero paréceme á mí , que Dios bien querría que yo tuviese mejor oracion , y mas recogimiento y atencion , si yo me dispusiese para ello ; y lo que á mí me da pena es creer , que por mi culpa y tibieza , y por no hacer lo que es de mi parte , estoy allí distraido y seco , sin poder entrar en oracion , que si yo entendiese y estuviese satisfecho que hacia todo lo que era de mi parte , y que allí no habia culpa mía , no tendria pena ninguna. Muy bien dada está la querella : no hay mas que decir , porque en esto se vienen á resumir todas las razones de los que tienen semejantes quejas : y así , si satisfacemos bien á esto harémos grande hacienda , por ser tan comun esta queja ; porque no hay ninguno por santo y perfecto que sea , que no sienta algunas temporadas estas sequedades y desamparos espirituales. Del bienaventurado san Francisco lo leemos , y de santa Catalina de Sena , con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios : y san Antonio Abad , con tener tan alta oracion , que las noches le parecian un soplo , y se quejaba del sol porque madrugaba tanto , con

todo eso algunas veces era tan fatigado y acosado de pensamientos malos é importunos, que clamaba y daba voces á Dios: Señor, que querria ser bueno y mis pensamientos no me dejan. Y san Bernardo se quejaba de lo mismo <sup>1</sup>, y decia: «Ó Señor, «que se ha secado mi corazon y apretado, «y cuajado como leche, y está como tierra «sin agua, que no me puedo compungir, «ni mover á lágrimas, tanta es la dureza «de mi corazon. No me hallo bien en el co- «ro, no gusto de la leccion espiritual, no «me agrada la meditacion. ¡Ó Señor, que «no hallo en la oracion lo que solia! ¿dón- «de está aquel embriagarse el alma, de «vuestro amor? ¿Dónde está aquella sere- «nidad, y aquella paz y gozo en el Espíritu «Santo?» De manera que para todos es me- nester esta doctrina, y confio en el Señor que satisfaceremos á todos.

Pues, comencemos por aquí: yo os con- cedo que vuestra culpa es la causa de vues- tra distraccion y sequedad, y de no poder entrar en la oracion: y así es bien que lo entendais y digais vos, que por vuestros pe-

<sup>1</sup> Ser. 34, sup. Cantie.

cados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes, os quiere el Señor castigar en no daros entrada para él en la oración; y en que no podais tener recogimiento, ni quietud, ni atencion en ella; porque no lo mereceis, sino antes lo desmereceis. Empero de ahí no se sigue que hayais de tener queja, sino antes una conformidad muy grande con la voluntad de Dios en eso. ¿Quereislo ver claramente? «Por vuestra misma boca, y por vuestro mismo dicho «os quiero juzgar <sup>1</sup>.» Vos, ¿no conocéis y decís, que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes mereceis gran castigo de Dios? — Si por cierto, el infierno he merecido muchas veces, y así ningún castigo será grande para mí, sino todo será misericordia y regalo en comparacion de lo que yo merezco. Y el quererme Dios enviar algun castigo en esta vida lo tomaré yo por particular beneficio; porque lo tendré como por prenda de que Dios me ha perdonado mis pecados, y de que no me quiere castigar en la otra vida, pues me castiga en esta. — Basta, no

<sup>1</sup> Luc. xix, 23.

es menester mas: yo me contento con eso. Pero no sea todo palabras, vengamos á las obras. Este es el castigo que quiere Dios que padezcáis ahora por vuestros pecados: esos desconsuelos, esas distracciones y sequedades, ese desamparo espiritual, ese hacérseos el cielo de bronce, y la tierra de metal, y cerrárseos y escondérseos Dios, y que no halleis entrada en la oracion: con eso quiere Dios castigaros ahora y purgar vuestras culpas. ¿No os parece que vuestros pecados pasados, y vuestros descuidos y negligencias presentes merecen bien este castigo? — Si por cierto, y ahora digo que es muy pequeño para lo que yo merezco; y que está muy lleno de justicia y de misericordia: de justicia, porque pues yo he cerrado tantas veces á Dios la puerta de mi corazon, y me hacia sordo cuando él me daba aldabadas con sus santas inspiraciones, y las he resistido muchas veces; justo es que ahora aunque yo llame, él se haga sordo y no me responda, ni me quiera abrir la puerta; sino que me dé con ella en los ojos; justísimo castigo es ese, pero muy pequeño para mí, y así es muy lleno de

misericordia, porque mucho mayor le merecia yo. — Pues conformaos con la voluntad de Dios en este castigo, y recibidle con hacimiento de gracias, pues os castiga con tanta misericordia y no segun vos lo mereciais. Vos no decís que mereciais el infierno, pues ¿cómo os atreveis á pedir á Dios consuelos y regalos en la oracion, y tener entrada y familiaridad con Dios en ella, y una paz, y quietud, y sosiego de hijos muy queridos y regalados? Y ¿cómo os atreveis á formar queja de lo contrario? ¿No veis que es ese grande atrevimiento y gran soberbia? Contentaos con que os tiene Dios en su casa, y os consiente estar en su presencia, y estimad y reconoced eso por grande merced y beneficio. Si hubiese humildad en el corazon no tendríamos boca para quejarnos de cualquier manera que nos tratase el Señor, y así fácilmente cesaria esta tentacion.

## CAPÍTULO XXVI.

*Cómo convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oracion.*

No solamente debe cesar en nosotros esta queja, si no habemos de procurar sacar provecho de las sequedades y desconsuelos, y hacer de ello muy buena oracion. Y para esto ayudará lo primero, lo que decíamos tratando de la oracion en el trat. 6 del Ejerc. de perfeccion. Cuando nos sintiéremos de esta manera, decir: Señor, en cuanto esto es culpa mia, á mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo; pero en cuanto es voluntad vuestra, y pena y castigo justamente merecido por mis pecados, yo lo acepto, Señor, de muy buena voluntad; y no solo ahora ó por breve tiempo, sino por todos los dias de mi vida, aunque hubiesen de ser muchos, me ofrezco á esta cruz, y estoy muy dispuesto para llevarla, y con hacimiento de gracias.

Esta paciencia y humildad, esta resignacion y conformidad con la voluntad de Dios en este trabajo, agrada mas á Dios que las

quejas y congojas demasiadas; porque no hallo entrada en la oracion, ó porque estoy allí con tantos pensamientos y tanta distraccion. Sino, decidme: ¿quién os parece que agrada más á sus padres, el hijo que se contenta con cualquiera cosa que le dan, ó el que nunca se contenta con nada, sino siempre anda rezongando y quejándose, pareciéndole poco lo que le dan, y que le habian de dar más ó mejor? claro está que el primero. Pues así es tambien con Dios. El hijo sufrido y callado, que se contenta y conforma con la voluntad de su Padre celestial, en cualquier cosa que le envía, aunque sea áspera, y aunque sea un hueso duro y mondo; ese contenta y agrada más á Dios que no el mal contentadizo, y que siempre anda quejoso y rezongando porque no tiene, y porque no le dan á él. Mas, decidme, ¿cuál hace mejor, y cuál moverá más á que den limosna y tengan compasion y misericordia de él, el pobre que se queja porque no le responden presto, y porque no le dan, ó el pobre que está perseverando á la puerta del rico con paciencia y silencio, sin queja ninguna, sino

que habiendo llamado á la puerta , y sabiendo que le han oido , está esperando al frio y al agua , sin tornar á llamar , y sin saberse quejar , y sabe el señor , que está esperando con aquella humildad y paciencia? Claro está , que eso mueve mucho , y esotro pobre soberbio antes enfada , y mueve á indignacion : pues así es tambien con Dios.

Y para que se vea mas el valor y fruto de esa oracion , y cuánto agrada á Dios , pregunto yo : ¿ qué mejor oracion , y qué mayor fruto puede uno sacar de ella que sacar mucha paciencia en los trabajos , y mucha conformidad con la voluntad de Dios , y mucho amor suyo? ¿ Á qué vamos á la oracion , sino á esto? Pues , cuando el Señor os envia sequedades y tentaciones en ella , conformaos con su voluntad en ese trabajo y desamparo espiritual , y haréis uno de los mayores actos de paciencia y amor de Dios de cuantos podeis hacer. Dicen , y muy bien que el amor se muestra en el sufrir y padecer trabajos por el amado , y que cuanto mayores son los trabajos , tanto mas se muestra el amor. Pues estos son de los ma-

yores trabajos y de las mayores cruces y mortificaciones de los siervos de Dios, y los que mas sienten los hombres espirituales, que esotros corporales que tocan á la hacienda, salud y bienes temporales, no tienen que ver en comparacion de estos. Y así venir uno á estar muy conforme con la voluntad de Dios en estos trabajos, imitando á Cristo nuestro Redentor en aquel desamparo espiritual que tuvo en la cruz, y aceptar esa cruz espiritual por toda la vida, si el Señor fuere servido dársela, por solo dar contento á Dios es grande acto de paciencia y de amor de Dios, y muy alta y provechosa oracion, y cosa de grande perfeccion. Esto tanto que algunos llaman á estos excelentes mártires <sup>1</sup>.

Mas pregunto yo, ¿á que vais á la oracion, sino á sacar humildad y conocimiento propio? ¿Cuántas veces habeis pedido á Dios, que os dé á entender quién sois? Pues Dios ha oido vuestra oracion, y os lo quiere dar á entender de esta manera. Algunos tienen librado el conocerse en un grande sentimiento de sus pecados, y en derramar

<sup>1</sup> Véase á Ludov. Blosio en su *Spec. spirit.*

muchas lágrimas por ellos, y engañanse ; porque ese es Dios , no vos. El ser como piedra , ese sois vos. Y si Dios no hiere la piedra , no saldrá agua , ni miel. En eso está el conoceros principio de mil bienes. Y de eso teneis las manos llenas cuando estais de esa manera. Y si eso sacais de la oracion, habréis sacado muy gran fruto de ella.

## CAPÍTULO XXVII.

*De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconiertos de la oracion.*

Aunque es bien que nosotros pensemos que este trabajo nos viene por nuestras culpas , para que así andemos siempre mas confundidos y humillados ; pero tambien es menester que entendamos , que no todas veces es esto castigo de nuestras culpas , sino disposicion y providencia altísima del Señor , que reparte sus dones como él es servido : y no conviene que todo el cuerpo sea ojos , ni piés , ni manos , ni cabeza , sino que haya miembros diferentes en su Iglesia. Y así no conviene que se dé á todos aquella

oracion especialísima y aventajada, de que dijimos, cuando tratamos de la oracion <sup>1</sup>. Y esto no es menester que sea, porque no lo merecen; porque, aunque merezcan eso, merecerán mas en otra cosa, y les hará Dios mas merced en dársela, que en darles eso. Muchos Santos grandes hubo que no sabemos que tuviesen estas cosas; y si las tuvieron, dijeron con san Pablo, «que no se preciaban, ni gloriaban en eso, sino en llevar la cruz de Cristo <sup>2</sup>.»

El Padre maestro Ávila en el tom. II de sus Cartas, fól. 22, dice cerca de esto una cosa de mucho consuelo: que deja Dios á algunos desconsolados por muchos años, y algunas veces por toda la vida; y la parte y suerte de estos creo, dice, que es la mejor si hay fe para no sentir mal, y paciencia y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Si uno se acabase de persuadir que esta suerte es mejor para él, fácilmente se conformaría con la voluntad de Dios. Muchas razones dan los Santos, y los maestros de la vida espiritual, para declarar y probar, que á los tales les está mejor esta suerte:

<sup>1</sup> Tract. V, cap. 4 et 5. — <sup>2</sup> Ad Galat. vi. 14.

pero solamente diremos ahora una de las mas principales, que traen san Agustín, san Gerónimo, san Gregorio, y comunmente todos los que tratan de esto: y es, que no todos son para conservar la humildad entre la alteza de la contemplacion; porque apenas habemos tenido una lagrimita, cuando ya nos parece que somos espirituales y hombres de oracion; y nos comparamos y preferimos por ventura á otros. Aun el apóstol san Pablo parece que hubo menester algun contrapeso, para que no le levantasen esas cosas. «Y para que la grandeza de las «revelaciones no me ensalce, me ha sido «dado un aguijon de mi carne, el ángel de «Satanás, que me abofetee<sup>1</sup>.» Porque el haber sido arrebatado al tercer cielo, y las grandes revelaciones que habia tenido no le ensoberbeciesen, permite Dios que le venga una tentacion que le humille y le haga conocer su flaqueza. Pues por esto, aunque aquel camino parece mas alto, estotro es mas seguro, y así el sapientísimo Dios que nos guía á todos para un mismo fin, que es él, lleva á cada uno por el camino que

<sup>1</sup> u ad Cor. xii, 7.

sabe que mas le conviene. Por ventura, si tuviérais grande entrada en la oracion, en lugar de salir humilde y aprovechado, saldriais soberbio é hinchado. Y de esotra manera andais siempre humillado, confundido, teniéndoos en menos que todos. Y así mejor camino es ese para vos y mas seguro, aunque vos no lo entendais. «No sabeis lo que pedís, ni lo que deseais <sup>1</sup>.»

San Gregorio, lib. 9, moral. cap. 7, enseña una doctrina muy buena á este propósito, sobre aquello de Job: «Si viniere el Señor á mi, no lo veré, y si se fuere, y apartare de mí, no lo entenderé <sup>2</sup>.» Quedó, dice el hombre tan ciego por el pecado, que no conoce cuando se va acercando á Dios, ni cuando se va alejando de él; antes muchas veces lo que piensa que es gracia de Dios, y que por allí se va allegando mas á él, se le convierte en ira, y le es ocasion de apartarse de él: y muchas veces lo que él piensa que es ira, y que se va alejando y olvidando Dios de él, es gracia y causa para que no se aparte de él. Porque ¿quién viéndose en una oracion, y con-

<sup>1</sup> Matth. xx, 22. — <sup>2</sup> Job ix, 11.

templacion muy alta, muy regalado y favorecido de Dios, no pensará que se va llegando mas á Dios? Y muchas veces de estos favores viene uno á ensoberbecerse, y asegurarse y fiarse de sí; y por allí le hace caer el demonio, por donde él pensaba que subia y se allegaba mas á Dios. Y por el contrario muchas veces, viéndose uno desconsolado y afligido, viéndose con graves tentaciones y muy combatido de pensamientos deshonestos, de blasfemias y contra la fe, piensa que Dios está enojado con él, y que le va desamparando y apartándose de él, y entonces está mas cerca de él; porque con aquello se humilla mas y conoce su flaqueza, desconfia de sí, y acude á Dios con mayor brio y fortaleza, y pone en él toda su confianza, y procura nunca apartarse de él. De manera que no es mejor lo que vos pensais, sino el camino por donde el Señor os quiere llevar: ese habeis de entender, que es el mejor y el que mas os conviene.

Mas, esa misma amargura, y esa pena y dolor que vos sentis, por pareceros que no teneis la oracion tan bien como era ra-

zon, puede ser otra razon de consuelo; porque es particular gracia y merced del Señor, y señal de que le amais; porque no hay dolor, sin algun amor; no hay pesarme de no servir bien, sin propósito y voluntad de servir bien: y así, esa pena y dolor, de amor de Dios nace, y de deseo de servirle mejor. Si no se os diera nada de servirle mal, ni de tener mala oracion, ni de hacer las cosas mal hechas, fuera mala señal; pero sentir pena y dolor de pareceros que haccis eso mal, muy buena señal es. Pero aplaque el sentimiento y dolor el entender, que en cuanto eso es pena, es voluntad de Dios, y conformaos con ella, y dadle gracias que os deja andar descoso de contentarle, aunque os parezca que son flacas las obras.

Y mas, aunque no hagais otra cosa en la oracion sino asistir allí, y hacer presencia delante de aquella Real y divina Majestad, servís en eso mucho á Dios, como acá vemos que es grande majestad de los reyes y principes de la tierra, que los grandes de su corte vayan cada dia á palacio, y asistan y hagan allí presencia. « Bienaventu-

«rudo el hombre que me oye , y que vela  
«á mis puertas cada día , y está de acecho  
«en los postigos de mi puerta <sup>1</sup>.» Á la glo-  
ria de la majestad de Dios , y á la bajeza  
de nuestra condicion , y á la grandeza del  
negocio que tratamos , pertenece que este-  
mos muchas veces esperando y aguardan-  
do á las puertas de su palacio celestial ; y  
cuando os abriere las puertas , dadle gra-  
cias por ello , y cuando no humillaos , co-  
nociendo que no lo mereceis , y de esa ma-  
nera siempre será muy buena y muy pro-  
vechosa vuestra oracion. De todas estas co-  
sas y otras semejantes nos habemos de ayu-  
dar para conformarnos con la voluntad de  
Dios en este desconsuelo y desamparo espi-  
ritual , aceptándolo con hacimiento de gra-  
cias , y diciendo : «Dios te salve , amargura  
«amarga y amarguísima , pero llena de gra-  
«cias y de bienes <sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> Prov. viii, 34. — <sup>2</sup> Fr. Bartolomé de los Már-  
tires, arzobispo de Braga en el compendio , cap. 26.

## CAPÍTULO XXVIII.

*Que es grande engaño y grave tentacion dejar la oracion por hallarse en ella de la manera dicha.*

De lo dicho se sigue que es grande engaño y grave tentacion, cuando uno por verse de esta manera, viene á dejar la oracion, ó no persevera tanto en ella, pareciéndole que no hace allí nada, sino que antes pierde tiempo. Esta es una tentacion con que el demonio ha hecho dejar el ejercicio de la oracion, no solo á muchos de los seglares, sino tambien á muchos religiosos; y cuando no puede quitarles del todo la oracion, hace que no se den tanto á ella, ni gasten tanto tiempo en ella como pudieran. Comienzan muchos á darse á la oracion, y mientras hay bonanza y devocion prosiguenla y continúanla muy bien; pero en viniendo el tiempo de sequedad y distraccion, paréceles que aquello no es oracion, sino antes nueva culpa, pues están allí delante de Dios con tanta distraccion y con tan poca reverencia. Y así van poco á poco dejando la oracion, pareciéndoles que

harán mas servicio á Dios entendiendo en otros ejercicios y ocupaciones, que en estar allí de aquella manera. Y como el demonio siente en ellos esta flaqueza, ayúdase de la ocasion, y dase tal priesa á traerles pensamientos y tentaciones en la oracion, para que les parezca aquel tiempo mal gastado, que poco á poco les hace dejar del todo la oracion, y con ella la virtud, y aun algunas veces mas adelante: y así sabemos que en muchos ha comenzado de aquí su perdicion. « Los hay que son amigos para « acompañaros en la mesa; pero que os dejarán en el día que los necesitaréis <sup>1</sup>, » dice el Sabio. Gozar con Dios no hay quién no lo quiera; mas trabajar y padecer por él, eso es señal de verdadero amor. Cuando hay consuelo y devocion en la oracion, no es mucho que perseveréis, y os detengais muchas horas en ella; porque eso por vuestro contento y por vuestro gusto lo podeis hacer, y es señal que así lo haceis, si cuando os falta eso, no perseverais. Cuando Dios envia desconsuelos, sequedades y distracciones, entonces se prueban los ver-

<sup>1</sup> Eceli. vi, 13.

daderos amigos, y se echan de ver los siervos fieles, que no buscan su interés, sino puramente la voluntad y contento de Dios. Y así entonces habemos de perseverar con humildad y paciencia, estando allí todo el tiempo señalado, y aun un poco mas, como nos lo aconseja nuestro santo Padre, para vencer con eso la tentacion, y mostrarnos fuertes y esforzados contra el demonio <sup>1</sup>.

Cuenta Paladio <sup>2</sup>, que ejercitándose él en la consideracion de las cosas divinas encerrado en una celda, tenia gran tentacion de sequedad, y grande molestia de pensamientos y veniale á la imaginacion que dejase aquel ejercicio, porque era para él sin provecho. Fuese al santísimo Macario Alejandrino, y contóle esta tentacion, pidiéndole consejo y remedio. Respondióle el Santo: cuando esos pensamientos te dijeren que te vayas, y que no haces nada: «Di á tus pensamientos: aquí quiero estar guardando por amor de Cristo las paredes de esta celda.» Que fue decirle que perseverase, contentándose de hacer aquella santa obra por amor de Cristo, aunque no sacase mas

<sup>1</sup> Ejercic. espir. anot. 13. — <sup>2</sup> In histor. Lausiaca.

fruto que este. Esta es muy buena respuesta para cuando nos viniere esta tentacion : porque el fin principal que habemos de pretender en este santo ejercicio , y la intencion con que habemos de llegar á él y ocuparnos en él , no ha de ser nuestro gusto y contento , sino hacer una obra buena y santa , con que agradamos á Dios y le damos contento , y con que satisfacemos y le pagamos algo , por lo mucho que le debemos por ser quien es , y por los innumerables beneficios que de su mano habemos recibido ; y pues él quiere y se agrada de que yo esté ahora aquí , aunque me parezca que no hago nada , yo me contento con eso.

De santa Catalina de Sena cuenta Bloisio , cap. 4 , *monil spirit.* , que por muchos dias estuvo desamparada de los consuelos espirituales , y no sentia el acostumbrado fervor de devocion , y sobre esto era muy molestada de pensamientos malos , feos , deshonestos que no los podia echar de sí : mas no dejaba por eso su oracion , antes lo mejor que podia perseveraba en ella con grande cuidado , y hablaba consigo misma de esta manera : Tú , pecadora vilísima , no

mereces consuelo ninguno. Cómo, ¿no te contentarías con que no fueses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? por cierto, que no escogiste tú el servir á Dios, para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternamente; levántate pues, y prosigue tus ejercicios, y persevera en la fidelidad de tu Señor.

Pues imitemos estos ejemplos, y quedémonos con aquellas palabras de aquel santo <sup>1</sup>: «Tenga yo, Señor, por consolacion, «querer de grado carecer de todo humano «consuelo; y si me faltare tu consolacion, «séame tu voluntad y tu justa prueba, en «lugar de muy grande consuelo.» Si llegamos á esto, que la voluntad y contento de Dios sea todo nuestro contento, de tal manera, que el mismo carecer de todo consuelo sea nuestro contento, por ser esa la voluntad y contento de Dios, entonces será nuestro contento verdadero, y tal, que ninguna cosa nos le podrá quitar.

<sup>1</sup> Thomas de Kempis.

## CAPÍTULO XXIX.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

En las crónicas de la orden de santo Domingo se cuenta <sup>1</sup>, que un Padre de los primeros de la orden, después de haber estado en ella algunos años con grande ejemplo de vida, y gran limpieza de alma, no sentia ninguna manera de consolacion ni gusto en los ejercicios de la religion; ni meditando, ni orando, ni contemplando, ni leyendo. Y como siempre oia decir del regalo que Dios hacia á otros, y de los sentimientos espirituales que tenian, estaba medio desesperado, y como tal se puso á decir una noche en la oracion delante de un Crucifijo llorando amargamente estos desatinos: Señor, yo siempre he entendido que en bondad y en mansedumbre excedeis á todas vuestras criaturas: véisme aqui que os he servido muchos años y he sufrido por vuestro respeto hartas tribulaciones, y de buena gana me he sacrificado á Vos solo; y

<sup>1</sup> Fr. Hernando del Castillo, 1 p. lib. 1. cap. 60, bis. ordin. Prædicatorum.

si la cuarta parte del tiempo que ha que os sirvo, hubiera servido á un tirano, ya me hubiera mostrado alguna señal de benevolencia, siquiera con una buena palabra, ó con un buen rostro, ó con una risa; y Vos, Señor, ningun regalo me habeis hecho, ni tengo de vos recibido el menor favor que soleis hacer á los otros. Siendo Vos la misma dulzura, sois para mí mas duro que cien tiranos. ¿Qué es esto, Señor? ¿por qué quereis que pase así? Estando en esto oyó súbitamente un estruendo tan grande, como si toda la iglesia viniera al suelo, y en los desvanes habia tan temeroso ruido, como si millares de perros con los dientes estuvieran despedazando el enmaderamiento: de lo cual, como se asombrase, y temblando de miedo volviese la cabeza para ver qué seria, vió á sus espaldas la mas fea y horrible vision del mundo, de un demonio que con una barra de hierro que tenia en la mano, le dió tan grande golpe en el cuerpo, que cayendo de él en tierra, no pudo mas levantarse; pero tuvo ánimo para ir arrastrando hasta un altar que estaba allí junto, sin poder menearse de puro do-

lor, como si le hubieran descoyuntado á golpes. Cuando los frailes se levantaron á prima, y le hallaron como muerto, sin saber la causa de tan súbito y mortal accidente, lleváronle á la enfermería, á donde por tres semanas enteras que estuvo con dolores gravísimos, era tan grande su hedor, y tan sucio y asqueroso, que en ninguna manera podían entrar á curarle los religiosos, ni á servirle, sino tapándose primero las narices, y con muchas otras prevenciones. Pasado este tiempo, tomó algunas fuerzas, y en pudiendo tenerse en pié, quiso curarse de su loca presuncion y soberbia; y tornando al lugar donde habia cometido la culpa, buscó en él remedio de ella, y con muchas lágrimas y humildad hacia su oracion bien diferente de la pasada. Confesaba su culpa, y conociase por indigno de bien alguno, y por muy merecedor de pena y castigo. Y el Señor le consoló con una voz del cielo que le dijo: Si quieres consolaciones y gustos, conviéntete ser humilde y reconocer tu bajeza, y entender que eres mas vil que el lodo, y de menos valor que los gusanos que huellas

con los piés. Y con esto quedó tan escarmentado, que de ahí adelante fue acabadísimo religioso.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos otro ejemplo bien diferente. Cuéntase en su vida, lib. 5, c. 1, que mirando sus faltas, y llorándolas, decía, que deseaba que en castigo de ellas nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese mas cuidadoso y mas cauto en su servicio. Pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él mas faltaba, y mas deseaba ser castigado de esta manera, tanto el Señor era mas benigno, y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad. Y así decía, que creía que no había hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él: la primera es faltar tanto á Dios, y la otra recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano.

De un siervo de Dios cuenta Blosio <sup>1</sup>, que

<sup>1</sup> Cap. 10, monil. spir.

lo hacia el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones, y comunicándole cosas maravillosas en la oracion; y él con su mucha humildad y deseo de agradar mas á Dios pidióle, que si él era servido, y se agradaba mas de ello, le quitase aquella gracia. Oyó Dios su oracion, y quitósele por cinco años, dejándole padecer en ellos muchas tentaciones, desconuelos y angustias. Y estando él una vez llorando amargamente, apareciósele dos Angeles, queriéndole consolar, á los cuales él respondió: ya no pido consuelo porque me basta por consuelo, que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

El mismo Blosio, en el c. 4, cuenta que dijo Cristo nuestro Redentor á santa Brígida: Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado? Respondió ella, porque soy alligida de vanos pensamientos, inútiles y malos, y no puedo echarlos de mí: y angústiamme mucho tu espantoso juicio. Entonces dijo el Señor: Esta es la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad; así ahora te sean molestos y penosos, va-

rios y perversos pensamientos contra la tuya; empero has de temer mi juicio moderadamente y con discrecion, confiando firmemente de continuo en mí que soy tu Dios. Porque debes tener por certisimo que los malos pensamientos, á que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no puedes estorbarlos, súfrellos con paciencia, y hazles contradiccion con la voluntad; y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme, no te venga de ahí alguna soberbia y caigas; porque cualquiera que está en pié, solamente le sustenta la gracia de Dios.

Dice Taulero, y tráelo Blosio en el Consuelo de pusilánimes, muchos cuando les fatiga alguna tribulacion me suelen decir: Padre mal me tratan: no me va bien, porque soy fatigado con diversas tribulaciones y con melancolia. — Yo respondo á quien me dice esto, que antes le va muy bien, y que se le hace mucha merced. — Entonces dicen ellos: señor no, antes creo que por mis culpas me sucede esto. — A lo cual les digo yo, ahora sea por tus pecados, ahora no, cree que esa cruz te la ha puesto Dios;

y dándole gracias por ello, sufre y resignate todo en él.— Dice tambien: interiormente me consumo con la grande sequedad y tinieblas.—Dígole yo: amado hijo, sufre con paciencia y hacerte han mas merced que si anduviésemos con mucha y grande devocion sensible.

De un gran siervo de Dios se cuenta que decia: Cuarenta años há sirvo á nuestro Señor y trato de oracion, y nunca he tenido en ellas gusto ni consuelos; pero el dia de que la tengo, siento después en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud, y en faltando en esto, ando tan caído que no se me levantan las alas para cosa buena.

### CAPÍTULO XXX.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales.*

Así como habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, de cualquier manera que nos trate en la oracion; así tambien lo habemos de estar en todas las demás virtudes y dones de Dios, y en todas

las demás ventajas espirituales. Muy bueno es el deseo de todas las virtudes, y el andar suspirando por ellas y procurándola; pero de tal manera habemos de desear siempre ser mejores, y crecer é ir adelante en la virtud, que tengamos paz, si no llegáremos á lo que deseamos, que nos conformemos con la voluntad de Dios, y nos contentemos con ella. Si Dios no quiere daros á vos una castidad angélica, sino que padezcáis graves tentaciones en eso, mejor es que vos tengáis paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en esa tentacion y trabajo, que andar inquieto y quejoso por no tener aquella puridad y limpieza de los Ángeles. Si Dios no os quiere dar tan profunda humildad como á un san Francisco, ni tanta mansedumbre como á Moisés y á David, ni tanta paciencia como á Job, sino que sintais movimientos y apetitos contrarios; bien es que andeis confundido y humillado, y tomeis de eso ocasion para teneros en poco; pero no es bien que andeis desasosegado, y lleno de quejás y congojas, porque no os hace Dios tan paciente como á Job, ni tan humilde como á san Francis-

co. Es menester que nos conformemos tambien con la voluntad de Dios en estas cosas, porque de otra manera nunca tendríamos paz. Dice muy bien el Padre maestro Ávila, en el c. 23 del *Audi, filia*: «No creo que  
«ha habido santo en este mundo, que no de-  
«sease ser mejor de lo que era; mas esto  
«no les quitaba la paz, porque no lo desea-  
«ban ellos por su propia codicia, que nun-  
«ca dice harto hay, mas por Dios, con cu-  
«yo repartimiento estaban contentos, aun-  
«que menos les diera; teniendo por amor  
«verdadero el contentarse con lo que él les  
«da, mas que el desear tener mucho, aun-  
«que diga el amor propio, que es para mas  
«servir á Dios.»

Pero dirá alguno, que parece que esto es decirnos que no debemos ser servientes en desear ser mas y mas virtuosos y mejores, sino que todo lo habemos de dejar á Dios, así lo del alma como lo del cuerpo: y así parece que es darnos ocasion para que seamos tibios y flojos y que no se nos dé nada por crecer é ir adelante. Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objecion, que

solo eso es lo que hay que temer en este negocio. No hay doctrina por buena que sea, de que no pueda uno usar mal si no la sabe aplicar como conviene. Y así lo será esta así en lo que toca á la oracion, como en lo que toca á las demás virtudes y dones espirituales; por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien. No digo yo que no habemos de desear ser cada dia mas santos y procurar imitar siempre á los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso, que para eso venimos á la religion; y si no hacemos eso, no serémos buenos religiosos. Pero lo que digo es, que así como en las cosas exteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos ni codiciosos, que eso dicen los santos que es lo que Cristo nuestro Redentor prohíbe en el sagrado Evangelio. «Por tanto os digo, no andeis «afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis<sup>1</sup>.» Lo que reprende es la demasiada solicitud y la congoja y codicia de esas cosas. Pero el cuidado competente y las diligencias necesarias, no las quita; antes las

<sup>1</sup> Matth. vi, 25.

manda y nos las dió en penitencia. «Con el «sudor de tu rostro comerás el pan<sup>1</sup>.» Es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer, y sino sería tentar á Dios. Pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales, y en el procurar las virtudes y dones de Dios: es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en eso, pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte, pero si con todo eso viéreis que no teneis cuanto quereis, no por eso os habeis de dejar caer en una impaciencia que sea peor que la falta principal. Y esto aunque os parezca que eso os viene por vuestra flibieza, que es lo que á muchos suele desconsolar. Procurad vos de hacer buenamente vuestras diligencias, y si no las hiciéreis todas y cayéreis en faltas, no os espanteis por eso ni desmayeis, que así somos todos: hombre sois, y no ángel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria: «Porque él conoce nuestra hechura<sup>2</sup>;» y no quiere que desmaye-

<sup>1</sup> Genes. iii, 19. — <sup>2</sup> Ps. cxv, 14.

mos por eso, sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego y pidamos mayor fuerza al Señor, y procuremos de andar con contento de dentro y de fuera; que mas vale que os levanteis presto con alegría que dobla las fuerzas para servir á Dios, que no pensando que llorais vuestras faltas por Dios, desagradeis al mismo Dios con servirle mal, con el corazon y las caídas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Solo hay aquí que temer el peligro que habemos apuntado, que es no se nos entre la tibieza, y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de mano de Dios, yo no puedo mas. Y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que decíamos de la oracion en el c. xxiv y siguientes: no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color. Pero cerrado este portillo, y haciendo vos bucnamente lo que es de vuestra parte, mas agrada á Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezás demasiadas que algunos traen, por parecerles que no crecen tanto en virtud y

perfeccion como querrian , ó que no pueden entrar tanto en la oracion. Porque este negocio de la oracion y perfeccion no se alcanza por descontentos ni á puñadas , sino que Dios lo da á quien él quiere , y cómo quiere , y al tiempo que él es servido. Y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo ; y no habemos de desesperar nosotros , porque no somos de los mejores , ni aun por ventura de los medianos : sino debémosnos conformar con la voluntad de Dios en todo , y dar gracias á nuestro Señor , porque nos dió esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia. Y si no alcanzáremos á estar sin faltas , demos gracias á Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas ; y ya que no vamos al cielo por la alteza de virtudes como algunos van , contentémonos con ir allá por el conocimiento y por la penitencia de nuestros pecados , como otros muchos van. Dice san Gerónimo <sup>1</sup> , ofrezcan otros en el templo del Señor , cada uno segun su posibilidad , unos oro , plata y piedras preciosas ; otros sedas , carmesíes , púrpuras y broca-

<sup>1</sup> In prologo galeato.

dos; á mí bástame si ofreciere para el templo pelos de cabras y pieles de animales. Pues ofrezcan los otros á Dios sus virtudes y obras heróicas y excelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas; á mí bástame ofrecer á Dios mi bajeza, conociéndome y confesándome por pecador y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Majestad como pobre y necesitado. Y conviene alegrar en esto el corazon y agradecersele á Dios, porque no nos quite tambien esto que nos ha dado como á desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros añaden aquí un punto con que se confirma bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven mas á Dios con no tener la virtud y recogimiento y desearlo, que si lo tuviesen. Porque con aquello viven en humildad y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar é ir adelante, acudiendo á menudo á Dios; y con esotro por ventura se ensoberbecieran ó se descuidaran, y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya tenían lo que habian menester, y no se animaran á trabajar por mas. Esto he di-

cho para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfeccion, y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar, ni está en nuestra mano. Porque eso, dice muy bien el Padre maestro Ávila <sup>1</sup>, que no seria sino estar penados, porque no nos dan alas para volar por el aire.

## CAPÍTULO XXXI.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, en los bienes de la gloria.*

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino tambien en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ajeno de su interés aun en estas cosas, que mas se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios, que de todo cuanto él podia interesar. « Esta es muy grande perfeccion, como dice aquel santo <sup>2</sup>, no

<sup>1</sup> Tom. 2, epis. fol. 32. — <sup>2</sup> Thomas de Kempis.

« buscar uno su interés en lo poco , ni en lo  
« mucho , ni en lo temporal ni en lo eterno,  
« y da la razon , porque tu voluntad , Señor,  
« y el amor de tu honra debe sobrepujar to-  
« das las cosas : y mas se debe consolar y  
« contentar con esto , que con todos los be-  
« neficios recibidos ó que puede recibir. »

Este es el contento y gozo de los bien-aventurados. Mas se alegran los santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios y tan unidos con su voluntad , que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo no la quieren tanto por el provecho que á ellos les viene y por el contento que reciben , como porque se huelga Dios de ello, y porque es aquella la voluntad de Dios. Y de ahí viene , que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene , que no desea mas ni le pesa de que el otro tenga mas ; porque en viendo uno á Dios , así lo transforma en sí , que deja de querer como él , y comienza á querer como Dios : y como ve que aquel es el contento y beneplácito de Dios , ese es tambien su gusto y su contento. Esta per-

feccion vemos que resplandecia en aquellos grandes santos, en un Moisés, en un san Pablo que por la salvacion de las almas y por la mayor gloria de Dios, parecé que se olvidaban y no hacian cuenta de su propia gloria. Decia Moisés á Dios: «Señor, ó per-  
«donad al pueblo, ó borraradme á mí de vues-  
«tro libro <sup>1</sup> :» y san Pablo: «Descaba yo  
«mismo ser anatema por Cristo, por amor  
«de mis hermanos <sup>2</sup>.» De quien aprendió después un san Martin y otros Santos: «Si  
«todavía soy necesario á vuestro pueblo, no  
«rehusó el trabajo.» Posponian su descanso y cedian de buena gana á su gloria que tenian ya cerca, y ofrecíanse de nuevo al trabajo por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la voluntad de Dios acá en la tierra como se hace en el cielo, que olvidados de todo nuestro interés pongamos todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y que estimemos y tengamos en mas el contento de Dios, que todo nuestro provecho, y que el poseer los cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfeccion que pide

<sup>1</sup> Exod. xxxii, 31. — <sup>2</sup> Ad Rom. ix, 3.

este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interés de los bienes espirituales y aun de los bienes eternos, y de la misma gloria habemos de apartar los ojos por ponerlos en el contento y voluntad de Dios; ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá también, cuán léjos está de esta perfeccion el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que decíamos al principio: En que me pongan en este lugar, ó en aquel; en este oficio, ó en el otro; en estar sano, ó enfermo; en que los otros me tengan en poco, ó en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en mas la voluntad y contento de Dios, que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales y aun en los eternos, y ¿reparais vos en esas cosas que respecto de estotras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad, que cede de buena gana á su propia gloria y se contenta con el mas bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino solo por querer mas el contento y beneplácito de

Dios, muy fáciles se le harán todas esotras cosas; pues renuncia y cede á lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo mas á que puede uno ceder por conformarse con la voluntad de Dios, si Dios quiere que yo me muera luego y tenga menos gloria, mas quiero yo eso, que morirme de aquí á veinte ó treinta años, aunque hubiese de tener mucha mayor gloria. Y por el contrario, aunque tuviese cierta la gloria muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando, mas quiero eso, que ir luego á la gloria. Porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad, ese es mi contento y esa es mi gloria: « Vos, « Señor, sois mi gloria y el que levantaiis « mi cabeza <sup>1</sup>. »

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, en el lib. 5, c. 2 de su vida, se cuenta un ejemplo bien raro acerca de esto. Estando un dia con el Padre maestro Laynez, y con otros á cierto propósito, preguntó nuestro Santo Padre: decidme, maestro Laynez, qué os parece que hariais, si Dios nuestro Se-

<sup>1</sup> Ps. III, 4.

ñor os propusiese este caso y os dijese : si tú quieres morir luego , yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo y te daré la gloria eterna ; pero si quisieres aun vivir , no te doy seguridad de lo que será de tí , sino que quedarás á tus aventuras ; si vivieres y perseverares en la virtud , yo te daré el premio , si desfallecieses del bien , como te hallare así te juzgaré . Si esto os dijese nuestro Señor y vos entendiéseis que quedando por algun tiempo en esta vida , podríais hacer algun grande y notable servicio á su divina Majestad , ¿ qué escogiérais ? ¿ qué responderíais ? Respondió el Padre Laynez , yo , Padre , confieso á vuestra reverencia , que escogeria el irme luego á gozar de Dios , y asegurar mi salvacion y librarme de peligros en cosa que tanto importa . Entonces dijo nuestro santo Padre ; pues yo cierto no lo haria asi , sino que si juzgase que quedando en esta vida podria hacer algun singular servicio á nuestro Señor , le suplicaria me dejase en ella hasta que le hubiese hecho , y pondria los ojos en él y no en mí , sin tener respeto á mi peligro ó mi seguridad . Y no le parecia á él que quedaba en duda su

salvacion , sino antes mas cierta y mas aventajada por haberse fiado de Dios , quedándose acá por servirle en aquello. Porque, ¿qué rey ó príncipe hay en el mundo , decía él , el cual si ofreciese alguna gran merced á algun criado suyo , y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego por poderle servir en alguna cosa notable , no se tuviese por obligado á conservar y aun acrecentar aquella merced al tal criado , pues se privaba de ella por su amor y por poderle mas servir? Pues si esto hacen los hombres que son desconocidos y desagradecidos , ¿qué habemos de esperar del Señor , que así nos previene con su gracia y nos hace tantas mercedes? ¿Cómo podríamos temer que nos desamparase y dejase caer , por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de él por él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

---

## CAPÍTULO XXXII.

*De la conformidad, union y amor perfecto con Dios, y como nos habemos de ejercitar en este ejercicio.*

Para que se vea mas la perfeccion y excelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta donde podemos llegar con él, por conclusion y remate de este Tratado diremos un poco del ejercicio mas alto, que ponen ios santos y maestros de la vida espiritual del amor de Dios que parece viene aquí á propósito; porque uno de los principales efectos del amor, como dice san Dionisio Areopagita <sup>1</sup>, es hacer que las voluntades de los amados sean unas; esto es, que tengan un querer y un no querer. Y así cuanto uno estuviere mas unido y mas conforme con la voluntad de Dios, tanto tendrá mas amor de Dios, y cuanto mayor amor tuviere, tanto estará mas unido y conforme con la voluntad de Dios. Para declarar mejor esto, es menester que subamos al cielo con la consideracion, y

<sup>1</sup> Cap. 4, de divin. nomín.

veamos como están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con él; porque cuanto mas nos llegáremos á esto, tanto será nuestro ejercicio mas perfecto. El glorioso apóstol y evangelista san Juan en su primera Canónica dice: que la vista de Dios á los bienaventurados hace semejantes á él: «Sabemos que cuando él apareciere serémos semejantes á él; «por cuanto nosotros le verémos así como «él es<sup>1</sup>.» Porque en viendo á Dios quedan de tal manera unidos y transformados en Dios, que tienen una misma voluntad y un mismo querer con él. Pues veamos cuál es el querer, y voluntad y amor de Dios, para que así veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados, y de ahí colijamos cuál ha de ser el querer, y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer, y voluntad y amor de los bienaventurados; de manera que el amor de los santos

<sup>1</sup> 1 Joann. iii, 2.

y bienaventurados, es un amor y un querer con que aman y quieren con todas las fuerzas que Dios sea quien es, y sea en sí tan bueno, y tan glorioso y digno de honra como es. Y como ven en Dios todo aquello que ellos desean, sigueseles de aquí aquel fruto del Espíritu Santo que dice el Apóstol: «El fruto del Espíritu es gozo <sup>1</sup>,» que es un gozo inefable de ver á quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en si mismo. Por lo que vemos acá, podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegría y gozo que recibe acá un buen hijo, de ver á su padre que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico y poderoso, y muy estimado y querido del rey: cierto, hijos hay tan buenos que dirán, que no hay cosa á que se compare la alegría que reciben de ver á su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos viendo á su verdadero Señor, y á su Criador y Padre celestial en quien tan transformados están por

<sup>1</sup> Ad Galat. v, 22.

amor; tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso, que por solo su querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin él no se puede menear una hoja en el árbol? Y así dice el apóstol san Pablo <sup>1</sup>, que este es un gozo tan grande, que ni ojo lo vió, ni oreja le oyó, ni puede caer en corazón de hombre. Este es aquel río caudaloso que vió san Juan en el Apocalipsi <sup>2</sup> salir de la silla de Dios y del Cordero, que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el cielo, y embriagados con este amor cantan aquella aleluya perpetua que dice allí san Juan, glorificando y bendiciendo á Dios: «Aleluya, porque reina el Señor nuestro Dios el todopoderoso: gocémonos y alegrémonos, y demosle gloria <sup>3</sup>.» Estánse alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el pláceme y parabien de ella con grande júbilo y regocijo. «La bendicion, y la claridad, y la sabiduría, y la accion de gracias, y la honra, y la virtud y la fortaleza á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen <sup>4</sup>.»

<sup>1</sup> 1 Cor. II, 9. — <sup>2</sup> XXII, 1. — <sup>3</sup> Cap. <sup>1</sup> XIX, 6, 7. — <sup>4</sup> Apoc. VII, 12.

Este es el amor que los Santos tienen á Dios en el cielo, y la union y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme á la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar mirar acá á nuestro modo para que se haga la voluntad de Dios en la tierra, como se hace en el cielo. Dijo Dios á Moisés cuando le mandó hacer el tabernáculo: «Mira que hagas todas las cosas conforme á la traza que te mostraré en el monte <sup>1</sup>.» Así nosotros todo lo habemos de hacer acá á la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la gloria. Y así habemos de estar amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el cielo, y lo que está amando y queriendo el mismo Dios, que es su misma gloria, y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondrémos aquí brevemente la práctica de este ejercicio. Cuando estais en la oracion considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipo-

<sup>1</sup> Exod. xxv, 40.

tencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estaos con la voluntad holgando, y regocijando, y tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie y todos la tengan de él, de que sea todopoderoso, tan bueno y tan lleno de gloria como en sí mismo es; y así de todas las demás perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios.

Este, dice santo Tomás <sup>1</sup> y los teólogos, que es el acto mayor, y mas perfecto amor de Dios. Y así es tambien el mas alto y mas aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios. Porque no hay mayor ni mas perfecto amor de Dios que el que el mismo Dios se tiene á sí mismo, que es de su misma gloria, y de su ser sumamente perfecto y glorioso: ni puede haber mejor voluntad que esa. Luego tanto mayor y mas perfecto será nuestro amor, euanto mas se asemejare á este amor con que Dios se ama á sí mismo; y tanto mayor y mas perfecta

<sup>1</sup> 2, 2, q. 28, art. 1 ad 3, et art. 2.

será nuestra union y conformidad con su divina voluntad. Y mas, dicen allá los filósofos, que «amar á uno es quererle bien <sup>1</sup>.» De donde se sigue que cuanto mayor bien deseamos á uno, tanto mas le amamos. Pues el mayor bien que podemos querer á Dios es el que él se tiene, que es su ser infinito, su bondad, su sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos á alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene, mas podemos quererle algun bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas á Dios no podemos quererle en sí mismo algun bien que no tenga, porque es del todo infinito: y así no puede tener en sí mas poder, ni mas gloria, ni mas sabiduría ni bondad de la que tiene: y así holgarnos, y regocijarnos, y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le podemos querer, y por consiguiente el mayor amor que le podemos tener.

De manera, que así como los Santos que

<sup>1</sup> Aristot. *Reth.* lib. II, c. 4.

están en el cielo, y la humanidad santísima de Cristo, y la Virgen nuestra Señora, y todos los coros de los Ángeles se están holgando de ver á Dios tan hermoso y tan abastado de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten, que no se satisfacen sino prorumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta: «Bienaventurados, «Señor, los que moran en tu casa: por los «siglos de los siglos te alabarán<sup>1</sup>;» así nosotros habemos de juntar nuestros corazones y levantar nuestras voces con las tuyas, como nos lo enseña nuestra madre la Iglesia. «Con los cuales os suplicamos «humildemente que dispongais se junten «nuestras voces, diciéndoos con ellos: San- «to, Santo, Santo el Señor Dios de los ejér- «citos, llenos están los cielos y la tierra de «vuestra gloria<sup>2</sup>.» Siempre, ó lo mas continuamente que pudiéremos habemos de estar alabando y glorificando á Dios, holgándonos y regocijándonos del bien y gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y

<sup>1</sup> Ps. LXXXIII, 5. — <sup>2</sup> Prefacio de la Misa.

parabien de ello: y de esta manera nos asemejarémos acá á nuestro modo á los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el mas alto amor y la mas perfecta conformidad con la voluntad de Dios que podemos tener.

### CAPÍTULO XXXIII.

*Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la sagrada Escritura.*

Por lo mucho que en la divina Escritura se encomienda repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y excelencia y cuán agradable sea á Dios; y juntamente podremos tomar de ahí materia, para ejercitarle y detenernos mas en él. El real profeta David en los Salmos á cada paso nos convida á este ejercicio diciendo: «Alegraos en el Señor, y regocijaos ó justos; y gloriaos á todos los rectos de corazón <sup>1</sup>.» «Alegraos justos en el Señor, y deleitaos, y regocijaos, y complaceos en sus bienes infinitos y daros ha lo que le pidiéreis <sup>2</sup>,» ó por mejor decir, lo que descáreis y hubiéreis me-

<sup>1</sup> Ps. XXXI, 11. — <sup>2</sup> Ps. XXXII, 1 et XXXVI, 4.

nesser. Porque esta es una oracion en la cual sin pedir, pedis; y oye Dios el deseo de vuestro corazon. El apóstol san Pablo escribiendo á los filipenses, c. iv, 4, dice: «Gozaos en el Señor siempre.» Y pareciéndole que no era consejo este para decirle una sola vez, torna á repetir: «Otra vez os digo que os holguezis.» Este es el gozo en que se alegró la Virgen santísima cuando dijo en su cántico: «Alegróse mi espíritu en Dios «mi salud<sup>1</sup>.» Con este gozo se alegró tambien Cristo nuestro Redentor, cuando dice el sagrado Evangelio: «Alegróse en el Espíritu Santo<sup>2</sup>.» El real profeta David dice, que era tan grande el gozo y regocijo que recibia su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán dignísimo es de que todos se gocen del bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba la alegría al cuerpo, y se encendia la misma carne en amor de Dios. «Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios «vivo<sup>3</sup>.» Y en otra parte dice: «Mi ánima «se alegrará en el Señor y se gozará en Dios «autor de la salud; y todos mis huesos di-

<sup>1</sup> Luc. i, 47. — <sup>2</sup> Luc. x, 21. — <sup>3</sup> Ps. LXXXIII, 3.

«rán : ¿ Señor, quién como Vos? <sup>1</sup> » Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la Iglesia regida por el Espíritu Santo, en el principio de las horas canónicas, comenzando los maitines nos convida con el invitatorio á amar de esta manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infinitos; y es tomado del salmo noventa y cuatro: « Venid, alegrémonos en el Señor, « y cantemos cánticos de alabanza á Dios « nuestra salud, porque es grande sobre todos, y suyo es el mar y la tierra, todo es « obra de sus manos. » Y por la misma razón y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos, aquel verso: « Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu « Santo, como era en el principio, y ahora, « y siempre, y por los siglos de los siglos « Amen. » Este es aquel entrar en el gozo de Dios, que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: « Entra en el gozo de tu « Señor <sup>2</sup>. » Participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando, y regocijando juntamente con el mismo Dios, de su gloria, y hermosura y riqueza infinita.

<sup>1</sup> Ps. xxxiv, 9. — <sup>2</sup> Matth. xxv, 21.

Para que nos alicionemos mas á este ejercicio , y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo , nos ayudará mucho considerar cuán bueno , cuán hermoso y glorioso es Dios. Eslo tanto, que solo verle hace á los que le ven bienaventurados : y si los que están en el infierno viesen á Dios, cesarian todas las penas y se trocaria el infierno en paraíso. « Esta es la vida eterna, « que te conozcan á tí solo Dios verdade- « ro <sup>1</sup>, » dice el mismo Cristo por san Juan. En eso consiste la gloria de los Santos en ver á Dios. Eso es lo que los hace bienaventurados ; y esto no por un dia ni por un año, sino para siempre jamás , que nunca se hartarán de estar mirando á Dios , sino siempre se les hará nuevo aquel gozo ; conforme á aquello del Apocalipsis : « Y cantaban « como un cántico nuevo <sup>2</sup>. » Harto parece que se declara con esto la bondad , hermosura y perfeccion infinita de Dios ; pero aun mas hay que añadir y aun harto mas. Es Dios tan hermoso y tan glorioso , que el mismo Dios viéndose , es bienaventurado. La gloria y bienaventuranza de Dios , es verse

<sup>1</sup> Joann. xvii, 3. — <sup>2</sup> Apoc. xiv, 3.

y amarse á sí mismo. Mirad si tenemos razon de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura, y en una gloria tan grande que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace á todos aquellos ciudadanos bienaventurados; y el mismo Dios tambien conociéndose y amándose es bienaventurado.

### CAPÍTULO XXXIV.

*Como nos podremos estender mas en este ejercicio.*

Podemos tambien humanarnos y extendernos mas en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, considerando su dignidad y perfeccion grande; y tomando complacencia y contentamiento en eso; holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la persona divina; que esté tan llena de gracia y de gloria; que sea instrumento de la divinidad para obrar cosas tan altas, como son la santificacion y glorificacion de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrena-

turales que se comunican á los hombres ; y finalmente holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece á la perfeccion y gloria de aquella alma gloriosísima , y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Redentor , y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo : al modo que consideran los Santos que se regocijaria la sacratísima Reina de los Ángeles el dia de la Resurreccion , cuando vió á su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura divina del patriarca Jacob , que cuando oyó decir , que su hijo vivia , y era señor de toda la tierra de Egipto , se alegró tanto , que revivió su espíritu , y dijo : «Bástame á mí , que mi hijo José viva , «no quiero mas de verle , y con eso moriré contento <sup>1</sup>.»

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de Nuestra Señora , y de los demás Santos. Y será muy buena devocion en sus fiestas , gastar alguna parte de la oracion en este ejercicio ; porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer ; pues el mayor amor que les podemos

<sup>1</sup> Genes. XLV , 28.

tener, que es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estarnos allí dándoles el parabien de ella. Y así la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora: «En este dia la Virgen Maria subió á los cielos; «alegraos, porque reina eternamente con «Cristo.» Y comienza el oficio de la misa en esta fiesta y en otras muchas convidándonos á este ejercicio y animándonos á él con el ejemplo de los Ángeles que se ejercitan en él. «Alegrémonos todos en el Señor, celebrando esta festividad en honor «de la bienaventurada Virgen Maria, de «cuya Asuncion se alegran los Ángeles, y «cantan juntos alabanzas al Hijo de Dios.» Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacratisima humanidad de Cristo nuestro Señor, y es que de allí viene uno poco á poco á subir, y tener entrada en esotros ejercicios de la divinidad. Porque como dice Cristo, él es el camino y la puerta para entrar al Padre <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Joann. x, 7, y xiv, 6.

Tambien en este ejercicio que se ejercita con Dios en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar mas en él, descendiendo á cosas de acá; porque, aunque es verdad que Dios no puede crecer en sí, porque es infinito, y así no podemos quererle en sí mismo algun bien que él no tenga; pero puede Dios crecer exteriormente en las criaturas, que es, ser mas conocido, y amado y glorificado de ellas. Y así podemos tambien ejercitar este amor, queriendo á Dios este bien exterior. Y así considerando el alma en la oracion cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando, que todas las almas criadas y por criar, le conozcan, amen y alaben y glorifiquen en todas las cosas. ¡Ó Señor, y quién pudiera convertir á cuantos infieles y pecadores hay en el mundo, y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás! « Santificado sea el tu nombre <sup>1</sup>. La tierra toda te adore, y taña

<sup>1</sup> Matth. vi, 9.

« salmos á ti : salméc á tu nombre <sup>1</sup>. » Y allí nos podemos estar , pensando mil maneras de servicios que las criaturas podían hacer á Dios , y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno á desear y procurar hacer la voluntad de Dios , y su mayor gloria en lo que á él le pertenece , procurando hacer siempre todo aquello que entendiére ser voluntad de Dios , y mayor gloria suya. Conforme á aquello que Cristo nuestro Redentor dice de sí en el sagrado Evangelio . « Yo siempre hago lo que « agrada á mi Padre <sup>2</sup>. » Porque como dice el evangelista san Juan : « El que dice « que conoce y ama á Dios , y no hace su « voluntad , ni guarda sus mandamientos , « no dice verdad , miente. Pero el que los « guarda , y hace la voluntad de Dios , ese « tiene perfecta caridad y amor de Dios <sup>3</sup>. »

De manera , que para amar á Dios , y tener entera conformidad con su voluntad , no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios , y quiera que todas

<sup>1</sup> Psalm. LXV, 4. — <sup>2</sup> Joann. viii, 29. — <sup>3</sup> Ibid. ii, 4.

las demás criaturas amen y glorifiquen á Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca, y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque, ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano, no la procura? Y este amor es el que ejercita el alma, cuando en la oracion está formando propósitos, y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto, y en aquello y en todo lo demás que se ofreciere, que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oracion.

Con esto habemos abierto grande campo para podernos ocupar en la oracion mucho tiempo en este ejercicio, y declarado el provecho y perfeccion grande que hay en él. No resta sino que pongamos las manos á la obra, y que comencemos á ensayarnos acá en el suelo en lo que habemos de ejercitar después para siempre, y tan aventajadamente en el cielo. «Cuyo fuego está en «Sion, y su humo en Jerusalem<sup>1</sup>.» Aquí

<sup>1</sup> Isai. xxxi, 9.

se ha de comenzar á encender en nosotros este fuego de amor de Dios ; pero las llamaradas , la alteza y perfeccion de él será en aquella Jerusalem celestial , que es la gloria.

**FIN.**

**TESORO DE PACIENCIA,**

ó

**CONSEJO**

**DEL ALMA ATRIBULADA**

EN LA MEDITACION DE LAS

**PENAS DEL SALVADOR.**

Escrito en portugués

por el **P. Teodoro de Almeida.**

Traducido al castellano

por el **DR. D. BENITO ESTAUN Y RIOL.**

DEDICADO

**A JESÚS CRUCIFICADO.**

---



## SEÑOR:

*Confiado en las dulcísimas entrañas de vuestra misericordia, llego á vuestros piés; y vuestro amor para con nosotros me da espíritu para hablar humildemente en vuestra presencia. Consentidme también, que alabe, como me fuere posible, vuestra inefable bondad, pues os compadecisteis tanto de nuestras miserias, que venisteis desde el cielo á aliviárnoslas, acompañándonos en unas y librándonos misericordiosamente de otras. El gran deseo de libertarnos de aflicciones y trabajos interminables, os redujo al estado lastimoso en que os ve mi alma compadecida. ; Bendito seáis para siempre! No quisisteis dejar de padecer género alguno de aflicción de cuantas padecemos en el mundo, y Vos solo sufrís los trabajos y angustias que se hallan repartidas en todos los hombres. ¿Pues á quién, Señor, mejor que á Vos, puede recurrir una alma atribulada? ¿Y en dónde podrá hallar consuelo mayor en sus trabajos que en la compañía que os dignais hacer á los desconsolados con los vuestros, particularmente en esas llagas que estais padeciendo tan amorosamente?*

*Dadme, pues, licencia para que yo salga por el mundo á convocar todos los afligidos, que vagando sobre la faz de la tierra, andan acobardados, impacientes y tristes. Á nombre vuestro voy á convidarlos para que os vengán á buscar al Calvario, y que puestos al rededor de vuestra cruz levanten sus ojos llorosos á vuestra sumamente amable y lastimosa figura, toda cubierta de sangre y heridas. Entonces Vos derramaréis sobre sus corazones heridos el precioso bálsamo de vuestra sangre divina, y les comunicaréis aquella conformidad y paciencia suma, con que estais padeciendo; yo les persuadiré cuanto me sea posible, que jamás aparten los ojos de vuestra Majestad en ese patíbulo, y Vos no apartaréis de ellos los vuestros tan amorosos, que con solo esto les daréis alivio y consuelo como al buen Ladron, que porque os miró compasivo en este estado, le galardonásteis con tanta paciencia, que se le convirtió en paraíso la cruz; y pues todos vivimos en este mundo crucificados, cierto será que si ponemos en vuestra Majestad crucificado la vista, todos hallaremos en vuestras llagas paciencia.*

*Este es, Dios mio, el beneficio que deseo y espero nos concedais á los que vivimos gimiendo desconsolados en este valle de penas. Y ahora*

*mientras yo voy por el mundo clamando públicamente que ningún mortal deje de aprovecharse de este remedio el mas suave y eficaz para sus dolencias. Vos, Señor, que podeis, idlos atrayendo á todos secretamente á la vista de vuestra cruz, ya que en el Evangelio dijisteis, que cuando en ella fuéreis exaltado todo lo atraeriais á Vos mismo: haced ahora que no quede afligido alguno que no venga por una devota y continua meditacion á buscaros en el monte Calvario, que vuestras llagas les sirvan de alivio, y vuestra cruz de consuelo, y que su consuelo y alivio sea para vuestra mayor gloria en medio de tantas afrentas.*

*Ahora vosotros, hombres acongojados y tristes, vosotros que sois casi tantos como los que pueblan la tierra: venid, venid, que Jesucristo crucificado os llama á la meditacion de sus dolores y penas, y á la contemplacion de sus llagas, que ciertamente son un TESORO DE PACIENCIA.*

*Por tanto, almas cristianas, que os veis faltas de esta virtud, y deseosas de conseguirla, no teneis que ir á mendigar por otras partes, no. Entrad si, por medio de la consideracion, en ese grande é inagotable Tesoro, y de él sacaréis inmensas riquezas: entrad despacio meditando*

*una ó dos veces al día los tormentos y paciencia del Salvador; y entrad tambien de paso, pero con mucha frecuencia en el discurso del día, á lo menos con la memoria de su sufrimiento en tantas amarguras: y no dejaréis de experimentar maravillosa mudanza en vuestro corazon. El real Profeta decia: Á Dios busqué en el día de mi tribulacion, delante del Señor me puse con las manos levantadas por la noche, y no me engañé, pues sin embargo de que mi alma rehusaba todo consuelo, me acordé de Dios, y quedé consolado<sup>1</sup>. Y si este efecto hace ponerse un alma orando sencillamente delante de Dios, ¿qué será delante de Dios crucificado, afligido, lleno de sangre y oprobios? ¿de Dios que murió por consolarnos; y que por llegar á enjugar nuestras lágrimas en la bienaventuranza ( como lo prometió ) quiso derramar las suyas? Por lo cual, cristianos, valgámonos todos de este saludable remedio; y Vos, Dios mio, pendiente en el sagrado madero, haed que les sea eficaz á cuantos le busquen de buena voluntad: Aceptad mis intentos y deseos, dad virtud á mis palabras, y libradme de la afliccion eterna por medio de vuestra afliccion. Amen.*

<sup>1</sup> Ps. LXXVI, 2, 3.

---

## DIÁLOGO

SOBRE

# LA ORACION,

escrito

POR EL ILMO. D. ANTONIO CLARET,

*Arzobispo de Santiago de Cuba.*

---

P. ¿Qué es oracion?

R. Es una elevacion del espiritu á Dios, pidiéndole gracias y mercedes, y el perdón de los pecados.

P. ¿De cuántas maneras es la oracion?

R. De dos, mental y vocal.

P. ¿Qué es oracion mental?

R. Es la que se hace con las tres potencias del alma, acordándose de Dios, de sus beneficios y verdades que nos ha enseñado con la memoria, meditando y discurrendo con el entendimiento, y con la voluntad aborreciendo lo malo, amando lo bueno, y uniéndose al sumo bien; pidiendo y

suplicando al Señor las gracias que se necesitan, y proponiendo hacer de su parte lo que pueda para conseguir su fin: acompañando siempre estas operaciones del entendimiento y de la voluntad con la intencion y atencion, no solo cuando se cumplen los preceptos de orar, sino tambien cuando se ora voluntariamente.

P. ¿Qué es oracion vocal?

R. Es una afectiva y externa locucion con Dios, acompañada de la intencion y atencion.

P. ¿Qué dice V. de aquellos que, cuando rezan ó hacen su oracion vocal, no cuidan de esta atencion, antes bien se distraen voluntariamente en otros objetos?

R. Digo que esos tales no tienen oracion, sino un fantasma de oracion, que es lo mismo que un cuerpo sin alma que se llama muerto: tal es la oracion vocal si no va acompañada de la atencion ú oracion mental.

P. ¿De qué partes consta la oracion mental ó meditacion?

R. De tres, que son: preparacion, cuerpo de la meditacion y conclusion.

P. ¿Qué ramas tiene la preparacion?

R. Tres, que se llaman : preparacion remota, próxima é inmediata.

P. ¿En qué consiste la preparacion remota?

R. En la pureza de conciencia y rectitud de intencion proponiéndose enmendar sus defectos, alcanzar las virtudes é imitar á Jesucristo, á la Virgen santísima y á los Santos.

P. ¿En qué consiste la preparacion próxima?

R. En leer por la noche la meditacion que se ha de hacer en la primera hora del dia siguiente: en levantarse con prontitud en la hora señalada, en guardar silencio, no pensar en otra cosa que en la meditacion que se ha de hacer, preparando su alma con humildad, confianza y amor.

P. ¿En qué consiste la preparacion inmediata?

R. En ponerse á la presencia Dios, creer y adorarle con toda humildad, teniéndose por indigno de estar en su divina presencia; considerándose incapaz de hacer oracion y por esto pedir al mismo Dios la gra-

cia necesaria , valiéndose de la intercesion de la Virgen santísima, Ángeles y Santos.

P. Á mas de estas tres ramas de la preparacion , ¿ qué se debe hacer antes de internarse en la meditacion ?

R. La composicion del lugar , y cuando la meditacion es de sugetos sensibles consiste en imaginarse como si se estuviere presente en el mismo lugar en que están sucediendo todos los hechos de la meditacion, que san Ignacio llama primer preludio : y cuando es una cosa incorpórea é invisible, como , por ejemplo , de los pecados , podrá ser imaginándonos que vemos nuestra alma encerrada en este cuerpo corruptible como en una cárcel : y al hombre como un desterrado en este valle de lágrimas y en compañía de los brutos : ó bastará reducir á la memoria aquella virtud ó vicio , que se haya de meditar, reduciéndola á dos ó tres puntos. Por ejemplo : 1.º de la obligacion ó necesidad de practicarla , ó huirle : 2.º cuáles sean sus actos : 3.º los medios que pueden facilitar su práctica , ó su huida.

P. ¿ Qué mas se ha de hacer ?

R. El segundo preludio que consiste en

pedir en particular la gracia para imitar ó alcanzar aquella particular virtud que mas se observa brillar en aquella meditacion, pidiendo luz para conocer su utilidad, medios para conseguirla y actos en que se debe ejercitar.

P. ¿Qué ramas tiene el cuerpo de la meditacion?

R. Tres, que son: consideracion, afectos y resoluciones.

P. ¿Cómo se ha de hacer ó tener la consideracion?

R. Con las potencias del alma, especialmente con la memoria, acordándose del objeto sobre del cual se quiere discurrir, y con el entendimiento discurrirá, aplicando con la imaginacion los sentidos á las personas del misterio, ó meditacion; á las palabras que dicen y acciones que hacen, ó si fuere invisible, á los puntos de que hablamos arriba.

P. ¿De qué medios se valdrá para no distraerse, antes bien para excitar la imaginacion é impeler el entendimiento á discurrir?

R. Me valdré de interrogaciones; por

ejemplo, me preguntaré á mí mismo: ¿Quién es ese que padece? ¿Qué padece? ¿Para quién padece? ¿Para qué padece?... ¿Qué cosa es esta? ¿Por qué es esto? Estas preguntas me suscitarán las respuestas que formarán un semillero el mas fecundo de saludables reflexiones, y me suscitarán la idea de autoridades, comparaciones, símiles y ejemplos de Jesús, de María santísima y de los Santos.

P. ¿Cuál es la segunda rama del tronco ó cuerpo de la meditacion?

R. Son los afectos.

P. ¿Cómo se forman los afectos de la meditacion?

R. De esta manera: instruido y convencido el entendimiento con la consideracion mueve la voluntad, y esta se expraya en afectos de arrepentimiento y contricion de los pecados, de amor á la virtud y odio al vicio, de dolor y compasion por las penas de Jesucristo y su santísima Madre, de admiracion, amor, accion de gracias, de alegría, etc.

P. En qué se ha de emplear mas tiempo ¿en la consideracion, ó en los afectos?

R. En los afectos, porque ellos se han de mirar como el objeto y fin próximo de la meditacion, en manera que cuando la voluntad ya se halla santamente ocupada en los afectos debe cesar de discurrir el entendimiento, como, por ejemplo, el que busca una cosa cesa de buscarla luego que la ha hallado.

P. ¿Cuál es la tercera rama del tronco, ó cuerpo de la meditacion?

R. Son las resoluciones.

P. ¿Cómo se hacen las resoluciones?

R. De esta manera: movida la voluntad y empapada de santos afectos, aborreciendo lo malo y amando y deseando lo bueno, se resuelve y determina á la eleccion de los medios que conoce mas á propósito para conseguir su fin que debe ser arrancar defectos ó vicios y plantar virtudes.

P. Á mas de estas tres ramas que componen el cuerpo de la meditacion, ¿en qué principalmente debe ocuparse el que quiere sacar fruto de la oracion?

R. En la súplica.

P. ¿En qué consiste la súplica?

R. En pedir á Dios las gracias, socorros

y favores que necesita ó desea alcanzar para sí, ó para los otros.

P. ¿Hágame V. ver cómo la súplica es lo mas interesante en la oracion, y por qué debe merecer principalmente la atencion del que ora?

R. Para hacerlo ver mejor me valdré de una comparacion: hay un pobre tan miserable que nada tiene para comer, ni con que vestirse. Conoce su miseria, y tambien conoce á un señor muy compasivo y caritativo, y sabe que si se lo pide, le socorrerá; luego se resuelve á presentarse á ese misericordioso señor, y finalmente le ruega con voz humilde, y con expresiones lastimosas le expone brevemente sus miserias y necesidades, confiando en que le socorrerá. Hago ahora la aplicacion: el supuesto pobre es cada uno de nosotros, que meditando conoce su propia miseria y la misericordia y caridad de Dios: y por esto decía san Francisco de Asis: *¿Quién sois Vos, y quién soy yo?* y como san Agustin: *Noverim me, noverim te. Señor, haced que me conozca á mí, y que os conozca á Vos.* De aqui pasa á practicar las diligencias necesarias,

no omitiendo medio alguno para conseguir su fin. Y así como el pobre pide, así también debe pedir el hombre, seguro de que alcanzará, pues que el mismo Dios ha dicho: *petite et accipietis, pedid y alcanzaréis*: y finalmente consigue.

P. ¿Para quiénes debe pedir á mas de sí mismo?

R. Para todos: pero especialmente por la conversion de los pecadores, por la perseverancia de los justos, y por las benditas almas del purgatorio.

P. ¿Cuál es la tercera parte de la oracion?

R. La conclusion.

P. ¿Qué ramas tiene la conclusion?

R. Cinco, que son: accion de gracias, ofrecimiento, peticion, ramillete y exámen.

P. ¿Qué quiere decir accion de gracias?

R. Dar gracias á Dios de haberme sufrido en su divina presencia y de haberme dispensado tantos favores en la oracion.

P. ¿Qué quiere decir ofrecimiento?

R. Ofrecer á Dios las resoluciones que se han hecho en la meditacion, y también á sí mismo, y todas sus cosas.

P. ¿Qué quiere decir peticion?

R. Que se han de pedir gracias á Dios para poder ejecutar las resoluciones formadas en la meditacion.

P. En qué consiste el ramillete?

R. En tomar una máxima de la misma meditacion , y tenerla siempre presente entre día.

P. ¿Cómo se ha de hacer el exámen de la meditacion?

R. Examinar cómo ha ido la meditacion y oracion para continuarla del mismo modo en lo sucesivo si ha ido bien , y para enmendarlo si ha ido mal. Y tambien para notar con brevedad si alguna gracia especial el Señor le ha comunicado.

P. Sirvase V. decirme , ¿cómo se ha de hacer prácticamente la meditacion y oracion mental?

R. De esta manera :

#### PRÁCTICA DE LA ORACION MENTAL,

1.º « Pongámonos á la presencia de « Dios , creyendo firmemente que está aquí « presente y que nos está mirando y obser- « vando. »

Yo creo firmemente, Dios mio, que por razon de vuestra inmensidad estais en todo lugar: que estais aqui delante de mí, dentro de mí, en medio de mi corazon, viendo los mas ocultos pensamientos y afectos de mi alma, sin poderme esconder de vuestros divinos ojos.

2.º «Humillémonos delante su divina «Majestad, y adoremosle postrados en tierra con el cuerpo y con el espiritu, reconociéndonos indignos de estar ante su divino acatamiento.»

¿Quién soy yo, Dios mio, delante de Vos? ¡Ah, miserable de mí! ¡qué bien veo soy un puro nada, y con todo me atrevo á ponerme en vuestra divina presencia! Perdonadme, Señor, el arrojó, que bien veis la suma necesidad que tengo de Vos. Aquí vengo como enfermo al médico para que me sañeis; como pecador al santo para que me santifiqueis; y como pobre y mendigo al rico, para que me lleneis de vuestros divinos dones. Os adoro, Dios mio, con el mayor rendimiento, por mi único soberano Señor, confesando con toda verdad que no soy digno de estos inestimables beneficios.

3.º «Pidámosle gracia para hacer bien  
«esta oracion , puramente por su gloria , y  
«por nuestra salud , suplicando para este  
«fin la intercesion de la Virgen santísima,  
«de nuestro santo Ángel custodio y de los  
«Santos á quienes tenemos particular de-  
«vociion. »

Suplícoos, Dios mio, que me deis gracia para hacer fructuosamente esta meditacion , para gloria vuestra y bien de mi alma. Dadme santos conocimientos en el entendimiento , y fervorosos afectos en la voluntad. Dadme que deseche con diligencia las distracciones de cosas malas é impertinentes, y que esté siempre atento á lo que debo considerar, haciendo que tome resoluciones prácticas de lo que mas me importa. Y para este mismo fin os ruego á Vos, Virgen santísima, Madre y amparo de pecadores, Ángel de mi guarda y Santos de mi devociion , que intercedais por mí , y me alcanceis estas gracias , para sacar mucho fruto de esta oracion.

«Aquí se hace la composicion del lugar,  
«se pide á Dios que nos conceda aquella  
«gracia particular ó fruto que pretendemos

«sacar, y se lee el punto de la meditacion ;  
«y empieza la segunda parte, que se llama  
«cuerpo de la meditacion, y en ella se ocu-  
«pa todo el tiempo señalado ; y por último  
«se da fin con la siguiente

*Conclusion.*

1.º «Demos gracias á Dios de los hue-  
«nos pensamientos y afectos que se ha dig-  
«nado comunicarnos en esta meditacion.»

Os doy gracias, Dios mio, de la paciencia que habeis tenido y merced que me habeis hecho, en sufrirme en vuestra presencia en esta meditacion, y aun de los buenos pensamientos, afectos y resoluciones, que me habeis comunicado en ella, pues todo lo miro como venido de Vos, de quien desciende todo bien.

2.º «Ofrezcámosle las resoluciones que «hemos hecho en union de los méritos de «Cristo nuestro Señor.»

Os ofrezco, Señor, las resoluciones hechas en esta meditacion en union de los méritos de Jesucristo, Señor nuestro, é Hijo vuestro, para que así os sean agradables,

y las preserveis de las asechanzas de los enemigos malignos.

3.º « Pidámosle gracia de ponerlas en ejecución suplicando para este fin la intercesion de la Virgen santísima, del santo Ángel custodio, y de los Santos de nuestra devocion. »

Os suplico, Bien mio, me deis gracia para ponerlas en ejecución, y ser fiel en lo que he resuelto en vuestra presencia, para cuyo fin os suplico á Vos, Virgen santísima, Madre y amparo de pecadores, Ángel de mi guarda y Santos de mi devocion, que intercedais por mí, y me alcanceis esta gracia.

« Acabada la oracion, es bueno hacer un poco de exámen sobre ella, para ver cómo nos hemos portado, y tenerla mejor otra vez, y después escribir las resoluciones, que se procurará sean prácticas, bajando á lo particular cuanto se pueda. Y de los afectos que ha experimentado en la oracion tomará uno, que podrá ser el que mas le habrá gustado, y como espiritual ramillete le presentará á Dios con frecuencia, y se saboreará en él todo el dia. »

---

## PASO PRIMERO.

### De la oracion del huerto.

#### MEDITACION I.

Considera, alma atribulada, que ves á Jesucristo debajo de unos tristes y sombríos olivos; allí está de rodillas, las manos levantadas, el rostro afligido, y el ánimo lleno de amargura, de tristeza y de una mortal agonía: repara que está solo; mas no te admires de esta soledad y desamparo, porque bastante experiencia tienes del mundo, y sabes bien, que todos quieren acompañar al Hijo de Dios en el monte Tabor, esto es, en las felicidades y glorias de esta vida, y muy pocos le desean hacer compañía en el Olivete; quiero decir, en las tristezas, aflicciones y agonías. Tú, pues, si te compadeces de él, hazle compañía, y no desampares á tu Señor afligido. Pero adviérte, que á Jesús tan triste y desconsolado

no le acompaña bien un alma cuando está muy alegre y contenta con las prosperidades del mundo ; solo unas lágrimas hacen buena compañía á otras lágrimas, y una afliccion á otra afliccion.

Por tanto si te ves como Jesucristo lleno de tristeza y de amargura, consuélate, porque así acompañas bien á tu Señor en la oracion del huerto. Él estima sumamente tu compañía, pues sabe que acompañarle en las glorias puede ser interés : mas acompañarle en las aflicciones, solo es puro amor. Dile en medio de tus penas : *aquí me tienes, Dios mio, aquí me tienes : antes triste con Vos, que alegre con el mundo.* Repite esto muchas veces en tu interior, y cuando tuvieres el corazon desconsolado, triste ó vacilante, echa mano de esta jaculatoria, y repítela con mucha eficacia, que Dios te dirá algun dia : *Hijo mio, ya que me acompañaste en las penas, ven á acompañarme en la gloria.*

JACULATORIA.

¡ Oh Dios mio, afligido por mi amor ! sinceramente os digo, que antes quiero vivir triste con Vos, que sin Vos alegre.

## MEDITACION II.

Puesto el dulcísimo Jesús en oración, fue tanta su amargura, y tan fuerte la aflicción de su espíritu, que teniendo naturalmente un corazón muy dilatado, y estando toda su vida acostumbrado á trabajos, siendo por otra parte santísimo, y de una paciencia y virtud infinita, no obstante todo esto, se observó en su Majestad el mas extraño y nunca visto efecto de una cruelísima aflicción: muda el color del rostro: se le sonrosea el semblante: comienza un nuevo sudor violento y universal: destilan sangre su frente y sus mejillas, y hasta las manos y todo el cuerpo: penetra el sudor las vestiduras santas, llega á la tierra, y no se ve sino sangre sin heridas, que sale á fuerza de la agonía por todos los poros de su sacratísimo cuerpo. ¿Y en qué estado estaria su corazón en esta hora?

Sabe, pues, alma atribulada, que toda esta aflicción que padece Jesucristo es per tu causa: mide ahora una aflicción con otra, y conocerás cuánto debes á tu Dios, y cuán poco le debe él á tí: si tu agonía te hace

derramar lágrimas, á Jesús la suya le hizo sudar sangre: si tu pena te hiere el corazón, ¿cuánto mas acongojado estaria por tí el del Señor en esta ocasion? ¡ Ah, hijo mio! cree firmemente, que si es amargo el cáliz que te da á probar el eterno Padre, muchas mas veces tenia sin comparacion el que por tu amor dió á beber á su unigénito Hijo. Póstrate, pues, á los piés de Jesucristo en el huerto, y dile: *Señor, aquí teneis mi corazon; aquí le teneis, apretadlo cuanto quisiéreis hasta que derrame sangre, si fuere vuestra voluntad, ya que tan apretado estuvo el vuestro por mi causa.*

JACULATORIA.

Dios mio, tened mi corazon seguro en vuestra mano, y apretadle cuanto quisiéreis.

MEDITACION III.

Viendo nuestro Salvador que crecia su alieccion, continuó en orar á Dios, y entonces bajó un Ángel del cielo para confortarlo. Así debes hacer tú, alma atribulada; en tus angustias no te vuelvas hácia las criaturas: vuélvete antes á tu Dios, y

descúbrete con él: habla, con él llora, y con él desahoga tu corazón, que él te confortará. ¿No sabes, alma mía, que Dios tiene un corazón sumamente tierno y compasivo? ¿No sabes que Dios te ama con un amor excesivo y entrañable, y que llegó al exceso de morir por tí? ¿Pues cómo puedes dudar, que si te vuelves á él en medio de tus tribulaciones, deje de confortarte?

Advierte que tu Dios es tu Padre, es tu hermano, es tu esposo, es tu amigo, hasta querer ser tu compañero en los trabajos. ¿Y quién te podrá consolar mejor? Si llegase á faltarte todo el mundo, no importa: si todos te desamparasen, tampoco importa, que tienes á tu Dios, y esto te basta. En tu mayor desamparo retírate á tu mismo corazón, y abrazado íntimamente con Dios, díte á tí mismo: *Ahora bien, que tengo á mi Dios; ahora bien, que ninguno me lo puede quitar.*

JACULATORIA.

Mi Dios, mi Padre, mi amigo, tened misericordia de mí.

## MEDITACION IV.

Era Jesucristo verdadero Dios, nacido del seno del Padre : pero tambien era hombre verdadero, y de nuestra misma naturaleza ; por eso su corazon cuando se vió sumergido en tan profundo mar de amargura, sentia lo que sentimos nosotros, que es repugnancia á los trabajos. Sin embargo tú, alma afligida, no te perturbes si encuentras que huye tu corazon, y repugna las penalidades de esta vida. Él es de carne. Dios bien lo sabe, porque por su misma mano le formó ; y siendo de carne, si lo hieren, ha de darse por sentido ; y si le traspasan con lanzas, ¿ qué mucho que derrame sangre, y que tus ojos se desaten en lágrimas ? Lloro, pues, enhorabuena, alma mia, y desahógate en la presencia de tu Dios, que el Señor no te dió el corazon de piedra, ni espera hallarlo insensible, solamente lo quiere fiel, humilde y rendido á su santa voluntad. ¿ Y qué merecimiento seria el tuyo, si esto no te costase trabajo ? El sacrificio que haces de tu corazon á Dios, cuanto mas caro te cuesta,

mas precioso será en los ojos del Señor, y lo ha de estimar mas.

Consuélate, que cuando ofreces á un Dios tan benigno tu corazon, y lo tienes mas herido, cortado y destilando sangre, entonees recibe su Majestad con mas agrado esa victima que le consagras. Por tanto, alma atribulada, cuando tu corazon te doliere, aprovéchate de la ocasion: ofrécele todo á Dios, y dile, si puede ser con lágrimas: *Mi Dios, sabed que sufro por vuestro amor lo que no sufriria por ninguna otra causa; sí, Dios mio, estimo mucho que esto me cueste tanto, para haceros este sacrificio mas costoso; y para que veais cuánto es lo que os amo.*

JACULATORIA.

Dios mio, Dios de mi corazon, solo por Vos quiero sufrir, solo por Vos.

MEDITACION V.

Continuando el Señor su oracion por largo tiempo, bajó un Ángel del cielo á confortarlo. Mas no quiso el eterno Padre librar á su Hijo amado de la muerte cruel que le tenia destinada. ; Asi permitió Dios

que fuese tratado su Hijo unigénito! ¿Qué mucho, pues, alma mía, á vista de esto que te trate Dios á tí como quiso fuese tratado su único é inocente Hijo? Considéralo bien esto, y quedarás desengañada de que no es falta de amor en Dios el no sacarte de esos trabajos, que tanto te afligen, así como semejante modo de proceder no fue falta de amor para con su Hijo divino. No digas, pues, jamás, que el Señor no te ama, porque si no te amara, ¿qué fuera de tí? Si no te tuviera amor, y mucho amor, dime, ¿por qué razon te habia de sufrir tanto como te está sufriendo? A otras almas quizá mejores que tú no las ha sufrido ni la centésima parte de las injurias que á tí te ha perdonado: luego es cierto que es mucho lo que te ama.

Ahora, pues, discurre contigo, y dite á tí misma: Es cierto que Dios me ama demasiado, y de veras: Dios me ve angustiada, Dios me oye clamar, y en un momento me puede socorrer y librar de todos los trabajos que me oprimen; mas no me quiere librar como no libró á Jesucristo su Hijo estando en mucha mayor penalidad y ago-

nia que yo estoy : luego es señal manifiesta , que este trabajo que tengo me conviene , y que esta afliccion que padezco es buena para mí. Si , sin duda me son convenientes ; porque sino , Dios me los quitaria , pues me ama tanto , que para asistirme y valerme rasgó sus manos y piés , y se dejó atravesar con una lanza el pecho. Ahora , pues , saca por fruto , nunca pedir á Dios absolutamente que te libre de los trabajos , sino solo si fuere conveniente á tu alma el quitarlos : pídele sí , que te conforte , como confortó á su unigénito Hijo , para poder tolerarlos con merecimiento.

#### JACULATORIA.

Dios mio , confortadme con vuestra gracia poderosa , y dadme los trabajos que fuéreis servido.

#### MEDITACION VI.

Viendo nuestro Salvador que era voluntad de su Padre que padeciese muerte afrentosa de cruz , con toda la sumision y rendimiento de su alma le dice : *Padre mio , no se haga mi voluntad , sino la vuestra.* Así de-

bes hacer tú , alma atribulada , rendirte totalmente á la voluntad rectisima de tu Padre celestial. Cuando te vieres acometida de interiores movimientos de impaciencia , que te perturban , enciértrate dentro de tí mismo , y hablando á tus solas di : Yo no quisiera que esto sucediese así , pero mi Dios lo quiere : mi voluntad inclina hácia una parte , mas la de Dios se dirige á otra. Ahora bien , ¿ en este mundo , ó ha de gobernar la voluntad de Dios , ó la mia ? Pero ¿ quién soy yo para contradecir al Omnipotente ? ¿ Quién soy para que mi propia voluntad prevalezca á la del supremo Ser ? Diré , pues , con firme resolucion una y mil veces : *Dios mio , no se haga mi voluntad , sino la nuestra.*

Alma mia , alma mia , bien te puedes fiar seguramente en la voluntad de Dios : este Señor es tu Padre , te ama de veras , y sabe bien lo que te conviene : pues deja que haga su voluntad en tí. No temas , déjate toda en sus manos , y persuádate que cuanto mas te rindieres en todo á la voluntad de este Padre celestial , tanto mas segura puedes estar de que te tratará como á hijo que-

rido, y que hará tu voluntad salvándote, que esto es solo, y todo lo que tú debes querer con el mayor empeño.

JACULATORIA.

Padre mio, en nada se haga mi voluntad, sino solamente la vuestra.

MEDITACION VII.

Acabada la oracion del huerto se levantó el buen Jesús, y salió animosamente resuelto á entregarse á la muerte por salvacion de los hombres. Pondera ahora como pensando tanto en el ánimo del Señor su cruelisima pasion, que lo redujo al estado que sabemos; aun así fue tanto el caso que el Señor hizo de tu salvacion, que tuvo en poco esos mismos tormentos, que tan injustamente estaba temiendo. Alma mia, por grande que sea el trabajo que Dios te diere, pésalo bien en la balanza de tu entendimiento, compáralo con tu salvacion, y verás como te parece suave y ligero. Para precio del galardón eterno todo cuanto se padece es poco y muy poco.

El hombre mas atribulado y el mas allí-

gido, el mas injuriado y mas cruelmente martirizado que ha habido en el mundo, si se salvó (permitaseme decirlo así) compró barato: todo pasa, y el alma perpetuamente vive y reina con Cristo llena de majestad y gloria: ¿pero y qué gloria? Gloria que nunca se disminuye, nunca se muda, nunca se puede acabar. El caso está en salvarse; mas como nos salvemos, importa muy poco el haber padecido mucho. Por tanto, cuando te vieres alligada con el aspecto horrible de tus grandes trabajos, pon los ojos en la salvacion que esperas, como hizo el Señor en la agonía del huerto, y te hallarás como él con ánimo y fuerzas para sufrirlos, y aun para ir á buscarlos.

JACULATORIA.

Dios mio, salvadme aunque me cueste lo que me costare: salvadme, Señor.

---

## **PASO SEGUNDO.**

### **De la prision del Señor.**

#### **MEDITACION I.**

Certificado nuestro divino Redentor ser la voluntad de Dios, que padeciese por los hombres, no esperó que los soldados le vienesen á prender, sino que se levantó, les salió al encuentro, y les dijo, que él era á quien buscaban. Temia la muerte como hombre verdadero, y la buscaba como verdadero Hijo de Dios, que solo habia venido al mundo á hacer la voluntad de su eterno Padre. Toma, pues, ejemplo, alma afligida, toma ejemplo de tu Dios, y resuélvete dentro de tí misma á ofrecerte animosamente á cualquier trabajo, y hasta á la misma muerte, si conocieres que esa es su voluntad.

Tú, alma, bien ves que eres hija de Dios, y que no veniste á este mundo sino para hacer la voluntad de tu Padre celestial: por lo que debes decir de tí lo que de sí decía

Jesucristo: *Yo no vine á hacer mi voluntad, sino la voluntad de mi Padre, que me envió.* Cierra, pues, los ojos á cuanto pueden decir el mundo, el demonio y la carne, y yendo ciegamente á donde Dios te llama, dite con resolucion á ti misma: *Dios quiere esto de mí, pues hágase. Esta es la voluntad de Dios, pues tambien es la mia.* Y ten certidumbre, que continuando en repetir estos actos, aunque sea violentándote, algun dia sentirás una facilidad grandisima para emprender por Dios lo mas dificultoso, para exponerte á cualquier peligro y entrar en cualquier trabajo por conformarte con su voluntad; y así llegarás á gozar de paciencia y paz inalterable en las mayores aflicciones.

#### JACULATORIA.

Mi Dios, yo no vine á este mundo á hacer mi voluntad, sino la vuestra.

#### MEDITACION II.

Al llegar la infame turba á Jesús de Nazaret, el discípulo ingrato, á quien en aquella misma tarde el Señor le habia lavado los

piés, y admitídole á comer en su mismo plato, con atrevimiento y alevosía le dió un ósculo en el rostro, que era la señal que habia dado para la entrega de su Maestro, á quien lo habia vendido por dinero. Entonces el Señor le llamó amigo, y le trató con el mayor amor y benevolencia. Aquí verás, alma mia, cuán diversa es la amistad de Jesús de la del mundo y de la del demonio. Estos enemigos con un aire lisonjero te tratan como Judas: en la apariencia todo es obsequios, todo amistades, todo ósculos: mas en la realidad te venden, porque no desean tu bien, sino tu eterna perdición.

Desengáñate de una vez, que solo Dios es tu amigo verdadero: fuera de Dios todo es engaño, perdición y falsedad. Y ya que tú ahora, enseñada por los trabajos, vas conociendo por experiencia la falsedad ó alevosía de este mundo y del demonio, da gracias á Dios por el beneficio grande que te hace en este desengaño. Ten por cierto, que si en esta vida te sucediese todo á medida de tu deseo, andarías engañada y perdida. Por eso el Señor ha permitido que en los trabajos vinieses á conocer ahora su fal-

sedad y traición : porque quiere que vuelvas desengañada á tu Dios, que es tu amigo verdadero. Vuélvete, pues, de corazón á este fiel amigo que jamás te ha de ser falso. Este amigo, si, que con sumo desinterés solo desea tu propio bien y felicidad. Sufre, pues, con paciencia, el beneficio que Dios te hace en este desengaño, y alábase por los trabajos que tienes, con los que quiere desasir del mundo tu corazón, que tan cautivo está de él para tu perdición y ruína.

#### JACULATORIA.

Dios mio, ahora conozco que solo Vos me amais de veras, y que el demonio me traia engañado. Seais mil veces bendito.

#### MEDITACION III.

Conociendo los fariseos al Señor por la señal del ósculo, le acometen con ímpetu, como perros rabiosos, le prenden, le atan, tiran de él, y le arrastran. Ya va el Omnipotente arrastrado por las calles. Bendita sea su heroica paciencia. Ahora, después de este suceso, ¿ qué cristiano ha de tener voz para quejarse de desprecios, abatimien-

los ó injurias? Si el unigénito Hijo del Rey de la gloria, así se deja prender y arrastrar, ¿quién de aquí adelante tendrá valor y osadía de andar suspirando por las adoraciones del mundo?

Alma mía, abre los ojos, y mira bien esto. Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, y aun siendo tratado de este modo, sufre. ¿Pues por qué no has de sufrir tú que te desprecien, siendo quien eres? ¿Y qué eres tú, ó hombre, sino tierra? ¿Y qué lugar debe tener la tierra sino el de los piés? Sosiega, pues, todos esos movimientos que perturban tu corazon soberbio, no quieras lugar mas alto que el que tuvo el Hijo de Dios, y lleva á bien estar humillado y abatido á los piés de todos, ya que el mismo Hijo de Dios estuvo tambien á los piés de los hombres por tu amor.

JACULATORIA.

Dios mio, llevadme en vuestro seguimiento, aunque sea hollado de los piés de todos.

## MEDITACION IV.

Presentado el supremo Juez como reo delante de Anás, un atrevido y sacrilego ministro levantó la mano, y le dió una cruel bofetada en su rostro divino y sacrosanto. ¡Sea Dios bendito por tal paciencia! ¡Sea mil veces bendito y adorado! Cristiano, que oyes esto, adora á Jesús tan gravemente afrentado, y confiésalo por tu Dios. Esfuérzate á compensarle del modo posible con tus adoraciones sus baldones y desprecios; y después de haberlo adorado, pondera despacio, ¿qué merecía aquel atrevido que le hiciesen en castigo de su insolencia?

Ó alma mia, fácilmente te puedes persuadir que todos los castigos, todos los desprecios y todos los tormentos del infierno, te eran bien merecidos; pero sabe que tú eres aquel malvado, pues cuantas veces ofendiste á Dios mortalmente, otras tantas descargaste sobre su divino rostro injuriosas bofetadas: no lo puedes negar. Dí, pues, ahora ¿qué mereces que hagan contigo? Si Dios te manda afrentar por sus criaturas ¿podrás querrellarte justamente? ¡Afren-

taste tú á Dios, y aun te quejas, cuando ahora te afrentan por su órden! ¡injuriaste á Dios en su propia cara, y aun te das por sentido, cuando en castigo te tocan en lo mas leve de tu honra! ¡qué locura! Un gusanillo vil de la tierra tuvo el insolente atrevimiento de levantar la mano contra el Omnipotente, ¿y ahora se resiente tanto porque no le veneran, ni estiman como desea? Confúndete, pecador, y postrado á los piés de ese mismo Dios, á quien injuriaste, pídele que te perdone, y por su afrenta en este paso te dé conocimiento de cuanto mereces ser avergonzado y despreciado.

JACULATORIA.

Pequé, Dios mio, pequé: justo es que todas las criaturas me desprecien y afrenten.

MEDITACION V.

Herido el Señor con la bofetada cruel, respondió con mansedumbre á quien le injuriaba: *Si hablé mal, ¿dime en qué? Y si bien, ¿por qué me hieres?* Considera, alma, que Dios te hace á tí esta pregunta: *Si yo te agravié, ¿dime en qué? Y si no te agravié,*

*¿por qué me ofendes?* Ahora piensa bien qué le has de responder. Á la verdad que ofendemos á Dios todos los dias, y con tanta continuacion y empeño, como si el Señor nos hubiese agraviado, y agraviado mucho. No se hallará en todo el mundo fácilmente persona alguna á quien le tengamos tan entrañable odio, ni que le hayamos ofendido é injuriado tanto como habemos injuriado y ofendido á Dios, al mismo tiempo que es imposible encontrar persona que nos haya obligado con mas beneficios y finezas que su Majestad. Sin embargo, aun sufre nuestras injurias, aun no se cansa de tolerar nuestras ofensas, aun nos trata con la misma paciencia y amor que si nunca le hubiéramos ofendido. Sea alabada mil veces una paciencia tan suma.

Ahora, alma mia, compara con este sufrimiento tu impaciencia. Dios esperaba de tí muchos obsequios, no recibe sino muchas ofensas, y sufre. Y tú ¿por qué no has de sufrirle si tan agraviado le tienes? Tú no puedes hacerle la pregunta que él te hace: no le puedes decir: *Si os agravié, Señor, ¿decidme en qué? Y si no os ofendí,*

*¿por qué me herís? No, no puedes decirlo esto, porque sabes bien lo que has hecho, y los méritos que tienes para ser castigado. Y así cuando te vieres acometida de movimientos de ira, vé á estar con tu Jesús injuriado, y dile de corazon: Señor, aquí esté mi rostro, abofetéame, hiéreme, castigame, ó haz que lo hagan las criaturas, que mucho mas merezco. Ten paciencia, pues, alma mia, sufre de buena voluntad que Dios te castigue como juez, hiriéndote ásperamente en tu misma cara, que algun día en esa misma cara gozarás de los suavísimos ósculos, que como Padre amoroso te dará en la bienaventuranza.*

#### JACULATORIA

Señor, aquí estoy; merezco castigo; pero acordaos que sois mi amoroso Padre.

#### MEDITACION VI.

Tenido el consejo de los sacerdotes, en acuerdo comun fue Jesús uniformemente condenado, diciendo todos que era reo de muerte. ;Qué horror tendrian los santos Ángeles, que acompañan al Señor, oyendo

esta sentencia! ¡El Unigénito del Omnipotente es juzgado por los hombres! ¡El supremo Juez de vivos y muertos es condenado á muerte! Pondérese, pues, cuánta será en el último dia de los tiempos la confusión de aquellos que dieron esta sentencia, y de todos los que así como tú la han confirmado con sus malas obras.

¡Ay alma mia, que la sentencia que se dará entonces merece todo el temor, todo el susto y todo el espanto! Por tanto, no apartes la vista de este dia último, y trae siempre delante de tus ojos esta sentencia, que entonces por desgracia podrá decir de ti: *Reo es de muerte*. Témla mucho: mas la sentencia que te diere el mundo, ni la temas, ni te desconsuele. Si Dios te ha de absolver, nada importa que el mundo te condene, y si Dios te ha de condenar, ¿de qué te servirá que el mundo te absuelva? Díle, pues, muchas veces á Dios con san Agustín y san Lois Beltran, que en este mundo te hiera, te castigue, te abraze y te condene, con tal que te perdone eternamente.

JACULATORIA.

Señor, yo confieso que soy reo de muerte; mas os suplico que no lo sea de muerte eterna.

MEDITACION VII.

Después de ser condenado á muerte Jesús nuestro Salvador, fue enviado al pontífice Pilatos. Atadas las manos con duras cuerdas, cercado de armas, de soldados y de ministros de justicia, es llevado el mansísimo Cordero por las calles públicas de Jerusalem. Aprende, alma mia, aprende de tu Dios y Redentor la paciencia para soportar esas prisiones con que Dios te quiere llevar por el mundo: á unos aprisiona el Señor con las enfermedades, á otros con la pobreza, á otros con sus empleos, á otros con las compañías, á otros con la religion, y á todos con su ley: mas no suspires por verte libre de estas ataduras; desea solo la libertad de los hijos de Dios: esto es, verte libre de las malas inclinaciones, de las pasiones y de los vicios, que estas son aquellas cadenas terribles con que el mundo, el

genio, la crianza y el demonio acostumbran oprimirnos, enredarnos y arrastrarnos á nuestro precipicio.

Abramos los ojos y desengañémonos de una vez, que solo estas prisiones con que nos vemos como obligados á hacer lo que ni quisiéramos, ni debiéramos, solo estas cadenas son pesadas, y solas estas son las que nos debemos esforzar, cuanto sea posible, á romperlas, porque son prisiones á que corresponde la cárcel eterna. Al contrario la prision en que Dios nos pone, sea cual fuere, siempre es suave, porque á ella le pertenece en este mundo la libertad de espíritu, la dilatacion del corazon y desahogo del ánimo, y en el otro la eterna libertad de hijos de Dios y de reyes coronados en el empireo.

#### JACULATORIA.

— Mi Dios, prendedme como quisiéreis, que no quiero soltura para ofenderos, ni aun levemente.

## **PASO TERCERO.**

---

### **De los azotes del Señor.**

#### **MEDITACION I.**

Viendo Pilatos la saña de los judíos contra el Señor, y conociendo su total inocencia, quiso, sin llegar á quitarle la vida, aplacar la pasion furiosa de sus enemigos, para lo que mandó que lo azotasen cruelísimamente. Seis verdugos ejecutaron la sentencia con tanta impiedad, cuanta se puede imaginar de quien deseaba vehementemente verle muerto: varas llenas de espinas, correas con rosetas en las puntas, y cadenas de hierro fueron los instrumentos de aquel sangriento martirio. Juzgue ahora el cristiano cuán lastimoso seria el estado en que quedó el delicadísimo cuerpo del Redentor.

Considérate tú tambien, alma afligida, considérate atada fuertemente á otra columna en el mismo patio de Pilatos frente á frente de Jesucristo; imagínate que los azotes que se descargan sobre tí son esos

trabajos que padeces. Mira á tu Dios, y mírate á ti, hazlo despacio y con reflexion, y luego quéjate si puedes de que padeces mucho. Pon la vista en su paciencia y sufrimiento, en tormento tan cruel, tan injurioso, tan largo y tan injusto, y observa como sufre y como calla: alaba su infinita paciencia, y de todo esto saca por fruto callar y humillarte por mas que en este mundo padezcas. Bien ves que padeciendo Dios tanto por amor de ti, á vista de eso no debes tener boca para quejarte de lo poco que por voluntad suya padeces, mereciendo tanto mas por tus muchos y graves pecados, pues mereces el infierno.

#### JACULATORIA.

¡ Oh Jesús mio, y cuánto mas crueles fueron vuestros azotes que los míos!

#### MEDITACION II.

Pondera tambien, alma atribulada, cuán grande seria el tormento de Jesús nuestro Señor y Dios viéndose azotado, como si fuese un ladron facineroso. ¡ Asi es tratado el Hijo unigénito del Rey de la gloria! ¡ Los

Ángeles le adoran en los cielos temblando de respeto, y los hombres le azotan en la tierra! cualquier hombre honrado sentiria vivamente este afrentoso castigo; mas lo sentiria un caballero ilustre, y mucho mas cualquier monarca del mundo, ¿pues cuánto mayor seria el sentimiento de un hombre Dios; del Señor de la tierra y de los cielos; del mismo Omnipotente?

No se contentó el Hijo de Dios, alma mia, con solo padecer por tí los tormentos del cuerpo, dolores, golpes y heridas crueles; sino que tambien buscó la infamia, la injuria y la deshonra: aprende, pues, á sufrir los castigos del Señor, bien sean en el cuerpo ó en la salud, ó en la hacienda, ó en el honor, ó en la fama, en lo exterior, ó en lo interior; porque bien ves que todo es menos, y mucho menos que los viles y sangrientos azotes, que padeció por tu amor atado á la columna el dulcísimo Jesús.

#### JACULATORIA.

Dios mio, ¿qué quiere decir mi honor comparado con el vuestro?

### MEDITACION III.

Pondera en tercer lugar , como en este mundo no se sienten tanto las cosas por lo que son en si , quanto por la mano de donde vienen. La misma piedra despedida de una mano es injuria y atrevimiento ; mas tirada de otra puede ser amor , honor y obsequio. Tú , alma mia , padeces en este mundo , y acaso padeces mucho , mas mira bien la mano por donde te vienen esos trabajos ; mirala con reflexion , y verás que es la misma mano amorosa de tu Dios , de ese mismo Dios que te ama tan tiernamente , que por tu amor se dejó atar , herir , ultrajar , azotar , y dió por tí con mucho gusto su vida ; y pues ese mismo Dios es quien ahora te hiere con su mano piadosa , no lo reputes por señal de su ira , sino mas bien por prueba clara de su amor. No atiendas al dolor que te causa , ni á la sangre que corre , sino á la mano por donde viene , y verás que el Señor se porta contigo como una madre amorosa que te quiere curar de tus grandes enfermedades , y que con bastante dolor de su corazon te hace sujetar á los

golpes. Teme sí, y teme mucho los suplicios del otro mundo, donde el Todopoderoso castiga sin piedad, y como juez severo deja caer sobre los culpados todo el inmenso peso de su ira.

Mientras vives en este mundo, mientras Dios te pone á su mesa, y te regala con el pan de los Ángeles; mientras el Señor destila de sus llagas abiertas sobre tus heridas el precioso bálsamo que te consuela; mientras Dios manda que le llares padre, no te aflijas, ni desconsueles con los trabajos; aviva bien la fe, y cree, alma mía, que tú eres hija de Dios, que el Señor te ama mucho, y que ninguno pondrá su mano sobre tí, si su Majestad no se lo consiente; y no lo consentirá sino viendo que te ha de ser útil. Ríndete, pues, á su disposicion como hija de obediencia, y ofrécete toda á lo que un Padre tan amoroso quisiere de tí, que tu rendimiento sincero le agradará mucho, y por ventura será motivo de que el castigo te se dé mas moderado.

JACULATORIA.

Padre mio amoroso, aquí me teneis: yo

adoro y quiero besar esa misma mano que me castiga.

#### MEDITACION IV.

Pondera, alma impaciente, como el buen Jesús está sufriendo los inhumanos azotes que descargaron los judíos sobre su delicado cuerpo. Considérate presente á aquel horroroso y triste espectáculo, y que oyes el estruendo de los golpes y las palabras injuriosas de los verdugos: que los circunstantes los estimulan, y piden le hieran mas bárbaramente: mira que ya va faltando la fuerza á los sayones, por lo que otros muchos á competencia se ofrecen á continuarle el tormento: solo no oirás una palabra de queja de la boca de Jesús. Aun cuando este Varon de dolores fuese un puro hombre, que se hallase reo de enormes delitos y merecedor de tan extraordinario castigo, aun así seria sumamente heróica su pasmosa paciencia; mas sabiendo tú que eres el culpado, y que su Majestad está inocente, ¿cómo no te confundes? Y aun cuando quieras alegar una inocencia imaginada, dime, hijo mio, ¿dejarás de ser delincuente en los

ojos de Dios? Y siendo este Señor el que justamente te manda castigar, ¿cómo tienes aliento para quejarte?

Un solo pecado venial merece en el purgatorio tormentos gravísimos, tormentos dados por las manos de los demonios, que son muy pesadas, y tormentos que duran por mucho tiempo: y si esto es solo por un pecado leve, ¿qué castigo merecerán todos los delitos de tu vida? Luego nada son todos los trabajos que padeces aquí en comparación de lo que tú merecias. Ea, pues, cristiano, que te quejas de los trabajos que Dios te da, hazte bien cargo del que acabo de decir, y respóndeme: ¿Ó esto es verdad, ó mentira? Si es mentira, neguemos la fe de los cristianos: si es verdad, callemos, suframos y pongamos los ojos en la inocencia de Jesús, y en las culpas que habemos cometido.

#### JACULATORIA.

Ó Señor, ¡y qué benigna es vuestra misericordia, dándome aquí castigo tan leve, cuando lo merezco tan grave en el otro mundo!

MEDITACION V.

Considera que los tormentos que padece nuestro divino Redentor, son por los pecados que tú has cometido. La ira de Dios iba ya á sepultarte en los infiernos, como sepultó á los ángeles apóstatas: la espada del Dios de las venganzas venia ya sobre tí y sobre los demás pecadores, cuando se atravesó por medio el Verbo divino hecho medianero entre su Padre y los hombres: era impasible y no podian caer sobre él los golpes de la espada divina que te amenazaba. Para recibir esos golpes tomó carne mortal y cuerpo pasible: y ve aquí el estado en que quedó padeciendo por tí el Hijo de Dios. Mirale bien en este paso; su sangre corre, sus heridas cada vez son mas lastimosas, y su carne sacrosanta se despedaza tanto que ya sus huesos se le descubren.

Ahora considera, que todos estos infortunios venian sobre tí, y tú eres quien los merecia; mas te tuvo Cristo Jesús tan grande amor, que quiso antes recibirlos en sí propio para librarle de ellos. ¡Bendito sea tanto amor! Dime ahora: ¿Á vista de este

exceso será bien que tú te exenses de esos pocos trabajos que el Señor reparte contigo? ¿Parecerá bien que no lo sufras, siendo todos ellos debidos á tus pecados? ¿El afligido Jesús no está bastantemente herido, rasgado y despedazado con los muchos golpes de que tú eres digno, y en él descargaron? ¿Hallas acaso que es excesivo castigo para tí, y pequeño para el Hijo de Dios vivo, que paga por culpas tuyas? Tú te debías ofrecer á sus tormentos, y ponerte delante de los sayones, para que cayesen sobre tí esos azotes: mas por lo contrario, que mas parece que huyas y te retires de esa pequeña parte que te pertenece. Ea, no, no te portes contigo con tanto melindre y delicadeza. Sujétate humildemente á todas esas penas y aflicciones, y sabe que cuanto mas gustoso padecieres, tanto mas consuelo tendrá el Señor en lo mucho que padeció por tí.

JACULATORIA.

Dios mio, aquí estoy para sufrir los azotes que merezco: aquí estoy, mi Señor, aquí estoy.

## MEDITACION VI.

Considera cuán triste y horroroso espectáculo sería este para los santos Ángeles, que atónitos como fuera de sí en fuerza de la admiracion, asistian en el patio de Pilatos. ¡Qué afliccion tendrian viendo ultrajar tan villanamente la segunda persona de la Trinidad beatísima! Mas no sé qué espectáculo les sería mas horroroso, si ver que los judíos injuriaban tanto á este Señor no creyendo en él, ó ver que tú, alma cristiana, creyéndole y adorándole, así lo desprecies é injuries: pues en cierto modo lo azotas con tus grandes pecados. ¿Cuánto será el desagrado de la Señora, el de los Ángeles y el de los Santos, viéndote pecar, pecar con gusto, y estar vulnerando con empeño la sacrosanta ley de Dios, sabiendo que es suya, y haciendo poco caso de su Majestad, que te crió, te conserva, y que por esa su misma ley te habla? ¡Ah! ¿Qué deseosos estarán de resarcir el honor de su Señor, que tú estás pisando y ultrajando, y cuánto harán por estorbar tu pecado?

Hé aquí de donde se originaban los es-

torbos, que algunas veces se te proponian para pecar, por mas que tú impaciente te empeñabas en apartarlos, quedando muy contento de poder ofender á Dios á tu voluntad. Ve, pues, si mereces ó no, ser castigado; y te doy licencia para que te quejes, si puedes persuadirte que no mereces esos castigos. Mas sin embargo de merecerlos, para que veas cuán benigno es tu Redentor, anda ahora, vé y arrójate á los piés de su Majestad, azotado por tu misma mano sacrilega, cuando atrevidamente pecaste: pídele perdon de tus crímenes, diciéndole que te castigue como quisiere, con tal que te perdone, y verás como te perdona.

#### JACULATORIA.

Pequé, Señor, pequé: castigadme, Señor, como fuéscis servido con tal que me perdoneis.

#### MEDITACION VII.

Imaginate, alma mia, que asistes á aquel horrible tormento de los azotes de nuestro Salvador, y que viéndole en aquel lamen-

table estado vuelve hácia tí con amor sus ojos afligidos, y te dice : *Hijo , no me azotes mas*. Si así te sucediese en la realidad , dí : ¿ qué ímpetu de dolor no sentirias en tu alma ? Por cierto que te resolverias de veras á no molestar mas un Señor tan acongojado. Ahora cree que esto sucede así , porque tus pecados son las varas , los cordeles , las cadenas y las espinas , que rasgan la sacrosanta carne de Jesús : los pecados graves la rasgan , los leves la magullan y todos la ofenden. Evita , pues , cuantos pecados pudieres , que esto es lo que te pide su infinita bondad. Cuando por verte perseguido con alguna afrenta , te sintieres tentado de ira ó impaciencia , acude pronto á la presencia del Señor así azotado y herido , y considera que le oyes decir : *Hijo , no me azotes mas* , y te aseguro que cederá la tentacion. Toda la impaciencia , ó ira , que el demonio excita en tu corazon ; todas las palabras acres ó ásperas que le pone en la lengua ; todos los pensamientos de odio ó venganza que te trae continuamente á la imaginacion , son instrumentos que te ofrece para que azotes mas á tu Dios. No te valgas de

tales instrumentos, pues su paciencia te dice, que demasiado le tienes ofendido; sufre, perdona y resiste á la tentación; pues Jesucristo en este estado tan sangriento y lastimero te pide que no le ofendas mas.

JACULATORIA.

Ó mi Dios, yo perdono á mis enemigos: protesto nunca vengarme; porque ahora veo que vengándome de ellos, os ofendo á Vos.

**PASO CUARTO.**

---

**De la coronacion de espinas.**

MEDITACION I.

Entregado nuestro amoroso padre Jesús por Pilatos á la furia de los judíos, queriendo ellos hacer burla del título de Rey, que el Señor tenia, tejieron una corona de espinas, y se la clavaron en la cabeza con inhumanidad nunca vista. Jamás se contó discurriendo por todos los siglos, que se diese á delincuente alguno semejante tormento,

ni que ningun tirano inventase tan bárbaro martirio. ¡Qué ingeniosa fue la malicia de los hombres contra el mismo Dios que los crió! ¡Oh alma desconsolada, que quizá vives atribulada de diversos modos y rodeada de muchas espinas! Mira á Jesucristo en este paso, y hallarás consuelo.

Por ventura pensarás que padeces lo que ninguno ha padecido, ni que ha habido persona que haya sufrido lo que tú experimentas. Supongamos, pues, que esto sea así; pero pon la mira en tu Dios azotado y coronado de espinas, y conocerás que padeció por tí tormentos tan crueles y sangrientos, que ciertamente ninguno los habia sufrido semejantes hasta entonces. Puede ser que ocupen demasiado tu cabeza muchos pensamientos tristes; mas pon la vista en tu Señor, y verás como tiene la suya toda traspasada de cambrones. Añade tambien, que mucho mas que sus horribles puntas, le mortifica el gran cuidado que tiene de tu salvacion. A vista de tantas penas, ámate á tener paciencia en esos desvelos, que tanto afligen y atormentan tu cabeza, y no te dejan tener sosiego en el pensa-

miento ; pues sabes que mucho mas atormentada está la cabeza sacrosanta de tu Redentor. Alaba la bondad de un Dios tan tuyo , y ofrécele esas espinas que te oprimen tan violentamente , en recompensa, aunque pequeña , de las que por tí padeció.

JACULATORIA.

¡ Oh Dios mio ! ¡ y qué suaves son las espinas que me cercan en comparacion de vuestras espinas !

MEDITACION II.

Considera , pecador , como si te hallases presente en tan doloroso paso , que ves al mismo Rey de la gloria coronado ignominiosamente de espinas. Y dime : ¿ no tendrías por honor y fineza especialísima de su Majestad , si quitándose de su corona una espina la clavase en tu cabeza , como lo hizo á santa Rita de Casia ? ¿ Acaso tendrás por mayor felicidad aparecer delante de Dios en este estado , coronado de rosas , como andan los pecadores del mundo , esto es , ocupadas sus cabezas de deleites mundanos y pensamientos vanísimos ? Creo que

tú mismo te avergonzarías entonces. Persuádete, pues, que te acontece en la realidad, lo que tú tendrías en aquel caso por honor muy grande. Esos cuidados, que te penetran la cabeza, esos pensamientos que te molestan, espinas son de la corona del Señor: espinas que el Señor mismo con su amorosa mano las clava en tus sienes para hacerte de algun modo su semejante. No, no le pidas corona de rosas mientras le vienes coronado de espinas.

Yo bien sé que te causarán grandes dolores y aflicciones muy grandes: no lo dudo; pero consuélate, que tu corona ni tiene tantas espinas como la suya, ni tan agudas, ni están clavadas con manos tan crueles como las de los judíos. Anímate, que de esas tus espinas han de nacer flores hermosísimas, que te adornarán la cabeza cuando Dios te coronare como á su Hijo, de gloria, honor y majestad; y en fin alientate que esas espinas mismas te se han de convertir en piedras muy preciosas; pues á quien en este mundo pone Dios corona de cambrones y de ludibrio, en el otro le ha de poner, como está escrito, una corona de pie-

dras muy finas, como insignia de rey magnífico, y lo ha de sentar consigo en el trono del empireo.

JACULATORIA.

Dios mio, preparadme para el otro mundo corona de gloria, y la de este mundo sea en buen hora de espinas.

MEDITACION III.

Coronado el Rey divino con esta corona de escarnio, le pusieron una púrpura vieja y andrajosa sobre los hombros, y por mas burla una caña en la mano como cetro. Hé aquí las insignias con que apareció públicamente en el mundo el Rey de la gloria. ¡Quién imaginará semejante espectáculo de la providencia del Altísimo! ¡Qué consintiese el Padre eterno que así fuese molado su unigénito Hijo! ¡Y qué de este modo hiciesen burla del Omnipotente unos viles gusanos de la tierra! ¡Oh alma mia! si en este mundo te vieres despreciada y escarnecida: si vieres que el mundo trueca en mofa y burla todo lo que esperabas te sirviese de corona y estimacion, sufre y ca-

lla, pues á vista de este suceso no tienes la mas mínima razon para darte por sentida.

¿Qué quiere decir el honor del mundo en cotejo del honor del Omnipotente? ¿Qué quiere decir nobleza de sangre en comparacion de ser Hijo de Dios eterno? ¿Qué quiere decir ciencia humana á vista de la sabiduría increada? ¿Cómo puedes tener valor de hablar ni pensar en mando, señorio ó grandeza, ni menos en coronas ni centros del mundo, á vista de la dignidad, soberanía y corona del mismo Rey de los cielos? Sin embargo de esto viendo, como ves, que este Señor se deja escarnecer y ultrajar de cuatro hombres contentibles y la escoria del pueblo: ¿cómo tú, que eres polvo y ceniza; tú, que eres pecado, abominacion y miseria; tú, que eres una podredumbre animada desde el vientre materno hasta el sepulcro, cómo querrás ni aun acordarte de esas ó semejantes grandezas aparentes, que acaso gozabas en el mundo, ó las esperas para lo venidero? ¿Ni cómo puedes quejarte de que te pisen, escarnezcan y mofen, cuando así es vituperado un Dios todopoderoso? Ahora ponte á la frente de Je-

sucristo en este paso ; mírale , mírale bien , y aprenderás á tener humillacion y sufrimiento .

JACULATORIA.

¿Quién soy yo , mi Dios , para sentir los desprecios , euando Vos así fuisteis despreciado ?

MEDITACION IV.

Estando nuestro Señor Jesucristo con estas insignias de irrision , los judios haciendo burla y mofa se arrodillaban en tierra , y le decian : *Dios te salve , ó Rey de los judios* : al mismo tiempo los Ángeles se postrarian en el suelo adorando al Señor , como á su verdadero Rey . Aquella salutacion de escarnio sin duda ofendia á nuestro Salvador , y lo injuriaba mas que la misma corona de espinas ; porque estos baldones se dirigian á herir inmediatamente el alma , y los otros tormentos solo herian el cuerpo . Á muchas almas sucede á proporcion lo que sucedió al Señor . Sus enemigos las lisonjean y alaban , pero por mofa y zumba : engrandecen su cristiandad , aplauden su virtud , y

las doblan la rodilla; pero escarnecen todas sus acciones y las ridiculizan. Si á tí te sucediere este trabajo, no te allijas, alma mía, piensa en lo que serás á los ojos de Dios, y no en lo que pareces á los ojos de los hombres.

Los ojos de toda la corte del cielo están puestos con sumo agrado en aquellos que obran bien, y todos abominan y desprecian con suma displicencia á los que obran mal. Procura, pues, ser santa en la realidad, aunque veas que el mundo te dobla la rodilla por desprecio. Si Dios te alaba, ¿qué importa que los hombres te escarnezean? Si Dios aprueba tus acciones, ¿qué importa que los hombres las quieran viciar y vilipendiar? ¡Oh hija, una alabanza sola de Dios pesa mas que todos los denuestos de los hombres! Por tanto en todas tus acciones procura agradarle, y á él solamente, y no hagas caso alguno de los vituperios del mundo.

#### JACULATORIA.

Dios mío, como yo os agrade, doy licen-

cia á todo el mundo para que se ría y burle de mí.

### MEDITACION V.

Viendo los judios al Señor dolorosamente coronado y vestido en ligura de rey de escarnio, se atrevieron á los mas insolentes desacatos, que se podian imaginar. Unos llegaban á poner las manos en su divino rostro, descargándole innumerables hofetadas; otros escupian en la cara de su Criador, y otros le herian ignominiosamente, dándole mil cañazos. ¿Y qué haria Dios todopoderoso así ofendido y ultrajado? ¿qué haria aquel Dios de las venganzas? ¿aquel Dios celosísimo de su honra? ¿aquel mismo Dios, que castigó eternamente innumerables ejércitos de ángeles infelices, solo por un pensamiento atrevido en que cayeron? ¿qué haria aquel Dios, de quien está escrito, que si mira á la tierra con indignacion, la hace estremecer, y que basta una insinuacion suya para dejar temblando de susto las mismas columnas del firmamento? ¿qué es lo que haria este Dios omnipotente viéndose tan impropereado de los insolentes

tes soldados con atrevimientos tan execrables? Atiende bien , alma mia , lo que hizo : sufrir , callar , humillarse y ofrecer (como lo tenia aconsejado) su cara á las bofetadas , y su rostro á las salivas.

Suspende , pues , por ahora un poco tu admiracion , y entra en el corazon de Jesús para contemplar lo que en esta ocasion pasó por él. ¿Qué hallas? Amor , paz , paciencia y deseo vehemente de padecer todo lo que le restaba para bien tuyo. Póstrate , pues , en tierra , pásmate , y adora á un Dios tan bueno y amoroso. Abre al punto tu corazon , y arroja fuera de él todo lo que fuere odio , venganza , ira ó indignacion contra los que te han agraviado. Olvídate de todo , y pon los ojos de la consideracion en solo tu Dios tan injuriado y paciente , y verás como te debes portar en esas á tu parecer graves injurias.

#### JACULATORIA.

¡Qué vergüenza , Dios mio! yo me escandalizo del menor agravio , ¿y Vos estais silencioso y mudo en tantos desprecios?

## MEDITACION VI.

Saliendo Pilatos vió á Jesús en estado tan lastimero , que se le conmovieron las entrañas de compasion. Su cuerpo virginal estaba todo ensangrentado , rasgado á azotes, la corona de espinas clavada en la cabeza : una caña en la mano en lugar de cetro, una púrpura de escarnio por manto real , y lo que es mas , su rostro divino cubierto de oprobios ; mas al mismo tiempo con un aire modesto y sereno , hacia tal impresion en el ánimo de Pilatos , que se persuadió que tambien podria mover á compasion á los impíos judíos ; á aquellos mismos que con tanta saña le deseaban la muerte : sacó al Salvador á un balcon , y lo expuso á la vista del pueblo diciéndole : *hé aquí el hombre* ; mas aunque esperaba que se enterneciesen aquellos corazones de fiera , viendo tan lastimoso espectáculo , se engañó , porque todo el pueblo empezó á clamar á voz en grito : *muera crucificado , muera crucificado*.

Ahora á vista de esta impía inhumanidad , que el Señor experimentó de su mismo pueblo , de aquel pueblo que era todas

sus delicias ; y le tenia como robado el corazon , ¡ de qué te admiras , alma atribulada , si no encuentras compasion de tus penas en los hombres , aun en aquellos mismos de quienes mas la esperabas ! Por cierto que por mas triste y digno de compasion que sea el estado en que te hallas , de pobreza , de dolores , de molestias , de persecuciones , de trabajos ó de injurias , fácilmente te persuadirás , que no tiene comparacion con el lamentable estado en que estaba Jesucristo ; pues en este paso la compasion que experimentó de los que le estaban mas obligados , ¡ oh qué ingratitud ! fue pedir , y con instancia , que le dieran la muerte. Ea , pues , alma desconsolada , recobra ánimo y espíritu , esfuérazate , levántate , y dite á ti misma : *¿ Qué es esto ? Mi Jesús y mi Señor en figura tan lamentable no halla compasion en los hombres , ¿ y yo me aflijo porque no se compadecen de mí ?* Saca de aquí por fruto , que aunque en el mundo ninguno se compadezca de tus trabajos , no te has de desconsolar : procura si la compasion de Dios , que si Dios se compadece de tí , eso te basta.

JACULATORIA.

Compadeeos, Señor, de mí segun vuestra gran piedad, que eso solo me es bastante.

MEDITACION VII.

Viendo Pilatos que los enemigos de Cristo no se contentaban con los tormentos é injurias que su paciencia había padecido, temió disgustarlos, y no obstante conocer y confesar públicamente la inocencia del Señor, le condenó á muerte. Pondera, alma mía, cuánto affligiria el corazon de Jesús esta horrible injusticia: mas después de ponderar la fuerza de esta iniquidad, vuélvete á tí misma, y advierte, que cuantas penas padeces en este mundo todas son castigos dados por sentencia de tu Dios.

Tú bien sabes que no eres inocente á sus divinos ojos, sabes que estás culpada en muchos preceptos de su ley, y que una sola transgresion grave basta para merecer sentencia de muerte, y muerte eterna; pero tu buen Dios tiene tanta misericordia contigo, que te la conmuta en sentencia mu-

cho mas benigna : no quiere tu muerte , sino que te conviertas y vivas , y que para eso padezcas esa tribulacion que te causa. ¿ Qué razon , pues , tendrás para impacientarte tanto con los trabajos de la vida ? Jesucristo , siendo declarado inocente , es condenado á muerte , y va mudo , como oveja al matadero . Tú eres culpada delante de Dios ; y en lugar de la muerte eterna que merecias , te dan por castigo no mas que algunos trabajos momentáneos , ¡ y no tendrás paciencia ! ¡ Oh cómo desearian poder trocar contigo esta suerte aquellos infelices que condenó Dios á muerte eterna , teniendo menos crímenes de los que tú tienes ! ¡ cuánto apetecerian esos trabajos , en que tú no sabes tener conformidad !

#### JACULATORIA.

Señor , bendito seais por vuestra misericordia : castigadme mientras viva como quiéreis , con tal que no me castigéis con muerte eterna.

## PASO QUINTO.

**Del Señor con la cruz á cuestas.**

### MEDITACION I.

Sentenciado el Señor á muerte, al punto prepararon los judios una gran cruz (palíbulo entonces el mas afrentoso en que eran ajusticiados los malhechores), y quisieron que su Majestad la llevase sobre sus hombros, como si morir en ella crucificado aun fuese poco para saciar su odio. El Señor la aceptó humildemente sin embargo de ser grande y de mucho peso, su Majestad de complexion muy delicada, y estar muy débil y desangrado. Solo tú, ó alma mia, hallas insoportable tu cruz, y que no te es posible aceptarla de buena voluntad; pues desengáñate, que sin cruz ninguno puede seguir á Jesús Nazareno, que va caminando con ella al Calvario. El Señor nos dice bien claramente: *Si alguno quisiera venir detrás de mí, tome su cruz, y sígame.* Este aviso es de tu Dios, repara bien en él, y des-

pués mira á qué te resuelves. Una de dos, ó tomar en hombros tu cruz, ó no seguir á Jesucristo.

No te engañes con los trabajos de este mundo, sean de la condición que fueren. Sean pleitos, dolencias ó pobreza, injurias, aliecciones ó desprecios, persecuciones ó tentaciones, ó de cualquiera otro género. Si son trabajos, son cruz que Dios pone sobre tus hombros. Haz, pues, contigo tus cuentas, y si quieres seguir á Cristo como discípulo, has de aceptar la cruz y abrazarte con ella. No hay que replicar, porque este Maestro divino así lo dice (pesa bien estas palabras que son suyas): *El que no toma su cruz, y no viene en pos de mí, no es mi discípulo.* Por tanto, ó abraza, alma mia, tu cruz, ó no andes engañando al mundo; sino di públicamente, que ni eres discípulo de Jesucristo, ni quieres ir en su seguimiento.

#### JACULATORIA.

Dios mio, antes quiero seguiros oprimido de la cruz, que dejar de seguiros viviendo descansado.

## MEDITACION II.

Cargado el Hijo del Padre celestial con su pesada cruz, como estaba con suma flaqueza por tener su cuerpo casi todo desangrado, es tradicion, que oprimido de su grande peso, cayó en tierra: era la cruz improporcionada á las débiles fuerzas de Jesucristo en aquel lamentable estado, y con todo su Majestad forcejeaba para llevarla sobre sus hombros. No tienes, pues, de qué quejarte, alma afligida, ni digas que tu cruz es demasiado pesada: Dios es quien te la pone sobre tus espaldas, y Dios bien sabe lo que hace. Su cruz fue hecha por el odio de los judios, la tuya por disposicion de tu Padre: mira si sabrá bien cuánto te pesa, y hasta dónde llegan las fuerzas de la gracia que te ha dado, y dará para que la lleves.

Descansa, pues, alma mia, descansa que Dios no intenta que con ella caigas, ten buen ánimo y esfuerzo. No dudo que tu cruz sea de peso grande; pero el Señor te dará las fuerzas convenientes para poder llevarla. Advierte que almas tan flacas como la tuya

han llevado cruces mucho mayores, porque Dios les infundia valor; pero dime, ¿y ese mismo Dios no te dará también á ti fuerzas, siendo su Majestad el que pone sobre tus hombros esa cruz? Ten, pues, ánimo, y resuélvete valerosamente á llevar de buena voluntad la cruz que para tu bien te ha querido destinar: confía en él, invoca su auxilio, espéralo constante, y sabe que ese Dios que te la ha dispuesto, ese Dios que la ha dado tanta pesadez, ese Dios que la ha puesto sobre ti, ese mismo es quien te ha de confortar para llevarla.

JACULATORIA.

Mi Jesús amado, bien sabeis que soy flaco: dadme fuerzas, y ponedme la cruz que fuere de vuestro agrado.

MEDITACION III.

Viendo los judios que el Señor habia caido con el grave peso de la cruz, temieron que muriese antes de llegar al Calvario, y alquilaron á Simon Cirineo para que se la ayudase á llevar. Hé aquí, alma mía, como el interés temporal obligó á este hom-

bre á lo mismo que no le hubiera obligado el amor de Jesucristo. ¡Cuántas veces las cruces que da Dios parecen pesadimas, y los hombres las juzgan insoportables, al mismo tiempo que el mundo ó el demonio les imponen otras mucho mas pesadas, y con todo las llevan con gusto, solo por el interés temporal que les resulta! ¡Ah, que si padeciésemos por Cristo lo que padecemos por el mundo, por los honores, por la hacienda, ó las delicias, seriamos santos y muy santos!

Avergüénzate, pues, alma mia, y de aquí en adelante obre en tí el amor, lo que haria el vil interés. Ama á Jesucristo, y no habrá cruz que no se te haga ligera porque no hay cosa pesada para el amor. ¡Qué no sufre una madre por sus hijos, una esposa por su esposo, y con cuánta paciencia, solo porque les profesan mucho amor! Ama, pues, de veras, alma mia, á Jesús que es tu bien, ámale, y experimentarás que es suave y ligera esa misma cruz, que ahora juzgas tan áspera y enorme. Solo por el interés del pecado, del honor ó de la riqueza, llevan algunas almas cruces grandisimas;

pues lo que hace en estas almas la utilidad ó conveniencia mundana, óbrelo en tí el amor de tu Dios; y aun cuando no te mueva el puro amor de Jesucristo, acepta esa cruz, ponla sobre tus espaldas, y mira á Jesús, que yo á nombre suyo te ofrezco mayores intereses, mayores honores, mayores deleites y riquezas, que te pueden dar, y aun ofrecer el mundo y el demonio por sus cruces. Acaba, pues, de resolverte: toma tu cruz sea la que fuere, y sigue á tu Redentor, que yo te prometo el reino de los cielos y el trono de la gloria, y aun te doy en prendas por mas seguridad la palabra misma del Hijo de Dios.

#### JACULATORIA.

Dios mio, por vuestro amor me resuelvo á padecer cuanto fuere de vuestra voluntad; solo por vuestro amor.

#### MEDITACION IV.

Con el auxilio del Ciríneo pudo el Señor continuar el camino del Calvario, no obstante su extremada debilidad y el gran peso de la cruz. Así acostumbra suceder á los

que llevan sus cruces por el camino del cielo, que aunque sean pesadas y ellos flacos, es Dios el Cirineo, que los conforta y ayuda á llevar el peso. Ahora, alma mia, si tienes un Cirineo tan esforzado y tan caritativo, ¿de qué desconfias, ó por qué temes? Sea en buen hora pesadísima tu cruz, seas en extremo débil, no importa, que no la has de llevar tú solo, sino con el auxilio de Dios: y si no, dime, ¿qué otra cosa es la gracia del Altísimo, que te ayuda á tolerar los trabajos, sino su mano invisible, que te aligera la cruz que te oprimia, y te va ayudando á llevarla? Esta gracia de Dios es la que hizo sufrir á los Santos las afrentas, los martirios, los dolores y las muertes cruclisimas. Era la cruz muy pesada para sus hombros; pero la mano invisible del Todopoderoso les sostenia el peso, que por eso á ellos les parecia tan leve y suave, que en los mismos tormentos cantaban, reian y se burlaban de los mismos tiranos y de sus tiranías.

Por tanto, alma mia, si té persuades que tú sola te has de llevar la cruz, razon tienes de quejarte de que es muy grande; pero si Dios ha de ser tu Cirineo, y quien ha

de sostener él mayor peso de ella, no solo no tienes razon de queja, sino antes bien motivo de alegría, viendo sobre tí una cruz muy grande, porque tu Dios amoroso ha dispuesto con suma industria darte el premio correspondiente á toda la cruz, cuando sobre tí solo ha de cargar muy pequeña parte de su peso, porque la parte mayor la llevará el Señor.

#### JACULATORIA.

Dios mio, confortadme con vuestra poderosa mano, y dadme la cruz á vuestro gusto.

#### MEDITACION V.

Continuando el Salvador el camino del Calvario, compadeciéndose de él unas piadosas mujeres, lloraban el lamentable estado en que estaba, y el Señor viéndolas tan piadosas les dijo: *Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y vuestros hijos.* Pondera como siendo tan justo nuestro sentimiento por las penas de Jesucristo, aun así quiere su bondad, que antes empleemos las lágrimas en nosotros mismos, y en nuestros grandes pecados: tan

preciso y necesario es que cada uno llore sus culpas; y si el Hijo de Dios nos manda emplear en nuestras culpas hasta las lágrimas que derramábamos por sus tormentos, ¿con cuánta mayor razon deberémos emplear tambien en ellas las lágrimas, que lloramos por las miserias y tribulaciones de la vida?

Por tanto, alma atribulada, cuando te vieres con deseo de lamentar tu suerte, que llamas infeliz y desgraciada, considera que el Señor te dice: *No quieras llorar por esas cosas, llora antes por tí, y llora por tus pecados.* Advierte, que sola esta desgracia es digna de lágrimas y sentimiento, por haber perdido la amistad de Dios, la herencia del cielo, el honor de ser hijos del Rey de la gloria, y á mas de esto por habernos hecho reos de la ira divina y de los tormentos eternos. Á vista de esta infinita desgracia, no hay otra que merezca este nombre; y de aquí se colige, que solo el pecado es nuestro verdadero mal, y solo él merece todo nuestro sentimiento y nuestras lágrimas, y no los trabajos de la vida.

JACULATORIA.

Dios mio, concededme que de tal suerte sienta mis pecados, que perezca en mí el sentimiento de todos los otros males del mundo.

MEDITACION VI

Cuando Jesucristo persuadió á las devotas mujeres, que llorasen por sí y por sus hijos, añadió: *Porque si en el leño verde sucede lo que estais viendo, ¿qué será en el leño seco?* Y quiso el Señor decirnos: si vuestro pecado puesto sobre mí, que estoy inocente, se castiga con tanto rigor; en vosotros que estais culpados, ¿cómo se ha de castigar? Alma mia, pon los ojos de la consideracion en Jesús tan afligido y abrumado en este paso, y díte á ti misma: *Mi pecado mereció todos esos tormentos y aflicciones en el Hijo de Dios, ¿pues en mí qué aflicciones y tormentos no merecerá?*

Aviva bien, y repite, pecador, esta pregunta; y después avergüénzate de que siendo el estado en que te hallas de tanta mas comodidad que el estado en que merecias

estar por tus delitos , que aun así llores tu infelicidad , y no agradezcas á Dios que tu castigo sea tan leve y suave. Hijo mio , si algun dia pecaste , es cierto que mereciste el infierno , ó por lo menos el purgatorio , y si Dios te dejase caer tan abajo , ninguna injuria te haria. Figúrate , pues , ahora , que has caído en él , como otros muchos tus vecinos ó amigos cayeron , y que el Señor por su misericordia extraordinaria te deja volver á este mundo , conmutándote aquellos tormentos por el estado miserable en que te hallas , ó en otro mucho peor : dime , ¿ admitirias de buena voluntad esta conmutacion , este cambio ? ¿ harias aprecio de él ? Por cierto que si , y en gran manera. ¡ Oh , y cuánto estimarian los que se hallan en aquellas penas horrendas poder trocar contigo , aunque fuese tu estado mil veces mas infeliz ! Supon , pues , que ahora se verifica esta tu consideracion , y acomódate con la suerte : da muchas gracias á Dios de no darte , como mereces , suerte tan infeliz como la de esos desgraciados.

JACULATORIA.

Mucho mas merezco, Señor, mucho mas merezco : bendita sea vuestra piedad conmigo.

MEDITACION VII.

Consérvase por piadosa tradicion en la Iglesia, que el Señor en este camino encontró á su santísima Madre, la que llena de amargura llegó á presenciar el estado lamentable de su amado Hijo. Considera, alma mia, cuán fuerte sería, cuán cruel y penetrante el dolor que traspasó en este paso el corazon de la Señora : ve á su unigénito Hijo, que era toda la delicia de su corazon amante, y le ve tratado como un infame malhechor : ve á su Dios cubierto de sudor, bañado en sangre, cabeza traspasada de espinas : ve pisado su rostro divino, herido de las bofetadas, cubierto de salivas : lo ve afligido, angustiado y abrumado debajo de una pesada cruz : ve tambien que los sayones tiran de las cuerdas con que está atado, y le arrastran ; y por fin ve, que va cercado de ministros de justicia, entre dos

ladrones, infamado con público pregon, y sentenciado á muerte afrentosa. ¡Quién pudo sentir jamás dolor igual á este dolor!

¡Y es posible, alma ingrata, que tanto costase tu pecado á la Madre de Dios! Mas repara que á tí no te cuesta tanto, porque es mucho menor el tormento y la afliccion que padeces, por muy grande que la consideres. Ahora cuando te vieres afligida, ponte con la meditacion á la vista de María en este paso y consuélate, pues mucho mas padeci6 por tus delitos esta inocentísima Señora de lo que tú padeces siendo tan culpado.

JACULATORIA.

¡Oh Virgen afligidísima, yo soy el que pequé, y Vos tambien pagais por mi delito! Perdonadme, Señora, perdonadme.

---

## PASO SEXTO.

### De la crucifixion del Señor.

#### MEDITACION I.

Habiendo llegado Jesucristo al Calvario, comenzaron los soldados á despojarle impiamente, llevándosele pegada á los vestidos su carne sacrosanta: mándanle con imperio que se extienda sobre la cruz para clavarle en ella, y el Omnipotente obedece. Pondera, alma mia, la prontísima obediencia del Hijo de Dios á tan viles criaturas, y á un mandamiento tan áspero: pero era voluntad del eterno Padre, y el buen Jesús miraba á aquellos verdugos como ministros ejecutores escogidos de Dios para cumplir los designios de su alta Providencia.

Ahora desengáñate, alma atribulada, que en este mundo esas criaturas á quienes estás entregada son ministros del Altísimo, que destinó para que se cumplan en tí los altos y laudables designios de su providencia. Si te ves crucificada, ó sea inmediata-

mente por la mano de Dios, ó por la de las criaturas, sabe, que siempre es por orden de su Majestad divina; pues las santas Escrituras dicen, que Dios armará las criaturas para la venganza de sus enemigos: tú no puedes negar que has sido enemiga de Dios, ni que este Señor es el que ha armado sus criaturas para que te castiguen y te crucifiquen en tu cruz. Pues si confiesas que es razon sujetarte á la mano divina, tambien será razon que te sujetes á la mano de las criaturas, que por orden suya te van crucificando poco á poco. Dile, pues, á Dios en medio de tu angustia: *aquí me tienes, Señor, aquí me tienes; crucificame como fueres servido, y por la mano de quien quisieres.* Consuélate, que ese Señor que ahora te manda crucificar en compañía de su Hijo, algun dia en compañía del mismo te coronará de gloria por su propia mano.

JACULATORIA.

Dios mio, esas criaturas que me crucifican, son ministros de vuestra Providencia; aquí estoy, Señor, aquí estoy, hágase en mí vuestra santísima voluntad.

## MEDITACION II.

Extendido el Señor en la cruz de piés y manos, comenzaron los judíos á clavarle con la mayor crueldad: corria la sangre á arroyos, alegrábanse los impíos, alligábase la Señora, repetíanse los golpes con saña, con rabia, con inhumanidad: quizás erraban de industria los clavos, descargando el martillo, no sobre ellos, sino sobre los dedos del Salvador.

¡Oh alma, que vives alligida, coteja con esta tu crucificacion, mira si tiene comparacion la mala voluntad con que crucificaron á Jesús, con ese odio que tú supones en aquellos que te ofenden! Tu amor propio quizá te hará creer gran malevolencia en las criaturas que Dios busca para instrumentos de tu castigo; y esto es lo que mas te cuesta. Ahora pon los ojos en la aversion con que crucificaron á tu Dios y Salvador y mira como sin embargo de eso el Señor enmudece, y su Madre sufre, y de uno y otro aprende á tener sufrimiento y paciencia en tus persecuciones.

JACULATORIA.

Ó Virgen afligidísima, por la paciencia que tuvisteis en esta ocasion, os suplico que me deis paciencia para dejarme crucificar.

MEDITACION III.

Enclavado nuestro Señor en la cruz lo levantaron en alto, y quedó desnudo y expuesto al público delante de un concurso innumerable. Pondera, ó alma mia, cuál sería en este lance su rubor, la mofa del pueblo, y el sentimiento de la Virgen su Madre, y después de haber ponderado estas cosas, haz reflexion sobre tí. Si te ves despojada de los bienes del mundo, de la pompa y lucimiento, que tal vez tuviste en otro tiempo; si te ves afrentada, injuriada y el escarnio de todos, consuélate con la compañía que te hace el mismo Rey de la gloria. Mucha mayor vergüenza tendrás algún dia si te llegas á ver en la presencia de Dios, desnuda de buenas obras, y solamente cubierta de la confusion de tus pecados.

Por lo contrario, ese rubor que padeces

por Jesucristo, tolerado por su amor, le servirá de vestidura preciosa que te adorne en la presencia de Dios y de sus Ángeles. Los oprobios de nuestro Señor Jesucristo se le convirtieron en púrpura magnífica de Rey supremo. No dejes, pues, de ser su compañera en la confusion que padeces en tus desprecios, que tambien lo serás en sus honores, y en ser coronada en el cielo con corona de gloria inmortal.

JACULATORIA.

Ó mi Jesús, por la vergüenza que sentisteis cuando os visteis desnudo, compadeceos de la vergüenza que me cubrirá á mi en vuestra presencia.

MEDITACION IV.

Levanta ahora, alma mia, los ojos de la consideracion para ver á Jesucristo pendiente en una cruz, y pondera bien el estado á que se halla reducido el único Hijo de Dios. Si quieres lecciones de paciencia pon los ojos en maestro tan divino, que desde la cátedra de la cruz te las está dictando. Pinta bien en tu imaginacion este doloroso

paso. Oseurécese el sol, y una escasa luz que resta, te deja ver clavado en un palo su cuerpo delicado, todo herido, bañado en sangre y pendiente de tres clavos: con la continuacion del peso de todo el cuerpo se le van rasgando las manos, descoyuntándose los huesos, y descuadernándose todo, tiembla, se estremece, y se le aumentan sumamente las angustias y congojas. Va el Señor á recostar la cabeza traspasada de dolores, y se le hacen mas penetrantes las espinas. Una sed ardiente le abrasa las entrañas, y le dan hiel y vinagre, rotas sus venas corre la sangre por la cruz: crece mas con esto la sed, y en la respiracion agitada, y el semblante afligido manifiesta una angustia inexplicable; mas acuérdate que todos esos tormentos son para tí muy útiles, y que los padece con gusto por lo mucho que te ama. Séle agradecida: procura su imitacion; y para conseguirlo, pon los ojos en Jesús, tan penetrado y cercado de dolores y trabajos, y aprenderás una leccion grande de paciencia.

JACULATORIA.

Dios mio, ¿y cómo tengo boca para quejarme, viéndoos á Vos por mi amor en este estado?

MEDITACION V.

Á mas de los tormentos que el Señor padecia en el cuerpo, sufría otros mas crueles en el alma: buscaba á sus discípulos, y habian huido: los mismos Apóstoles lo habian desamparado: veia la extrema congoja é inexplicable alieccion de su dolorosa Madre: veia la perdicion de Judas y la infidelidad de Pedro: veia la casi general ingratitude de todos los hombres en los siglos venideros: veia su sangre pisada de los judíos, y lo que es mas, hasta de los mismos cristianos: veia el honor de Dios ultrajado con horribles sacrilegios; y sobre todo veia que el mismo eterno Padre lo habia desamparado. ¡Oh qué angustia seria la de su espíritu! ¡Qué pena, juntándose á los dolores inexplicables del cuerpo esta angustia suma del alma!

Ven ahora, cristiano, que te quejas de vi-

vir afligido, ven ahora, y considérate en el monte Calvario crucificado en tu cruz: pero ponte frente de Jesús, Hijo unigénito de Dios, y dime, si quieres ó no ser discípulo de este divino Maestro, y tener título de cristiano. Si no quieres, eres desgraciado: si quieres, ya ves que no merece el nombre de discípulo de Cristo quien tan amargamente se queja de vivir crucificado, viendo al Maestro en su cruz con tal sufrimiento.

#### JACULATORIA.

Dios de mi corazón, por la angustia suma que padecisteis pendiente en la santa cruz, dadme ánimo en mis angustias.

#### MEDITACION VI.

Viendo los judíos á Cristo en este estado, cuando no podían dejar de compadecerse de él los mas duros corazones, ellos palmo-teando y con risadas, celebraban la muerte del Señor. Unos le decían: Si es Hijo de Dios, que descienda de esa cruz, y entonces creerémos en él: otros le insultaban diciendo: ¡Pudo salvar á los otros, y no se puede salvar á sí! Y otras semejantes blasfemias.

El Señor oía, sufría y callaba. Ahora si cada uno de nosotros tuviese ocasion semejante de sufrimiento, ¿cuántas razones hallaria el amor propio para tener por justa, y aun precisa la respuesta? Desde luego nos ocurriria el honor de la verdad, el celo de la honra de Dios, que se ultrajaba, el daño del prójimo que se seguia, y otros varios pretextos. Bien podia confundir su Majestad á sus enemigos desde la cruz con su sabiduría infinita, é infinito poder; pero nada de esto hizo: antes sufría, callaba y se mantenía fijo en el madero, donde estaba clavado por voluntad de su eterno Padre.

Alma atribulada, esta es la leccion mas importante que puedes aprender: esta es la que te dicta el Señor desde la cátedra de la cruz, y quiere que todos la aprendamos imitándole. Así, si en tu cruz te vieres injuriada, no te enojas, ni respondas á quien te insulta: ten paciencia y silencio, y no quieras huir de la cruz, en donde te ves crucificada por disposicion del Altísimo.

JACULATORIA.

¡ Es posible, mi Dios, que pudiendo, no

volviste por vuestra honra , sino que callaste ; y que yo no pueda callar sin volver por la mia !

## MEDITACION VII.

Oyendo nuestro Redentor las blasfemias é irrisiones del pueblo , y viendo ejecutado el mas enorme sacrilegio que jamás se habia imaginado , compadecido , no de su sacratísima humanidad , sino de nuestra gran desgracia , rogó á su eterno Padre por los mismos que le habian crucificado , diciendo : *Padre mio , perdonadlos , porque no saben lo que hacen.* Á quien no muevan estas palabras del Señor , ¿ qué otras le moverán ? ¡ Y qué sea posible que Jesucristo en estado tan lamentable , se olvide de lo mucho que padece , y de las injurias hechas á su doctrina , á su persona y al honor de Dios ! ¡ Y que solo se muestre compasivo de nuestra desgracia , y de los castigos , que merecíamos por aquellos crímenes !

¡ Oh alma mia ! mira bien , repara y aprende ; no pidas jamás venganza , ni encargues á Dios el castigo , ni exageres la culpa de los que te persiguen , ó molestan ; pide antes

perdon para los que te maltratan: esto es lo que hizo Jesucristo estando en la cruz clavado, y este es el carácter propio del pequeño número de los discípulos de Jesús. Esta doctrina nunca la enseñaron los filósofos, fue propia y especial del Hijo de Dios: solo él la enseñó primero de palabra, y después con el ejemplo. Si quieres tener el carácter de discípulo de Jesucristo, has de pedir y orar por tus enemigos, como el Señor, y de ningún modo pedirle para ellos castigo, como tú haces y has hecho.

JACULATORIA.

Padre mio, perdonadme á mí, que tampoco sabia lo que obraba cuando os pedia, ó deseaba castigo para los que me ofendian.

---

## PASO SÉPTIMO.

---

### De nuestro señor Jesucristo muerto.

#### MEDITACION I.

Después que el Señor había pedido perdón al eterno Padre por los que le crucificaron; después de haber prometido el paraíso al ladrón, que le confesó Dios: habiendo recomendado su Madre al Discípulo y el Discípulo á su Madre: cumplido todo lo que de él estaba escrito, entregando su alma en las manos del Padre, sumamente gustoso de hacer por los hombres esta inaudita fineza, inclinó la cabeza sobre el pecho y espiró. ¡Así murió el Hijo de Dios! Á esta tragedia se siguieron señales muy pasmosas en demostracion del sentimiento que tenían las mismas criaturas insensibles. Rasgóse el velo del templo: quebráronse las piedras, tembló la tierra con horribles movimientos: abriéronse los sepulcros; y viendo el Centurion estas maravillas, creyó que

aquel hombre muerto tan afrentosamente era el Hijo de Dios.

Cree tú tambien, ó alma impaciente, cree vivamente, que este hombre que así murió, pobre, llagado, escarnecido y con muerte vil é ignominiosa; este hombre, que murió hecho la burla del mundo, el ludibrio de la plebe y la mofa de los escribas y fariseos, es el mismo Dios verdadero y el supremo Rey de cielos y tierra, delante de cuyo acatamiento dobla toda criatura la rodilla, y tiemblan de puro respeto las columnas del firmamento, quedando como cubiertas de pavor á sola una señal suya. Y si así se porta Dios con su único y amado Hijo, ¿cómo puedes tener hoga para quejarte tú, que eres miserable pecador é hijo de Adán? Ciertamente te puedes asegurar, que nunca has de llegar en este mundo á estado tan digno de compasion, como este en que murió tu Señor; y si crees que quien así murió era el mismo Hijo de Dios, gran beneficio es que Dios te trate como trató á su Hijo.

JACULATORIA.

Señor, si Vos siendo quien sois, así mo-

risteis en la cruz, justo es que tambien yo viva y muera crucificado.

## MEDITACION II.

Considera que Jesucristo murió por tu salvacion: este fue el fin de tan estupenda obra. Si te salvas, consigue Dios lo que tanto deseó: logra el fin que quiso con tanto empeño, y por el que no dudó dar la vida y morir tan alreosamente. Dará el Señor por bien empleado todo lo que padeció, y mirará con gusto nuevamente sus llagas, viendo que ellas fueron el precio de tu salvacion. Si no te salvas, se frustró en esta parte tan inaudita fineza.

¡Y es posible, alma mia, que tanto te ame Dios! ¡Qué tanto valor tenga en sus ojos tu salvacion, y con todo esto aun hallas que esta tu felicidad única no merece el sufrimiento de tus trabajos! ¡Cristo compró para tí el cielo con su muerte alreosa, y tú piensas que le compras caro, si te lo dan por los trabajos de la vida! Ahora confúndete, humíllate y ama á Dios, porque te ofrece tan de balde el reino de su gloria, que él mismo compró para tí tan sumamente caro.

JACULATORIA.

Sálvame, Señor, cueste lo que costare ;  
sálvame, Señor.

MEDITACION III.

La muerte de Jesucristo toda se encaminó á nuestro bien: veía el Señor nuestras almas en pecado, sentía dentro de su corazón nuestro mal, y sola su muerte era el remedio para librarnos de él, y nos tuvo tanto amor, que no dudó dar su vida, porque no pecásemos, y para que pecando no permaneciésemos en pecado por toda la eternidad: cosa por cierto pasmosa y capaz de hacer quedar suspensos de admiración á los mismos Ángeles: de suerte, que peca un esclavo, ó cualquiera hombre de los mas viles de la plebe, y para que este hombre se libre de la culpa, ha de bajar del cielo el mismo Hijo de Dios, y ha de padecer una muerte afrentosa. Ahora, ¿será razon que este hombre vuelva á pecar? ¿Será razon que por no sufrir un disgusto, un trabajo, ó una afliccion ó injuria, ofenda á ese mismo Hijo unigénito de Dios, que á precio de

tantos tormentos lo vino á librar del pecado?

Reflexiona ahora , alma mía , y advierte que todos nosotros somos en los ojos de Dios como unos esclavos : somos paja , lodo y cuantas vilezas se pueden dar : y con todo el verdadero Dios murió por nosotros para librarnos del pecado y de nuestras bajezas : y nosotros , libres ya del pecado por beneficio de su sangre , hacemos tan poco caso de esta sangre divina que nos lavó , que por no sufrir una afliccion , una injuria ó cualquier otro trabajo , perdemos la paciencia y ofendemos á Dios. ¡ Oh cristiano , que esto meditas ! abre bien los ojos ; y si crees que Cristo murió por arrancar el pecado de tu alma , persuádate prácticamente á tí mismo , que es mejor sufrir todos los tormentos del mundo , aunque sea una muerte injusta é injuriosa , que hacer un pecado con tus impaciencias , murmuraciones , deseos de muerte , ó de venganza , y de este modo irás aprendiendo bien la leccion de la paciencia.

JACULATORIA.

Dios mio, libradme antes de pecados que de trabajos.

MEDITACION IV.

Una de las circunstancias mas dignas de ponderacion en la muerte del Salvador, es la complacencia y amor con que Jesueristo dió su vida por nosotros. Corria su sangre, y el Señor la derramaba con regocijo: affligiase, y se le apretaba el corazon, y el Señor sufría contento el aprieto y la afliccion. Rasgábanse los piés y manos, abrasábale la sed: el desamparo del Padre celestial le ponía en sumo desconsuelo y agonía, mas el Señor padecía con gusto el desamparo, la sed y los demás dolores: y el motivo de este gusto era ver que padecía por nosotros, y por tí, ó alma, que esto meditas ó lees.

Ahora considérate presente á la muerte de este Padre tan benigno, y piensa que su Majestad mirándote con amorosos ojos te dice: *Hijo, bien ves que muero porque te amo, y que te dejo mi sangre para lavar tus pecados: asi acabo de conseguir lo que descé toda mi vida,*

*y á este fin vine del cielo á la tierra : mira bien si esto es amarte.* Considéralo atentamente, alma ingrata , pondéralo con reflexion , y dime si tienes fuerzas para resistir á semejante amor. Y si crees todo lo dicho , ama á tu Dios : ámale mucho , y dile que estás pronta á dar prueba de tu amor , padeciendo tambien por él , y dando , si fuere preciso , la propia vida en su obsequio. Y persuádete , que cuando el Señor te diere algun trabajo , es señal que acepta tu ofrecimiento , y quiere probar si el amor que le tienes es leal y constante ; por quanto tambien él padeciendo por tí , dió una prueba grande de lo mucho que te amaba.

JACULATORIA.

Dios mio , yo os amo de veras , y estoy pronto á padecer por Vos en prueba de este amor.

MEDITACION V.

Muerto el Hijo de la Virgen en la cruz , un insolente soldado , pesaroso de que hubiese fallecido sin haber él tenido parte en su muerte , le traspasó con una lanza el pe-

cho, rasgándole su sacrosanto cóstado: salió sangre y agua de la herida, y volvió á bañarse de nuevo en sangre el lastimoso cadáver. Pondera, alma mia, como ni después de muerto perdona á Jesús el odio de los judíos. ¿Pues de qué te admiras, si el mundo no te perdona á ti, ni aun después de haberte mortificado y casi muerto? Cada lazo que te arma de nuevo después de bien arrastrado, cada injuria después de bien perseguido, y cada trabajo, en fin, después de muy mortificado, es una lanza que te clavan, como la clavaron en el pecho de Jesucristo después de ya difunto.

Mas no te desconsueles, alma mia, no te desconsueles de que los hombres no te perdonen aun viéndote en tan triste estado; basta que Dios se compadezca de tí: y entiende, que el Señor que tiene contadas todas tus heridas para prepararte el premio de los consuelos eternos, vió que era precisa esa lanza para que tus penas correspondieran al galardón que te tenia destinado; y algun dia pedirás mil bendiciones para quien con sus injurias fue causa de tu mayor consuelo eterno. Tú llamarás dulces las lanzas, que aho-

ra tienes por crueles , cuando vieres el premio que Dios te da por haber padecido esos tormentos. Sufre , pues , y estima estas lanzadas , que te son mas útiles que toda la compasion de las criaturas , y no te ofendas ni quejes de que ellas te traten como trataron al Hijo de Dios.

JACULATORIA.

Mi Jesús , si á Vos no os perdonaron las criaturas estando muerto , ¿ cómo se han de compadecer de verme á mí mortificado?

MEDITACION VI.

Viendo los discípulos del divino Maestro Jesús , que ya habia espirado , y que no era justo que su sacrosanto cadáver se mantuviese en el patíbulo el dia del sábado inmediato , le desclavaron de la cruz devotamente , y se conjetura que le depositaron en los amorosos brazos de su santísima Madre. ¿ Cuánta sería la pena de esta Virgen nuestra Señora , viendo en sus brazos á su amado Hijo tan maltratado? ; Ah , que ninguno puede llegar á conocer bien la fuerza del do-

lor que padecería en este paso aquel corazón afligidísimo!

Ahora, alma mía, después que formes el concepto que pudieres de ese dolor, haz reflexión, que el alma de la Señora era purísima, que nunca tuvo la culpa mas leve, y sin embargo de eso Dios la puso en tan extremo desconsuelo y tan duro martirio. Y si así trató Dios á esta inocentísima alma, estando tú llena de pecados, ¿tendrás valor para quejarte del modo con que su Majestad te trata? ¿Aun te has de resentir de que Dios te haya reducido á estado tan miserable y lastimoso? ¿Aun te ha de parecer que Dios no te ama, porque te mortifica? ¡Ah! no lo hagas así, sino sufre, padece, calla, acomódate á las ideas de Dios, y sabe que cuando te mortifica, entonces te ama, pues te trata como trató á la santísima Virgen.

#### JACULATORIA.

Virgen afligidísima, yo os acompaño en vuestras penas, y os ofrezco mis lágrimas en memoria de las vuestras.

## MEDITACION VII.

De los brazos de su santísima Madre llevaron el sacrosanto cádaver al sepulcro; y después de ungido con preciosos unguentos, se retiraron al cenáculo la Señora, san Juan y las mujeres devotas, que habian asistido al pié de la cruz. Al mismo tiempo se retiraron victoriosos y triunfantes los enemigos de Cristo, por ver cumplidos sus depravados deseos. Así acabó la vida del Hijo de Dios: la vida del Mesias prometido en la ley; del esperado y deseado tantos siglos antes, y en fin, así acabó la vida del Rey de la gloria. Vino del cielo el unigénito del Padre celestial á hacerse hombre por nuestro amor: nos trató como amigo, como hermano y como siervo, y se armaron los hombres contra él: los hermanos contra el hermano, los hijos contra el padre, los vasallos contra su rey, y las criaturas contra su Dios. Le quitaron afrentosamente la vida, y quedaron muy gustosos y contentos de haberlo ejecutado. Esta fue la providencia del Altísimo con su unigénito Hijo, y fue conveniente que este Hijo Jesucristo padeciese

tanto para entrar después en la gloria, que era suya. ¿Cuánto, pues, ha de ser mas necesario que tú padezcas todos esos trabajos que Dios te da para que entres en la gloria eterna, que no es tuya?

Desengáñate, pues, alma mía, que quien quisiere resucitar con Cristo glorioso, ha de vivir y morir con él crucificado. En todas las entradas del cielo has de hallar una cruz; y por ninguna puerta has de poder entrar si no pasares primero por debajo de ella. Por tanto, animate á soportar con valor todas las adversidades que Dios te enviare, pues son otros tantos medios para llegar á la bienaventuranza.

Bien veo, que esta paciencia que te persuado no está solo en tu mano; pero con la gracia de Dios la puedes conseguir. Sabe, que uno de los fines porque el Hijo de Dios quiso padecer tanto, fue para animarte con su ejemplo en tus trabajos. Mira, pues, con atencion á Jesucristo muerto por tu amor, y te sentirás confortado. Si necesitas mas y mas paciencia, medita mas y mas en su passion y muerte, y de este nuevo tesoro sacarás cuanta paciencia quisieres, y quedarás

rico de esta virtud y rico de merecimientos, que son los frutos preciosos y sazonados que produce el árbol de la santa cruz.

JACULATORIA.

Imprimid, Señor, en mi alma vuestros tormentos, y sufriré con paciencia todos los trabajos.

ORACION DE SAN BUENAVENTURA.

Ó Jesús, que por mi amor aun á Vos mismo no os habeis perdonado, imprimid en mi alma vuestra *pasión*, para que á do quiera que me vuelva, mire vuestras llagas y no encuentre reposo sino en Vos, y en meditar vuestras penas. Amen.

---

---

# SOLILOQUIOS

## DEL ALMA AFLIGIDA

DELANTE DE DIOS.

---

Después de darles á conocer el *Tesoro de paciencia* á las almas, que carecen de esta virtud, nos ha parecido que seria conveniente descubrirles prácticamente las riquezas que se pueden sacar de este gran tesoro; y para eso les daremos en los siguientes soliloquios varias imágenes de diversos afectos con que el alma pueda desahogar delante de Dios su corazón oprimido. Cada uno se hallará retratado mas ó menos en esta ó en aquella imagen, y conociéndose por los movimientos del corazón, que sienta en su pecho, y vea copiados dentro de él, se deberá aprovechar del camino que allí se le manifiesta para elevarse á Dios, hacer fructuosa su desgracia y meritorio su trabajo. Nadie admire que

al formar estas imágenes hayamos cargado tanto la mano en lo claro y oscuro, y avivado tal vez con algun exceso su colorido. La razon que nos ha movido á esto ha sido para que al mirar cada uno el retrato de su pena, no se le represente que aun es mayor de lo que manifiesta la pintura, ni le persuada ocultamente su amor propio, que es muy corta la medida señalada, por quedarse fuera de ella gran parte de su mal, al que no se extiende el remedio.

Por lo que antes quisimos, que viendo cada uno delante de sus ojos imágenes mayores que la suya, se animase á seguir en las tribulaciones pequeñas el ejemplo provechoso de los que se suponen en tribulaciones extraordinariamente grandes, porque al mismo tiempo siempre el alma de algun modo se consuela, viendo que no es su trabajo tan grande como podia ser. Á este intento nos valemos con especialidad de los admirables pensamientos y afectos de que se ven llenos los salmos de David, en cuyo corazon nos dejó el Espíritu Santo unas imágenes prodigiosas de los saludables movimientos, que deberian tener los nuestros,

siempre que estuvieren oprimidos de la tribulacion; y pidiendo con suma reverencia perdon de nuestro atrevimiento, acomodaremos á nuestro humilde lenguaje las palabras divinas, para lijarlas mejor en la inteligencia y práctica del pueblo ignorante, y sobre ignorante afligido. Dios que ve nuestra ingenua y sincera intencion, disimulará la falta de decoro y suma gravedad debida á estas divinas palabras, cuando las viere en nuestra boca indigna. El Señor quiera hacer eficaz nuestro deseo.

## SOLILOQUIO 1.

GEMIDOS DE UN ALMA TRISTE SUMERGIDA EN  
UN MAR DE AMARGURA.

Ó mi buen Dios, sálvame <sup>1</sup>; que estoy pereciendo por instantes; cási sumergido me miro en esta horrorosa tempestad <sup>2</sup>; por momentos me veo ir á fondo, como que ya no puedo ayudarme mas para resistir al impetu de las olas, que sin cesar se revuelven sobre mí para anegarme: procuro hacer esfuerzos, pero me falta ánimo y

<sup>1</sup> Ps. LXXIII, 2. — <sup>2</sup> Vers. 3.

aliento para sostener mi corazón sobre las aguas <sup>1</sup>. Señor, Señor, venid de priesa en mi auxilio, y dadme la mano, que me siento sumergir. Las ondas de esta tormenta se van entumeciendo mas cada vez, y las aguas amargas de mi tribulacion me inundan el alma <sup>2</sup>. No hay dentro de mí dulzura, ni consuelo, ni paz, ni alegría, ni órden, ni siento ya la presencia de vuestro suave espíritu que me tranquilizaba. La misma tempestad que me cerca por fuera, por dentro me perturba, en mi interior todo es amargura, y amargura todo lo que veo al rededor de mí: á cualquiera parte que vuelvo los ojos, no veo sino mar <sup>3</sup>, y mar profundo, desde donde no puedo descubrir playas, ni límites á mi padecer: no veo remedio, ni aun camino por donde pueda ir á buscarle. Solo Vos, Dios mío, me podeis socorrer: solo á Vos clamaré de lo profundo de mi tribulacion, y aun mas que mis voces hablarán mis lágrimas, y dando gemidos mi corazón afligido os diré: ¡Oh mi Dios y cómo pusisteis tan alto, cómo pusisteis tan distante mi refugio <sup>4</sup>!

<sup>1</sup> Vers. 3. — <sup>2</sup> Ibid. 2. — <sup>3</sup> Ibid. 3. — <sup>4</sup> Ps. xc, 9.

Clamo á Vos y no me oís , repito y convierto en lágrimas mis clamores ; y Vos, que sois la suma bondad y clemencia , parece que endureceis para mí vuestro corazón. Si me es lícito , Señor , diré con el santo David , que mi alma enronquece de clamar á Vos <sup>1</sup>. Hasta mis ojos están cansados de mirar al cielo , esperando vuestro auxilio <sup>2</sup>. Pero Vos , Señor , disteis la mano á vuestro Apóstol cuando se iba sumergiendo en las aguas , ¿ y no me ampararéis á mí clamando como él á Vos ?

Mis enemigos me cercan por todas partes , y no tengo por donde pueda escapar de su furia ; toda la tierra y el infierno parece que se han puesto en campo de batalla contra mí solo. ¡ Qué terrible consternacion ! Los demonios me tientan , los hombres me persiguen , los cielos no me oyen , las propias pasiones se amotinán unas contra otras , y como fieras indignadas dentro de la prision , me despedazan , y el pobre corazón padece el daño y experimenta todo el estrago de lleno. Yo mismo soy contra mí , y sin querer me hago el mayor mal. En este

<sup>1</sup> Ps. LXXIII, 4. — <sup>2</sup> *Ibid.*

aprieto, en este conflicto, en este desamparo, ¿quién me ha de socorrer, Dios mio, sino Vos? Cada hora siento una nueva batalla, sin que me permitan sosiego ni reposo mis enemigos, pues unas tras otras llueven sobre mí las saetas, que me hieren y me abollan: ya no hay lugar en mi corazón para nuevas heridas; mas añadiéndose unas á otras, se van averiguando, y cada vez es mas agudo mi dolor y sentimiento. ¡ Ah pobre de mí! ¡ Miserable de mí! ¡ Ay infeliz, si Vos no me amparais, Dios de amor, Dios de bondad, Dios de clemencia! Señor, que escuchais mis gemidos, que veis mis trabajos: Señor, que estais junto á mí en medio de mis penas, haced que yo sienta los dulces efectos de vuestra presencia. Dios mio, no os escondais de mí en tiempo de tanta angustia; en este gran aprieto en que me veis, cumplid, que ya es tiempo, la palabra que me disteis por vuestro Profeta <sup>1</sup>: *Con él estoy en la tribulacion: yo le libertaré y le haré bienaventurado.*

<sup>1</sup> Ps. xc, 13.



## SOLILOQUIO II.

### ESPERANZA EN EL AUXILIO DE DIOS EN MEDIO DE LA TRIBULACION.

Si, Dios mio, si, en Vos espero: Vos sois mi esperanza, mi amparo y mi único consuelo. Véame enhorabuena destituido de todo auxilio humano: hálleme como si estuviera en los desiertos vastísimos de Arabia, sin que en leguas y leguas al rededor de mí se descubra ni un árbol donde reclinarme, ni el mas pequeño arroyuelo que me consuele, *que mis ojos siempre los tendré puestos en Vos, por cuanto Vos sois quien habeis de librar mis piés de los lazos y de los peligros* <sup>1</sup>. De arriba, y solo de arriba me ha de venir el socorro, que tantas veces esperé en vano que me viniese de la tierra. La tierra maldita por el pecado de Adan, y aun mas maldita por mis enormes iniquidades, no puede producir sino abrojos y espinas que me traspasen: solo del cielo me ha de enviar Dios el maná, que me alimente y me conforte. No tienes, corazon mio,

<sup>1</sup> Ps. xxiv, 13.

que afligirme con la dilatada serie de males que has experimentado; ya no quiero oír tus tristes profecías de lo venidero: quiero sí apartar de todos esos objetos mis ojos, y ponerlos únicamente en mi Salvador, pues solo en él tengo fundada toda mi esperanza.

*Maldito es el hombre, dice el Espíritu Santo, que se fia de otro hombre, y se apoya en brazo que es de carne*<sup>1</sup>. Quiero afianzarme en el brazo Omnipotente, que no me puede desamparar. Hasta aquí me recostaba muy descansado y seguro en un baston de caña (como se lo echaban en cara á Ezequías): era débil y se quebró, y metiéndome las astillas por la mano adentro, me herí, me ensangrenté, y quedé bien escarmentado de haber confiado tanto en él. Mas ahora establezco toda mi firmeza sobre el poder de Dios, que es lo mismo que reclinarme sobre una gruesísima columna, mas firme que de mármol y de bronce.

Me pasmo de haberme enderezado á las criaturas, teniendo á mi Dios en quien podía tener toda mi confianza. ¿Qué es lo que

<sup>1</sup> Jerem. xvii, 13.

me animaba á fiar tanto de ellas? ¿Acaso su amistad? ¿Y puede alguno amarme tanto como me ama mi Dios? ¿Mi Dios, que llegó á morir por mí? ¿Mi Dios, que sufrió las mas atroces injurias en lo vivo de su honor por mi amor? ¿Mi Dios, que agraviándole yo innumerables veces y gravísimamente, aun así no me dejó de amar? ¿Mi Dios, que cada día me llena de nuevos beneficios y mercedes, que yo ni las pedia ni me venia al pensamiento desearlas? ¿Y con todo esto puedo dudar que este mismo Dios me ayudará y socorrerá si yo me veo afligido y mi corazon le clama? ¿Puedo yo fiarme mas del amor de cualquier criatura, que de su finísimo amor? ¡Oh, que eso seria una injuria atrocísima: injuria á Dios é injuria tambien á mi entendimiento!

Aun pregunto mas: ¿y qué es lo que me animaba á fiar en las criaturas? ¿tal vez su poder? ¡Oh, y qué débil es el poder de un gusano vil de la tierra! ¡Qué inútiles, qué vanos, qué dignos de risa son los mayores esfuerzos que ellos pueden hacer para dar movimiento, ó mudar el curso á este reloj grande de la divina Providencia! Reloj cu-

ya fábrica ocupa toda la grandeza del universo, cuyos pesos esenciales son todas las criaturas, que hubo, hay y ha de haber en todos los siglos: reloj que Dios armó por su altísima idea, y á quien dió cuerda por su brazo omnipotente: reloj que jamás dejará de ir siguiendo todos los pasos del Sol increado, continuando los movimientos que Dios le ordenó desde el principio. En los sucesos que la Providencia divina tiene determinados, ¿qué puede hacer una vil criatura ó gusano imperceptible que apenas se distingue de la nada? ¿Qué puede hacer aunque tenga el loco atrevimiento de querer parar este reloj, ó enmendar sus movimientos y su carrera? ¡Oh, y qué loca era mi esperanza cuando no se afirmaba en Dios, por mas que tuviese á mi favor todas las criaturas juntas!

Aun pregunto mas: ¿en qué aseguraba yo mi esperanza cuando me liaba de las criaturas? ¿por ventura en sus promesas? *Todo hombre es mentiroso*, segun el Salmo; mas cuando no lo fuese, ¿quién puede mantener firme su palabra para lo que está cerrado en la grande y oscura casa de lo fu-

turo? Todos, cuando no faltan, á lo menos pueden faltar, y esto es bastante para que no nos podamos fiar prudentemente de sus promesas. Unas veces faltan porque no pueden, otras faltan porque no saben, y otras por inconstantes; mas si me habia de fiar de promesas, ¿por qué no habia de ser de las de Jesús en su Evangelio? Este hombre sí, este hombre Dios es el único que no miente ni puede mentir, porque es la suma verdad.

¡Oh, y qué consuelo recibe el alma cuando hace memoria de las dulces y amorosas promesas del divino Salvador! *Pedid*, dice Jesús, *y recibiréis: llamad á la puerta, y se os abrirá*<sup>1</sup>. ¡Qué palabra tan dulce! ¡Ah, Dios mio, si esto es así, como á la verdad lo es, jamás me apartaré de vuestras puertas, jamás dejaré de esperar en ellas la limosna de vuestra misericordia! Corazon mio, cobra ánimo, alégrate, que Dios lo dice, y no puede faltar. ¡Ah Señor, bendito seais por tan agradables promesas. ¡*Todo cuanto pidiéreis*, dice otra vez Jesucristo, *todo cuanto pidiéreis á mi Padre en mi nombre, todo os*

<sup>1</sup> Luc. xi, 9.

*lo dará* <sup>1</sup>. ¡Bendito seais mi Dios! ¿Y andaba yo buscando empeños para las criaturas? Aun mas: *Si dos de vosotros, dice nuestro Salvador, si dos de vosotros se juntaren aquí en la tierra á pedir alguna cosa, todo cuanto pidieren les concederá mi Padre, que está en los cielos.* ¿Qué mas quiero yo? Esto no es ilusion de los sentidos, no es fantasía de mi imaginacion, esto no es opinion de los Doctores, no es sentencia de los Santos Padres, sino que es el Evangelio, son palabras del mismo Hijo de Dios. ¡Bendita sea su inefable bondad! ¿Y teniendo yo estas promesas tan amplias y tan seguras, me habia de fiar en las palabras de los hombres? No, mi Dios, no mas: solo en vuestra palabra me he de confiar. Apoyado en ella os pido y suplico, y supongo que tengo quien me acompañe en estas peticiones: todos pedimos por intercesion de nuestro Mediano Jesucristo vuestro Hijo. Este Señor es el que quiere acompañar nuestras súplicas, pues él es quien me da este espíritu de preces, que siento en mi corazon: él es el que está excitando las almas cari-

<sup>1</sup> Joann. in Evang. xiv, 13.

tativas á que os pidan por mí; y así, Dios mio, no me podeis faltar segun la seguridad de vuestra promesa.

Yo no digo, Señor, que habeis de despa-  
charme luego, porque vos no prometisteis  
el *cuando*. Lo que digo es, que habeis de  
oir mis oraciones, que es cuanto me basta  
para alentarme. Me parece, Dios mio, no  
quisiera engañarme, que no son estas de  
aquel género de peticiones que Vos no que-  
reis oír; de aquellas que no se pueden ha-  
cer á nombre de vuestro Hijo, ni de aque-  
llas que mas son injurias atrevidas, que ro-  
gativas humildes. ¡ Oh mi dulce amor, Vos  
conoceis mi corazon, y sabeis cuáles son  
mis deseos, mis intentos y mis discursos!  
Vos sabeis que os agradan, y yo lo sé tam-  
bien; por eso digo con confianza que me  
oiréis. Primero faltará el cielo y la tierra,  
que mi esperanza, porque no me ha de fal-  
tar vuestra palabra en la que ella se funda.

Y aun ahora, Dios mio, me confirmo mas  
porque esta esperanza que siento en lo in-  
terior de mi alma, me da nuevo motivo  
para la misma esperanza. Sí, que yo no la  
sentiria, si Vos no me la diéseis; don es

de vuestra diestra liberal, y Vos no me la daríais sino determináseis despacharme benignamente. Toda la santa Escritura me está predicando, que Vos sois protector de los que esperan en Vos <sup>1</sup>, y que no desamparais á los que tienen esta esperanza <sup>2</sup>. ¡Ah, omnipotente Señor! dejadme abrazar con ella, y dejadme decir á mí mismo lo que á sí propio se decía en semejantes circunstancias el santo David: *No quedará avergonzado, no, porque sois Vos el fundamento en que yo esperaré* <sup>3</sup>. Ciertamente no quedará confundido, como no lo ha quedado hasta ahora ninguno que ha esperado en Vos, como Vos mismo lo dijisteis <sup>4</sup> por el Eclesiástico.

De aquí en adelante pediré como aconseja vuestro Apóstol <sup>5</sup>; *pediré con fe sin la menor duda*; pues estas dudas de vuestra piedad tal vez son causa de que Vos no nos oigais. No quiero ser, como el mismo Apóstol nos echa en cara, *semejante á las ondas del mar, que movidas del viento, andan al rededor, y de una parte se mueven para otra*. Seré como una roca firme en mi esperanza;

<sup>1</sup> Ps. xvii, 31. — <sup>2</sup> Judith, xiii, 17. — <sup>3</sup> Ps. xlii, 20. — <sup>4</sup> Eccles. ii, 11. — <sup>5</sup> Jacob. i, 6.

y solo cuando Vos dejáseis de ser quien sois, entonces dejaria yo de esperar como espero. Primero se me arrancará el alma del cuerpo, que se aparte de mi corazon esta esperanza. Hasta en la sepultura he de esperar en Vos, porque Vos no podeis dejar de ser quien sois, ni podeis dejar de cumplir lo que prometeis. Seré como el fiel Abraham; he de esperar hasta contra la esperanza misma. Vea enhorabuena, como estoy viendo, todas las puertas cerradas, no por eso he de dejar de confiar en Vos, sin saber cómo, ni por qué, ni de qué manera me habeis de proteger. ¿Y quién soy yo para daros consejos, ó para que consulteis conmigo los caminos siempre ocultos de vuestra providencia? No sé como habeis de favorecerme; pero sé certísimamente que me habeis de amparar.

¡Qué rabiosos quedarán mis enemigos, viéndome tan asistido de vuestro poderoso brazo! ¡Ah, mi Dios, que un corazon de carne no acostumbra tener esta constancia, ni le es posible tenerla; pues solo vuestra mano omnipotente le puede fortalecer, como Vos me fortaleceis á mí! ¡Mas qué con-

fusos quedarán viendo frustrados todos los impulsos y esfuerzos con que se empeñaban en hacerme vacilar, desesperar y perder! Señor, que plantásteis en mi corazón estos afectos, defendedlos y conservadlos para gloria de vuestro santo nombre.

No se diga que consiguieron victoria de mí vuestros contrarios, porque no es tanto su empeño de vencerme á mi como de triunfar de Vos. Vuestro inefable nombre, debajo del cual me defiendo yo de sus iras, en el que tengo asegurada mi confianza, es el objeto principal de sus intentos dañados, y quieren que quede confuso y avergonzado, quien se vale de vuestro sagrado nombre. Por tanto, á Vos es á quien pertenece acudir á la causa que es tan vuestra. Ahora, Dios mio, la contienda ya no es conmigo; que á serlo, yo cederia al mas leve esfuerzo; porque bien sabeis la debilidad suma de mi corazón cuando se halla sin Vos: con Vos es la contienda. Vieron vuestros enemigos que Vos me fortalecíais el corazón, y este es el motivo de haberse conjurado todo el infierno para hacerme desmayar y perder el ánimo.

No es tanto, Señor, el odio que á mí me tienen, como el que os tienen á Vos, y este es el que los obliga á tan extraordinarias diligencias para perderme. Su intento principal es que yo desespere, que os ofenda, que abandone vuestro partido y que blasfeme vuestro santo nombre. ¡ Ah, Dios mio, no permitais tal! *ne quando dicant gentes, ubi est Deus eorum* <sup>1</sup>. ¿ Y qué dirian entonces mis contrarios y los vuestros? Saltando de placer sobre mi ruina, se burlarian de Vos, diciéndose mutuamente: *¿ En dónde está aquel Dios en quien este tenia su esperanza? Y os insultarian como Vos los insultásteis á ellos, segun lo que dicen Moisés y el santo Jeremias: ¿ En donde están sus dioses (deciais Vos), en donde están sus dioses, en quienes ellos tenian su confianza, y de cuyos sacrificios participaban? Levántense ahora, socórralos y protéjanlos en esta necesidad* <sup>2</sup>. ¡ Ah, que jamás podrán deciros á Vos otro tanto! Señor, espero en tí, y he de esperar eternamente.

Armen mis enemigos cuantas dudas pu-

<sup>1</sup> Ps. cxiii, 2. — <sup>2</sup> Deut. xxxii, 37: Jerem. ii, 28.

dieren para turbar mi entendimiento, que yo con los ojos cerrados me arrojaré á vuestros piés y me defenderé de ellos. Pongan delante de mí montes de dificultades: aparten de mí cuanto les fuere posible todas las señales de mi alivio: escóndanme de propósito hasta los mas leves indicios de vuestra compasion, que yo superaré todos esos embarazos, y romperé por medio de tantos montes altísimos, sin poner los ojos sino en Vos; y en Vos mismo veré todo el fundamento de mi esperanza.

Cuanto mas difícil me representaren mi remedio, mas cierto lo creeré: cuanto mas tardare, mas de prisa lo espero, porque todas estas son señales las mas seguras de extender Vos sobre mis intentos vuestra mano poderosa. No obráis como los hombres flacos, antes blasonáis de triunfar en las empresas dificultosas, para que se vea que es vuestro gran poder, y no nuestro brazo débil quien consigue la victoria. Vos para vencer no necesitáis tener en vuestra ayuda los muchos soldados de Gedeon. *Tienes mucho pueblo contigo* (le deciais á aquel caudillo): *no vencerás á tus enemigos, para que*

*no se desvanezca Israel contra mí , y diga : Por mis propias fuerzas me liberté <sup>1</sup>.*

Queriendo Vos, Dios mio, todo está hecho: basta una sola insinuacion de vuestra voluntad para que todo el mundo en peso se revuelva para obedeceros al momento. Para Vos todo es fácil, todo pronto, todo natural: sin Vos todo es arduo, todo difícil, todo imposible. Por eso me alegro de todos esos estorbos, y estimo todas esas, que mis enemigos llaman imposibilidades, porque estas son las señales seguras que tengo de que estais determinado á empeñar por mí vuestro brazo, y creo que por eso mismo habeis dejado tardar mi remedio hasta tales términos, para que no digan las criaturas que ellas fueron y no Vos, quienes me acudieron y ampararon. Sí, Dios mio, así lo creo, así lo espero. Yo veo que vuestro honor, vuestro nombre, vuestra palabra y vuestra gloria son la prenda de mi esperanza. Bendito seais, que vuestros enemigos ya no podrán triunfar jamás de mí, ni de Vos.

<sup>1</sup> Judic. vii, 2.

## SOLILOQUIO III.

## ENTREGA DEL ALMA AFLIGIDA EN LOS BRAZOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

En fin, ¡qué Dios es mi Padre! En los brazos de su Providencia amorosa entregaré todos mis cuidados. Yo no puedo dudar, que su Majestad, cuando quiso que le llamásemos Padre, quiso también tomar sobre sí todas las obligaciones de este título; pues de él se precia tanto, que nos mandó que con él le invocásemos todas las veces que quisiéremos orar: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Tanto me quiere Dios persuadir esta atención que tiene sobre mí, que busca varios modos y comparaciones para dármele á conocer. Como la gallina solicita (dice en el Evangelio), que con sus alas está cubriendo y defendiendo sus tiernos hijuelos, así he sido yo contigo <sup>1</sup>. Ahora, corazón mio, sosiega, pues tengo sobre mí la protección de un Dios, junto con el amor verdadero de Padre; y si Dios es mi Padre, ¿qué temo, ó por qué me asus-

<sup>1</sup> Matth. xxiii, 37.

to, ó por qué motivo me afligen estos cuidados, estos desvelos ó estos delirios que me atormentan tanto?

¡ Oh que no es nuestro Padre, como otros, de corazon duro y genio descuidado, que dejan sus hijos al desamparo! Está sí en los supremos cielos; mas por eso no deja de asistirnos en la tierra. En el cielo colma de gloria á los bienaventurados, y en la tierra cuida con desvelo de los que peregrinamos. Tanta solicitud tiene de nosotros, que manda á sus Ángeles que nos asistan yendo siempre á nuestro lado; á sus Profetas, que nos adviertan de los peligros futuros; á sus Apóstoles, que nos enseñen el camino recto, y á sus ministros, que nos instruyan, manden y conduzcan; y en una palabra, es tal su diligencia con nosotros, que da ser, y conserva las criaturas para que todas nos sirvan.

De todas las criaturas es Dios Criador; mas no de todas es Padre; pero á mí me dió á este título derecho especial muy superior al que tienen otras criaturas, con la semejanza que me imprimió en el alma, de su divino rostro. Ahora, si tanta atencion

tiene Dios del lirio del campo y del heno, que ha de servir para ser pisado ó pábulo del fuego, ¿cuánta mas tendrá de mí, que soy su hijo, destinado para alabarle en el empíreo? En el rincón mas escondido de una pared caída, está creciendo la yerbecilla del campo, y Dios la cuida tanto, que no la hace falta con la lluvia del cielo, ni con el succo ó humor de la tierra, ni con el calor del sol, ni con el viento preciso, y va fabricando todas sus venas y órganos con tanta ternura, perfeccion y delicadeza, como si no tuviera otra cosa en que manifestar toda su sabiduría; pero si aunque tan débil, es criatura suya, ¿cómo ha de desampararla?

Allá en otra parte están piando los hijos de los cuervos, que segun el Profeta <sup>1</sup> invocan á Dios, y el Señor les asiste con el sustento, los alimenta con el rocío del cielo <sup>2</sup>, ó les tiene preparado mantenimiento mas propio en este ó en aquel lugar, como al descuido: descuido al parecer de los hombres; mas en verdad alta providencia del Señor, que no de acaso, sino de propósito se lo tenia allí reservado: providencia

<sup>1</sup> Ps. cxlvi, 9. — <sup>2</sup> El incógnito sobre dicho salm.

que sus padres vayan muy ansiosos á sus nidos : enséñales á estos afectos de compasion , y tiene solicitud de que olvidándose de su propia libertad , de noche y de dia estén sirviendo á sus pobres polluelos , que no pueden buscar por si solos el alimento preciso. En efecto él se lo hace llevar á sus propios nidos , se lo prepara con comodidad , y se lo viene á poner en su misma boca. ¡ Qué gran Padre de familias es nuestro Dios !

¡ Oh alma mia ! consuélate , respira , alégrate , que este es tu Padre ; y si tan cuidadoso se manifiesta con las mas pequeñas y viles criaturas , ¿ qué cuidado no tendrá de tí , siendo tan excesivamente mayor el amor que te tiene ? *Cinco pajaritos se venden* ( decía Jesucristo <sup>1</sup> ) , *cinco pajaritos se venden por dos maravedises , y con todo no puede Dios olvidarse de ninguno de ellos , ¿ pues cómo podrá olvidarse de nosotros <sup>2</sup> ?* ¡ Oh , y cuánto consuelo siento en el alma , cuánto aliento y vigor con esta palabra de mi Dios ! *Descansa* ( prosigue el mismo Salvador ) , *descansa y no te asustes , que todos los cabellos*

<sup>1</sup> Luc. XII, 6. — <sup>2</sup> Ibid. VII.

de tu cabeza los tiene Dios contados uno á uno, tanto es el amor y sollicitud que tiene su Majestad de mí. ¿Y para qué fin me tendrá el Señor contados todos los cabellos, sino para no consentir que me toquen sin permision suya, ni uno tan solo? *Un solo cabello de tu cabeza* (me dice tambien por su evangelista san Lucas <sup>1</sup>) *no ha de perecer.* ¡Oh, y qué grande y excesiva atencion manifiesta tener de mí, mi Dios y todo mi bien! ¿Cuál es, pues, el motivo de mi susto y de mi temor? ¿Y por qué razon no tomaré el consejo del Profeta, que dice que deje al Señor mis cuidados, todos mis cuidados y todos absolutamente <sup>2</sup>? He de hacerlo. ¡Oh, y qué admirable descanso, qué dulce paz y tranquilidad me promete David, si lo hiciese así <sup>3</sup>, que el Señor cuidará de mí, como de un hijo pequeño á quien alimenta amoroso! ¿Qué mas puedo yo desear ó qué mas feliz puede ser mi suerte?

Esos desórdenes de que yo me lamentaba, esos perjuicios que padezco, esas injurias que me hacen, ¿no puedo persuadir-

<sup>1</sup> Luc. XII, 18. — <sup>2</sup> Ps. LIV, 23. — <sup>3</sup> *Et ipse te enutriet.*

me que me suceden á escondidas de Dios, ó porque el Señor está divertido con el cuidado de otras criaturas de mayor importancia? Muy léjos está de mí semejante error. Luego todo eso me acontece sabiéndolo muy bien mi Protector y consintiéndolo; y supuesto el grande amor que me tiene, y haberse ofrecido á ser mi padre y defensor, no lo podia consentir sin que esto me fuese positivamente útil y provechoso. En esta inteligencia he de desengañarme, que no es razon que con mi palmo corto tenga atrevimiento de medir la inmensidad de su sabiduria divina. Yo no sé lo que me es conveniente para buscarlo, ni lo que es nocivo para huirlo: por ventura busco el veneno, cuando me parece que solicito el mantenimiento inocente, y quizás huyo de mi mayor bien, cuando cayéndoseme las lágrimas hago fuerza á resistir y evitar lo que me parece gran mal.

¡ Válgame Dios, qué discurso es el de mi corazon, pues no se acomoda con lo que dicta la razon, ni con lo que me enseña la fe! ¿ Y por qué no ha de cuidar Dios de mí mucho mas de lo que yo me puedo cuidar?

¿Por ventura se perturba con la atención que pone en otras criaturas? ¡Oh qué injuria hago á su sabiduría inmensa! ¿Quizás ignora los futuros para precaverme de los peligros? ¿Ó ignora los medios con que ha de evitarlos? ¡Y que bárbaro pensamiento! ¿Cuál es, pues, el motivo por que no descanso en los brazos de la Providencia eterna? ¿Acaso dejará de amarme, y me entregará al desamparo, si yo me entrego á su diligencia amorosa? Mas entonces he de creer que miente la suma verdad, ó que me engaña la verdad suma, ó que falta á su palabra, mandándonos que seamos fieles á la nuestra; ó finalmente que no cumple con la obligacion de Padre, cuando nosotros entregándonos á su cuidado desempeñamos la obligacion de hijos.

Señor, no puedo admitir en mi entendimiento pensamientos tan feos. Creo, mi Dios, que me amais con mucho mayor exceso de lo que yo me amo á mí mismo: creo que podeis mucho mas que yo, y sabeis mucho mas de lo que puedo saber para huir de los males verdaderos y procurar los bienes sólidos. De Vos me fio: sois mi Pa-

dre, sois mi Dios : á Vos me entrego : ya no dudo que debajo de la sombra amorosa de vuestra proteccion quedaré seguro y descansado : no quiero afligirme con lo presente, ni cansarme con lo venidero. ¡ Oh Dios mio, mirad por mí ! ¡ Oh Padre mio, tened de mí cuidado y atencion ! Mas ¡ ah ! que el Señor me pide que descansa en él. ¿ Pues qué mal me puede acontecer por cumplir lo que me manda, y fiarme de su palabra ? Ninguno. Mi Dios, yo descanso en Vos, me entrego á Vos, y en todo me sujeto á las admirables disposiciones de vuestra alta Providencia, y con los ojos cerrados adoro y beso la misma mano, que aun cuando me castiga me va conduciendo. Sí, obedezco, adoro, y espero no seré confundido eternamente.

#### SOLILOQUIO IV.

PANAL DE MIEL ESCONDIDO EN EL ÁRBOL DE  
LA CRUZ.

Sea para bien, alma mia, que ya tienes lo que buscabas, andabas en solicitud de la verdadera dulzura y del consuelo sólido con

que Dios recrea en este mundo á sus amigos, y tiene reservado para los hijos mas tiernos de su corazon; y ve ahí que ya hallastes lo que buscabas. Ese consuelo, esa dulzura, ese panal de miel lo tenia Dios escondido en el árbol de la cruz, y ahora que el mismo Señor te ha puesto entre los brazos de esa cruz, aprovéchate, y recoge el panal celestial de dulzura y consolacion, que en ella está depositado. Mil pasajeros andaban en busca de este tesoro, pero ninguno llegó á sospechar, que aquí lo tuviese Dios escondido. Un panal de miel, que Sanson halló en la boca de un leon muerto, dió materia á un enigma con que atormentó el juicio de sus amigos por siete dias. Mucho mas dificultoso es este otro enigma del panal de miel escondido en el árbol de la cruz; mas no es menos verdadero.

Lo cierto es, que este árbol nada tiene de hermosura: su corteza es amarga, y amarguísima la mirra que por todas partes destila: sus hojas son feas, y por frutos parece que no produce sino espinas silvestres: por eso todos huyen de él, todos se retiran, hasta llegar á tener miedo á su sombra,

reputándola nociva y venenosa. Este es el concepto que forman de la cruz los mundanos, y este mismo es el que yo tenía hecho hasta aquí; mas ya empiezo á conocer, que vivía engañado; porque el discurso me persuade con eficacia, que aquí tiene Dios escondido el más íntimo y sólido consuelo del alma; de manera, que donde hay mayor cruz, creo que allí ha de haber mayor dulzura; y en donde son mayores los tormentos participados de la cruz de Cristo, allí han de ser mas abundantes las consolaciones, como enseña san Pablo <sup>1</sup>.

Ahora caigo en la cuenta de muchas cosas, que si las hubiere advertido, mucho tiempo há que me podia haber convencido de esta verdad; porque tengo observado, que en el delicioso jardín de la Iglesia este árbol es entre todos el que mas estima el divino Esposo: sobre él vienen gustosas á descansar las avejillas del cielo: quiero decir, los espíritus mas elevados, que tratan interiormente con Dios, y hallan en sus dulces frutos mientras viven en la tierra los mas suaves placeres. Con los frutos de este

<sup>1</sup> D. Paul. II Corint. I, 8.

árbol alimenta Dios y regala á los hijos que le tienen mas amor, y son amados de su Majestad con mas especialidad. No se hallará en toda la redondez de la tierra, ni en los vastisimos ámbitos del empireo una sola alma, que debiéndole á Jesús un amor particular, no haya participado de los deleites de su cruz. Las que en algun tiempo le ofendieron gravemente tiznándose con el hollin mas asqueroso, se vinieron á cobrar á sí mismas tan gran odio, que no tenían mayor gusto que crucificarse, por ver si así podían dar alguna satisfaccion á su Esposo ofendido. Aun admira mas ver este mismo empeño en las almas inocentes, que por voluntad propia jamás ofendieron mortalmente al Señor. Los ásperos cilicios, las disciplinas de hierro, los ayunos á pan y agua, las camas duras, las cabeceras de piedra y otras mortificaciones eran todos sus gustos, regalos y recreos.

Cuando las almas llegan á cierto grado de virtud, parece estar tocadas de una oculta dolencia, que las causa tal especie de locura santá, ó celestial ebriedad, que como enajenadas y fuera de sí, en nada piensan,

en nada estiman, ni en nada trabajan mas que en inventar modos y trazas de mas y mas padecer. Tal era santa Teresa de Jesús, que descubiertamente decia al Señor, y le pedia con muchas veras é instancias: *Aul pati, aul mori*: Que la diese que padecer, ó la quitase la vida; porque estaba tan dulcemente enamorada de las delicias de la cruz, que no se hallaba con fuerzas para vivir privada de tan inefables delicias. Santa Maria Magdalena de Pazzis, penetrada de los mismos sentimientos, aun se explicaba con Dios con expresiones mas fuertes: *Pati, non mori*: Padecer y no morir, le decia, ¿pero y con qué veras? Quería esta Santa lo mismo que los mundanos, pero por motivo contrario; porque los mundanos desean retardar cuanto les es posible la muerte por tener mas tiempo para recrearse. Mas la Santa deseaba y pedia á Dios, que la alargase mucho la vida, impelida del ansia insaciable de padecer mas por su amor. El gran san Juan de la Cruz, después de haber hecho á Jesucristo servicios muy excelentes, y padecido por su gloria muchos trabajos, preguntado del Señor, ¿qué re-

compensa queria por sus merecimientos? respondió con prontitud: *Pati, et contemni pro te*: No quiero mas premio que padecer aun mas, y ser mas despreciado por Vos. De manera que este es el comun idioma de los Santos, y máxima asentada entre todos: que en este mundo no hay cosa mas digna de apetecerse, que padecer y sufrir.

Ahora, alma mia, habla conmigo con toda confianza, examinemos bien este punto; porque si hubiere error en él, no debemos mantenernos mas tiempo en un engaño de tanta consecuencia: ¿Ó el dicho sentir de los Santos es verdadero ó no lo es? *Si no lo es*, parece muy poco acertado el modo con que Dios condujo á su Hijo unigénito; pues lo llevó siempre por el camino de los trabajos, como estaba profetizado en los Salmos. *Si no lo es*, parece cruel el método con que trató Dios al alma mas pura, santa y amable que hubo después de Cristo en el mundo; quiero decir á su Madre Virgen, de la cual todo el discurso de su vida fue tambien un tejido de dolores, aflicciones y penas. *En fin, si lo expresado no es verdad*, errada parece la máxima general por donde Dios

se gobierna en el modo de tratar á sus amigos. Mas todos estos son tales absurdos, y tales depeñaderos del entendimiento, que ningun cristiano, ni aun hombre de juicio se precipita en ellos. Tomemos, pues, otro camino, y creamos que esto que el discurso me persuade, no solo es verdad, sino verdad infalible. En esta inteligencia me veo precisado á confesar, que he vivido muy engañado hasta ahora, y que andan engañados tambien todos los del mundo, que huyen quanto pueden de la cruz.

¡ Válgame Dios! que me hallo convencido en el entendimiento; pero el corazon aun no se quiere rendir; el corazon aun no acaba de entender cómo en un árbol al parecer tan amargo puede haber panal tan dulce, ni cómo pueden allí encontrarse las sólidas y verdaderas alegrías. Hablémosle, pues, al corazon en su lengua, á ver si se da por convencido. No hay cosa mas dulce y suave que amar, y amar con empeño; esta pasion de suyo es gustosa y suavissima, como al contrario muy amarga la pasion del odio. ¿ Y quién podrá dudar, que cuando mi amor se empleare en un objeto de mérito infinito,

entonces gozará también mi alma de una dulzura inexplicable? Porque el amor es como un abrazo, que une al alma con el objeto que ama, y toda la perfección de este objeto recrea y consuela al alma cuando está en este dulce abrazo. Esto supuesto, y que en el amor vano de las criaturas siempre se encuentra inquietud, ó sinsabor, las delicias firmes y sólidas de mi corazón, únicamente pueden consistir en el amor de mi Dios; y solas aquellas obras que den más ejercicio á este amor, y sean mayor prueba de él; solas estas han de ser las que más me han de recrear. Ved aquí el secreto imperceptible porque muchas almas amantes de Jesucristo andaban como enajenadas ó ebrias, buscando todos los modos de padecer por él; porque veían que en eso le daban prueba del amor que le tenían. Veían las castas doncellas á Jesucristo clavado en una cruz, lleno de dolores y heridas por su causa, y tal fiebre de amor se les encendía en el corazón por este motivo, que como con una especie de demencia andaban buscando por todas partes las injurias, los tormentos y la muerte en servicio del Señor,

para obrar en su obsequio alguna fineza. Por esta razon iban públicamente á desafiar á los tiranos, y se quejaban de que martirizando á otros, usaban con ellas de una piedad mal recibida. Y hé aquí porque las parillas, los alfanjes, las ruedas de navajas, las calderas de metales derretidos, eran los contenidos de su corazon herido de amor: padecian, morian y cantaban.

Ahora, corazon mio, repara en otro ejemplo mas comun para convencerte mejor. El caballero brioso lleno de gusto, entra en campaña en obsequio de su príncipe, y con diligencia busca el mayor peligro, la empresa mas ardua y el puesto mas arriesgado, y si el príncipe está presente en esta batalla, y se halla herido, ¿qué empeño no es el suyo para distinguirse de todos en el valor, en la fatiga y en no temer los riesgos, solo por dar á conocer su valor, espíritu y fidelidad? Mas si por ventura en medio de la accion advierte que el príncipe le está mirando, y que le da á entender con los ojos que le ama, que le estima y que se está regocijando de verle tan valeroso, ¡oh qué estímulo no es este para arrojarse con-

tra las lanzas enemigas y exponer su vida !  
; Qué ansia no tiene de abrazarse con la  
muerte !

Pues no es menos animoso el empeño  
que tienen las almas puras de padecer por  
su Dios. Ven que el Rey de la gloria fue el  
primero que entró en el combate , que por  
defenderlas de la muerte eterna se dejó he-  
rir cruelísimamente : ven que desde el cie-  
lo está ahora reparando todas sns acciones,  
que pesa todo el valor de cada una de ellas,  
y que tiene suma complacencia en cual-  
quier fineza que obran por su respeto : ven  
que Jesucristo las bendice en presencia de  
sus Ángeles , las excita , las alienta , las for-  
talece y que se prepara para remunerarlas ;  
y ven últimamente , que sus felices compa-  
ñeros , que padecieron mucho por el Señor  
y llegaron al fin á su presencia , su Majes-  
tad les está limpiando las lágrimas de sus  
ojos , como se dice en el Apocalipsis : y to-  
das estas demostraciones de cuanto Dios se  
agrada de sus penas y finezas , las hacen  
insensibles al padecer , y las convierten la  
cruz de mas acerbos tormentos en lecho flo-  
tido cubierto de regalos. ; Oh , y qué gusto,

qué consuelo tiene un alma cuando le puede dar á su Dios pruebas ciertas de que le ama; cuando se persuade que Dios se agrada de ella; cuando se ve semejante de algun modo á su Esposo crucificado, y, en una palabra, cuando se puede decir á si misma: *Dios me mira, Dios me ama, me estima, se agrada de lo que padezco, y tiene gloria de que sufra este trabajo!* ¡Oh! este consuelo, esta complacencia, este gozo, solo lo conoce quien lo prueba, y solo prueba quien lo quiere experimentar.

¡Oh, amantísimo Dios mío! si tan sabrosas dulzuras escondisteis en el árbol de la cruz, ya que me pusisteis junto á él, dejadme gustar de sus sazonados frutos, dejadme llegar á este panal de miel, y gozar de tan puras y santas delicias como en él ocultásteis. Confieso, Señor, que hasta ahora huía de la cruz cuanto me era posible, y siempre me quedaba á sus espaldas; mas ya quiero volverme á mirarla cara á cara, quiero saludarla, quiero abrazarla y apretarla estrechamente entre mis brazos. Hasta ahora me quejaba continuamente de Vos, porque me dábais una cruz muy pesada;

mas ya trueco mis quejas en alabanzas, estimaciones y agradecimientos; y confieso, que vuestra providencia conmigo estaba tan llena de amor y benevolencia, cuanto yo me juzgaba mas distante de ella. Bendito seais, mi Dios, bendito seais, mi bien. Gima mucho en buen hora la naturaleza oprimida con el grave peso de la tribulacion, que sin embargo mi corazon y mi alma, desde luego aceptan de buena voluntad la cruz, las penas y los trabajos que me teneis destinados: solo en estos buscaré mi alivio, mi dulzura y mi gloria. De aqui adelante no hablaré en el idioma del mundo, sino en el del santo Job, y diré que mi consuelo han de ser esos dolores: que he de tener mi gusto en que alligiéndome con trabajos, ni me acaricieis, ni tengais pena de mí, y que desde hoy, desde este mismo momento jamás he de hacer la menor resistencia á vuestros decretos: *Et hec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore non pareat, nec contradicam sermonibus sancti* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Job vi, 10.

## SOLILOQUIO V.

COMPRA DEL REINO DE LOS CIELOS CON LA  
MONEDA DE LA CRUZ.

El reino de los cielos se vende , y lo he de comprar á toda costa. Mi Salvador me convida con esta venta , no por necesidad que tenga de mis pobres bienes , sino por voluntad excesiva que tiene de comunicarme sus grandes tesoros. ¡ Oh , y qué admirable bondad de corazon tiene mi Dios ! Podia darme este reino puramente de gracia , como lo da á los niños que mueren después del bautismo ; pero á mi no me lo quiere dar así , sino que quiere que le compre , y hé aquí , alma mia , otro lance de amor para conmigo. Me lo quiere vender , para que de este modo me sea mas honorifico el título de Rey , que con él intenta darme. Mas para que esta venta <sup>1</sup> , que ha de ser de rigurosa justicia , nada disminuya su liberalidad inmensa en los lances de su amor excesivo , me da en los tesoros de la cruz el precio con que le puedo comprar. ¡ Oh , y

<sup>1</sup> u Tim. iv , 8.

qué admirablemente ingenioso es el amor de Dios para conmigo!

Me veía en suma pobreza; de suerte, que no tenía caudales para hacer esta compra, ni aun los quería, que tanta era mi locura, pues andaba huyendo de cuanto era mortificación, siendo lo mismo que huir de las verdaderas riquezas para poder comprar el reino de los cielos. Sin embargo el Señor casi por fuerza me ha puesto en la mano esta moneda de la cruz, para que con ella compre un reino tan precioso. Consuélate, pues, corazón mio; que estos trabajos, esas aflicciones de tu alma, y esas lágrimas de amargura, en que te desahogas delante de Dios, son perlas muy preciosas en sus ojos, oro son muy fino en su estimación, y moneda corriente que tiene gran valor en el aprecio de quien vende el cielo.

Las riquezas terrenas no sirven para esta compra, aun cuando solamente quisiéramos comprar lo que se ve por defuera; porque ¿en qué justicia ó razón habia de caber darme estrellas por diamantes, el sol por el oro, que él mismo cria, y por piedras preciosas este zafiro inmenso é incorruptible

de que se forma la bóveda del firmamento? ¿Qué sería, pues, si quisiéramos comprar por estos pedazos de tierra, bien que tan brillantes, la gloria inefable que Dios esconde para sí y sus amigos dentro de esa cortina azul que nos encubre el santuario?

La moneda que tiene valor en el aprecio de Dios es únicamente la de la cruz: todo lo que es padecer tiene indecible estimacion en sus ojos: bienaventurado el que llega á juntar gran porcion de este caudal. Pero es de advertir, alma mia, que el precio de esta moneda no consiste tanto en la materia de que está formada, como en el cuño de la cruz que se le imprime. Después que el Hijo de Dios padeció en una cruz, esta es la señal que quedó con infinito valor en la aceptación del Altísimo; y por tanto, sea cual fuere la materia, si tiene cruz nada mas es preciso para que sea de gran preciosidad en los divinos ojos.

Ahora respira, corazón mio, respira, y no quieras alligirte tanto con los trabajos que te cercan. Si padeciere, he de alegrarme, sea cual fuere la materia de mi tribulacion, bien padezca en el honor, ó en la

hacienda, ó en la familia, ó en la conciencia, ó en la salud, ó en el genio, en todo he de complacerme; porque tengo con que comprar el reino de los cielos que deseo tanto. El mínimo de estos trabajos sufrido por Jesucristo es oro purísimo: no lo he de dejar perder, ni lo he de malbaratar; sino ofrecerlo á mi Dios, para que se dé por obligado á darme su gloria. No venderé como hasta aquí mi trabajo al mundo, haciendo de él vana ostentacion, ni lo venderé al demonio llevándolo con impaciencia ó desesperacion: solo lo he de vender á mi Salvador, que es el único que sabe tasar el precio de las cosas y pagarlas bien. Aumente cuanto fuere servido mis penas: cárgueme cuanto quisiere su amor, que cuanto mas le apriete, mayor motivo tendré para alegrarme. Su Majestad se porta como mercader prudente, que pesa la moneda, y repara bien en su cuño: cuanto es mayor ó mas pesada, tanto mayor valor tiene; y cuando la cruz fuere impresa mas á fuerza, y queden mas bien estampados en mi alma todos los perfiles de la de mi Señor Jesucristo, entonces serán mis trabajos moneda mas

preciosa en la estimacion de Dios; y cuando yo tuviere mayor caudal de esta moneda, será mayor la gloria que se me señale en la corte del cielo.

¡Oh felices trabajos, oh dulces aflicciones, oh suavísimas angustias de mi alma! si vosotras me habeis de servir de moneda para comprar el reino celestial, ¿quién me dará mas que padecer para gozar después mas de la vista clara de Dios? ¿Y qué locos son los juicios de los hombres, cuando no se gobiernan por la luz de las criaturas santas? Un solo momento de la mas leve tribulacion nos granjea un peso eterno de gloria, como nos enseña san Pablo <sup>1</sup>. ¿Cuánta gloria pudiera haber ganado con mis penas y aflicciones? ¿Y cuánta por huir de mi cruz habré perdido?

¡Qué nueva y extraña contienda! ¡Dios á ponerme en la mano como por fuerza, mas y mas riquezas, y yo á retirar la mano, resistiendo muy afligido la liberalidad divina! ¡Dios á darme ocasiones de atesorar grandes intereses, y yo á quejarme de Dios, porque me hacia tan rico! ¡Dios á quererme

<sup>1</sup> Ad Corint. iv, 17.

levantar á un asiento muy elevado y glorioso en el empíreo, y yo gimiendo con sumo desconsuelo, pensando que Dios estaba irritado contra mí por mis enormes delitos! ; Válgame el cielo! Ahora caigo en mi error, y veo que debo darle al Señor mil gracias y alabanzas por esos mismos que yo juzgaba grandes castigos. ; Qué feliz suerte la mia interin vivo en el mundo, interin puedo padecer con mérito! Pues imperceptiblemente puedo ir juntando mas y mayores riquezas para comprar después en el cielo un lugar mas distinguido y mas cercano al trono de la Divinidad. Bendito sea Dios, porque me conserva la vida en este valle de miserias, penas y trabajos. No quiero ya que este Señor disminuya mis penalidades, porque sé que disminuidas estas, tambien se me disminuirá la gloria que por sufrirlas me tiene preparada; antes si fuere servido me las aumente para merecer subir mas arriba en el trono de la gloria.

Si el Señor me hubiere llevado para sí, como yo lo deseaba muchas veces enfadado de vivir por verme tan afligido, ¡ah, y qué pobre me hallaria actualmente en la

corte del cielo! ¿Y cuán rico podré entrar por la celestial Jerusalen adentro, si desde ahora padeciere con conformidad por Jesucristo todas las tribulaciones que me cercan? ¿Con cuánto gusto trocarian su suerte conmigo los bienaventurados, si les fuera permitido volverse al mundo á padecer otros martirios, ó nuevas penitencias, para merecer mas grados de gloria, y gozar mas de cerca de la Divinidad? San Pedro de Alcántara, que tanto se está regocijando de la penitencia que hizo, viendo la gloria que por ella se le dió, ¿con qué gusto doblaria ahora sus penitencias en este mundo, para que en el cielo se le duplicase la bienaventuranza? Alabaré, pues, á mi Dios, porque me cerca de trabajos en esta vida; y desde aquí comenzaré á conocer las cosas como ellas son en sí, y aprovecharé las mas minimas ocasiones de padecer, como quien no quiere desperdiciar el oro con que ha de comprar el reino de los cielos.

## SOLILOQUIO VI.

CÁNTICO DE ALABANZA Á DIOS EN MEDIO DEL  
FUEGO DE LA TRIBULACION.

Ya que me veo arder en un horno encendido de tribulaciones, bendeciré y alabaré á mi Dios, como los niños de Babilonia: enciendan en buen hora mis enemigos este fuego con empeño extraordinario para consumirme vivo, que yo haré por avivar mucho mas la lumbre de la fe para loar á mi amado Salvador: suban sus llamaradas á una altura desmedida, que mucho mas alto pueden subir mis clamores á Dios, que me oye y me ha de asistir en medio de la tribulacion. ¡Oh, que si su Majestad quiere, puede en medio del incendio mas activo mandar mover por ministerio de Ángeles un viento blando, que temple el ardor del fuego y me recree en la mayor angustia! Del cielo me puede enviar un rocío benigno, que mitigue la actividad de sus llamas, ó que inutilice del todo su virtud. Mas obre mi Dios segun los inescrutables consejos de su Providencia, que sin rendirse á sus

enemigos mi alma siempre le ha de reverenciar, adorar y magnificar en todas sus obras.

Vuestro es, Señor, el día de la prosperidad, y vuestra es la noche de la tribulación: justo es que yo de día y de noche no deje de alabar vuestro santo nombre.

No solo hicisteis el verano de las felicidades, sino también el invierno de las tristezas y amarguras: en todo tiempo y fortuna cantaré vuestras misericordias.

Vos, Dios mío, me disteis el consuelo, y Vos me le habeis quitado, como fuisteis servido, así lo hicisteis: sea por todo bendito y alabado vuestro nombre.

Alegre nació para mí el sol, y bien triste me dejó cuando se puso: mas desde el nacimiento del sol hasta su ocaso es laudable sumamente vuestro nombre.

Bendito seáis, ó Señor Dios de nuestros padres: bendito, grande y digno de alabanza es vuestro santo nombre por los siglos de los siglos <sup>1</sup>.

Todo cuanto habeis hecho conmigo es justo, todo santo, todo bien ordenado. Ado-

<sup>1</sup> Dan. iii, 26.

ro todos los caminos de vuestra altísima Providencia, y confieso que todos vuestros juicios son rectos, todos verdaderos, todos acertados (v. 27).

Pequé, Señor, y confieso que mis pecados son los que os obligaron á enviar sobre mí estos trabajos. ¿Quién os ha de acusar de injusto, viéndose reprendido por su propia conciencia de tantas iniquidades? (v. 28, 29).

Si yo no atendí á vuestra santa ley, ni observé los sagrados preceptos que salían de vuestra boca, ¿cómo me habia de ir bien? ¿Y cómo podiais Vos dejar de manifestaros irritado? (v. 30).

Yo ahora no puedo tener boca para quejarme á nadie, pues me veo confuso y avergonzado delante de las almas justas, que os sirven, y os adoran en espíritu y verdad (v. 33).

Ahora, Señor, en gloria de vuestro santo nombre no me abandonéis para siempre, ni queráis hacer inútiles las esperanzas que tengo en vuestra santa palabra (v. 34).

No desviéis de mí vuestra misericordia por amor de vuestro amado Hijo. Acordaos

que le dijisteis que haríais el fruto de su sangre mas copioso y abundante que las arenas del mar y las estrellas del cielo (v. 35, 36).

¡Ah, Señor, y cómo me veo abatido y reducido á nada delante de todos! Mis pecados os dieron motivo para que me permitiérais esta humillacion que será notoria á todo el mundo (v. 37).

En este triste estado no tengo otro sacrificio que hacer, ni holocausto, ni otra oblacion, ni otro incienso que ofreceros para hallar vuestra misericordia, sino este mismo corazon así contrito y humillado (v. 38, 39).

Espero que me habeis de aceptar con agrado, y mucho mayor que los holocaustos de las victimas, y el sacrificio de millares de corderos gruesos. Espero hacer hoy este mi sacrificio de tal suerte que os agrade; porque estoy bien cierto, que ninguno de los que esperan en Vos ha de quedar confundido (v. 40).

Sí, mi Dios, á Vos me entrego, y desde hoy en adelante determino seguiros de todo mi corazon. En verdad os digo, mi Dios,

que os temo, y que siempre me estoy considerando delante de vuestro rostro divino (v. 41).

No queráis ahora que yo quede confuso y avergonzado : usad antes conmigo de vuestra inexplicable mansedumbre, y haced que resplandezca en mí la multitud de vuestras misericordias (v. 42).

Obrad vuestros admirables prodigios á mi favor, y dad, ó Señor, esta gloria á vuestro santo nombre (v. 43).

Queden confundidos todos aquellos que me avergüenzan, echándome en cara mis males : queden confundidos á vista de vuestro gran poder, y vean con sus ojos destruido y aniquilado todo su esfuerzo (v. 44).

Para que sepan que Vos solo sois el Señor, solo sois Dios y Vos solo el que ha de quedar glorioso por toda la tierra (v. 45).

## SOLILOQUIO VII.

SACRIFICIO DEL CORAZON HERIDO SOBRE EL  
ALTAR DE LA CRUZ.

Ya que por beneficio de Dios me veo libre del cautiverio de Faraon, razon es que le

sacrifique en el desierto ; y si en él adoro á mi Dios, debo darle testimonio de mi sincera adoracion : si le he de rendir gracias por los beneficios recibidos , no es justo que aparezca en su presencia con las manos vacías <sup>1</sup>. Escogeré , pues , la mejor víctima para sacrificársela. *¿ Mas qué podré dar al Señor por todos los beneficios que me ha hecho <sup>2</sup> ?* Ven , alma mia , conmigo , y vamos discurriendo por todas las criaturas en que tiene dominio tu albedrío , para ver cuál será la víctima de que Dios se agrade mas , que sin duda esa será la ofrenda que quiere que yo le ofrezca en sus altares.

Pero no vamos mas léjos , que dentro de mi casa tengo la víctima que Dios mas estima : esta es mi corazon , pues el Señor me le pide positivamente <sup>3</sup> ; y son tales los términos de su peticion , que pueden arrancar del pecho mas duro este mismo corazon que apetece : *Dame , ó hijo mio : hé aquí el primer golpe , llamarme hijo , y pedirme como amigo dependiente , lo que podia mandar como Señor absoluto. Dame tu corazon :*

<sup>1</sup> Exod. xxiii, 15. — <sup>2</sup> Ps. cxvi, 12. — <sup>3</sup> Prov. xxiii, 26. *Præbe , fili mi , cor tuum mihi.*

repara aquí el golpe segundo : llamar mio al corazon que el mismo Señor crió para sí, y es suyo por todos titulos. *Dámelo para mí* : hé aquí el tercero, como quien dice : tu corazon es la víctima que yo elijo *para mí*, para mi alabanza, para obsequio mio, para gloria mia.

Sea, pues, sea mi corazon esta víctima afortunada, que se consagra al Señor, ¿y qué bárbaro seria yo si dudase hacerle este sacrificio? Estremézcase en buena hora la naturaleza, y dé ocultos gemidos el corazon temeroso de que ha de ser sacrificado. Sea enhorabuena mio el corazon, que como se consagre á Dios, gustoso descargaré el golpe sobre él. Yo mismo, cueste lo que costare, le clavaré el cuchillo para que derrame la sangre al rededor del altar, y encenderé el fuego que consuma y complete el sacrificio.

Mas recelo, Dios mio, que la mano me tiemble, cuando quiera dar el golpe : recelo herir con miedo esa víctima, que yo quisiera degollar resueltamente. Pero, Dios mio, si no hallais en mí valor para el sacrificio, dad Vos antes el golpe : yo seré

la víctima, sed Vos el Sacerdote: cortad por donde quisiéreis, que todo mi corazón es vuestro, y vuestros son tambien todos sus afectos.

Mas ¡ah mi Dios! que me herísteis: y me herísteis en lo mas vivo del corazón, y atravesásteis mi alma con un cuchillo bien duro y bien cruel. Estos trabajos en que me pusísteis, estos disgustos que me habeis dado, y estas aflicciones que me penetran, golpes son con que me herís. Ahora yo los recibo con humildad, y adoro y beso reverente esa misma mano que me los descarga, y os doy mil alabanzas, porque me concedéis el honor de admitir en el altar de vuestra cruz la oblacion de mi corazón: digo con vuestro Profeta: *Que de buena voluntad os haré á Vos sacrificio, y confesaré públicamente vuestro santo nombre* <sup>1</sup>.

Sí, mi Dios, sí por cierto, yo os consagro mi corazón, liquidándose en sangre. Vos bien lo veis; yo os lo ofrezco atravesado con duros instrumentos que escogísteis para este sacrificio. Lo supísteis herir como quien lo conocia mejor que yo mismo. Mucho mas

<sup>1</sup> Ps. LXX. 8.

habeis hecho con solo este golpe de lo que yo podia hacer con muchos, aun queriendo ingenuamente sacrificarle. Lo que él me tiene de costa, Vos lo sabeis y cuán profunda fue la herida: aun está abierta, aun derrama sangre. Vos lo veis: aun le dura el sentimiento, y le durará por mucho tiempo, pero no importa: fue en vuestro obsequio, lo estimo: Vos fuisteis quien me heristeis, os alabo: tuvisteis gloria en este sacrificio: eso me basta; y por tan grandes favores os doy mil gracias reverente.

Ahora aprecio mas que me costase tanto, y que fuese tan sensible el golpe; porque os di mas gloria en el sacrificio, y yo me quedé con mas merecimiento. Aun consultando con mi amor propio, conozco que no me costaría tanto la muerte, á estar desnuda de circunstancias tristes. Si entre los bárbaros hubiese de dar la vida, y sujetar el cuello al alfanje de Mahoma, lo hiciera muy gustoso, y no tendría mi corazón dolor tan sensible, ni encontrariais en él tanta repugnancia como para este golpe; no, pero importa, vuelvo á decir, que lo estimo, porque si mi sacrificio me cuesta mas que me cos-

taria ese otro martirio , mayor gloria os resulta de él , y será mas meritorio y agradable á vuestros ojos divinos.

Ahora , Señor , enviad vuestro fuego del cielo , que abrasase esta víctima , que la consuma y que complete el holocausto , para que quede dedicado del todo á vuestra gloria aquel fuego divino , que Vos venisteis á encender en la tierra , y que estuvisteis tan empeñado en que se prendiese en ella y la abrasase. No permitais que se mezele en este sacrificio ni una sola chispa del fuego de la tierra , de aquel fuego que excita las pasiones terrenas , que eso me seria desgracia infelicitísima. Este es mi consuelo en medio de tan sensible dolor que Vos sois , y solamente Vos , á quien ofrezco mi sacrificio. Demasiado he sacrificado al mundo y á las pasiones : bastantes veces he sido víctima de los vanos ídolos del honor y del amor propio. Mas ya no he de serlo sino de Vos solamente , á Vos solo ofrezco mi afliccion , y únicamente á Vos consagro mi sacrificio ; pues sé que segun decia vuestro siervo David : *Un spiritu atribulado es para Vos el mas propio sacrificio , y nunca habeis de*

*despreciar la víctima de un corazón cuando está contrito y humillado* <sup>1</sup>.

## SOLILOQUIO VIII.

TROFEO DE GRANDES VICTORIAS EN EL ÁRBOL  
DE NUESTRA CRUZ.

Gracias á Dios que vencí, y pues vencí con su auxilio, razon es le rinda gracias. Llevaré á su templo el trofeo de mis victorias, y allí lo he de colocar junto al trofeo de las suyas. En su Iglesia tiene Jesu-eristo puesta su cruz; aquella cruz sacrosanta, con que venció al mundo, y desterró al abismo al príncipe de las tinieblas, aquella cruz con que quebrantó las puertas del infierno y abrió las del cielo; y esta es la insignia de sus victorias. Ahora junto á esta insignia quiere el soberano Rey que pongamos las nuestras, y quede una cruz acompañada de las otras. Allí, pues, tengo de llevar la mia, que tantos bienes me ha hecho.

Vencí, gracias á Dios, que me dió en mi cruz el instrumento de tantos triunfos. Da alabanzas á Dios, alma mia; pero mira des-

<sup>1</sup> Ps. l., 19.

pacio, y ve lo mucho que he vencido por medio de mi cruz. Con ella vencí la carne, hice burla del mundo y triunfé del demonio: con ella me hice señor de mí mismo, sujeté mi genio, puse freno á mis apetitos, y dominé todas mis pasiones. Con mi cruz recobré la antigua libertad de hijo de Dios, quebré las cadenas que me arrastraban á la perdicion y quedé libre del infame cautiverio del pecado. ¡ Oh! que á mi cruz debo la reforma de mis costumbres, la luz de mi entendimiento, y el orden y moderacion que hallo en los actos de mi voluntad: á ella debo haberseme apagado un fuego oscuro que me quitaba la prudencia en los repentines, el don de consejo en las dudas, y me impedia tener juicio maduro en las resoluciones: á mi cruz debo conocer mejor al mundo; el conocerme á mi mejor, el conocer mejor á Dios, y formar otro concepto muy diverso del alma, de la vida y de la eternidad.

Dime, ahora, alma mia, ¿quién sino mi cruz y la paciencia de los trabajos me han hecho mas fervoroso para con Dios, mas civil con los prójimos, mas benigno con los

humildes, mas sufrido con los soberbios, mas vano con los airados y mas caritativo con todos? De ella me vino la compasion con los enfermos, la piedad con los pobres, el deseo de consolar á los afligidos y el disminuir y disculpar las miserias de los flacos. Mi cruz me ha hecho agradable á Dios y aborrecido de los demonios: con mi cruz me quiso Dios abrir las puertas del cielo, cerrar las del infierno, disminuir el purgatorio, colmarme de méritos y aumentarme la gloria del paraíso. Con mi cruz me quitó Dios el horror á la muerte, el apego al mundo, el amor á las riquezas y el apetito á los honores. Con mi cruz me dió el Señor aborrecimiento á los regalos, tedio al pecado, deseos de la virtud, valor en los peligros, constancia en los trabajos, firmeza en los buenos propósitos y cumplimiento en las obras de Dios. En una palabra, con mi cruz me vinieron todos los bienes, pues veo que ella me hizo separar el corazón del mundo, acercarme á Dios de veras y unirme espiritualmente con Cristo, y este crucificado.

¡Oh, qué noble trofeo, alma mia, qué

noble trofeo, cargado de tantos despojos y adornado de los felices instrumentos de muchas victorias! Yo le levantaré bien alto en mis brazos; con él entre las manos entraré cantando por la celestial Jerusalem adentro, y delante de todos los Ángeles entonaré mil alabanzas al Dios de las victorias. Yo os convidaré á entonar conmigo cánticos de loor á mi Salvador, que nos dió la victoria por Jesucristo su Hijo, y en los felices trabajos de este mundo nos dió los instrumentos para que la consiguiéramos.

Todo es vuestro, mi Dios, todo es vuestro cuanto en nosotros hay que sea bueno, ó que nos pueda traer alguna felicidad: vuestros son los trabajos del mundo, y vuestra es la gracia con que los toleramos: vuestra es la cruz que padecemos, y vuestra la fuerza con que la llevamos. Uno y otro me lo habeis dado: seais mil veces bendito. ¡ Oh bella cruz labrada para mí de propósito por la mano de mi Dios! Cruz bienaventurada, que eres la medida de mi eterna felicidad, árbol precioso, cargado de frutos suavísimos, que serán muerte de mi muerte y causa de mi vida eterna. ¡ Qué

bella cruz, Dios mio! ¡Qué dulce misericordia! ¡Qué admirable testimonio de vuestro amor! Gócese enhorabuena los mundanos de sus prosperidades, que yo solamente me gloriaré de la cruz. Esos trabajos, esos disgustos, esos desprecios, esas aflicciones que yo hasta ahora aborrecia tanto, os las estimo y os las agradezco, como beneficios de vuestra bondad. ¡Oh, y qué celestiales riquezas teniais escondidas en mi cruz! Tesoro fue, y lo es sin duda de merecimientos y de felicidades. Bendito seais mil veces. Y ya que he llegado á conocer este felicísimo trofeo de mis vencimientos, viviré de aquí en adelante muy contento y gustoso con mi cruz, y os seguiré abrazado estrechamente con ella, pues Vos tambien vivisteis y moristeis estrechamente unido con la vuestra.

## SOLILOQUIO IX.

INVOCACION DEL AUXILIO DE DIOS EN MEDIO  
DE LA TRIBULACION.

Alma mia, ¿qué ha de ser de tí? Tus enemigos no dejan de perseguirte, y no se

cansan en sus depravados intentos. Los hombres y los demonios se han dado mutuamente la mano para perderte. Esta, que el mundo llama *desgracia*, te sigue á todas partes por donde vas, y en ningun paraje encuentras sino disgustos, aflicciones, tristezas, enredos, desprecios, alevosías, injurias y falsedades. Todos son lazos, que se preparan para tus piés incautos, y no faltarán enemigos que cara á cara te busquen y te hieran. ¡ Ah, pobre de mí! Huuyamos de tantos enemigos, trabajos y peligros. ¿ Mas por dónde, si todos los caminos me los han tomado mis contrarios, y por la parte que pienso que los huyo, por allí me enredo mas entre sus lazos? ¿ Quién me dará alas para volar, huir y descansar <sup>1</sup>? Levantaré mis ojos á los montes, porque de allí me ha de bajar el socorro <sup>2</sup>, mi auxilio: á él he de recurrir, como lo hacia el penitente Rey <sup>3</sup>.

1. El Señor me viene á ver: viene á tomarme cuenta de lo que hacen conmigo mis enemigos: viene á combatir por mí contra los que me están impugnando.

<sup>1</sup> Ps. LIV, 7. — <sup>2</sup> Ibid. CXX, 1. — <sup>3</sup> Ibid. XXIV.

2. Tomad vuestras armas: abrazad vuestro escudo: salid al campo, y venid á ser mi socorro.

3. Desenvainad la espada, y salid al encuentro á los que me vienen persiguiendo: dad esfuerzo á mi alma, y decidla: *Aquí estoy yo para salvarte.*

4. Queden confundidos, y avergonzados los que vienen persiguiendo mi alma. Sean rechazados, y véanse precisados á retroceder llenos de confusion los que vienen con pensamientos de perderme.

5. Desaparezcan como polvo delante del viento, y cargue sobre ellos el Ángel del Señor.

6. Vuélvaseles el camino totalmente oscuro, y sobre oscuro resbaladizo, y tras de ellos vaya siempre el Ángel del Señor en su persecucion.

7. Porque sin causa, ni interés prepararon en sus lazos mi perdicion, y sin motivo armaron este peligro á mi alma.

8. Caigan precipitados en esos mismos lazos que me armaron, y queden presos para su castigo.

10. Que todo mi interior, todas mis en-

tranas dirán: *Señor, ¿quién puede ser semejante à Vos?* Pues me librásteis siendo yo un hombre miserable de las manos de los que son mucho mas fuertes. Vos acudiréis à sacarme de las manos de los que pretenden despojarme.

12. Señor, ellos me pagan bienes con males, y beneficios con persecuciones.

14. Los trataba como prójimos y como hermanos, mas me volvía llorando y triste, bien humillado y abatido.

13. Cuando se juntaban, es increíble, Señor, la alegría que tenían contra mí: dejaban caer sobre mí mil azotes y trabajos, y yo callaba, como si no los sintiese, ni aun los conociese.

16. Los testimonios que levantaban contra mí se contradecían entre sí, y sin tener el menor arrepentimiento continúan tentándome y persiguiéndome, y andan bramando.

17. ¡Oh, Señor! ¿cuándo habeis de mirar por mí? Librad mi pobre alma de las manos de estos malos hombres, libradme de las garras de estos leones.

18. Libradme, que yo os seré pública-

mente agradecido, y delante de todas las criaturas cantaré vuestros loores.

20. ¡Ah, Señor, qué simulacion y malicia tan terrible! las palabras que me dicen son muy pacíficas, pero sus pensamientos están llenos de dolor y de ira.

21. Han hablado sobre mí largamente, y mutuamente se han dado los *parabienes* y *vivas* por verme del todo perdido.

22. ¿No lo habeis visto, Señor? Ea, no disimuleis tanto tiempo, no me desampareis.

23. Venid, venid y atended á mi justicia, Dios mio y mi Señor, atended á mi causa.

25. No consintais que dentro de sus corazones se dén los *vivas*, y se estén dando los *parabienes* por verme perdido.

26. Antes por lo contrario, avergüéncense, y confúndanse todos los que se están congratulando de mi perdicion: queden cubiertos de rubor todos los que dicen semejantes cosas de mí.

27. Alégrense, y alborócese solamente los que desean mi bien, y todos aquellos que me desean ver en paz, tengan motivo de bendecir y engrandecer siempre al Señor.

28. Y yo tambien agradecido á vuestras piedades, no cesaré de tener delante de mis ojos y en mi corazon vuestra admirable rectitud y justicia. Y mi lengua no parará en todo el dia de cantar vuestras alabanzas y contar á todos vuestras maravillas.

### SOLILOQUIO X.

#### DESCANSO DEL ALMA AFLIGIDA DEBAJO DE LA PROTECCION DIVINA.

En fin, ¿qué ya puedo descansar? ¿Ya me puedo sentar debajo de la sombra de quien deseaba<sup>1</sup>? ¿He de andar siempre corriendo por huir de mis enemigos: de mis enemigos, que tantos años há me persiguen? Ya no puedo correr mas, y así me echaré á descansar á la sombra de mi Dios; pues lo que únicamente he deseado ha sido su proteccion. Gracias á Dios, que tengo sobre mi el escudo del Omnipotente que me defiende: respíra, alma mia, respíra: tú esperaste en tu Dios, pues ahora el *Señor quiere ser escudo de los que esperan en él*<sup>2</sup>. Siendo esto así ya descanso; porque ninguno me pue-

<sup>1</sup>Cantic. II, 3. — <sup>2</sup> Reg. XXII, 31.

de hacer mal, estando debajo de este impenetrable escudo. Ya me puedo reír de mis enemigos, y cantar con el santo David<sup>1</sup> cánticos de alegría cobijado de la divina protección.

1. Alabad todos al Señor por su increíble bondad, porque será siempre para nuestro consuelo su misericordia.

5. De lo mas profundo de mi tribulación invoqué al Señor, y el Señor tuvo tanta misericordia, que me oyó.

6. Ahora siendo el Señor quien me protege, no temeré nada de cuanto me puedan hacer los hombres.

7. ¡Oh! que el Señor es quien me ayuda: he de esperar en él, y hacer muy poco caso de todos mis enemigos.

8. No hay cosa como confiar en el Señor: es mucho mejor confiar en su Majestad, que poner la confianza en los hombres.

9. Mucho mejor es esperar en el Señor, que esperar en los poderosos del mundo, y en los príncipes.

10. Es cosa que pasma ver como toda casta de gentes me persiguen por todas par-

<sup>1</sup> Ps. cxvii, 1.

tes ; pero gracias al Señor , que en su santo nombre me vi vengado de ellos.

11. Yo ya no tenia por donde escapar de su persecucion : todas las puertas estaban cerradas , todos los caminos tomados ; pero con el auxilio de Dios me vengué de ellos.

12. Me pareció como un enjambre de abejas , que hervian al rededor de mí : cada una me heria con su aguijon , y alligiéndome todas con sus zumbidos , me perseguian y acompañaban á todas las partes que iba : su persecucion no hallaba mas resistencia en mí que la que hallan las llamas abrasadoras en las espinas secas , y con todo las ahuyenté , y en el nombre del Señor vine á triunfar de ellas.

13. Impeliéronme , y ya iba de cabeza abajo á precipitarme ; pero el Señor me recibió en sus brazos para que no cayese.

14. La fuerza que me sostuvo no fue mia , toda fue de Dios , y de Dios ha de ser tambien todo el elogio , pues vino de propósito para ayudarme.

15. ¿Quién me concederá poder levantar hasta el cielo las voces de mis loores , y

entonar con todos los coros de los Santos, cánticos de gratitud por haberme salvado de mis enemigos?

16. Así es, que se empeñó la mano de Dios, y esta misma mano poderosa fue la que me exaltó, y la que obró todas estas maravillas.

17. No se alegren mis enemigos, que no, no he de quedar vencido: no he de perecer oprimido de sus persecuciones: sino que he de vivir para contar á todos lo que Dios ha hecho por mí.

18. Es verdad que el Señor me quiso castigar un poco, pero no quiso que pereciese.

19. Por tanto ábranse las puertas de la virtud, y del camino santo de Dios, que quiero entrar en nueva vida, quiero entrar por ellas adentro, para rendir agradecimiento al Señor.

20. Esta es la puerta del Señor por donde deben entrar los justos.

21. ¡Ah, Señor! mil gracias os quiero repetir, y quiero tributaros mil loores; porque tuvisteis tanta bondad, que me oísteis cuando clamaba á Vos. ¡Mil millones de ve-

ces seais bendito por bondad tan inefable, y porque quisisteis ser mi refugio, mi amparo, y mi protector para salvarme de mis enemigos!

25. Vos sois mi Dios: he de rendiros las gracias: Vos sois mi Dios: he de exaltaros y alabaros cuanto me fuere posible. Confesaré siempre que Vos me oísteis y atendisteis, y que vinisteis á socorrerme para libramme de mis contrarios.

29. ¡Oh! elogiad todos al Señor, elogiadlo por su bondad inefable, y porque durará para siempre su misericordia.

## SOLILOQUIO XI.

### LAMENTACION DEL ALMA AFLIGIDA DELANTE DE DIOS.

Dios mio, Dios mio, dejadme desahogar con Vos de mis penas, dejadme derramar á vuestros piés mis lágrimas, y ya que por ahora no me las queríais enjugar, consentidme á lo menos que las vierta en vuestra presencia. No quiero ir á contar mis males á las criaturas, que tal vez mi lamento será motivo de que se burlen de mí, solo quiero

desahogarme con Vos. Con Vos, que aun cuando me castigais, sé que me teneis amor; aun cuando me heris, sé que os debo compasion. Seguiré el ejemplo de vuestro siervo David, que en vuestra presencia dilataha su corazon, y desahogaba sus ayes y gemidos: y ya que somos tan semejantes en ser perseguidos, tomaré en mi boca, aunque indigna, sus mismas palabras; porque lamentándome de mis infelicidades, y aun quejándome en cierto modo de Vos, no quiero que se me escape palabra que pueda desagradaros <sup>1</sup>.

2. ¡Ah! Señor, ¿no me diréis por qué se han multiplicado tanto los que me persiguen? Mirad, Señor, que ya son muchos los que están en campo de batalla contra mí.

3. Muchos son sin duda los que andan diciendo á mi alma: *No tienes que esperar que tu Dios te libre.*

4. Mas Vos, Señor, sois quien me habeis tomado á vuestra cuenta: Vos habeis de ser mi gloria, y el que haga que yo levante la cabeza.

5. ¡Ah! que yo con mi voz débil clamé

<sup>1</sup> Ps. III.

al Señor, y tuvo tanta bondad, que desde lo alto del Monte Santo donde habita, me oyó, atendió y consoló.

6. Así pude descansar algun poco, y levantarme victorioso, porque fue el Señor el que me tomó á su cuidado.

7. Debajo de su proteccion no temeré millares de enemigos, aunque me cerquen por todas partes. ¡ Ah, Señor! salid al campo: Dios mio, dignaos de ponerme en salvo.

8. Vos ya en otras ocasiones habeis castigado á los que me perseguian sin causa, quebrantándoles todas sus fuerzas y furias.

9. Yo digo, Señor, que solo de Vos ha de venir mi remedio, y por Vos solo podré ser justificado.

2. Dios mio, con mis oidos tengo oido, y mis padres me contaron las maravillas que Vos obrásteis en sus dias, y en los tiempos antiguos <sup>1</sup>.

3. Vuestra poderosa mano desterró á los infelices del lugar donde queriais dar habitacion á vuestro pueblo, y Vos los alligisteis, y los echásteis fuera.

4. Por cuanto no fueron sus armas las

<sup>1</sup> Ps. XLIII, 2.

que hicieron estas conquistas, ni fue su valor quien los libró de los peligros. Fue, sí, vuestra mano poderosa, y vuestro brazo omnipotente, porque os complacieron y agradaron.

5. Pues, Señor, ahora Vos sois mi Rey, Vos sois mi Dios, y Vos el mismo que tantas veces librásteis á vuestro pueblo.

6. Por eso creo que me habeis de dar esfuerzo para ahuyentar á mis enemigos, y para despreciar en nombre vuestro á todos los que se levanten contra mí.

7. No he de tener confianza, ni en armas, ni en ninguna otra diligencia. Estoy bien cierto, que no es mi espada, ni mi valor quien me ha de salvar de estos riesgos.

8. La experiencia me ha enseñado que ya Vos me sacásteis de las manos de los que me aligian, y que confundisteis á los que me tenían odio mortal.

9. Por esta razon siempre os alabaré, y por siglos de siglos os confesaré, y santificaré vuestro santo nombre.

10. Mas ahora, Señor, ¿qué diversamente habeis obrado! ¿Habeis repelido, y

desechado mi alma! ¡ Me habeis hecho quedar confundido y avergonzado! ¿ Y será posible que no salgais al campo en mi socorro?

11. ¡ Teneis consentido que yo vuelva vergonzosamente la espalda, que sea vencida de mis enemigos, y presa y despojo de todos los que me aborrecen!

12. Parece, Señor, que me disteis, y entregásteis á mis adversarios, como oveja que les sirva á su odio de alimento.

13. Ó que me vendisteis de balde á mis enemigos, pues que sin ninguna costa, ni pérdida suya hacen de mí lo que quieren.

14. Parece que me habeis destinado para ser el oprobio de mis compañeros y vecinos, y materia de escarnio y de risa á todos los que me miran.

15. Serviré de ejemplar á los extraños, y materia de mofa á todos los pueblos.

16 y 17. Señor, yo confieso que ando siempre avergonzado, y las mejillas se me cubren de rubor y confusion cuantas veces veo, ú oigo hablar á mis enemigos, y los que me persiguen.

18. Mas, Señor, aunque han venido so-

bre mi todos estos trabajos, nunca me olvidé de Vos, jamás di un solo paso fuera de vuestra santa ley.

19. Mi corazon, Señor, no volvió atrás en sus buenos propósitos, ni mis pasos se apartaron de vuestros santos caminos.

20. Pero Vos, Señor, me teneis humillado y abatido: y como enterrado en mi aflicción, me veo aquí muerto.

21. Esto no obstante, yo nunca me olvidé de vuestro santo nombre; y si no decidme si acaso fui á buscar otra fe, otro Dios, ú otro amparo.

22. ¿Es posible, Señor, que siendo Dios, no hagais caso de estas cosas, ni tomeis cuenta de esto? Vos bien sabeis todos los secretos de mi corazon: bien sabeis que por vuestro amor vivo tan mortificado, y que por Vos soy como víctima muda que llevan al matadero.

23. Salid al campo, Señor, salid en mi auxilio, no querais que parezca que estais dormido. Salid al campo, no me priveis de vuestras asistencias, no me echeis de Vos jamás.

24. ¿Por qué apartais de mí vuestra ca-

ra? ¿Acaso os habeis olvidado de mi pobreza y de mi tribulacion?

25. Mi alma está humillada hasta el polvo, y mi pecho está pegado con la tierra.

26. Salid ahora al campo: ¡oh Señor! ayudadme y acudid en mi socorro para gloria de vuestro santo nombre.

## SOLILOQUIO XII.

HUIDA DEL ALMA PERSEGUIDA AL REFUGIO DE LA PASION Y DE LAS LLAGAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

¡Válgame Dios! que no sé donde me esconda: por todas partes encuentro enemigos, y por todos lados me persiguen: no doy un paso que no halle peligros, y parece que ha caído sobre mí la plaga del salmo <sup>1</sup>, porque sobre mí llueven lazos, á toda la tierra veo cubierta de ellos, y debajo de los piés me nacen los riesgos. Si quiero hacer cara á los que me contradicen, me acometen públicamente: si me retiro con disimulo, me hieren: si huyo, entonces corren mas ligeros á perseguirme: si tro-

<sup>1</sup> Ps. cvii. *Pluit super peccatores laqueos.*

piezo, no hallo una mano que me sostenga: si voy á enderezarme, encuentro al mismo tiempo muchos brazos que me derriban.

De todo se me arma fundamento para mi perdicion: mis quejas son insolencias, mis gemidos gritería, mis requerimientos injusticias, mi tolerancia desprecio, mi silencio malicia, mis diligencias atrevimiento, mi descanso soberbia, y mis obsequios lisonjas. Es delito todo cuanto hago; y soy culpable hasta en lo que ni pensamiento tuve de hacer. Mis palabras dicen lo que yo no quiero: si alabo, es ironía: si callo, dicen que repruebo; y si repruebo, blasfemo. ¡Válgame Dios, qué mundo es este! ¿Quién me dará fuerzas para huir de él, pues todo él me persigue, y nada encuentro que me consuele? Si busco amigos, no los hallo: si busco á los grandes, me desprecian: si busco los pequeños, soy vil: si me valgo de los extraños, soy importuno: si me retiro en mí mismo, soy vano: si me vuelvo á Dios, soy hipócrita; y si me abandono á las pasiones, demonio.

¡Pues qué he de hacer, Dios mío! ¿Á quién recurriré? ¿De qué medio me valdré? ¿En

dónde me refugiare de tanta persecucion? ¿Pero á quién, Señor, mejor que á Vos puedo acudir, á Vos el mas calumniado, el mas cruelmente perseguido de vuestros enemigos? ¿Ni qué medio puedo hallar para mi consuelo mas eficaz, mas suave, ni mas pronto que la meditacion de los desprecios, baldones, desmayos, y la pasion y muerte que sufristeis en el Calvario? ¿Ni á donde puedo buir mejor que á vuestras sagradas llagas? En efecto, Señor, ellas son como cinco puertas por donde puedo entrar en mi asilo mas seguro. Á este fin, mi Dios, mi consuelo y mi único amigo, me esperais con los brazos extendidos, con los brazos abiertos me recibis, y con el costado rasgado para franquearme la entrada hasta vuestro corazon: ¡Jesús! ¡Jesús! ya empiezo á resistir. Dadme, pues, licencia para que hoy os vaya á buscar al Calvario, dadme espíritu para que os siga con la consideracion y voluntad por pasos tan dolorosos como disteis por mí: porque ¿dónde podré hallar mas paciencia, ni mayor alivio en las contradicciones y penalidades que padeceo, que en lo que Vos sufristeis por mi amor en tanta penalidad?

Y ya puesto en la calle de la amargura en vuestra compañía, dejadme, Señor, entrar dentro de Vos mismo y muy adentro, porque por acá fuera no me doy por seguro de lo que me persiguen mis enemigos. *La paloma se recogió en las concavidades de la piedra, y en los agujeros de la pared*<sup>1</sup>. Pues si Vos, mi Jesús, sois esta mística piedra, dejadme refugiar en vuestras llagas, que son los agujeros que se abrieron para mí, pues solo en ellas hallo amparo, alivio, descanso y dilatacion.

¡Oh Dios mio, y qué consolacion dais á todos los que viven afligidos con la compañía que os dignais hacer á quien os medita, y sigue por el Calvario vuestras huellas ensangrentadas! ¡Ah! ¡y qué alivio tan grande hallan en vuestras preciosas llagas! Cuando mi alma va siguiendo uno á uno vuestros pasos, cuando llega con la contemplacion al monte de la mirra, y se pone frente á frente de vuestra cruz, con vuestra vista se le van olvidando todos sus sentimientos, en el interior del corazon se le empieza á derramar un deleite suavísimo que le llega á pe-

<sup>1</sup> Cant. II, 14.

netrar hasta el espíritu; y aun las lágrimas mas amargas de aliecion se le convierten en otras dulcísimas y apacibles, nacidas de compasion, de consuelo y alegría. ¡Ah, y cuántas veces me ha acontecido lo que de si cantaba vuestro Profeta<sup>1</sup>: *Mi alma rehusaba admitir lo que era consuelo*: ponía en Vos los ojos, y sentia júbilo y deleitacion interior. ¡Qué inefable es, Dios mio, vuestra bondad! Visteis mi corazon herido y maltratado, y me ofrecísteis en vuestra divina sangre un bálsamo tan precioso, que es lo mismo tocar mis heridas que sanarlas.

Si causa alivio cualquier compañía en los trabajos, ¿qué alivio no me causará una compañía tal, como la que Vos me haceis desde el huerto hasta la cruz? Comparo mis tormentos con los vuestros, con vuestros dolores los míos, mis injurias con las que os veo sufrir con tanta paciencia; y confieso á vista de lo que veo en Vos, ya no hallo en mí injurias, ni dolores ni tormentos. Bendito seais, Dios mio, que tanto me amais; que hasta en los trabajos y aliecciones me habeis querido hacer compañía. Vos sabiais

<sup>1</sup> Ps. LXXVI, 3.

que yo forzosamente habia de llevar una vida penosa para satisfacer de algun modo por mis delitos, y merecer algun premio; y en estos mismos trabajos quisisteis venir á ser mi compañero, como que no os sufria el corazon estar sin mí. *Señor, Señor, apartaos de mí que soy un gran pecador* <sup>1</sup>, y no es bien que la suma inocencia y santidad se confunda con la enormidad increíble de mis delitos. Mas no, no os retireis, mi Jesús, porque si me dejais solo en mi cruz, en ella me perderé, cuando vuestra intencion es que yo por ella me salve.

¿Y qué seria, Señor, de mí, que seria de todos los afligidos, si Vos no nos hiciérais compañía? Mil millares de Ángeles que tuviéramos por compañeros en los trabajos, no nos darian tanto desahogo como Vos solo nos dais en vuestra pasion y muerte afrentosa de cruz. El consuelo solamente de estar con Vos hace olvidar los dolores de vivir crucificado. Dios mio, unidme con vuestra cruz para que me acerqueis mas á Vos: y si los clavos que tanto me crucifican y afligen me han de allegar mas á vuestra Ma-

<sup>1</sup> Luc. v. 8.

jestad ; clavádmelos mas penetrantemente para que quede mas unido , é inseparable de Vos.

Señor , después que me disteis á conocer quien sois , el estar en vuestra compañía es toda mi bienaventuranza : después de muerto seré bienaventurado por acompañaros en el Tabor ; y ahora mientras vivo lo seré tambien por acompañaros en el Calvario : en la otra vida me sentaréis á vuestro lado en vuestro mismo trono , como lo prometísteis en el Apocalipsis <sup>1</sup>. Ahora hacedme gustar de las penas de vuestra pasión , de vuestra corona de espinas , de los azotes , y por fin crucificadme con Vos en una misma cruz , como lo hicísteis con san Pablo <sup>2</sup> : este será mi consuelo , mi gusto , mi regalo , mi alegría , y mi mayor gloria. Amen.

<sup>1</sup> Apoc. iii, 21. — <sup>2</sup> Galat. ii, 91.

## SUSPIROS

DE UNA

### ALMA ENAMORADA DE JESÚS.

---

Solo para padecer  
Pido á Dios que me dé vida,  
Hasta que toda sumida  
En penas me pueda ver.  
No tengo, no, otro querer,  
Ni anhela mi corazon  
Que amar la tribulacion,  
La pena y el desconsuelo,  
Con valor, con fe, con celo  
Y humilde resignacion.

¡Oh dichosa soledad,  
Qué precio tienes tan caro!  
¡Oh dichoso desamparo!  
No me niegues tu crueldad.  
Tinieblas y ceguedad,  
Dadme presto que sufrir;  
Que el no penar es morir;  
Que el no vivir yo penando,  
Es vivir desconfiando  
Del verdadero vivir,

Ó morir ó padecer,  
Fue de Teresa sentir ;  
Padecer y no morir ;  
Fue de Pazis parecer.  
; Oh quién supiera aprender  
Tan finos modos de amar !  
Solo á mí me da pesar  
Lo que no me da dolor.  
Viva solo en el rigor  
Y muera de no penar.

; Oh padecer desgraciado,  
Si el mundo te conociera !  
; Con qué gusto te acogiera  
Y fueras de él estimado !  
; Oh tiempo mal empleado  
El que sin tí yo he vivido !  
; Oh cuán tirano me has sido,  
Pnes con falsa presuncion  
Robaste á mi corazon  
Tanto bien como he perdido !

Conoced el padecer,  
Almas, si quereis gozar :  
Mirad, que no sabe amar  
Quien cruz no quiere tener,  
Pues el mas puro entender

De Dios y de su hermosura,  
Y la mas subida altura  
De luz, pureza y union  
Lo da la tribulacion  
Al alma en la cruz mas dura.

    Mi cruz es vivir sin penas;  
Mi pena es vivir sin cruz,  
Porque las penas son luz  
Á las almas que son buenas.  
Son tambien las penas venas  
Donde se engendra el amor;  
Que amor donde no hay dolor  
No lo tengo por seguro:  
Y así, yo penas procuro  
Cuántas mas tanto mejor.

    Si, pues, mi dicha es mi pena  
Y mi deseo es penar,  
Penas, no querais cesar  
Hasta que el alma esté llena;  
Venid, pues, en hora buena;  
Venid con paso ligero;  
Venid que yo os amo y quiero;  
Concededme esta merced,  
Que tengo de penas sed,  
Y solo por penas muero.

¡Oh qué sed tan regalada!  
La alma que mas la sintiera  
Cuánta mayor ella fuera  
Tanto mas será saciada.  
En esta sed cambiada  
Toda otra sed debe ser,  
Porque al llegarse á ver  
Sediento de mas penar  
De Dios empieza á gozar  
En el mismo padecer.

Del mas puro padecer  
Nace el mas seguro amar  
Cuando se encamina á hallar  
Lo que el amor manda hacer.  
Porque el amar es querer,  
Y el querer cuesta dolor,  
Y aun cuando en el interior  
Anda el alma atribulada,  
Y padece resignada  
Anda en brazos del amor.

# ÍNDICE.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES.

VII

## TRATADO DE LA CONFORMIDAD

CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

- |   |    |
|---|----|
| CAP. I. En que se ponen dos fundamentos principales.  | 11 |
| CAP. II. En que se declara mas el segundo fundamento.   | 20 |
| CAP. III. De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.  | 28 |
| CAP. IV. Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.   | 36 |
| CAP. V. Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento.   | 43 |
| CAP. VI. En que se declara por otra via cómo el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.  | 53 |
| CAP. VII. De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.  | 63 |
| CAP. VIII. En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada á Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfeccion grande que hay en él. | 73 |
| CAP. IX. De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios.   | 78 |
| CAP. X. De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza   |    |

filial que tenemos de tener nosotros en él.	85
CAP. XI. De algunos lugares y ejemplos de la sagrada Escritura que nos ayudarían para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios.	97
CAP. XII. De cuánto provecho y perfeccion sea aplicar la oración á este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios; y cómo tenemos de ir descendiendo á cosas particulares, y hasta llegar al tercer grado de conformidad.	113
CAP. XIII. De la Indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.	126
CAP. XIV. De la Indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que hemos de tener para cualquier oficio y ocupacion en la que Dios quisiere ponernos.	127
CAP. XV. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios, en el repartimiento de los talentos y dones naturales.	138
CAP. XVI. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.	151
CAP. XVII. Que no tenemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios: y que nos tenemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino tambien en todas las cosas que suelen suceder en ella.	160
CAP. XVIII. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.	168
CAP. XIX. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.	178
CAP. XX. De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente.	185
CAP. XXI. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.	199

- CAP. XXII. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía. 210
- CAP. XXIII. De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados. 217
- CAP. XXIV. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconuelos de la oracion; y qué entendemos aquí por nombre de sequedad y desconuelo. 227
- CAP. XXV. En que se satisface á la queja de los que sienten sequedades y desconuelos en la oracion. 237
- CAP. XXVI. Cómo convertiremos la sequedad y desconuelos en muy buena y provechosa oracion. 243
- CAP. XXVII. De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconuelos de la oracion. 249
- CAP. XXVIII. Que es grande engaño y grave tentacion dejar la oracion por hallarse en ella de la manera dicha. 256
- CAP. XXIX. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 261
- CAP. XXX. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales. 267
- CAP. XXXI. De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios, en los bienes de la gloria. 273
- CAP. XXXII. De la conformidad, union y amor perfecto con Dios, y cómo nos tenemos de ejercitar en este ejercicio. 282
- CAP. XXXIII. Cuán encomendado y repellido es este ejercicio en la sagrada Escritura. 290
- CAP. XXXIV. Cómo nos podremos extender mas en este ejercicio. 294

**TESORO DE PACIENCIA.**

Diálogo sobre la oracion.	307
PASO I. De la oracion del huerto.	321
PASO II. De la prision del Señor.	333
PASO III. De los azotes del Señor.	345
PASO IV. De la coronacion de espinas.	357
PASO V. Del Señor con la cruz á cuestas.	371
PASO VI. De la crucificacion del Señor.	384
PASO VII. De nuestro Señor Jesucristo muerto.	395
SOLILOQUIOS del alma afligida delante de Dios.	408
SOLILOQUIO I. Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura.	410
SOLILOQUIO II. Esperanza en el auxilio de Dios en medio de la tribulacion	414
SOLILOQUIO III. Entrega del alma alligida en los brazos de la divina Providencia.	427
SOLILOQUIO IV. Panal de miel escondido en el árbol de la cruz.	434
SOLILOQUIO V. Compra del reino de los ciclos con la moneda de la cruz.	440
SOLILOQUIO VI. Cántico de alabanza á Dios en medio del fuego de la tribulacion.	453
SOLILOQUIO VII. Sacrificio del corazon herido sobre el altar de la cruz.	457
SOLILOQUIO VIII. Trofeo de grandes victorias en el árbol de nuestra cruz.	463
SOLILOQUIO IX. Invocacion del auxilio de Dios en medio de la tripulacion.	467
SOLILOQUIO X. Descanso del alma alligida debajo de la proteccion divina.	472
SOLILOQUIO XI. Lamentacion del alma afligida delante de Dios.	476
SOLILOQUIO XII. Huida del alma perseguida al refugio de la pasion y de las llagas de nuestro Señor Jesucristo.	482
SUSPIROS de una alma enamorada de Jesús.	489